

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN LETRAS

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LA RECEPCIÓN EN MÉXICO DE MANUEL UGARTE

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO EN LETRAS
(LETRAS LATINOAMERICANAS)

PRESENTA:

RAFFAELE GIAN LUIGI CESANA

ASESOR:

EDUARDO SERRATO CÓRDOVA

ESTA TESIS NO HUBIERA SIDO POSIBLE SIN LA BECA OTORGADA POR LA SECRETARÍA DE
RELACIONES EXTERIORES DEL GOBIERNO DE MÉXICO

OCTUBRE DE 2010



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A Lisetta, Carlo e Giorgio
alla loro presenza nella mia determinazione,
alla fiducia di cui sempre mi hanno fatto dono,
all'amore che non conosce lontananza.*

Creo con Ibsen que “la cultura de la patria no es más que una etapa del espíritu humano”. Tiempos vendrán en que el hombre, libre de todas las barreras, se emancipará también del egoísmo regional. Pero mientras forzamos ese límite, hay que defender la base de todos los desarrollos futuros. No es posible saltar por encima de los siglos. La patria es para las colectividades lo que para el hombre es la voz. Cada grupo representa un ensayo de genio autónomo que se expresa con ayuda de un órgano independiente.

Manuel Ugarte, *El porvenir de la América española*

ÍNDICE

Introducción	6
1. Manuel Ugarte y el país del águila y la serpiente	10
1.1 Los años juveniles y el primer viaje a Estados Unidos y México	12
1.2 El intelectual latinoamericanista se descubre a sí mismo	17
1.3 Vuelta a México, en nombre de las Revoluciones	23
1.4 Los grandes ensayos entre amargura y esperanza	30
2. El carácter intelectual del ensayo ugartiano: unidad latinoamericana, antiimperialismo y arte social	35
2.1 La tarea hermenéutica frente al problema de la distancia temporal	40
2.2 1901-1909: los primeros ensayos ugartianos	44
2.3 1910-1922: desde la conferencia de Barcelona hasta <i>Mi campaña hispanoamericana</i>	53
2.4 1922-1932: el sueño de una patria grande y el doloroso escribir	65
3. Dos formas del contexto receptivo mexicano: correspondencia y prensa	75
3.1 La correspondencia como forma de recepción intimista	77
3.2 La prensa como forma de recepción pública	96
4. La doble experiencia de la <i>subtilitas aplicandi</i>	116
4.1 Carlos Pereyra, un historiador antiimperialista	121

4.2 Isidro Fabela y la hermandad hispanoamericana	130
4.3 En el pensamiento sociopolítico de José Vasconcelos	135
4.4 Alfonso Reyes: los tres sentidos del diálogo iberoamericano	147
Conclusiones	162
Bibliografía	167

Introducción

Escribir una introducción para la presente tesis de maestría significa, en primer lugar, volver con la memoria al viaje que de Italia me ha traído a México. De hecho, el horizonte temporal y cultural que permite y contiene el desarrollo de mi ensayo se determina entre ese momento cero del pasado –era el 20 de julio de 2007– y el presente desde donde escribo. Esta consideración es importante por dos motivos. Por un lado, como se verá mejor en el texto, el horizonte del presente, así determinado, es uno de los tres principales ejes que permiten el juego hermenéutico que desarrollo. Por otra parte, precisamente por todo lo que ha significado vivir en el país del águila y la serpiente en términos de recepción y comprensión de la literatura mexicana y latinoamericana, es durante este tiempo que pude modificar el proyecto original de la tesis de maestría que había escrito y enviado desde Italia, y llegar a las inquietudes y a las soluciones que están en la origen del trabajo que voy a presentar.

La elección del tema “La recepción en México de Manuel Ugarte” nace de dos seminarios que seguí en la UNAM, durante el primer semestre, del ciclo escolar 2007-2008 y del 2008-2009, respectivamente. En el caso más lejano, el seminario del Profesor Fernando Curiel –“Literatura mexicana del siglo XX. Historia intelectual generacional comparada”–, que elegí para buscar una cierta coherencia con el tema ateneísta de mi tesis de licenciatura, me dio la posibilidad de dirigir la atención hacia el pensador argentino. En particular, desde el principio me sedujo la peculiaridad de la presencia en México de Ugarte (1875-1951), durante los primeros dos meses de 1912. A partir de una simple curiosidad, empecé a interrogarme sobre los *efectos* que esa visita, mejor dicho ese viaje de propaganda hispanoamericanista, pudo producir en el ambiente literario e intelectual de la capital azteca. Descubrí muy pronto que el bimestre de 1912 no era el único momento que atestiguaba la fuerte relación entre México y el escritor latinoamericanista. Desde 1899 hasta agosto de 1950, Ugarte visitó al país del águila y la serpiente en cinco distintas ocasiones. Además, durante todo este extenso período muchas de sus publicaciones y posiciones intelectuales fueron la expresión de una siempre más intensa vinculación intelectual con los acontecimientos mexicanos. Al considerar el diálogo que siempre es fundamental investigar entre las distintas expresiones literarias de Hispanoamérica, el tema terminó por convencerme.

La línea teórica y la estrategia que sostienen el desarrollo temático de mi tesis encontraron su chispa inicial durante el segundo seminario al cual hacía referencia. El curso sobre “La estética de la recepción”, de la Profesora Angélica Tornero, me permitió acercarme a las problemáticas teóricas que determina en general el hecho de enfocar la propia intención analítica tanto en el lector, como en las dinámicas de la recepción de una obra de arte literaria. De esta manera, entre las pautas metodológicas propuestas en el seminario, me di cuenta de que la herramienta que iba buscando para exponer y pensar en el tema ugartiano se colocaba en ese espacio donde se encuentran la propuesta hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y la estética de la recepción –sobre todo en el enfoque filológico-literario que Hans Robert Jauss da al estudio literario. Como diría Italo Calvino, comprendí que allí reside la médula del león, el núcleo teórico desde el cual construir mi proyecto de indagación.

Una vez fijadas las coordenadas del argumento principal y de la perspectiva teórica que querría utilizar, empecé a reflexionar sobre la estrategia y la lógica expositivas que me interesaba seguir para elaborar el texto; para encontrar el elemento de coherencia en la creación escritural. La solución que he dado a esta inquietud es el escrito que propongo, donde la tarea hermenéutica se despliega “con el pasar del tiempo” a través de cuatro capítulos. A cada uno de éstos corresponde una temática que he considerado central en un posible discurso de síntesis sobre el tema “La recepción en México de Manuel Ugarte”.

El primer capítulo se titula “Manuel Ugarte y el país del águila y la serpiente”. Por el olvido que muestran hoy en día la figura y la obra del escritor argentino, desde el principio he decidido presentar un espacio biográfico que pusiera dar algunas referencias esenciales. En particular, el capítulo quiere enfocarse en la relación de Ugarte con México. La finalidad es la de presentar los acontecimientos principales en la vida del autor, sin perder de vista tanto su concreta presencia en tierra azteca, como lo que de importante pasó en la vida de México, durante los últimos años del siglo XIX y toda la primera mitad del siglo pasado.

El capítulo siguiente, “El carácter intelectual del ensayo ugartiano: unidad latinoamericana, antiimperialismo y arte social”, es un análisis del texto escrito por Ugarte, en sus distintas formas: el artículo periodístico, la conferencia de propaganda latinoamericanista, los grandes ensayos sociológicos e intelectuales, la carta-abierta, la obra teórico-literaria. Siguiendo la evolución de este *texto-objeto*, mi intención es la de

investigar los tópicos de la propuesta ideológica del pensador argentino. Sin embargo, el segundo capítulo no es sólo la delimitación de la materia de la cual se ocupará el juego hermenéutico. Al principio de este momento expositivo, he querido también proponer algunas consideraciones teóricas acerca de ese espacio donde se encuentran el arte de la interpretación y la estética de la recepción. Ha sido para mí importante, volver a pensar sobre ciertas inquietudes y resumir las líneas principales del campo teórico que sustenta mis argumentaciones. En la base de las ideas hermenéuticas aquí expuestas, se delinea la estructura argumentativa y lógica de mi trabajo de tesis. Mientras en el segundo capítulo me he concentrado en la comprensión e interpretación –*intelligere* y *explicare*– de la materia ensayística, en los otros dos he querido investigar respectivamente el contexto de recepción y la aplicación –*applicare*– de los tópicos ugartianos por parte de cuatro escritores mexicanos.

“Dos formas del contexto receptivo mexicano: correspondencia y prensa” es el título del tercer capítulo. La sección indaga el tema de la recepción de Ugarte, enfocándose en el contexto mexicano que, desde un horizonte distinto pero más inmediato, pudo conocer e interpretar el pensamiento del autor argentino. Debo remarcar que el presente capítulo es probablemente el que más se caracteriza por la perspectiva historiográfica, el trabajo hemerográfico y el tono documental. De hecho, he querido considerar dos formas diferentes de recepción: una intimista que se refiere a la correspondencia de Ugarte con algunos intelectuales y escritores mexicanos, y una pública, que nos remite a la manera en que la prensa nacional se ocupó del ensayista latinoamericanista. Para dar contenido a estas páginas, fueron fundamentales tanto el Archivo General de la Nación Argentina, que pude visitar en Buenos Aires en marzo de 2009, gracias a una generosa beca de la UNAM, como la Hemeroteca Nacional de México.

El cuarto y último capítulo se titula “La doble experiencia de la *subtilitas applicandi*”. El discurso teórico, sobre la unidad de los tres momentos hermenéuticos –*intelligere*, *explicare* y *applicare*–, que inaugura el segundo capítulo, llega aquí a su verificación. Como se observará en el texto, la última parte de mi investigación analiza el problema fundamental de la *aplicación* en un doble sentido. Al destacar la importancia de “la relación comunicativa que establecen texto y lector” (Rall 2008: 5), he pensado en un análisis de los tópicos ugartianos tanto a partir de la dinámica aplicativa que se actúa durante el proceso hermenéutico del presente, como a través de la *subtilitas*, el “saber hacer”, la “finura de espíritu” que muestran algunos específicos intérpretes mexicanos: Carlos Pereyra (1871-

1942), José Vasconcelos (1882-1959), Isidro Fabela (1882-1864) y Alfonso Reyes (1889-1959). En particular, he tenido que hacer una selección entre los ensayos de estos autores, prestando atención a la pertinencia que demostraban respecto a las reglas del juego interpretativo. Creo que la doble experiencia del momento aplicativo pueda ser considerada como el espacio dinámico donde se revela la geometría del triángulo hermenéutico que está en la base de toda la tesis y cuyo vértices son el texto ugartiano, los intérpretes mexicanos y el horizonte hermenéutico del presente.

Mientras remito al texto para una más completa consideración de los pensamientos que he anticipado en esta breve introducción, por ahora sólo me resta agradecer las personas que han permitido la realización de este proyecto. La memoria vuelve a los maestros que durante los semestres de estudio en la UNAM han contribuido con sus consejos y comentarios al desarrollo del tema hispanoamericanista y a corregir mi enfoque, a veces mis mismos convencimientos, respecto a un género tan importante en el continente latino, como el ensayo. En particular quiero agradecer por las preciosas sugerencias y las críticas constructivas a tres lectores incansables: Susana González Aktories, mi tutor, Eduardo Serrato Córdova y Víctor Sampayo.

Un agradecimiento particular lo dirijo a mi primera lectora, Cintia Calderón. Sin todo lo que me regalas, cosas esenciales como la paciencia y el amor, probablemente no valdría la pena ni siquiera escribir.

Manuel Ugarte y el país del águila y la serpiente

*Invoco a Ariel como mi numen. Quisiera
ahora para mi palabra la más suave y persuasiva
unción que ella haya tenido jamás.*

José Enrique Rodó, *Ariel*

Leer, conocer e interpretar la obra y el pensamiento de Manuel Ugarte significa *in primis* enfrentar la excelente y difícil tarea desarrollada por uno de los más coherentes hombres de cultura latinoamericanos. En consideración de sus numerosas y heterogéneas publicaciones (es problemático encontrar un género que le sea ajeno), de su peculiar relación con México y de su original recorrido ideológico, lo que más seduce es el importante compromiso que como intelectual Ugarte mantiene vigente durante más de medio siglo.

Convencido socialista de matriz francesa, este pensador y escritor argentino hace de la lucha antiimperialista y de la prédica por la unidad latinoamericana, las dos columnas más importantes de su edificio ideológico, revelando una moral y una coherencia proverbiales. En su voz propagandista, en sus ensayos comprometidos, en el núcleo mismo de una capacidad expresiva sorprendentemente proteiforme, Ugarte muestra el papel de un intelectual que quiere llamar la atención sobre lo que verdaderamente necesita ser puesto en crítica. El suyo es el papel de un hombre de cultura que, consciente de la situación histórica desde donde habla, se hace cargo de toda la responsabilidad de su compromiso sociopolítico y expresa un modo propio de apartarse para alcanzar una mayor capacidad tanto en el examen de conciencia, como en la prospectiva crítica. Y siempre con una manera personal de “actuar

para la defensa de las condiciones mismas y de las premisas de la cultura” (Bobbio 2005: 4).¹

Sin embargo, este peculiar modo de ingresar en la lucha sin aceptar los términos ya establecidos, precisamente para revisarlos y someterlos a la crítica, no es la base de una tarea intelectual vivida como serena labor creativa o como sencilla diversión, sino la causa principal de un atroz calvario, de una inexorable y constante condena al silencio y al ostracismo por parte de la prensa, las academias, los premios nacionales y en general del *establishment* cultural argentino. Por eso, Manuel Ugarte no pudo encontrar un modo digno y sereno de vivir en su misma patria, durante la primera mitad del siglo XX: constantemente fiel a sus ideales e incapaz de llegar a un acuerdo de complicidad con la clase dominante, frente a la realidad de su país siempre preferirá el exilio.

En este sentido, dirigiendo mi memoria hacia lo que Umberto Eco sostiene sobre el papel del hombre de cultura en el ensayo “Norberto Bobbio: la misión del docto revisitada”, me parece pertinente abrir este discurso acerca de la recepción en México de Ugarte a partir de la similitud misma que Eco toma de la novela *El barón rampante* (1957), de Italo Calvino.² Convencido de las precisas analogías que se pueden encontrar entre el protagonista de la novela, Cósimo Piovasco de Rondó, y la condición del intelectual que propone Bobbio, Umberto Eco delinea una noción del papel del hombre de cultura: “Cósimo Piovasco no evade los deberes que su tiempo le impone, participa de los grandes eventos históricos del momento, pero intentando conservar esa distancia crítica (respecto a sus compañeros mismos) que le permite quedarse sobre los árboles. Pierde tal vez las ventajas del estar con los pies en la tierra, pero gana en amplitud de prospectiva” (Eco 2006: 69).

Argentino “maldito” –así lo define el historiador Norberto Galasso, su mayor biógrafo–, amigo de Rubén Darío, Amado Nervo, Rufino Blanco Fombona, Isidro Fabela, Gabriela Mistral, entre otros, verdadero puente literario e ideológico entre Europa y América Latina, autor reconocido por sus altos valores literarios y morales que es consejero de redacción en la revista *Monde*, junto a Miguel de Unamuno, Máximo Gorki, Henry Barbusse, Albert Einstein y Upton Sinclair, Manuel Ugarte desarrolla el papel del

¹ Las traducciones de las citas en italiano e inglés son mías. Sin otras indicaciones, será así durante todos los capítulos.

² En la novela, el protagonista Cósimo Piovasco es un barón joven que, después de haber discutido con su padre por un motivo fútil (un plato de caracoles que no quería comer), decide vivir sobre los árboles y no bajarse nunca más. A pesar de una condición tan peculiar, en su vida no faltan amores, encuentros, eventos importantes: llega incluso a interactuar con Diderot, Rousseau, Napoleón y el zar de Rusia. Cósimo escribe también un *Proyecto de constitución de un estado ideal fundado sobre los árboles*, que lo hace famoso.

intelectual que critica y lucha a partir de una posición de distancia y de autoexilio: “participa quedándose sobre los árboles” (Eco 2006: 69).

1.1 Los años juveniles y el primer viaje a Estados Unidos y México

Manuel Baldomero Ugarte nace el 27 de febrero de 1875, durante el verano argentino, en San José de Flores, por entonces las afueras de Buenos Aires. Hijo de Floro Ugarte, gestor de negocios y administrador de propiedades apreciado por las grandes familias oligárquicas del país, y de Sabina Rivero, paciente e inteligente mujer de hogar, el joven Manuel tiene una infancia y una juventud doradas, entre las comodidades de una familia muy rica y los círculos de la más alta y refinada clase argentina.

Tiene su primer contacto con las letras en el Colegio Nacional de Buenos Aires, después del importante viaje parisiense que hace con toda su familia en ocasión de la Gran Exposición Universal de 1889. El sereno y acomodado ambiente familiar le permite expresar su temprana vocación literaria. Sus primeras publicaciones son de 1893: *Palabras* y *Poemas grotescos*. Se trata de cuadernillos de poemas a los que siguen, sólo un año más tarde, otras dos colecciones tituladas respectivamente *Versos* y *Serenata*. En estas precoces expresiones líricas se respira tanto una clara influencia de los poetas románticos, en particular del español Gustavo Adolfo Bécquer, como de la etapa naturalista de Salvador Rueda.

El adolescente y bohemio poeta tiene la fortuna de entrar en contacto con los literatos más prestigiosos del contexto porteño. En particular, los representantes de la generación anterior, entre los cuales se encuentran Carlos Guido y Spano, Lucio Victorio Mansilla, Pedro Bonifacio Palacios (más conocido por su seudónimo de Almafuerte), son los que dan a las inquietudes del joven Ugarte esa dirección inaugural, que con los años se hará siempre más realista y comprometida desde el punto de vista social.

Exactamente en esta línea, en el octubre de 1895 aparece la *Revista Literaria*. Como le escribirá unos meses más tarde en una carta de elogio José Enrique Rodó, la divisa de este proyecto editorial es una “síntesis de nuestra propaganda y nuestra fe: por la unidad intelectual y moral hispanoamericana” (*apud* Galasso 2001: 36). A pesar de la inexperiencia del joven y desorientado director, la *Revista Literaria*, que toma como modelo la *Revista Nacional de Ciencias y Letras* recientemente editada en Montevideo bajo la codirección de

Víctor Pérez Petit y del mismo Rodó, se convierte en un inteligente órgano donde se puede expresar la voz de una joven y radical generación de poetas latinoamericanos: entre ellos, es importante recordar José Santos Chocano y Rufino Blanco Fombona.

La experiencia de este proyecto, que revela la clara tentativa por parte de su director de ensamblar la devoción por las letras francesas con la búsqueda de las raíces culturales hispanoamericanas, fortalece la tendencia de nuestro joven escritor hacia una literatura más comprometida. Respecto al modernismo afrancesado que exaltan los estimadores de Darío y al academismo de una parte del ambiente rioplatense, Ugarte elige como su punto de referencia los valores de la poesía social que ha indicado Almafuerte. Se trata, sin embargo, de una elección, tanto en términos de recepción por parte del público porteño, como de personal fe literaria e ideológica, que se muestra llena de dificultades. Por causa de los graves problemas económicos y de la adversa actitud crítica tomada frente al por entonces imperante modernismo de Rubén Darío, la *Revista Literaria* cesa de aparecer en el diciembre de 1896.

La conclusión de esta experiencia editorial revela en modo claro lo que es –y será durante más de medio siglo– la profunda distancia entre Manuel Ugarte y la aristocracia cultural argentina, en términos de simpatías literarias y de posiciones ideológicas. La visión de un arte seriamente comprometido en sus propósitos sociales y la defensa de un panorama cultural latinoamericano –aspectos tan esenciales, ya a estas alturas, en el recorrido artístico e intelectual del joven Ugarte– se oponen, por un lado a los argumentos exóticos de la poética modernista, y por el otro, a la imperante tendencia cosmopolita de la cultura nacional. La rápida transformación de Buenos Aires en una ciudad que mientras acentúa su dependencia económica de Inglaterra, se revela siempre más importadora de cultura europea, no permiten ni complicidad, ni coincidencias entre este talentoso autor de veintidós años y su medio social.

Frente a la claustrofóbica situación que vive en su propio país, donde sus inquietudes literarias no encuentran respuestas, Manuel Ugarte en los primeros meses de 1897 decide embarcarse rumbo a Europa. “Deja atrás una Argentina que vive la declinación del roquismo –abrazado una y otra vez por el mitrismo– mientras los cereales crecen y el ganado engorda para honra de su Grandiosa Majestad Británica” (Galasso 2001: 42).

Tomando ocasión desde la precedente cita, cuyo contenido político es sólo en apariencia complejo,³ creo interesante recordar que la patria que Ugarte se deja atrás es un país que, durante el peculiar período de transición que cubre el último cuarto del siglo XIX, muestra en sí mismo la convivencia de dos Argentinas. La vieja provincia latinoamericana, rural y conservadora y que mantiene elementos épicos de sus caudillos y gauchos, parece renunciar a su papel cultural protagónico, para dejar espacio a una Argentina cosmopolita, que mira hacia el Atlántico, por su joven necesidad de aires europeizadas y en su demasiado fresco olvido de una hermandad latinoamericana.

Antes de considerar los acontecimientos que llevan a Ugarte a la primera etapa de su “biografía mexicana”, la situación histórica y cultural que he referido sobre la Nación Argentina nos permite empezar a desovillar la madeja, para dar desarrollo a precisos hilos temáticos. De hecho, es en la coexistencia dramática de estas dos distintas realidades culturales donde encuentra su más profundo sentido la elección de Ugarte de participar a la lucha desde una posición de distancia; donde se produce esa falta de clima político favorable y de atmósfera social creativa y serena que fija la huella intelectual de toda la “generación argentina del 900”, a la cual pertenecen Ugarte y unos compañeros nacidos entre 1874 y 1882;⁴ donde empieza a definirse, por fin, la sensibilidad receptiva

³ Sin entrar en modo detallado en los aspectos ideológicos e históricos que caracterizan estos movimientos políticos, me parece por lo menos pertinente subrayar que los términos roquismo y mitrismo se refieren a la doctrina política de dos Presidentes de la Nación Argentina. Por un lado, la primera expresión nos remite a Julio Argentino Roca (1843-1914): líder indiscutido del Partido Autonomista Nacional (PAN), logró controlar durante más de treinta años las dinámicas de la política argentina. “El Zorro” –famoso apodo que se atribuye a este representante del más tradicional caudillismo político latinoamericano– es una de las figuras más contradictorias de la historia de su país, en particular por las atroces responsabilidades que tiene en la Gran Campaña del Desierto (1878-1881); la acción militar llevada a cabo por el gobierno contra los pueblos indígenas, para obtener el control territorial de la Pampa y la Patagonia oriental. A pesar de esta grave implicación, una parte importante de la historiografía argentina, considera Roca, que es Jefe del Estado en dos oportunidades (1880-1886 y 1898-1904), uno de los arquitectos de la Nación moderna: su política es caracterizada por la promoción de una fuerte inmigración europea, la construcción de ferrocarriles, la separación de Iglesia y Estado y el enorme impulso a la educación. Por el otro lado, el movimiento llamado mitrismo nos remite a la importante figura de Bartolomé Mitre (1821-1906), que es Presidente de la Nación Argentina entre 1862 y 1868. Sus méritos se refieren también al ámbito periodístico e historiográfico; además de ser el autor de los tres volúmenes de la *Historia de San Martín*, Mitre es el fundador (1870) del diario *La Nación*, hoy todavía uno de los más influyentes de Latinoamérica. En modo análogo, vale la pena recordar que Bartolomé Mitre es, junto a Leandro Alem y Bernardo de Irigoyen, uno de los líderes de la Unión Cívica, el partido político que en el julio de 1890 produce la insurrección cívico-militar conocida como la *Revolución del Parque*. Aunque esta acción es derrotada por el gobierno, su resultado es importante; de hecho, lleva a la renuncia del Presidente Miguel Juárez Celman, cuñado de Roca, y a su reemplazo por Carlos Pellegrini.

⁴ Entre los integrantes de la “generación argentina del 900” se deben recordar Leopoldo Lugones (1874-1938), Ricardo Rojas (1882-1957), Alberto Ghilaro (1875-1946), amigo íntimo de Ugarte desde la adolescencia e importante colaborador en la *Revista Literaria*, Alfredo Lorenzo Palacios (1880-1965), José Ingenieros (1877-1925), Macedonio Fernández (1874-1952) y Manuel Gálvez (1882-1962).

que caracteriza, sobre todo alrededor de las cuestiones latinoamericanas, la capacidad crítica de nuestro pensador argentino.

En este sentido, el viaje a Francia tiene una notable importancia en el recorrido formativo de la sensibilidad intelectual ugartiana. Traslado, huida o migración a esa Europa, que como explica intensamente el amigo Manuel Gálvez en la novela generacional *Hombres en soledad*, representa el espacio social y cultural que puede salvar al argentino: un ser humano condenado a una bella y poética soledad trágica, la cual nace del infinito vacío que enseña la pampa y renace como la expresión más auténtica e instintiva en el tango (Gálvez 1946: 180-185).

En septiembre de 1897, actuando un ritual cultural y social común a muchas generaciones de artistas latinoamericanos, Ugarte llega a París. La relación entre el argentino y la capital francesa ya desde el principio se muestra intensa y de fuerte complicidad. Desde la llegada del joven bohemio, hasta la conferencia que el ya maduro intelectual socialista pronunciará en octubre de 1911 en “La Sorbona”, sobre el tema “Las ideas francesas y la emancipación americana”,⁵ Ugarte será uno de los protagonistas de la “larga década, durante la cual se iniciaron, o florecieron en la gran ciudad la mayor parte de los espíritus que hasta ahora influyen sobre el movimiento intelectual de América” (Ugarte, a: 52). Entre el núcleo de los latinoamericanos que frecuenta durante estos años se destacan el nicaragüense Rubén Darío, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el venezolano Rufino Blanco Fombona, el peruano Francisco García Calderón, el chileno Francisco Contreras, los argentinos Rogelio Iruetia y José Ingenieros, el uruguayo Florencio Sánchez y el mexicano Amado Nervo.

En ese París donde “estábamos en pleno simbolismo, decadentismo y modernismo” (Ugarte, a: 31) y donde sin dejar completamente la vida bohemia, perfecciona el francés, estudia el italiano y el inglés y sigue los cursos universitarios de filosofía, el alma latinoamericanista de Ugarte se siente instintivamente llevada a participar en dos asuntos políticos importantes. Frente a la intervención yanqui en la guerra cubano-española en febrero de 1898 y a la vorágine determinada por el caso Dreyfus, que alimenta sus inquietudes políticas y lo acerca a las conferencias socialistas de Jean Jaurès, el poeta soñador enamorado de las letras empieza a mostrarse crítico hacia temas más

⁵ Esta conferencia tuvo una recepción significativa por parte de la prensa francesa (véanse las reseñas y los comentarios publicados por *Le Temps*, *Le Figaro* y también por órganos de carácter más político, como *L'Action*). Es interesante, en particular, subrayar que esa conferencia –cuya tribuna no podía ser más importante– representa el trampolín desde el cual Ugarte se despide de París para lanzarse a su gira por las repúblicas de la Patria Grande.

comprometidos. Y es principalmente esta dirección de su conciencia, siempre más seducida por las reflexiones socialistas y antiimperialistas, que conduce Ugarte a profundizar sus ideas con un viaje que será momento de reflexión fundacional. En los últimos días de junio de 1899, desembarca en los Estados Unidos de Norteamérica.

¡Cuán poderosos eran los Estados Unidos! [...] Al mismo tiempo que mis admiraciones, aumentaban mis desilusiones. ¡Oh, el país de la democracia, del puritanismo y de la libertad! Los Estados Unidos eran grandes, poderosos, prósperos, asombrosamente adelantados, maestros supremos de energía y de vida creadora, sana y confortable; pero se desarrollaban en una atmósfera esencialmente práctica y orgullosa, y los principios resultaban casi siempre sacrificados a los intereses o a las supersticiones sociales (Ugarte 1923: 17-18).

Pasando de Nueva York a Chicago, Omaha, Salt Lake, San Francisco y Los Ángeles, Ugarte se confiesa impresionado por el formidable desarrollo de esa sociedad industrial, por el exclusivismo y el desprecio que el carácter norteamericano muestra sobre todo por lo de origen latino. El poeta errante, el turista argentino que llega de París buscando tierras desconocidas respira por primera vez la prosperidad económica y la variedad cultural del gigante del Norte, su hambre de infinitas posibilidades, y advierte lo poco que, paradójicamente, los latinoamericanos mismos saben acerca de sus propias repúblicas. Mientras intenta comprender las políticas de la poderosa nación, se enfrenta con las expresiones de un peligroso imperialismo: “leyendo un libro sobre la política del país, encontré un día citada la frase del senador Preston, en 1838: ‘La bandera estrellada flotará sobre toda la América Latina, hasta la tierra del Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza’” (Ugarte 1923: 7).

De esta manera, en el pensamiento del escritor argentino empieza a consolidarse la idea de una indispensable correlación entre un fuerte antiimperialismo y la necesidad de crear una unidad latinoamericana. El viajero abandona la ciudad de San Diego y, por ferrocarril, llega a la frontera de México, “en el extremo norte de la parte hispanoamericana del Continente, [...] el común murallón y el rompeolas histórico que desde hace un siglo soporta los aluviones y defiende a todo el Sur” (Ugarte 1923: 23).

Cuando Ugarte cruza la tan significativa frontera, en el otoño de 1899, México se encuentra bajo el régimen dictatorial de Porfirio Díaz, el general oaxaqueño que había tan activamente participado en la victoria mexicana contra los franceses invasores y que ahora gobierna el país del águila y la serpiente siguiendo el personalísimo lema “poca política y mucha administración”.

1.2 *El intelectual latinoamericanista se descubre a sí mismo*

El cambio geográfico, lingüístico y cultural que Ugarte vive en el trayecto de los Estados Unidos de Norteamérica a México no podría ser más fuerte e intenso. Sorprende sobre todo la eficacia, en términos hermenéuticos, de la experiencia receptiva que Ugarte vive. A través del viaje –movimiento cultural e interpretativo– que hace entre verano y otoño de 1899, por un lado, se activa el proceso de formación de su conciencia y se instaura una dinámica de expectativas y respuestas y, por el otro, tiene principio un fenómeno receptivo muy peculiar. A partir de la experiencia que la conciencia de Ugarte hace del *aquí* de la realidad Estados Unidos-México, se crean las condiciones dialécticas para reducir la distancia entre sujeto y objeto del conocimiento. Desde ese primer encuentro, se activa un sugestivo proceso de recepción que tiene como polos del diálogo a México y a Manuel Ugarte, los ambientes literarios e intelectuales del país azteca y el hombre de cultura latinoamericano.

Regresando, sin embargo, a nuestro proceder biográfico e imaginando el carácter prematuro de ciertas consideraciones teóricas, creo pertinente dirigir la atención al sentido dicotómico que caracteriza la recepción por parte de Ugarte, de estos dos mundos; la cohesión, la agresividad cultural y el crecimiento económico del Norte se oponen a la balcanización, la subordinación y el atraso en el Sur. Como recuerda en su importante ensayo de 1923,⁶ *El destino de un continente*:

Desde la frontera surge viva y patente la oposición inconciliable entre los dos conjuntos. El anglosajón, duro, altivo, utilitario, en la infatuación de su éxito y de sus músculos, improvisa poblaciones, domina la naturaleza, impone en todas partes el sello de su actividad y su ambición, auxiliado y servido como lo fueron los romanos de las grandes épocas por razas sometidas –indios, chinos, africanos–, que recogen las migajas del festín, desempeñando tareas subalternas. Frente a él, el mejicano de pura descendencia española o mestizo, prolonga sus costumbres despreocupadas y acepta las presentes del suelo, fiel a tendencias contemplativas o soñadoras que le llevan a ser desinteresado, dadivoso y caballeresco, susceptible ante el igual, llano con el inferior, dentro de una vida un tanto patriarcal, donde el indio no está clasificado por su raza, sino como los demás hombres, por su ilustración y su cultura (23-24).

Desde el puente del río Bravo, el ferrocarril perteneciente por ese tiempo a una empresa estadounidense conduce Ugarte por Chihuahua, Zacatecas, Guanajuato, hasta la capital. En

⁶ Recurrir a los aspectos autobiográficos que Ugarte propone en algunos de sus ensayos, si por un lado conlleva cierta falta de distancia crítica desde el ahora, por el otro permite comprender el testimonio directo del pensador argentino y apreciar su recepción del México de ese período. Además, considerando el sentido retrospectivo de mi presentación, me parece interesante por lo menos registrar la distancia que separa la impresión inmediata de Ugarte de su intención escritural y expresión ensayística.

todo el país, el dominio de un casi septuagenario Don Porfirio silencia cualquier oposición parlamentaria y en los periódicos reduce casi a la nada el debate de índole política. “De 1888 a 1903 será el poder sin más, la autoridad indiscutida, la última palabra, el cállese, obedezca y no replique. Será el presidente-emperador” (González 1981: 960-61). En este sentido, resulta un testimonio importante lo que escribe el mismo viajero argentino, acerca de su primera llegada a la capital de México: “Lo primero que se notaba al llegar, era la falta de libertad interior. [...] El poder central tenía la destreza de atraer a los unos con prebendas y de amedrentar a los otros con sanciones, estableciendo en la apariencia una unanimidad adicta. Sin embargo, se adivinaba en la sombra, como contraposición al sometimiento, la rebelión desorientada que debía dar nacimiento a la anarquía futura” (Ugarte 1923: 26).

En particular, Ugarte observa bajo un enfoque crítico antiimperialista las incongruencias de una economía donde el capitalismo extranjero es sobrepuesto a una estructura agraria feudal y donde el progreso industrial y la prosperidad material resultan fenómenos bien separados de la realidad colonial del pueblo. Experimenta gracias a su misma dinámica receptiva lo que sintetizará muy bien Stanley R. Ross. “Había prueba diaria de la acusación que México bajo Díaz se había vuelto ‘la madre de los extranjeros y la madrastra de los mexicanos’” (Ross 1955: 32).

Desde el punto de vista de la prosperidad, el país se hallaba aparentemente en excelentes condiciones. Grandes trabajos públicos, empresas poderosas, ferrocarriles en construcción, edificios monumentales sorprendían al viajero que había oído hablar en los Estados Unidos con tan irrevocable desdén del país vecino. Pero horadando esa apariencia de desenvolvimiento financiero y auge nacional, se descubrían los hilos de oro que ponían en movimiento desde el extranjero todos los resortes. Económicamente, el país estaba, en realidad, en poder de los Estados Unidos (Ugarte 1923: 26).

Pero durante su permanencia en la Ciudad de México Ugarte no tiene ocasión de conocer los hombres que componen el partido científico, es decir, ese equipo de consejeros positivistas y tecnocráticos que “sirvieron de enlace entre el gobierno y el capital de fuera, como asesores en los bancos y en el fisco, y en definitiva, como satélites del ministerio de Hacienda” (González 1981: 957-58). El joven latinoamericanista *in fieri* –un inteligente y rico argentino fuertemente seducido todavía por la poesía modernista y la vida bohemia– sólo oye hablar de esos representantes de la propaganda porfirista que, a través de una táctica de hábiles concesiones, legitiman la actuación por parte de los Estados Unidos de un imperialismo al revés, *casi pacífico* (Villegas 1993: 79-80).

En la capital mexicana, de hecho, lo que se plantea Ugarte es ponerse en contacto con la gente de pluma. Por eso, conoce y frecuenta a la intelectualidad que se congrega alrededor de uno de los proyectos editoriales y literarios más importantes del país en el período entre los siglos XIX y XX: la *Revista Moderna*. Aparecido en julio de 1898 como continuador de la *Revista Azul* (1894-96), de Manuel Gutiérrez Nájera, este órgano de difusión del modernismo mexicano se revelará hasta su epílogo,⁷ en junio de 1911, uno de los instrumentos esenciales a la elaboración y difusión de las propuestas de la literatura nacional y latinoamericana.

El encuentro con el grupo de la *Revista Moderna*, dirigida por el poeta Jesús E. Valenzuela, representa el importante momento que marca en modo indisoluble el tono de la relación y de la dinámica receptiva que se instauran entre la realidad cultural mexicana y el escritor argentino. Desde ese momento se crean diálogos, amistades, afinidades importantes:

Allí conocí a Luis G. Urbina, que fue después secretario de la Embajada de México en España; a Ciro Ceballos, director de la Biblioteca Nacional; a Amado Nervo, que murió cuando iba a tomar posesión de su cargo de ministro en la Argentina; a Juan Sánchez Azcona, embajador en España; a Jesús Urueta; al dibujante Julio Ruelas, que murió en París; a Alfonso Cravioto, Rubén Campos y muchos otros que han ocupado u ocupan altas posiciones oficiales. Nunca hubo en nuestra América una floración conjunta de brillantes espíritus como la que en aquel momento se levantaba, en la que con orgullo llamaban todos la capital azteca (Ugarte 1923: 27).

Además, conoce al pintor Ramos Martínez, cuya obra podrá todavía apreciar en París, al poeta José Juan Tablada, a los escultores Guerra y Nava y al reconocido padre espiritual del grupo, don Justo Sierra.

Desde el punto de vista de la importancia, en términos receptivos, del encuentro entre el joven intelectual latinoamericanista y el grupo de “brillantes espíritus” de la *Revista Moderna*, creo interesante recordar lo que escribe uno de los fundadores de la publicación:

Recordamos en juvenil evocación la jovial estancia por primera vez en México del poeta argentino Manuel Ugarte [...]. El poeta Valenzuela lo recibió con los brazos abiertos, como todos nosotros, y el *che* adolescente que aún no tenía necesidad de rasurar su bozo para aparecer imberbe, participó de nuestros ágapes y nuestras faunalias con franca cordialidad. Su ideal era acaudillar, como el Ariel de los moabitas, una cruzada de Sur contra Norte, tarea de Atlante para sustentar en sus hombros un nuevo mundo cuyo equilibrio cada vez se complica más, pero que entusiasmaba al joven escritor que dejó un

⁷ La *Revista Moderna*, a partir de noviembre de 1903, cambia su título por *Revista Moderna de México* y deja de ser una publicación exclusivamente literaria para abrirse hacia temáticas y objetivos de actualidad y política.

grato recuerdo entre nosotros durante su larga permanencia que los supervivientes recordamos con cariño (Campos 1996: 147).

Como un Atlante que muy pronto tomará sobre sus hombros todo el peso de su misión latinoamericanista, al final de septiembre de 1899, Ugarte se embarca en Veracruz para regresar a Europa. Ha experimentado las paradojas de la democracia norteamericana, el rencor y la hostilidad contra el “gringo” que existen entre la sociedad mexicana y, durante las pocas horas de escala de su barco, tiene modo de observar la atrocidad del sistema terrorífico que los Estados Unidos imponen en Cuba. Mucha es la amargura que deja inquietos sus pensamientos sobre el destino de una patria hispanoamericana que considera siempre más como la víctima de las dinámicas imperialistas anglosajonas.

El desarrollo ideológico de Manuel Ugarte, a partir de 1900 –en febrero se publica el ensayo *Ariel* de José Enrique Rodó–, se inclina hacia la teoría socialista, en línea con las tendencias intelectuales resultantes de su viaje a Estados Unidos y México y favorecido por el ambiente sociopolítico parisiense. Es seducido por las ideas reformistas del orador y político francés Jean Jaurès y, sin adherirse a la ortodoxia marxista, empieza a reflexionar acerca de una peculiar vertiente del socialismo que pueda ser compatible tanto con su posición antiimperialista como con el concepto de patria. Pasando por un significativo aprendizaje ideológico, su propuesta reformista se concentrará en la defensa de la Patria Grande contra el imperialismo extranjero exactamente a partir de la necesidad de un nacionalismo latinoamericano. En otras palabras, el socialismo de Ugarte busca su expresión en el mundo semicolonial de los veinte países que constituyen un continente no industrializado todavía y, pues, sin un verdadero proletariado: su contenido peculiar es determinado por la centralidad de la cuestión nacional aplicada a la realidad de la América latina balcanizada.

El camino ideológico de lucha inicia concretamente en 1901. Después de la publicación de *Paisajes parisienses*, su primera novela con prólogo de Miguel de Unamuno, Ugarte da forma a una serie de artículos políticamente comprometidos. El 19 de octubre *El País* de Buenos Aires publica su primer texto antiimperialista que se titula “El peligro yanqui”. Se trata de uno de los primeros intentos por parte de un socialista no europeo de comprender ese complejo fenómeno de consolidación del capitalismo. A completar las coordenadas de la batalla, veinte días después sale, siempre en las páginas de *El País*, el artículo “La defensa latina” donde se plantea la necesidad de la unidad latinoamericana.

El bienio siguiente representa un momento importante en la vida de Ugarte, cuyas preocupaciones y amistades literarias siguen integrándolo al movimiento modernista. En 1902 edita *Crónicas del bulevar* –su segundo libro, que tiene el prólogo de Rubén Darío y agrupa las colaboraciones periodísticas de los últimos meses. En 1903, además de publicar *Cuentos de la pampa*, libro que se coloca en la línea de esa “cultura nacional” que empieza ahora a preconizar, y su cuarta obra, *La novela de las horas y los días*, Ugarte toma una elección importante: regresar a Buenos Aires, su patria natal que no visita desde esos primeros y lejanos meses de 1897.

Vuelto a casa, se vincula a viejos y nuevos amigos: Ghiraldo, Ingenieros, Becher, Gálvez, Palacios, entre otros. En tertulias literarias y reuniones políticas, reencuentra y cristaliza la determinada actitud vital de una generación a la cual siente pertenecer, porque de esa manera también se advierte la existencia: en la “generación del 900”, cada compañero es la pulsación peculiar, la nota específica de la misma intensa melodía (Ortega y Gasset 2002: 52). En septiembre se adhiere oficialmente al Partido Socialista de la Argentina, cuyo liderazgo ejerce Juan Bautista Justo y cuyo órgano oficial es el periódico *La Vanguardia*. Aunque se producen casi de inmediato los primeros importantes roces con los dirigentes del partido, incapaces de concebir una convergencia entre internacionalismo socialista y nacionalismo latinoamericano, el comité ejecutivo le proporciona la posibilidad de vivir una increíble experiencia humana e intelectual.

Manuel Ugarte es designado delegado argentino ante el VI y VII Congreso de la Segunda Internacional Socialista, que se tienen, respectivamente, en Ámsterdam (agosto de 1904) y en Stuttgart (agosto de 1907). Estas dos participaciones constituyen un excelente aprendizaje en materia socialista. Si en la primera ocasión Ugarte tiene la posibilidad de conocer la posición que el socialismo internacional quiere asumir hacia el colonialismo, durante el siguiente VII Congreso, el intelectual argentino preside como miembro informante la comisión de “Emigración e inmigración” y participa activamente en las discusiones sobre la cuestión colonial y la actitud socialista frente a la eventualidad de una guerra mundial. En esos días de lluvia torrencial, en las salas de la Liederhall de Stuttgart, Ugarte conoce y dialoga, entre otros, con August Bebel, Rosa Luxemburgo, Karl Kautsky, Enrico Ferri, Jean Jaurès y Vladimir Lenin. Las dos experiencias le permiten llegar a conclusiones importantes y afianzan su enfoque teórico latinoamericanista. En lo específico, Ugarte está convencido de que se debe distinguir entre el nacionalismo de los países oprimidos y el de las naciones opresoras; sólo

enfocándose en esa diferencia, se puede comprender la necesidad de reivindicación de la cuestión nacional por parte de los países de una Patria Grande, aún no constituida, y sin embargo, claramente oprimida por las políticas imperialistas.

Hay que remarcar que la fuerza de este compromiso político e intelectual no impide a nuestro escritor argentino publicar copiosamente. Entre la fecha de salida a la venta de su último libro (1903) y ese 1908 que gran importancia cobra para la realidad mexicana que pronto volverá a vivir, Ugarte edita obras de claro interés literario. En 1904, salen los dos libros *Visiones de España* y *Mujeres de París*. En particular, en el primer ensayo se encuentran unas consideraciones sobre la necesidad de que escritores y artistas abandonen *l'art pour l'art* y se comprometan con una línea de lucha; esa posición es una toma de distancia, siempre más clara, respecto a la línea modernista de Darío y de los amigos de *Revista Moderna*. Durante un 1905 aún parisiense, mientras se intensifican sus colaboraciones en importantes órganos de la prensa europea y argentina,⁸ salen a la venta *El arte y la democracia*, *Los estudiantes de París* y *Una tarde de otoño, sinfonía sentimental*.

El año que sigue constituye otra etapa de esclarecimiento de su concepción poética y, al mismo tiempo, de importantes polémicas en términos, tanto de definición de un sistema literario latinoamericano, como de reanudación de esas disidencias que caracterizaban la atmósfera de *Revista Literaria*. En 1906 se publican *La joven literatura hispanoamericana: antología de prosistas y poetas*, que le vale la fuerte crítica de Rodó por la preeminencia que Ugarte atribuye a las nuevas generaciones respecto al nacimiento de la literatura hispanoamericana, el ensayo sociológico *Enfermedades sociales*, y *Vendimias juveniles*, colección de poesías compuestas años atrás. Además, Ugarte polemiza acremente con su amigo Rubén Darío por su prólogo al libro *Trompetas de órgano*, de Salvador Rueda, donde critica siempre más abiertamente el arte como fin en sí mismo y plantea la importancia social de la poesía. En modo coherente con un compromiso político siempre más vinculado con su posición literaria de lucha por una cultura nacional latinoamericana, en 1908 salen *Las nuevas tendencias literarias* y *Burbujas de la vida*.

A pesar de una producción tan intensa y abundante, y de la participación a los Congresos de la Segunda Internacional Socialista, sus ideas políticas y propuestas literarias no encuentran una recepción benévola en Argentina. *La Nación* de Buenos Aires le rechaza el

⁸ Entre otros, se deben recordar: *El Tiempo*, *La Nación* y, mencionado ya, *El País* de Buenos Aires, *L'Humanité Nouvelle* de París, *La Época* y *Helios* de Madrid.

artículo “Las razones del arte social” (1907), mientras la dirección justista y *La Vanguardia* critican en tonos batalleros tanto su papel de delegado ante la II Internacional, como los contenidos de su libro *Las nuevas tendencias literarias*.

Pero, antes de considerar la importancia que el bienio 1909-1910 asume en la trayectoria ideológica de Ugarte, creo esencial dedicar nuestra atención a la centralidad que el año de 1908 ocupa en la historia de México: el país del águila y la serpiente es el sujeto-objeto del presente proceder teórico-receptivo, es la nación que el joven turista argentino conoce durante el auge de la dictadura porfiriana y es la tierra que muy pronto volverá a observar y vivir bajo la bandera revolucionaria.

1.3 Vuelta a México, en nombre de las Revoluciones

En los comienzos de 1908 aparece publicada en el estadounidense *Pearson's Magazine*, una larga y sorprendente entrevista que el viejo caudillo-emperador Díaz ha concedido al redactor James Creelman. Los contenidos políticos de la conversación, traducidos al español para ser publicados en *El Imparcial* de México y en *La Ilustración* de Bogotá, no podrían ser más trascendentes para el país. Don Porfirio declara que “el sistema democrático es el único justo y que la nación –en 1908– ya estaba preparada para entrar de modo definitivo en la vida libre. Además, aseguró enfáticamente que se retiraría del poder al término del periodo presidencial en 1910” (Silva Herzog 2007: 84-85).

Las declaraciones agitan las aguas. Partidarios y enemigos del régimen impulsan una serie de actividades políticas inimaginables hasta pocos años atrás. Específicamente, si dos momentos de 1908 resultan importantes como anticipaciones del movimiento revolucionario que pronto México vive en su estructura socio-política y en su identidad literaria, un tercer acontecimiento prepara, sobre todo la juventud azteca, a la próxima llegada de Ugarte.

Por un lado, el 22 de marzo se desarrolla la manifestación en defensa de Gabino Barreda.⁹ La serie de oraciones que se suceden durante la jornada y la velada académica de

⁹ “La cuestión Barreda” se desarrolla a partir de la publicación por parte de Francisco Vázquez Gómez de un folleto que ataca el proyecto positivista acerca de la Escuela Preparatoria Nacional y esos principios de libertad y laicidad de la enseñanza defendidos por el mismo Benito Juárez. Creo por lo menos pertinente recordar que la manifestación pro-Barreda constituye una etapa magistral dentro del proceso revolucionario ateneísta de renovación de las ideas. Como subraya Alfonso Reyes en *Pasado inmediato* –imprescindible propuesta para la reconstrucción del sistema literario de esos lustros–, es interesante ubicar el acto aquí citado en el núcleo mismo

la noche presidida por el mismo Porfirio Díaz resultan “algo como la expresión de un nuevo sentimiento político. Fue la primera señal patente de una conciencia pública emancipada del régimen. [...] En el orden teórico, no es inexacto decir que allí amanecía la Revolución. [...] De entonces parte lo que Vicente Lombardo Toledano ha llamado: ‘El sentimiento humanista de la Revolución Mexicana’” (Reyes 1960: 209). Durante la reunión de la noche en el Teatro Arbeu, a través de un memorable e inesperado discurso, don Justo Sierra, “el propio ministro de Instrucción Pública hacía la crítica del positivismo, sin olvidar hacer mención de Nietzsche” (Henríquez Ureña 2000: 356).

Por el otro lado, en diciembre del mismo año (1908), empieza a circular en Coahuila un libro escrito por un joven desconocido en los ambientes políticos e intelectuales capitalinos: Francisco Indalecio Madero González. Su obra, que prefiere la línea política a los temas económicos y sociales (Silva Herzog 2007: 86), se titula *La sucesión presidencial en 1910*.

También el tercer acontecimiento al cual hacía referencia un poco arriba es una publicación; más bien, una impresión que subvenciona el Gobernador de Nuevo León, general Bernardo Reyes, respondiendo en modo afirmativo a la petición que le dirigen ocho futuros ateneístas,¹⁰ para “financiar una edición mexicana de *Ariel* de José Enrique Rodó, edición orgullosamente regiomontana, mejor dicho, ya que se imprime en los Talleres Lozano de Monterrey” (Curiel 2007: 43). Y al anticipar el fuerte entusiasmo que el mensaje latinoamericanista de Ugarte determinará en los primeros meses del 1912, sobre todo entre la juventud de la Ciudad de México, creo pertinente recordar aquí que “es tal el éxito obtenido por la edición regiomontana, sobre todo al difundirse entre los estudiantes, que el director de la Escuela Nacional Preparatoria [...] ordena una reedición más” (Curiel 2005: XXXI). Es la que circulará en esos años por la capital.

Entretanto, después de un 1909 que ha registrado la aparición en Buenos Aires de *Teoría y práctica de la historia*, de Juan Bautista Justo, donde se defiende el liberalismo económico, así como la idea del imperialismo como elemento civilizador, Ugarte

del movimiento cultural e intelectual que registra entre sus más importantes expresiones: la salida de la revista *Savia Moderna* (en abril de 1906), la exposición de pintura organizada por el mismo grupo editorial, los dos ciclos de la Sociedad de Conferencias (en el verano de 1907 y en la primavera de 1908), la fundación del Ateneo de la Juventud (22 de octubre de 1909), la serie de conferencias de asunto americano que se abre en ocasión del año del Centenario, la creación (1910) por Justo Sierra de la Escuela de Altos Estudios, es decir, la supuesta fundación de la Universidad Nacional de México y la institución de la Universidad Popular (diciembre de 1912). Para profundizar en modo más completo estos temas, véase Curiel (1999).

¹⁰ Me refiero a Rafael López, Alfonso Cravioto, Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo, Rubén Valenti, Jesús T. Acevedo, Pedro y Max Henríquez Ureña.

comprende definitivamente que no hay posibilidad de cambio de orientación en la base del socialismo argentino. “La bandera del internacionalismo, piensa Ugarte, está cobijando ahora a los batallones del imperialismo conquistador” (Galasso 2001: 180). En este sentido, el año de 1910 es fundamental en su dirección de combate ideológico.

En marzo el escritor argentino regresa de Niza a París y publica el nuevo libro *Cuentos argentinos*, que retoma la línea de *Cuentos de la pampa*. Por fin, el 25 de mayo, un mes antes que se efectuaran del otro lado del Atlántico las elecciones (26 de junio) para el Presidente de la República mexicana, Ugarte sube a la tribuna y pronuncia en el histórico *Saló de Cent* del Ayuntamiento de Barcelona, su primera conferencia acerca del futuro de América Latina: “Causas y consecuencias de la Revolución americana”. No por casualidad, este texto abre la colección de discursos que Ugarte publicará en 1922, con el título de *Mi campaña hispanoamericana*; de hecho, la conferencia de Barcelona representa el punto de inicio de la gira emprendida poco después por toda América.

A fines de año, Ugarte edita una de sus más intransigentes expresiones de combate para la liberación nacional y social del continente, *El porvenir de la América española*. Dato no sólo curioso: la fecha de publicación de la obra no cae muy lejos de ese 20 de noviembre, desde cuya tarde Francisco Madero, con el Plan de San Luis Potosí, llama a todos los ciudadanos mexicanos a tomar las armas para unirse al movimiento revolucionario. El libro del pensador argentino que analiza los orígenes de la América de raíz ibérica y estudia el diferente desarrollo respecto al Norte anglosajón, para concluir con la denuncia del peligro imperialista y la necesidad de la unificación latinoamericana, obtiene gran repercusión, tanto en Europa, como en Latinoamérica.

Siguiendo en modo coherente sus ideas acerca de un socialismo formulado para la realidad colonial y sin inquietarse por la condena de proclama alarmista que *La Vanguardia* dirige a su ensayo, Ugarte pronuncia en la *Sorbonne* su conferencia de despedida de Francia. Es el 14 de octubre de 1911; unos meses después de haber comprendido que su gran tarea es fortalecer las ideas desarrolladas en *El porvenir de la América española*, directamente a través de una campaña propagandística por los veinte países latinoamericanos. Así, el 29 de octubre parte para realizar su gira continental:

Lo que más me interesaba descubrir era el estado de espíritu de la enorme zona y su disposición para la vida independiente, procediendo a lo que podríamos llamar un sondeo del alma colectiva en los momentos difíciles que se anunciaban para el Nuevo Mundo. El hispanoamericano que se lanzaba así a recorrer un Continente sin mandato de ningún Gobierno, sin apoyo de ninguna institución, luchando por un ideal, sin más armas que su patriotismo y su desinterés, tenía que ser,

naturalmente, para algunos, viajero poco grato y testigo molesto. Adivinaba las hostilidades acerbas y las rudas luchas que me aguardaban, así como presentía los entusiasmos a que debía dar lugar el gesto entre las nuevas generaciones. Fue deliberadamente, con pleno conocimiento de causa, que emprendí el viaje difícil (Ugarte 1923: 44).

Los primeros países donde realiza sus conferencias en las facultades y los ateneos son Cuba y República Dominicana. Obrero de una doctrina latinoamericanista que encuentra su chispa primigenia en el proyecto unificador de Simón Bolívar y José de San Martín, el argentino llega a la Ciudad de México el 3 de enero de 1912. Gracias a la intervención de Juan Sánchez Azcona, que ha conocido durante su primer viaje mexicano, es recibido por el Presidente en el Palacio Nacional. Ugarte, en el ensayo de 1923, acuerda sus impresiones sobre la entrevista con Francisco Madero:

Cuando traté de orientar la conversación hacia la política internacional, se tornó monosilábico. “El panamericanismo... el progreso... la civilización”. Pero ¿el caso de Cuba? ¿El de Panamá? “Imposiciones geográficas”... México era una nación “tradicionalmente amiga de los Estados Unidos”... “el Nuevo Mundo”... “el progreso sobre la *vetusta* Europa”... No faltó un solo lugar común de lo que llamaremos, con ayuda de una locución que es aún familiar en Francia, el *derrotismo* hispanoamericano. [...] Pero salí del Palacio Nacional con la sensación de que, a pesar de todos los convencionalismos, aquel hombre tan insuficiente, tan limitado, era sincero (95-96).

En la opinión del intelectual latinoamericanista, el Jefe del Gobierno mexicano es un “[i]dealista y soñador” que desconoce las dinámicas importantes de la política internacional y cuyo error “fue suponer que su plataforma y su teatro eran los libros que había leído aturdidamente y sin plan antes de lanzarse a capitanear guerrillas” (Ugarte 1923: 97). Con respecto a este punto de vista, será interesante considerar la posición de José Vasconcelos, en esos meses tercer presidente del Ateneo de la Juventud, tanto por el ataque que dirige a la juventud estudiantil, como por su defensa maderista. En las páginas de sus memorias, el filósofo mexicano habla de la visita de Ugarte en términos de “único fracaso de la nueva política hispanizante” del gobierno de Madero y sostiene que “[d]esde que desembarcó lo atraparon los descontentos, lo rodearon los intelectuales del viejo régimen. Le hablaron de la calumnia corriente: «Madero había hecho la revolución con dinero yanqui»” (Vasconcelos 2007: 403).

Pero, a pesar de las diferentes polémicas y las tentativas de impedir sus conferencias que –como mostraré más detalladamente en los siguientes capítulos– caracterizan la recepción del pensamiento ugartiano durante esta segunda visita a México, el pensador argentino logra realizar su gira propagandística en tierras aztecas. Como anticipación a la que

será una intensa expresión de patriotismo latinoamericano, un grupo de estudiantes a los cuales se suman núcleos obreros organiza el 24 de enero una manifestación que pasa bajo las ventanas del hotel de Ugarte. Protestan contra la posibilidad de que se prohíba su conferencia. La calle está literariamente obstruida y cuando Ugarte agradeciendo a la masa cita los nombres de San Martín y Bolívar, todas las cabezas se descubren. “Nunca he sentido una emoción semejante. Era el desborde de todos los instintos patrióticos que encontraban al fin la válvula de escape en una explosión contra la intriga de los políticos y en un juramento de fidelidad a los idealismos batalladores” (Ugarte 1923: 103).

Así, en un clima tenso por la presión diplomática estadounidense y las manifestaciones populares y estudiantiles de solidaridad al sabio argentino, la conferencia se realiza durante la noche del 3 de febrero. En el Teatro Mexicano completo en todos sus asientos, “El tema ‘Ellos y nosotros’ fue desarrollado magistralmente en medio de grandes ovaciones. [...] La avalancha humana, la muchedumbre tenía ímpetu de huracán” (“La primera conferencia de Manuel Ugarte fue anoche”, 4 de febrero de 1912: 1).

El 22 de febrero, Ugarte se embarca desde Salina Cruz hacia Guatemala. Aquí, como en otros países de Centroamérica la coincidencia con la visita del representante estadounidense Mr. Knox crea no pocos problemas a las conferencias de Ugarte. Sin embargo, antes de continuar su viaje hacia Panamá, Venezuela y Colombia, a principios de julio viaja a Estados Unidos: el día 9, Ugarte habla en la *Columbia University* de Nueva York sobre el tema “Los pueblos de Sur ante el imperialismo norteamericano”. El texto de su conferencia es una pieza magistral de *captatio benevolentiae* y de estrategia retórica que lleva Ugarte a recibir unas insípidas apreciaciones en la misma *domus lupi* por parte de *The New York Herald* y *The Sun*.

Después de regresar a tierra panameña y seguir su viaje hacia el Sur, el 13 de octubre de 1912 Ugarte tiene una importante reunión en la Asociación de estudiantes de Caracas. Durante la conferencia “Bolívar y la juventud” se refiere al proyecto unificador del héroe del cual todas las naciones de la Patria Grande se enorgullecen y sintetiza en modo cabal su propuesta nacional-latinoamericanista:

De norte a sur de la América Latina debemos tener dos ideales: la prosperidad interior y la independencia nacional y debemos tener dos odios: las ambiciones personales y las intervenciones extranjeras, como tenemos dos puntos de contacto: el origen y el idioma, y dos puntos de apoyo: el recuerdo de nuestro pasado intangible y la esperanza de un porvenir triunfal (Ugarte 1922: 115-116).

A principio de 1913, Manuel Ugarte deja los éxitos colombianos de su mensaje para seguir su gira hacia Quito, Lima y La Paz. Mientras se encuentra en tierra andina, dos acontecimientos marcan con diferentes colores el cuadro de la situación (latino)americana. En México, se consuma la atroz Decena Trágica, durante la cual “[e]l horrendo drama público de la traición de Huerta y el asesinato de Madero sacudieron al país hasta los cimientos y dieron origen a pasiones, impulsos y organizaciones más radicales que cualesquiera de las aparecidas en el país desde las cruzadas por la independencia, de cien años antes[.]” (Womack 2008: 156). En los Estados Unidos, Woodrow Wilson del Partido Demócrata asume el mando del gobierno, gracias a la ruptura que la doble candidatura de Theodore Roosevelt y William Howard Taft ha determinado en el Partido Republicano. Aprovechando esta última situación, Ugarte escribe una “Carta Abierta” al nuevo presidente donde denuncia los abusos estadounidenses en el continente hispanoamericano.

Entretanto, sigue su viaje propagandístico. Después de disertar en Chile, en la última semana de mayo regresa a Argentina, poniendo fin a una ausencia de casi diez años. Durante esta primera y breve permanencia en Buenos Aires, no sólo su posición en favor de una cultura nacional encuentra el más rígido desinterés por parte del ambiente literario argentino tan cosmopolita, sino sobre todo se vuelven muy tensas las relaciones con la dirección socialista. De esta manera, una vez concluida su triunfal gira continental con las conferencias en Uruguay, Brasil y Paraguay, al regresar a su patria (finales de octubre de 1913) el Centro Ejecutivo Socialista resuelve expulsar a Ugarte del Partido.¹¹

En la primavera de 1914, para protestar contra la ocupación por parte de los Estados Unidos del puerto de Veracruz, Ugarte funda el Comité Pro México –pronto se transformará en Asociación Latinoamericana. Como dirá el Canciller de la Revolución Isidro Fabela, el diplomático que será llave de ingreso para Ugarte al país azteca durante el gobierno carrancista: “La permanencia de las tropas americanas en el puerto de Veracruz es incuestionablemente un ataque a la soberanía nacional de un país independiente en sus asuntos interiores” (Fabela 1959: 20).

¹¹ Por un lado, el Comité acusa a Ugarte de violar los Estatutos por haber retado a duelo a su viejo amigo Alfredo Palacios. Por otro, el mismo escritor presenta una carta de renuncia y de clara disidencia con el Partido Socialista Argentino. Principal elemento ideológico de divergencia entre las dos posiciones es la imprescindible conciliación que Ugarte teoriza entre la política socialista específica de la realidad latinoamericana y la cuestión nacional.

Así, mientras en Sarajevo el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria (28 de junio de 1914) detona el conflicto local que en breve tiempo llevará el mundo a la *Grande Guerra*, el intelectual argentino elige los acontecimientos de la Revolución Mexicana como la materia más viva de su compromiso político y sensibiliza a las multitudes estudiantiles entre las cuales “vibra el germen de la Reforma Universitaria que estallará en 1918” (Galasso 2001: 266). Una nueva e importante generación latinoamericana empieza a reconocerse en el idealismo y las propuestas antiimperialistas de Ugarte, Rodó, Chocano y Fombona: entre los estimadores se encuentra el mexicano Carlos Pereyra, el cual le envía a finales de febrero de 1916 una copia de su libro *El mito de Monroe* (1914).

Un año después, Ugarte deja Argentina por invitación de la Universidad Nacional de México para dictar una serie de conferencias. Llega al país del águila y la serpiente a principios de abril de 1917 y encuentra más de cinco mil personas que lo aclaman en su retorno a la capital. Es un homenaje entusiasta y sincero que se le vuelve por todas las campañas que en los últimos años ha realizado en favor de México.¹² La primera visita es, naturalmente, para el Jefe del país. En modo inverso al último Presidente mexicano que había entrevistado, en la opinión de Ugarte el general Venustiano Carranza marca un momento especial en la historia latinoamericana, enfrentándose sin reverencias con el imperialismo anglosajón.

Carranza realizaba el tipo del clásico general sudamericano de las buenas épocas. Franco, sereno, paternal, poseído por un instinto fanático de patriotismo y una bravura ingénita, ejercía influencia segura sobre cuantos le rodeaban. Me recibió sin pompas protocolares, y durante la audiencia, que duró más de hora y media, habló de resistencias conjuntas, de ideales amplios, como jamás lo hizo ante mí otro presidente.

–En vista de los acontecimientos universales y dada la situación especial de México –le pregunté–, ¿sería nociva para la política del país una exteriorización completa de la verdad?

–Exponga usted cuanto crea necesario –repuso después de ligera reflexión–, y tenga la certidumbre de que nunca dirá contra el imperialismo más de lo que yo pienso (Ugarte 1923: 380-381).

¹² Entre el 24 de noviembre de 1915 y el 15 de febrero de 1916, serán las páginas del periódico *La Patria*, de Buenos Aires, el instrumento más eficaz para las denuncias y las ideas de combate de Ugarte: contra el imperialismo anglosajón, en defensa de México, en la lucha por el desarrollo industrial.

Sucesivamente, en distintas ocasiones durante el mes de mayo toma la palabra desde la cátedra de la Universidad Nacional y del palco del Teatro Ideal¹³ y expone sus ideas sobre la independencia latinoamericana de la dominación imperialista. La ovación del numeroso público que siempre presencia las intervenciones de Ugarte es notable. Se trata de un éxito importante sobre todo con respecto a la recepción que el pueblo mexicano muestra del pensamiento ugartiano y al cual ha contribuido en modo sensible el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario (1917) en Argentina y Suramérica. Isidro Fabela, protagonista absoluto en el proyecto del gobierno carrancista de mejorar la imagen que algunos sectores políticos del continente tenían acerca de la Revolución mexicana, será referente esencial del intelectual argentino. Por un lado, personalmente “se encargó de gestionar con el ministro de Relaciones, Cándido Aguilar, la invitación formal de la Universidad Nacional a Ugarte, lo cual a juicio de nuestro ministro en la Argentina era más conveniente que la invitación directa del gobierno constitucionalista” (Astorga 2008: 142). Por el otro, Fabela es el autor de ensayos importantes, como *Los Estados Unidos contra la libertad* (1918) y *Buena y mala vecindad* (1958).

1.4 Los grandes ensayos entre amargura y esperanza

En agosto Ugarte se encuentra de nuevo en Buenos Aires. Asfixiado por la atmósfera porteña de fascinación aliadófila, se siente desterrado dentro de su misma patria al defender la neutralidad de Latinoamérica frente al conflicto. Y mientras los compañeros de su generación y los amigos parecen abandonarlo, el invierno se hace todavía más desolador con el fallecimiento de su padre Don Floro. Entonces, también frente al triunfo de Inglaterra y los Estados Unidos que advierte como grave amenaza imperialista, el “Maestro de América” se decide por el autoexilio en Europa: otra vez, el intelectual que critica, lucha, “participa quedándose sobre los árboles” (Eco 2006: 69).

En febrero de 1919 Ugarte se instala en Madrid donde reanuda las viejas amistades y conoce Teresa Desmard, una joven francesa de rara hermosura que será su esposa diez años más tarde. Desde España, no mucho tiempo después de la muerte de

¹³ Con respecto a las conferencias que Ugarte tiene en México durante la primavera de 1917, me parece pertinente hacer una aclaración. Mientras Galasso recuerda como fechas el 3, el 17 y el 23 de mayo, en el periódico *El Universal* –como se analizará en el capítulo tercero– aparecen artículos que atestiguan las conferencias del 12 y del mismo 23.

Emiliano Zapata (10 de abril) y de su querido amigo Amado Nervo (24 de mayo), toma otra vez la defensa de la Revolución y de la Constitución de Querétaro de 1917, al publicar el folleto *La verdad sobre México*.

Con la década de los veinte, se traslada junto a Teresa a Niza, para buscar un clima más favorable, y encuentra la gran temporada de su producción ensayística, mas no sólo eso. A pesar de sus *Poesías Completas*, de los cuentos breves de *Las espontaneas* –las dos colecciones son de 1921– y de la novela *El camino de los dioses* (1926), Ugarte publica hasta 1930 obras de enorme importancia política e ideológica. En la mitad de julio de 1922 aparece, por la editorial Cervantes de Barcelona, una selección de los discursos de su gira continental: *Mi campaña hispanoamericana*. Además, si en el mismo año publica *La Patria Grande*, colección de artículos, y tiene colaboraciones periodísticas sobre todo con *El Universal* de México, *La libertad* de Madrid y *La Revue* de París, en diciembre de 1923 sale en las librerías por la editorial madrileña Mundo Latino el ensayo *El destino de un continente*.

Los comentarios sobre esta última publicación de fuerte línea antiimperialista no se hacen esperar. Entre los juicios entusiastas se encuentran los de Carlos Pereyra y Víctor Raúl Haya de la Torre –el peruano llegará a considerar a Ugarte el más importante precursor de la Alianza Popular Revolucionaria Armada (APRA). Pero, la aparición del nuevo libro determina también la conclusión de muchas colaboraciones periodísticas. Así, durante un 1924 que se abre con la terrible noticia de la muerte de su madre, Doña Sabina, el intelectual argentino edita un libro intimista donde el luchador y el desterrado se confiesan y que se titula *El crimen de las máscaras*.

En 1927 publica la recopilación de crónicas y artículos *La vida inverosímil* y acepta la invitación del gobierno soviético a visitar la URSS y asistir a las ceremonias del décimo aniversario de la Revolución bolchevique. A pesar de las dificultades que vive el coloso comunista, sobre todo por la fase interna de lucha política e ideológica entre Stalin y Trotsky,¹⁴ la experiencia rusa se revela importante para el socialista argentino y su revisión del latinoamericanismo. Conoce, entre los muchos intelectuales presentes, a Diego Rivera y Henri

¹⁴ Los festejos del décimo aniversario bolchevique representan la ocasión para la Oposición Unificada (1926) de probar su fuerza frente del régimen de Stalin. De hecho, la elección de organizar en modo autónomo las celebraciones lleva a los violentos enfrentamientos entre opositores y milicias estatales que se desarrollan por las plazas durante las ceremonias. Hacia fines de 1927 estos opositores serán expulsados del Partido Comunista Soviético. Con respecto a Trotsky, es importante por lo menos acordar que en 1929 es desterrado de la URSS y que desde entonces empezará el peregrinaje de oposición crítica estalinista, que después de diferentes países lo llevará a México. En 1938 será Lázaro Cárdenas, gracias en particular al fuerte interés de Diego Rivera, que concederá a Trotsky el asilo político.

Barbusse; este último lo llamará el año siguiente a integrar la junta de redacción de la revista *Monde*, junto a, entre otros, Albert Einstein y Máximo Gorki.

El bienio 1929-1930 representa para Ugarte un momento muy difícil. Edita los libros *Las mejores páginas de Manuel Ugarte* y *La Salvación de nuestra América* y publica interesantes artículos sobre el guerrillero nicaragüense Augusto César Sandino; sin embargo, la crisis económica mundial le crea notables problemas financieros. Viviendo una situación siempre más desesperada, que no encontrará sustancial mejoramiento durante la década de los años treinta, por un lado polemiza con el ex compañero de lucha Carlos Pereyra, que pasa a posiciones más derechistas y, por otro intensifica su correspondencia con José Vasconcelos.

El político y filósofo que Ugarte conoció en 1912 como presidente ateneísta es el convencido maderista que, al proclamarse en 1920 el Plan de Agua Prieta, se alinea con Álvaro Obregón contra Carranza. Vasconcelos es, además, el rector de la Universidad Nacional de junio de 1920 a octubre de 1921, y es nombrado Secretario de Educación Pública cuando el Presidente Obregón decide reinstaurar el Ministerio de Instrucción que Carranza había suprimido. Y precisamente desde esa plaza, el autor de *La Tormenta* pone en práctica (1921-1924) su concepción de la Revolución como experiencia universal, actuando un poderoso plan educativo que incluye: la fundación de escuelas rurales para despertar la conciencia cultural, la campaña contra el analfabetismo a partir de la organización de un sistema escolar nacional y la difusión y promoción de la literatura y de las artes (Monsiváis 1981).

En un momento tan difícil de su vida, Manuel Ugarte restablece una relación intensa de correspondencia y confrontación ideológica con Vasconcelos, el cual, si por un lado no ha asimilado todavía la amarga derrota sufrida en las elecciones presidenciales de 1929, por el otro está articulando en estos años las teorías que comparten ciertos aspectos con el latinoamericanismo del pensador argentino. Será en efecto muy interesante considerar más adelante en este estudio las analogías y diferencias que comparten el desarrollo ideológico ugartiano y obras como *La raza cósmica* (1925), *Indología* (1926) y *Bolivarismo y monroísmo: temas iberoamericanos* (1934).

Mientras transcurren, pues, los años bajo el signo de los problemas económicos y de la desesperación –en 1932 se publica *El dolor de escribir*, libro amargo y significativo del período–, Manuel Gálvez lo convence de regresar a Buenos Aires. Así, en mayo de 1935 desembarca en la ciudad porteña después de dieciséis años de autoexilio. Para adquirir el pasaje, Ugarte tuvo que vender los casi tres mil libros de su biblioteca.

Por ironía del destino, mientras la Revolución en México vive su momento más fértil bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940),¹⁵ la República Argentina se encuentra en plena Década Infame.¹⁶ La atmósfera moral pesada que vive el país no produce resultados positivos para Ugarte. Y además de otra tentativa desastrosa de acercamiento al Partido Socialista, son los suicidios de Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni y del político Lisandro de la Torre, que fortalecen en su alma la soledad y lo conducen otra vez a dejar Argentina.

En 1939 se encuentra en Viña del Mar, Chile, cuando lo alcanza la noticia del inicio de la Segunda Guerra Mundial: otra vez el hombre de cultura elige la neutralidad para Latinoamérica. Sobreviviendo, publica en 1942 por la editorial Orbe el libro *Escritores iberoamericanos de 1900*, probablemente su mejor obra literaria, en la que “logra acercar al lector a la intimidad de esos grandes escritores que fueron sus compañeros del París de fin de siglo” (Galasso 2001: 457).

Así, bien concentrado en los eventos argentinos que a partir del golpe militar contra Ramón Castillo parecen permitir una vuelta a la normalidad constitucional, Ugarte está convencido que el triunfo electoral de Juan Domingo Perón (24 de febrero de 1946) constituye la puesta en marcha de la Revolución Nacional. Regresa, pues, a Buenos Aires en mayo y a la semana siguiente es recibido en la Casa Rosada para una entrevista con Perón. En un subseguirse de acontecimientos que parecen devolverle el entusiasmo y la fuerza de luchar, en septiembre la Presidencia de la Nación Argentina lo designa Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en la República de México. Para el hombre de setenta y un años es una emoción especial: el reconocimiento oficial que siempre le negaron es volver a su querido México, después de tanto tiempo.

Pero las perspectivas entusiastas de esta misión diplomática no encuentran la realización esperada. El México de Miguel Alemán Valdés, que será Presidente entre diciembre de 1946 y noviembre de 1952, es un país caracterizado por una fuerte industrialización propiciada a través de un incremento poderoso del capitalismo, una fuerte

¹⁵ Asocio el término de fertilidad al momento revolucionario del cardenismo para acordar y subrayar la importancia de sus reformas en los ámbitos agrícola y petrolífera y, además, de su capacidad de reconquistar la confianza del pueblo mexicano.

¹⁶ Con la expresión “década infame” se indica en Argentina la etapa histórica que inicia en el septiembre de 1930 con el golpe de estado de José Félix Uriburu que depone al Presidente Hipólito Yrigoyen y termina en el junio de 1943 con el derrocamiento de Ramón Castillo. Los otros dos “mandatarios” del período son Agustín Pedro Justo (1932-1938) y Roberto M. Ortiz (1938-1940). En general, la década infame es caracterizada por el sistemático fraude electoral, la corrupción generalizada y la dura represión de la oposición.

extensión del patrimonio de los grandes propietarios y una política represiva particularmente adversa a los intereses obreros y campesinos.

El viejo izquierdista, el intelectual antiimperialista logra renovar ciertas amistades literarias y políticas. Sin embargo, poco soporta los ocios y las nimiedades del mundo diplomático mexicano. En el tiempo que los compromisos comunes le dejan libre, “pone en marcha algunos proyectos destinados a estrechar vínculos latinoamericanos: se relaciona para ello con los muralistas mexicanos, a los que compromete para una exposición en Buenos Aires; asimismo prepara la Semana Mexicana en la Argentina, contratando a varios músicos y poetas aztecas” (Galasso 2001: 477). En diciembre de 1947 el gobierno alemanista, representado por las cordiales palabras de Jaime Torres Bodet, le confiere la más alta condecoración que se le puede otorgar a un extranjero: la Orden del Águila Azteca (Astorga 2008: 143).

Sin embargo, con motivo de ciertos desacuerdos con el círculo diplomático peronista, en agosto desplazan a Ugarte de la Embajada de México a la de Nicaragua. El maestro latinoamericanista permanece en Managua pocos meses; a principios de 1949 lo trasladan a Cuba, donde termina el libro *El naufragio de los argonautas* y vive un momento muy especial de su vida: se separa de Doña Teresa y se casa, a los setenta y cuatro años, con la cubana Obdulia Rodríguez Ortiz.

Frente a unos cambios fundamentales en la política exterior del peronismo, Ugarte advierte el sabor amargo de la desilusión y presenta su renuncia oficial a las funciones diplomáticas. Antes de viajar a Madrid, en agosto de 1950 se decide por un breve paso por México, justo en tiempo para recibir un último acto de homenaje por parte de unos amigos intelectuales, entre los cuales se encuentra Isidro Fabela.

De Madrid, donde ha retomado el ensayo *La reconstrucción de Hispanoamérica*, que se publicará ya póstumo en 1961, retorna brevemente a Buenos Aires con el solo objetivo de votar por la reelección de Perón, que últimamente ha vuelto a una política exterior más en antítesis con los intereses de los Estados Unidos. Con el triunfo del movimiento popular, Ugarte regresa a Madrid y, de inmediato se traslada a Niza para disfrutar miradas y paseos frente al amado Mar Mediterráneo. Pero esta elección se revela un sueño quebrado al mediodía del 2 de diciembre de 1951, cuando sus vecinos encuentran abierta la llave del calentador del gas y en la cama el cuerpo exánime de Manuel Ugarte.

**El carácter intelectual del ensayo ugartiano:
unidad latinoamericana, antiimperialismo y arte social**

No se trata aquí de la simultaneidad de la conciencia estética, pues ésta se refiere al «ser al mismo tiempo» y a la indiferencia de los diversos objetos de la vivencia estética en una conciencia. En nuestro sentido «simultaneidad» quiere decir aquí, en cambio, que algo único que se nos representa, por lejano que sea su origen, gana en su representación una plena presencia. La simultaneidad no es, pues, el modo como algo está dado en la conciencia, sino que es una tarea para ésta y un rendimiento que se le exige.

Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método I*

Este segundo capítulo, aunque ocupa un lugar posterior a la biografía de Ugarte que he querido presentar en relación con la historia del país del águila y la serpiente, revela para el desarrollo de mi tesis todo el empuje del verdadero íncipit teórico y argumentativo. Encierra una calidad fundacional para mi propuesta de trabajo por lo menos bajo dos aspectos distintos. *In primis*, aquí cae la delimitación de la materia del discurso hermenéutico: en esta segunda etapa del proceder investigativo sobre la recepción en México del pensador argentino, se analizará el ensayo ugartiano. La intención principal es la de estudiar, según una perspectiva diacrónica, el conjunto de los argumentos que definen el instrumento de expresión escritural de nuestro autor; ser humano fuerte e iluminado –como lo define Benjamín Carrión después de una visita que le hizo en Niza, en septiembre de 1926–, que

“con su campaña de toda la vida [...] ha sido el gran alertador de la conciencia de América, despreocupada acaso o desviada de camino, el despertador del espíritu, el animador de inquietudes” (Carrión 1928: 79-80).

En modo análogo, aquí se demarca la manera de llevar el discurso; la forma con la cual se devana la madeja de la recepción ugartiana, para desarrollar el hilo teórico que caracterizará el tejido de los capítulos siguientes. A partir del presente espacio y durante todo el proceso de construcción de mi trabajo, querría tanto dirigir mi intención expositiva, como remitir la atención receptiva del lector hacia algunos aspectos teóricos que Hans-Georg Gadamer señala en la “Recuperación del problema hermenéutico fundamental”, décimo capítulo de su ensayo *Wahrheit und Methode* (1960). En este sentido, la intención es primariamente la de recuperar lo que Gadamer despliega acerca de la triple división del proceso interpretativo y, en particular, sobre el problema de la aplicación, para poder desde allí construir mi propuesta personal.

En la vieja tradición de la hermenéutica, que se perdió completamente en la autoconciencia histórica de la teoría postromántica de la ciencia, este problema no había tenido un desarrollo sistemático. El problema hermenéutico se dividía como sigue: se distinguía una *subtilitas intelligendi*, la comprensión, de una *subtilitas explicandi*, la interpretación, y durante el pietismo se añadió como tercer componente la *subtilitas applicandi*, la aplicación (por ejemplo, en J. J. Rambach). Estos tres momentos debían caracterizar a la realización de la comprensión. Es significativo que los tres reciban el nombre de *subtilitas*, esto es que se comprendan menos como un método disponible que como un saber hacer que requiere una particular finura de espíritu (Gadamer 1988: 378).

La distinción que recuerda Gadamer –*comprensión, interpretación, aplicación*– tiene carácter fundacional para la organización de mi discurso acerca del tema receptivo, en particular por la relación dialógica y crítica que subtiende con la hermenéutica romántica de Friedrich Schleiermacher.

Entre los aspectos más importantes que separan los dos pensadores alemanes, está la idea gadameriana de una realización de la comprensión posible sólo a partir de la concepción unitaria del proceso hermenéutico. En modo diferente, el arte de la interpretación (*Auslegungskunst*) de Schleiermacher se apoya en la prioridad de la *subtilitas intelligendi*. Al utilizar la terminología misma del teólogo natural de Wroclaw, estamos frente de una propuesta teórica que declara la superioridad de la *interpretación técnica o psicológica* respecto a la *interpretación gramatical*. De hecho, para Schleiermacher, la *subtilitas explicandi*, la facultad de leer y explicar el texto en su dimensión sintáctica y gramatical, deja

pleno campo de acción a la *subtilitas intelligendi*. Y esta última se dirige a la comprensión del texto en sus distintos sentidos (literal, moral, filosófico, pedagógico, etc.), considerándolo antes que nada como expresión y etapa del recorrido intelectual de un autor particular. Para Schleiermacher, lo que más tiene importancia en la totalidad de la operación hermenéutica es el momento subjetivo, representado por la intención interpretativa técnica o psicológica que privilegia el sujeto-autor, con su estilo, sus condiciones morales e intelectuales, su modo de escribir y de pensar, respecto al objeto-texto y a la *verdad* de los datos que éste contiene (Mondin 1998: 386-400).

De modo diferente, la propuesta de Hans-Georg Gadamer, crítico del presupuesto subjetivista e individualista de Schleiermacher, encuentra uno de sus fundamentos precisamente en la idea de que hay una unidad interna en el proceso hermenéutico entre *intelligere* y *explicare*. En este modo, se reduciría sensiblemente la distancia en términos de *Auslegungskunst* entre sujeto y objeto, entre el *ser* del autor y la realidad del texto. “La interpretación no es un acto complementario y posterior al de la comprensión, sino que comprender es siempre interpretar, y en consecuencia la interpretación es la forma explícita de la comprensión” (Gadamer 1988: 378).

Al mismo tiempo, Gadamer da un paso más allá. Toma en consideración el hecho que “[e]l estrecho parentesco que unía en su origen la hermenéutica filológica con la jurídica y la teológica reposaba sobre el reconocimiento de la aplicación como momento integrante de toda comprensión” (Gadamer 1988: 380). Se apela a la historia olvidada de la hermenéutica y redescubre en el ámbito jurídico y teológico el valor constitutivo que revela la tensión entre el texto (ley o revelación) y su aplicación al momento de la interpretación (juicio o predicación). Así, en su “Recuperación del problema hermenéutico fundamental”, la *subtilitas applicandi* regresa *a pieno titolo* en el campo filosófico y filológico como la facultad de aplicar en la propia situación cultural y temporal lo que se ha aprendido del análisis del texto y del autor. Para Gadamer, pues, la aplicación no es un aspecto marginal y accidental del proceso de la comprensión, sino que “[c]omprender es siempre también aplicar” (Gadamer 1988: 380).

El discurso tejido entre Gadamer y Schleiermacher y sobre todo las implicaciones teóricas que comporta la rehabilitación del momento aplicativo son los elementos que legitiman el programa estructural y expositivo de mi escrito. Por un lado, se activa un proceso hermenéutico que, exactamente por las peculiaridades que conlleva el género ensayístico, conduce a reevaluar la mediación en términos interpretativos entre sujeto y

objeto, autor y texto, presente y pasado. Por el otro, la “reconquista” de la *subtilitas applicandi* enriquece la experiencia hermenéutica y permite desarrollar una propuesta de trabajo acerca de la materia ugartiana, donde los capítulos mismos son enfocados en temas y aspectos teóricos esenciales para la estética de la recepción.

Antes de dar principio al análisis del texto ugartiano, –y de introducir uno de los más interesantes temas de la hermenéutica gadameriana–, querría dirigir la atención hacia unas consideraciones importantes que dan *corpus* teórico a “Mundo del texto y mundo del lector”, cuarto capítulo de la segunda sección de *Temps et récit. Tome III: Le temps raconté* (1985), de Paul Ricoeur.

En este espacio de su largo ensayo, Ricoeur regresa al proyecto del autor de *Verdad y método* y, después de analizar la retórica que relaciona texto y lector, pasa al examen de los fundamentos de la teoría de la recepción. El filósofo francés habla de una estética que reviste dos formas distintas, “según que se subraye, con W. Iser, el efecto producido sobre el lector individual y su respuesta en el proceso de lectura, o, con H. R. Jauss, la respuesta del público en el plano de sus esperas colectivas” (Ricoeur 2006: 880). Para el autor de *La métaphore vive* (1975) se puede hablar de dos estéticas que se presuponen recíprocamente y que tienden, la una a la fenomenología del acto de lectura –Roman Ingarden y Wolfgang Iser–, la otra hacia una renovación de la historia de la literatura. Y esta reforma se proyecta hacia la construcción, no poco ambiciosa, de una hermenéutica literaria –Hans Robert Jauss.

La capacidad sintética y la envergadura teórica que caracterizan tanto el capítulo citado, como toda la propuesta hermenéutica fenomenológica contenida en *Tiempo y narración*, se revelan como un esencial instrumento, llave o ganzúa que, con particular referencia al recurso estético receptivo que la presente investigación busca, permitirán abrir puertas comunicativas fundamentales: con el mismo Hans Robert Jauss, por ejemplo. En este sentido, mientras desde el principio establezco las bases teóricas de todo mi ensayo, creo interesante destacar por lo menos dos aspectos.

Por un lado, la importancia que Ricoeur atribuye tanto al papel del lector que participa, como al acto configurador que se efectúa en el texto, nos ayuda a comprender con más profundidad “una estética de la recepción, que coloca la obra y al lector en una relación de sinergia” (Ricoeur 2006: 898). En otras palabras, somos llamados a considerar la fuerza dialéctica que en cada época une al público a la obra literaria y, por consiguiente,

a reflexionar sobre el concepto de *efecto* que la obra produce en la conciencia de un determinado receptor (Ricoeur 2006: 887).

Por otro, el diálogo que Ricoeur instaaura con Hans Robert Jauss alrededor de la experiencia estética y de la posible constitución de una hermenéutica literaria permite sondear algunos aspectos esenciales en la teoría de la recepción. El filósofo francés declara que la hermenéutica literaria “[p]ara ser digna de su título, debe asumir la triple tarea, evocada anteriormente, de comprender (*subtilitas intelligendi*), de explicar (*subtilitas interpretandi*) y de aplicar (*subtilitas aplicandi*)” (Ricoeur 2006: 892). Sin la intención de encontrar respuestas, ni menos definitivas a esta altura de mi investigación, se debe remarcar el hecho que Ricoeur intenta buscar un perfil más claro para el papel de la aplicación.

Con esta finalidad, el pensador francés elige poner este “saber hacer”, este concepto hermenéutico “al término de una tríada que Jauss entrecruza con la de las tres ‘sutilezas’, sin establecer entre las dos series una rígida correspondencia: la tríada *poiesis, aisthesis, catharsis*” (Ricoeur 2006: 895). Esta operación teórica actuada por Ricoeur, además de llevar a una verificación del equilibrio que regula el recorrido de las tres etapas hermenéuticas, introduce definitivamente un aspecto esencial en lo que concierne a la estética de la recepción, sobre todo con respecto a la línea que Jauss presenta en su ensayo *Ästhetische Erfahrung und literarische Hermeneutik (Experiencia estética y hermenéutica literaria, 1977)*. En la última etapa de mi trabajo, será exactamente una de “las tres categorías básicas de la experiencia estética” (Jauss 1986: 77)¹⁷ que propone el filósofo alemán, ese elemento que me llevará a verificar la unidad del proceso hermenéutico y receptivo y a proponer algunas reflexiones alrededor de la pregunta fundamental que el mismo Ricoeur pone: “¿Qué equivalente del sermón, en exégesis bíblica, y del veredicto, en exégesis jurídica, ofrece la literatura en el plano de la *aplicación*?” (Ricoeur 2006: 892).

Sin embargo, postergando un poco el enfrentamiento de las problemáticas que el momento *applicandi* determina, dejo ahora pleno campo de acción al *intelligere* y *explicare*, es decir, a las etapas de la comprensión y de la interpretación del texto ensayístico de Ugarte. Voy a analizar un *modus* escritural ya de por sí peculiar, por su constante necesidad de ponerse a prueba y de ensayar la realidad, como *exagium*, balanza que observa y examina el

¹⁷ En “Líneas generales de una teoría e historia de la experiencia estética”, el primer capítulo del ensayo de 1977, ya citado en el texto, Jauss presenta la *poiesis*, la *aisthesis* y la *catharsis* como las tres funciones independientes de la conducta estético-placentera. Con estos tres conceptos se refiere respectivamente al momento productivo, receptivo y comunicativo de la experiencia estética.

mundo. Asimismo, el género del ensayo, “forma de la categoría crítica de nuestro espíritu [...]” (Bense 2004: 27), adquiere a través de la pluma de Ugarte un carácter comprometido tanto en términos políticos, como intelectuales.

Además, hay que subrayar que el ensayo nace siempre como “expresión de una relación fuertemente personal y problemática del autor con la materia tratada, expresión de un sentimiento que es racional y emotivo al mismo tiempo” (Ferrecchia 2000: 50). Por eso, en mi opinión, el proceso interpretativo de la obra de Ugarte patentiza la sensible reducción de la distancia entre sujeto y objeto, entre el ser del autor y la realidad del texto. El ensayo es un género expresivo fuertemente relacionado con la elocuencia espiritual e ideológica de su creador. Es un coherente ejercicio de responsabilidad que siempre remite a un horizonte humano y ético (Weinberg 2007: 122). De esta manera, me parece que la dinámica interpretativa del ensayo ugartiano registra un claro acercamiento entre la dimensión retórica y gramatical del texto y el estilo, las condiciones morales e intelectuales, el modo de escribir y de pensar de su autor-sujeto.

2. 1 La tarea hermenéutica frente al problema de la distancia temporal

Uno de los primeros y más complejos problemas que debe enfrentar una tarea hermenéutica es determinado por la movilidad histórica de la comprensión. La interpretación de un texto que produce su sentido y su lenguaje dentro de otra tradición, que acontece en un momento histórico pasado respecto al presente del lector-intérprete, levanta reflexiones importantes acerca de la tensión que la distancia temporal determina. En el caso del presente trabajo, además, hay que considerar que el intervalo que condiciona la empresa hermenéutica no concierne sólo al texto-objeto de Ugarte por una parte y al ambiente receptivo mexicano de la primera mitad del siglo pasado por la otra, sino también a un tercer elemento. De hecho, el lector y el autor de este ensayo académico que actúan en el horizonte del presente representan el tercer momento, más bien, *acontecimiento* que regula el juego abierto por la distancia temporal. Por eso, desde la posición temporal y cultural del presente, mi proceder investigativo intenta abordar el tema de la recepción en México de Ugarte pensando en la tarea hermenéutica como el planteamiento objetivo de un desplazarse hacia una tradición específica. Para indagar lo que el texto puede decir, quiero considerar la distancia temporal

no sólo como un intervalo de separación, sino también como un proceso vivo de continua mediación entre el pasado y el presente.

Como declara Gadamer, al continuar en esta dirección su conversación teórica con Schleiermacher, a pesar de la clara pertenencia del texto a su mundo, a su *horizonte*, es incontestable el hecho que “el arte no es nunca sólo pasado, sino que de algún modo logra superar la distancia del tiempo en virtud de la presencia de su propio sentido. [...] El arte no es mero objeto de la conciencia histórica, pero su comprensión implica siempre una mediación histórica” (Gadamer 1988: 218-219). En modo distinto, para Schleiermacher –vale la pena recordarlo–, la tarea hermenéutica debe solucionar el problema de la distancia en el tiempo planteándose la operación que él mismo llama “equiparación con el lector original”. En síntesis, para él el acto de la comprensión del texto remite a realizar una reconstrucción de la producción primaria de la obra de arte y, de esta manera, intenta “*comprender a un autor mejor de lo que él mismo se habría comprendido*” (Gadamer 1988: 246).

El autor de *Wahrheit und Methode* rechaza la idea de una comprensión hermenéutica tan enfocada en la individualidad del autor-sujeto, la cual impide a Schleiermacher “garantizar la inviolabilidad de lo auténticamente extraño y misterioso que se esconde en los textos” (Gadamer 2007: 107). Para Gadamer, cada encuentro con un texto que pertenece a un momento temporal distinto, experimenta la relación de tensión entre el pasado de esa tradición y el horizonte presente del intérprete, conllevando un problema de *conciencia histórica* adentro de la misma dinámica interpretativa. En este sentido, el deber de la tarea hermenéutica es precisamente no ocultar la tensión que se advierte en la distancia temporal, sino desarrollarla en modo consciente:

Ésta es la razón por la cual el comportamiento hermenéutico está obligado a proyectar un horizonte histórico que se distinga del presente. La conciencia histórica es consciente de su propia alteridad y por eso destaca el horizonte de la tradición respecto al suyo propio. Pero por otra parte ella misma no es, como hemos intentado mostrar, sino una especie de superposición sobre una tradición que pervive, y por eso está abocada a recoger enseguida lo que acaba de destacar, con el fin de medirse consigo misma en la unidad del horizonte histórico que alcanza de esta manera.

El proyecto de un horizonte histórico es, por tanto, una fase o momento en la realización de la comprensión, y no se consolida en la autoenajenación de una conciencia pasada, sino que se recupera en el propio horizonte comprensivo del presente. En la realización de la comprensión tiene lugar una verdadera fusión horizontal que con el proyecto del horizonte histórico lleva a cabo simultáneamente su superación (Gadamer 2008: 25).

Por este motivo, tanto el horizonte del receptor mexicano que comprende la propuesta ideológica de Ugarte a él más inmediata, como el horizonte de nuestro presente, no son algo que se forma al margen de la tradición pasada y culturalmente distinta en la cual el pensador argentino escribió un ensayo o dictó una de sus conferencias.¹⁸ En realidad, como subraya Gadamer: “*Comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos ‘horizontes para sí mismos’.*” (Gadamer 2008: 24).

Al considerar, pues, la distancia temporal que nos separa del horizonte ugartiano no como “un intervalo muerto, sino como una *transmisión generadora de sentido*” (Ricoeur 2006: 961), creo que sea posible entender cómo la anticipación de significación que mueve la comprensión del texto se fija a partir del diálogo que se establece con la tradición pasada. “Antes de ser un depósito inerte, la tradición es una operación que sólo se comprende dialécticamente en el intercambio entre el pasado interpretado y el presente que interpreta” (Ricoeur 2006: 961).

El proceso de fusión entre los horizontes de la tradición pasada y del presente receptivo representa, como subraya Gadamer, el momento estructural ontológico de la comprensión que lleva la causa interpretativa a plantearse el sentido de la distancia temporal y a descubrir otro aspecto teórico importante. Comprobamos que el interés hermenéutico no sólo se orienta hacia los sucesos históricos de la obra transmitida, sino al mismo tiempo hacia los *efectos* que esos acontecimientos determinan. En síntesis, es ésta *simplemente* una exigencia estratégica: considero una dilatación del planteamiento de la conciencia histórica cuando ésta se dirige hacia la obra y su tradición. “Cuando intentemos comprender un fenómeno histórico desde la distancia histórica que determina nuestra situación hermenéutica en general, nos hallamos siempre bajo los efectos de esta historia efectual. Ella es la que determina por adelantado lo que nos va a parecer cuestionable y objeto de investigación [...]” (Gadamer 2008: 19). Sin embargo, la fusión hori-zontica entre dimensiones temporales y culturales distintas, por realizarse como “tarea de la conciencia histórico-efectual”,¹⁹ se demuestra un acto de la comprensión fuertemente relacionado con el problema de la aplicación. Por lo tanto, me parece

¹⁸ La intención de quien escribe no es la de aplicar el concepto de *horizonte* a la idea de *diferencia cultural*, para volver el discurso más complejo o enigmático. Por supuesto que no. Lo que me parece central es que la misma tensión determinada por la distancia temporal lleva una carga innegable de alteridad cultural. De hecho, tanto para el lector-receptor que en ámbito mexicano se aleja relativamente del *ahora* expresivo de una conferencia o de un artículo de Ugarte, como para quien desarrolla una tarea hermenéutica a distancia de muchas décadas de esa tradición, tiempo y espacio cultural son caracteres muy relacionados. En otras palabras, la alteridad del pasado histórico y la pertenencia a una tradición distinta dialogan con la noción de diferencia cultural y literaria.

¹⁹ El proceso de la fusión de horizontes se realiza como planteamiento histórico de la conciencia intencionada a enfocarse en los *efectos* de las acciones expresiva y receptiva del texto.

ahora más útil postergar el análisis de los aspectos que están relacionados con el momento *applicandi* y concentrarme en la reconstrucción del horizonte dinámico *dentro y por* el cual se produce el texto-objeto de Ugarte.

En este sentido, mi intención es la de elaborar una estrategia teórico–interpretativa acerca del ensayo ugartiano, que pueda desarrollar en modo consciente la tensión que se produce entre una tradición pasada, la alteridad cultural del ambiente mexicano y el horizonte presente del intérprete-lector. Con esta finalidad, la primera etapa del proceder investigativo enfrenta el problema hermenéutico de la distancia temporal pensando en los ensayos ugartianos como momentos integrantes de una propuesta intelectual e ideológica unitaria; como términos de una más amplia elaboración argumentativa que vive distintas etapas y que se evoluciona en modo proteiforme en el tiempo.

Nuestra conciencia histórica intentará enfrentar la dinámica hermenéutica dirigiéndose a la producción ensayística de Ugarte en los términos de un *ahora dinámico*, es decir, un movimiento único en el tiempo, donde los distintos textos son instantes integrantes de la continuidad expresiva crítico-espiritual del autor. Desde el punto de vista interpretativo y teórico receptivo este análisis diacrónico abre las puertas a una serie de ventajas.

Por un lado, en este modo es posible reducir, volver más leve la tensión entre los tres vértices del triángulo hermenéutico –ensayo ugartiano, público mexicano, intérprete-lector actual. Mientras se conserva la distancia temporal que necesita el planteamiento analítico, el *modus* diacrónico aumenta la capacidad dialéctica entre pasado, presente y diferencia cultural y, así, facilita la fusión horizónica. Por el otro lado, el concepto de *ahora dinámico* permite al acto de la comprensión de enfocarse en la forma del ensayo, captando una de las más profundas modalidades que definen el género. A partir de su punto cero, de la experiencia vivencial, idea, imagen o palabra que por primera vez le da su alimento escritural, el ensayo se desarrolla como un diálogo entre la construcción del sujeto–autor y la construcción del mundo (Weinberg 2007: 43-44). Por su misma índole, “ese centauro de los géneros” –como lo definió Alfonso Reyes en el artículo de 1944, “Las Nuevas Artes”, publicado en la revista mexicana *Tricolor*– se hace un recorrido dialéctico que evoluciona en el tiempo. Se manifiesta como trayecto escritural que remite a su lector-receptor a siempre nuevos o reelaborados instantes expresivos por parte del autor. De esta manera, creo fundacional precisar aquí el lapso temporal y escritural que define el campo de la presente indagación.

2. 2 1901-1909: los primeros ensayos ugartianos

Los términos que concretan, dentro de la producción ensayística ugartiana, el *ahora dinámico* que más interesa a mi propuesta hermenéutica son representados por tres publicaciones. Los dos artículos en el otoño de 1901 abren el campo investigativo: “El peligro yanqui” (19 de octubre, *El País* de Buenos Aires) y “La defensa latina” (9 de noviembre, publicado en el mismo diario porteño). De hecho, el compromiso intelectual de estos ensayos, junto al valor de la línea teórico-literaria que caracteriza algunas obras que Ugarte escribe en 1906 y 1908, revelan una fuerte relación dialógica con uno de los ensayos latinoamericanos más leídos durante el primer cuarto del siglo XX. En otras palabras, acontece un desbordamiento del lapso temporal-productivo que estoy trazando,²⁰ al introducir la correspondencia que los primeros textos ugartianos muestran con el ensayo-relato *Ariel* (febrero de 1900), de José Enrique Rodó.

La tercera publicación a la cual me refiero como momento que “cierra” el *ahora dinámico* de la unitaria propuesta intelectual e ideológica del autor argentino es de 1932; se trata de un ensayo escrito con rabia, amargura, dolor, pero donde Ugarte no deja de profesar su fe invicta en cierto tipo de literatura comprometida: *El dolor de escribir* (octubre, editado en Madrid). En este caso, el desbordamiento del período analizado conduce el acto hermenéutico a dialogar con un libro del mismo autor porteño: *Escritores iberoamericanos de 1900* (1942, Santiago de Chile).

Los dos ensayos escritos en París en 1901 constituyen una suerte de *continuum* tanto argumentativo, como escritural. De hecho, amén de los pocos días que los separan en cuanto a la publicación, los textos se remiten el uno al otro, recíprocamente. La conclusión de “El peligro yanqui” remite al lector al tema del artículo sucesivo: “Pero la prosperidad invasora de los Estados Unidos no es un peligro irremediable. Y en la opinión de muchos la América Latina puede defenderse. En otro artículo trataremos de decir cómo” (Ugarte 1978: 70). En modo análogo, el íncipit de “La defensa latina” vuelve en modo claro a su antecedente: “En la crónica anterior hablamos del peligro yanqui tratando de hacer tangible, con citas y comentarios, la manera de ver que predomina en Francia sobre tan grave asunto” (Ugarte 1978: 3). Además, el aspecto que relaciona en modo implícito estos textos es que precisamente a partir del dialogo entre

²⁰ El concepto de *ahora dinámico* se define precisamente por la elasticidad de sus términos. A pesar de su delimitación a través de márgenes “precisos”, esta idea de continuidad expresiva crítico-espiritual conserva el carácter “abierto” que le permite su tendencia al diálogo.

las dos distintas propuestas ideológicas que los escritos muestran es posible encontrar la raíz de la estrategia intelectual de Ugarte alrededor de la “prosperidad invasora de los Estados Unidos”.

La parte inicial de “El peligro yanqui” presenta dos recursos retóricos de particular importancia. Primariamente, el ensayo introduce el tema del choque de intereses entre la América anglosajona y la latina exponiendo la posición de los “optimistas”. Éstos “persisten en afirmar que los Estados Unidos son la mejor garantía de nuestra independencia” (Ugarte 1978: 65). La referencia a la actitud optimista –consecuencia criticable de un cierto carácter latino capaz únicamente de percibir lo inmediato, desinteresándose de los peligros relativamente lejanos– constituye un *exordium* que logra atraer la atención del receptor–lector. Al introducir la posición teórica antagonista, el autor logra que su tesis se enriquezca de sentido de la expectativa para el lector, vuelto benévolo e interesado. En modo análogo, me parece muy interesante el recurso técnico de exponer el propio pensamiento a partir de “la opinión de los europeos sobre este asunto [.]”, en particular de los diarios de Francia que “no ven el porvenir con tanta confianza” (Ugarte 1978: 65). Ugarte elabora la argumentación de su tesis, refiriéndose a la opinión *otra*, es decir, diferente de ciertos periódicos franceses sobre un tema específicamente americano. Es ésta la aplicación de una técnica que predispone al lector respecto a la intención persuasiva del autor. Como a menudo ocurre en el ensayo, alejarse, tomar distancia respecto a lo familiar y más pertinente –que aquí habrían sido las referencias críticas y periodísticas latinoamericanas– significa tanto para el receptor, como para el escritor ganar en amplitud de perspectiva.

Como he anticipado un poco más arriba, los aspectos ideológicos más importantes de este primer ensayo representan los fundamentos de la propuesta latinoamericanista y antiimperialista que Ugarte desarrollará durante las décadas sucesivas. En “El peligro yanqui”, el autor argentino subraya el riesgo concreto de un protectorado estadounidense en América del Sur; un peligro que no quiere decir “agresión inmediata y brutal [...], sino un trabajo paulatino de invasión comercial y moral [...]” (Ugarte 1978: 66). Entre las ideas más sugestivas, vale la pena destacar aquí las dos siguientes. Por un lado, Ugarte dice que “[t]oda usurpación material viene precedida y preparada por un largo período de infiltración o hegemonía industrial capitalista o de costumbres que roe la armadura nacional, al propio tiempo que aumenta el prestigio del futuro invasor” (Ugarte 1978: 66). Por el otro, ya se anticipa la temática que da el título al ensayo sucesivo:

“Somos débiles y sólo podemos mantenernos apoyándonos los unos sobre los otros. La única defensa de los quince gemelos contra la rapacidad de los hombres, es la solidaridad” (Ugarte 1978: 66).

Sin embargo, el desarrollo teórico principal del ensayo, como señala Norberto Galasso, es el análisis que el autor hace de los mecanismos del imperialismo, comparándolos con los ideales marxistas de internacionalismo y proletariado: “Esta concepción del imperialismo se constituye en el primer gran intento de comprender este fenómeno por parte de un socialista no europeo” (Galasso 2001: 85). Me parece interesante subrayar que de este examen sale también el primer esbozo de dos temáticas que tendrán una importancia notable en la ideología ugartiana; me refiero a las nociones de autonomía nacional en términos económicos y literarios y de prejuicio de la inferioridad de ciertas razas.

Cuando un buen número de las riquezas de un país están en manos de una empresa extranjera, la autonomía nacional se debilita. Y de la dominación comercial a la dominación completa, sólo hay la distancia de un pretexto. [...] Karl Marx ha proclamado la confusión de los países y las razas, pero no el sometimiento de unas a otras. [...] El estado social que se combate ha alcanzado en los Estados Unidos mayor solidez y vigor que en otros países. La minoría dirigente tiene allí tendencias más exclusivistas y dominadoras que en ninguna otra parte. Con el feudalismo industrial que somete una provincia a la voluntad de un hombre, se nos exportaría además, el prejuicio de las ‘razas inferiores’. [...] Si la unificación de los hombres debe hacerse, que se haga por desmigajamiento y no por acumulación. Los grandes imperios son la negación de la libertad (Ugarte 1978: 69-70).

Declaradamente en diálogo con “El peligro yanqui”, el artículo “La defensa latina” intenta indicar “los medios de que se puede disponer para contrarrestar la influencia invasora de la América inglesa” (Ugarte 1978: 3). Mientras el exordio crítico enfocado en la correlación entre el concepto de *nacionalismo* y la idea de unidad latinoamericanista es esencial para las propuestas futuras, con respecto a la posición antiimperialista Ugarte declara que “la mayoría se esfuerza por disponer las cosas de una manera feliz para sus intereses nacionales. Nosotros sólo consideraremos el problema desde el punto de vista latinoamericano [...]” (Ugarte 1978: 3).

El discurso ugartiano se abre con una idea estratégica de carácter político-geográfico. Para *docere et probare*, o sea, enseñar y convencer a sus lectores acerca de las soluciones antiimperialistas que está proponiendo, el autor subdivide la América española en tres zonas:

la del extremo sur (Uruguay, Argentina, Chile y Brasil) en pleno progreso e independiente de toda influencia extranjera; la del centro (Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela y Colombia), relativamente atrasada y roída por el clericalismo o la guerra civil y la del extremo norte

(México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, San Salvador y Costa Rica), sometida indirectamente a la influencia moral y material de los Estados Unidos (Ugarte 1978: 3).

En la propuesta de Ugarte, la modalidad defensiva latinoamericana se enfoca en los ideales de unidad y solidaridad continentales. El autor remarca que las repúblicas latinas no están separadas por un “antagonismo fundamental. [...] Nuestro territorio fraccionado presenta, a pesar de todo, más unidad que muchas naciones de Europa. [...] Nuestras divisiones son puramente políticas y por tanto convencionales” (Ugarte 1978: 4).

A partir de eso, el ensayo más que una línea estratégica dirigida a la unidad latinoamericana, propone un razonamiento, “un terreno práctico de acción razonada que trataremos de delimitar” (Ugarte 1978: 5). En síntesis, tres resultan las propuestas de defensa más importantes: “Lo primero sería estar a cabo de lo que ocurre en todas las regiones de América” (Ugarte 1978: 5). Para el autor de *El porvenir de la América española*, la medida más funcional para alimentar una curiosidad que debe abarcar todo el continente sería el establecimiento de vías de comunicación –ferrocarriles y telégrafos *in primis*– entre los distintos países, sin que éstas sean propiedad de empresas extranjeras. Resulta en efecto absurdo que muchos latinoamericanos están “a cabo de la política europea”, pero ignoran “el nombre del presidente de Guatemala [...]” (Ugarte 1978: 5). Y además, inadmisibles es el hecho de que el aislamiento que reina entre las naciones hispanoamericanas sea solucionado sólo a través de la mediación de las agencias europeas o estadounidenses. Para Ugarte, hay que dar movimiento a la vida intelectual de las naciones latinoamericanas, estableciendo un “ir y volver de intereses y simpatías” (Ugarte 1978: 6) y activando un intercambio de gente, ideas y vínculos comerciales.

Amén de esta medida dirigida en modo específico a la arquitectura de una unidad latinoamericana, los otros dos recursos sugeridos se refieren, por un lado al “contrapeso que los intereses europeos deben ejercer” (Ugarte 1978: 6). Francia, Inglaterra, Alemania e Italia han invertido capitales enormes en la América Latina y han establecido una intensa dinámica de migración e intercambio. Por eso, en el caso de una ulterior expansión hegemónica hacia el Sur por parte del imperialismo estadounidense, estas naciones europeas se verían casi obligadas a defender las posiciones conseguidas: “Este choque de ambiciones es la mejor garantía para los latinos de América” (Ugarte 1978: 7).

Por el otro lado, como “recurso” de defensa Ugarte considera también los grandes puntos vulnerables que los Estados Unidos presentan. Se refiere a su territorio demasiado extenso y al antagonismo de razas –“lucha entre hombres blancos y hombres de color que,

bien utilizada por un adversario inteligente, puede llegar a debilitarle mucho[.]” (Ugarte 1978: 7). Conjuntamente a estos dos aspectos, en términos de teoría socialista, se debe considerar la concentración excesiva de fortunas y el aumento inconsiderado de monopolios que podrá determinar en la poderosa república del norte “esos grandes conflictos económicos que todos han previsto” (Ugarte 1978: 7).

En los dos ensayos de 1901, el autor se muestra consciente del hecho que la puesta en práctica de su ideal necesita de mucho tiempo. El suyo es un programa, *in fieri*, de defensa y propaganda que sólo será posible realizar a través de una elaboración tenaz e infatigable: “Preparación que se traducirá en congresos, enviados especiales, tratados comerciales, tribunales de arbitraje, cuerpo consular numeroso, etc.” (Ugarte 1978: 8).

Antes de pasar al análisis de algunos textos más enfocados en el carácter social del arte y de la literatura, me parece importante detenerme un instante sobre un aspecto que concierne en modo específico la forma intelectual del ensayo ugartiano. En este sentido, mis reflexiones no se limitan sólo a caracterizar los dos artículos que dan principio a la batalla latinoamericanista, sino quieren representar una premisa analítica válida para todo el planteamiento ensayístico ugartiano. El aspecto central que se debe recordar es que el *modus* escritural que el maestro argentino elige para expresar la categoría crítica de su espíritu acerca de las dificultades de todo el continente, muestra en su mismo acto de nacimiento una relación muy peculiar con el país del águila y la serpiente. El viaje que Ugarte cumplió a Estados Unidos y México²¹ y la *vivencia* (*Erlebnis*) de esas profundas dicotomías culturales, políticas y económicas, se juntan, por una parte a la atmósfera que caracteriza la comunidad latinoamericana después de la desastrosa guerra de Cuba (1898) y, por otra al momento parisiense que Ugarte vive. La mezcla no podría ser más poderosa y efectiva. Estas experiencias son el elemento básico que forma en el autor su peculiar percepción emotiva y, al mismo tiempo lúcida de la realidad latinoamericana: la conmixión que en el fondo determina el estilo, la materia y las coordenadas morales e intelectuales del ensayo que Ugarte decide redactar.

²¹ En “El peligro yanqui” muchas consideraciones políticas y económicas remiten en modo explícito al lector tanto al viaje a Estados Unidos y México, como a las páginas pertinentes de *El destino de un continente* (1923). Además, por las precisas y puntuales informaciones, ya desde este ensayo es evidente que México ocupará un lugar privilegiado, con respecto a la observación y el estudio de las dinámicas imperialistas.

Uno de los desarrollos más sugestivos que Ugarte, desde los primeros escritos, da a su compromiso político y a su ideal unitario latinoamericanista es representado por la posición acerca del “nacionalismo cultural” y del estatuto social del arte y del escritor. Esta línea teórico-literaria emerge del núcleo central de su pensamiento y constituye el espacio temático medular, donde transitan y dialogan la noción estética y la político-histórica. Aquí, en esta área del discurso ugartiano, es probablemente donde, en términos culturales y literarios, la retórica de la resistencia antiimperialista y la problemática de la autonomía de la identidad latinoamericana se encuentran con mayor complementariedad (Maíz 2003).

A propósito del valor cultural de esta línea teórico-literaria, la memoria de quien escribe regresa instintivamente a una lejana hoja amarilleada y preciosa, donde palabras escritas con los tecleos de una máquina antigua, todavía hoy permiten al investigador apreciar el modo con el que Ugarte dio prólogo a su obra póstuma, *La reconstrucción de Hispanoamérica* (1961). En esa página del borrador originario –conservado en el legajo 13.2227 de la “Colección del Dr. Manuel Ugarte”, en el Archivo General de la Nación (AGN), en Buenos Aires–, es posible leer y comprender el sentimiento firme y la real convicción a partir de los cuales el intelectual argentino formula su programa tanto político, como literario. Así, el pensamiento vuelve a las palabras escritas durante ese trágico 1945, que en mayo asistirá a la rendición alemana y en septiembre a la capitulación del Imperio japonés:

Mi punto de partida fue, es y será, antes, durante y después de la guerra –no por terquedad, sino por convicción– siempre el mismo: Iberoamérica constituye una entidad diferenciada, con características y problemas propios, que han de resolverse de acuerdo con sus antecedentes étnicos y con su atmósfera espiritual. Los remolinos del mundo deben interesarnos sobre todo en el plano de las prolongaciones, las ventajas y el porvenir de nuestra entidad geográfica, humana y moral. Desde esa plataforma hemos de contemplar los hechos del pasado, las dificultades actuales y las horas inseguras que nos esperan (AGN 2227).²²

En la base de esta consideración, creo pertinente remitir la medula misma del ensayo ugartiano a lo que el crítico literario uruguayo Alberto Zum Felde escribe sobre las temáticas congénitas de la ensayística hispanoamericana y acerca del vínculo de este género con la realidad sociológica del continente. El crítico de origen argentino subraya que la vida cultural europea se despliega en un clima humano esencial y universal, en su mayor parte

²² Para respetar en modo coherente el sistema elegido para las notas bibliográficas, se indicará directamente en el texto la referencia a los artículos, los borradores, la correspondencia, etc., que se encuentran en la “Colección del Dr. Manuel Ugarte”, ubicada en el VII piso del AGN, en Buenos Aires. En modo específico, entre paréntesis se indicarán la sigla AGN y el número del legajo donde se encuentra el material citado.

ecuménico, mientras, en cambio, la vida hispanoamericana “*se produce y desenvuelve en un clima social predominantemente condicionado –y limitado– por los factores históricos-geográficos propios, a veces regionales*” (Zum Felde 1954: 8):²³

La primera comprobación que permite establecer un examen general de la producción ensayística hispanoamericana, en todo el curso de su historia, comprendida desde los orígenes coloniales hasta el presente, es la que se refiere al predominio de la temática nacional o continental, en su conjunto. La bibliografía de este género, en sus múltiples formas y materias, nos ofrece una escasa minoría de obras dedicadas a estudios de filosofía pura, de teoría científica, de crítica literaria universal. Todo el resto, y el resto es la inmensa mayoría, está aplicada a tratar problemas de sociología, de filosofía de la historia, de cultura, de política, propios de la fenomenalidad específica del Continente. El pensamiento crítico y la investigación empírica, la disciplina metodológica, el saber universitario, la especulación trascendente, todo, ejercido casi siempre en función de su historicidad americana concreta: tal es la actitud que caracteriza fundamentalmente esta manifestación intelectual en el campo de las letras (Zum Felde 1954: 7).

El momento productivo más significativo durante el cual Ugarte fija las coordenadas de su planteamiento sobre la *cultura nacional* y el *arte social* se puede circunscribir entre los artículos escritos en 1902 por *El País* de Buenos Aires y la *Revista Moderna* de México y las dos obras que se publican en 1908, *Burbujas de la vida* y *Las nuevas tendencias literarias*. Desde un principio, el propósito teórico se vuelve tanto a la defensa de un teatro más popular, “abierto al viento de los barrios obreros” (Galasso 2001: 90), como a la necesidad de crear un ambiente cultural y artístico favorable a la intelectualidad. “Somos obreros anónimos de un trabajo colectivo de orientación y de primer empuje y tenemos que fraternizar en una especie de comunismo de las ideas[.]” (Galasso 2001: 90), escribe en un artículo de julio de 1902.

Siguiendo en la práctica sus mismas huellas especulativas, de escritor que debe mostrarse coherente con su misión social, de ciudadano e individuo político que considera compatibles las ideas de patriotismo y socialismo,²⁴ Ugarte publica un libro concebido en la senda de esa cultura nacional que empieza en este momento a preconizar: *Cuentos de la pampa*. Los pintorescos relatos que dan cuerpo a la antología narrativa de 1903 son la respuesta de un hombre de letras que escribe para “recuperar lo americano, retornando a su paisaje, mitos y tradiciones” (Barrios 2007: 52). El libro representa un salto teórico-literario

²³ Todo el texto originario de la “Introducción” de *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: los ensayistas* es en cursivas.

²⁴ Con respecto a este tema, es de particular interés el breve artículo “Socialismo y Patria”, publicado el 2 de julio de 1908 en *La Vanguardia*. La noción de compatibilidad entre teoría socialista y nacionalismo puede ser considerada como uno de los más importantes tópicos de la ideología política ugartiana.

que Ugarte da respecto a su misma generación modernista. Este momento narrativo constituye la propuesta de una estética de lo nacional, en alternativa a la perspectiva modernista más enfocada en la europeización y el cosmopolitismo, el predominio del elemento fantástico y la “orgullosa afirmación de la carencia de lazos sociales” (Gutiérrez Girardot 2004: 56). Se trata de una estética artística y literaria la cual demuestra que Ugarte comprende “cómo se combinan, en los pueblos sometidos por el imperialismo, la lucha nacional con la lucha social [...]” (Galasso 2001: 102).

En 1904 el ensayista argentino edita el libro *Visiones de España*. Entre los relatos de las experiencias españolas, Ugarte exterioriza también consideraciones importantes sobre la necesidad por parte del artista de abandonar el concepto de “arte por el arte”, para finalmente tomar una posición de lucha pública. Las afirmaciones, como veremos más detenidamente en el siguiente capítulo, encuentran la crítica de unos viejos amigos mexicanos que se reúnen alrededor de la *Revista Moderna de México*. Lo que ahora, para las finalidades del presente espacio investigativo, interesa considerar es la respuesta que esas críticas reciben. Aunque lleno de declarada gratitud por el regreso a un diálogo siempre apasionante, Ugarte confirma su tesis y su posición como hombre que ama las letras, pero se declara enemigo del “literatismo”: “[...] el artista es ante todo un ser humano. Su vista abarca todo el panorama de la existencia, sus sensaciones son múltiples, y no es juicioso exigir que se aísle de las luchas sociales y de las corrientes de ideas que hacen crujir el siglo” (Ugarte, b: 108). En el entender ugartiano, el escritor no puede ponerse al margen de la vida y obstinarse en ser “un objeto de anticuario o un pájaro aturdido, encargado de distraer los ocios de los demás” (Ugarte, b: 59). Como es posible notar en muchos de los veinticinco artículos periodísticos recopilados en *El arte y la democracia*, Ugarte cree que para el escritor, “[r]eflejar los sentimientos de su generación, descubrir la lucha de los espíritus en estas épocas desmelenadas y febriles sin mostrar sus preferencias y sin tomar posición, es tarea casi irrealizable” (Ugarte, b: 109). De esta manera, la invitación que dirige a los hombres de letras se muestra muy significativa: “Trabajamos en transformar lo que nos rodea. Tengamos el valor de realizar lo que escribimos, de pensar con los brazos” (Ugarte, b: 58).

Después de haber confirmado, en el prólogo del libro *Trompetas de órgano*, de Salvador Rueda, su ideal de una poesía comprometida con la realidad humana y social, Ugarte publica en 1908 los libros *Burbujas de la vida* y *Las nuevas tendencias literarias*: a estas alturas, sus ideas en defensa de la cultura nacional latinoamericana y del arte social han llegado a la maduración. Con referencia a los ensayos de tema literario que componen la

primera obra, me parece esencial por lo menos recordar “Las razones del ‘arte social’”. Este artículo periodístico, que en origen fue rechazado por *La Nación* de Buenos Aires (1907), representa una suerte de manifiesto sobre el papel del escritor y el carácter comprometido de la obra de arte: “La literatura”, afirma el autor, “no reside exclusivamente en la forma [...]” (Ugarte 1978: 264).

De acuerdo con mis convicciones, condeno el artificialismo y la pose de los “exquisitos”. A mí juicio, lo primero que el escritor debe a los que le leen es la sinceridad. [...] Sin embargo, reconozco que algunos de los que hoy defienden la doctrina del arte por el arte lo hacen cediendo a espejismos de su idiosincrasia. La falta de combatividad, cierta tendencia femenina a no advertir más que los detalles de las cosas, una enojosa localización de lecturas y la ausencia de bases sólidas, de concepciones generales y de sistema en la educación, les han impuesto cierta incertidumbre, cierta resignación ante lo establecido y cierta falta de confianza en el poder renovador del hombre (Ugarte 1978: 266).

Dejando para otro momento las consideraciones sobre la relación entre sinceridad y forma del ensayo ugartiano que se pueden desarrollar leyendo el artículo, lo que principalmente llama la atención es la esencialidad con la cual se define la teoría del arte social, no como doctrina nueva y revolucionaria, ni siquiera como acto de “hostilidad contra ninguna tendencia o grupo”, sino como “una reacción contra las desviaciones de los últimos tiempos, una vuelta hacia la normalidad y una tentativa para dignificar de nuevo la misión del escritor” (Ugarte 1978: 269). Hay que “suscitar en el poeta la visión vasta que permite abarcar los conjuntos” y se deben “[c]ultivar la generosidad, la bondad, el espíritu de sacrificio y los instintos buenos [...]”, porque al final “el escritor ha de ser como un ejemplar de lujo de la especie [...]. Es el héroe de su siglo [...] que representa las aspiraciones remotas de la raza y que [...] realiza su obra y cumple su misión con un poco de esa sencillez inconsciente de los iluminados” (Ugarte 1978: 270).

Con respecto a los artículos que dan cuerpo a *Las nuevas tendencias literarias*, es fácil reconocer la misma pluma y la semejante intención que se ocupan de las teorías del arte social y de la cultura nacional latinoamericana en *El arte y la democracia* y en *Burbujas de la vida*. De hecho, ya desde el prefacio la crítica de Ugarte vuelve a atacar esa literatura que hasta después de 1900 se caracterizaba “por cierta obscuridad artificiosa que la ponía al margen de las masas, por un universalismo de biblioteca que alejaba toda preocupación localista, y como resultado de ambas cosas por una incapacidad para salvar los límites y llevar a tierras extrañas una sola molécula de nuestro pensar” (Ugarte 1909: VI-VII). Al mismo tiempo, en uno de los ensayos aquí contenidos, “La orientación actual”, el autor de *La*

Patria Grande logra establecer cabalmente su estética para una cultura nacional latinoamericana:

La América española está pidiendo arte y artistas, no sólo porque los navíos emprendedores necesitan pilotos del porvenir, sino porque la belleza nace con la civilización, y es, por así decirlo, un complemento de ella. Pero nuestro arte será libre, sano, audaz y joven como la tierra en que ve la luz. No se trata de añadir, como prendida con un alfiler, un orla de oro a la túnica de la raza victoriosa, sino de bordar sobre la carne misma las galas de que debemos envanecernos. La belleza no puede ser una cosa trasplantada y exótica, sino un brote nacional y espontáneo, una raíz hecha flor. [...] Los que creen que literatura nacional significa un localismo estrecho o una especie de *chauvinisme* egoísta y excluyente, se ponen en contradicción con la esencia misma de nuestra cultura, que formada con fragmentos arrancados a diferentes pueblos, es, por así decirlo, una síntesis de todas las patrias. [...] Debemos bañarnos constantemente en los vientos universales. Pero una cosa es asimilar y otra pensar con cerebro ajeno. No hay razón para que la literatura siga siendo exótica, cuando tenemos territorios, costumbres y pensamientos que nos pertenecen (Ugarte 1909: 20-22).

Sin embargo, al anticipar que algunos de los temas que aquí se exponen me permitirán dar sustancia a nuevas líneas interpretativas casi próximas –por ejemplo, el contraste entre las ideas de democracia y de aristocracia literarias nos acercará a una estrategia comparativa entre Ugarte y Rodó–, advierto que la construcción de un *ahora dinámico* ensayístico necesita en este momento alejarse de las temáticas de la cultura nacional y del arte social, para enfocarse en otro frente de lucha: el político.

2. 3 1910-1922: desde la conferencia de Barcelona hasta Mi campaña hispanoamericana

El 1910 representa un año fundamental para la producción ensayística ugartiana, en particular con respecto a su expresión más comprometida con la realidad social latinoamericana. De hecho, los dos *acontecimientos* escriturales más significativos de este momento podrían considerarse como la puesta en práctica de lo comprendido de la teoría socialista, especialmente en ocasión de los dos Congresos de la Segunda Internacional, que se tienen en Ámsterdam y Stuttgart. Además, es útil desde el principio subrayar que el texto de “Causas y consecuencias de la Revolución Americana” fue concebido y escrito como conferencia, para ser leído y escuchado en público; mientras *El porvenir de la América española* es un ensayo con una estructura macrotectual y un desarrollo argumentativo de tamaño importante, un libro cabal que conjuntamente inaugura la serie de cuatro tomos donde se colocan también: *Mi campaña hispanoamericana*, *El destino de un continente* y *La Patria Grande*.

Esta última aclaración es importante porque, si por un lado vamos enfrentando el primer gran ensayo de materia política escrito por el intelectual argentino, por el otro a partir del texto de la conferencia catalana se presenta una de las más delicadas problemáticas con respecto a la recepción de los textos ugartianos. La inexorabilidad del tiempo y el no estar en lo inmediato del acontecimiento de la exposición oratoria condenan al lector presente a vivir un proceso receptivo parcial. En efecto, el texto de una conferencia ya perdió la autenticidad de su intención expresiva, la originalidad de ser artículo que se debe escuchar y la dinámica de la teatralidad del orador que se le relaciona, cuando se lee y recibe posteriormente por parte de quien no está presente en el momento exacto de su actuación. En otras palabras, un horizonte receptivo posterior nunca podrá recuperar y conocer esa “aura”, ese *hic et nunc* que constituía la verdadera autoridad de ese texto-conferencia: la unicidad expresiva y la exclusividad en términos de apreciación estética (Benjamin 2000)²⁵ que se producían *durante* el preciso momento de su pronunciación en público.

“Causas y consecuencias de la Revolución Americana” se pronuncia en el ayuntamiento de Barcelona, el 25 de mayo.²⁶ La disertación, que se puede leer hoy como ensayo que abre la antología *Mi campaña hispanoamericana*, revela una importancia notable en particular por ser el primer planteamiento en forma nítida de “las raíces genéticas del pensamiento histórico de Ugarte” (Barrios 2007: 81):

La disertación tiene una importancia estratégica en el desarrollo del latinoamericanismo en el campo de las ideas políticas, porque plantea una nueva concepción histórica, consistente en atribuir a las guerras de la independencia el carácter de verdaderas guerras civiles que trajeron como consecuencia la fragmentación. La novedad consistió en romper o quebrar la interpretación clásica de analizar estas guerras como “luchas a muerte” entre españoles y americanos, irradiada por la “historiografía escolar” en el conjunto de América Latina [...] (Barrios 2007: 75).

De hecho, entre las ideas que dan originalidad a este texto y que constituirán en parte la base del desarrollo histórico-político de *El porvenir de la América española*, se deben por lo menos recordar las siguientes. *In primis*, como ya he anticipado, para Ugarte “España y América no forman [...] dos entidades distintas. Forman un solo bloque agrietado” (Ugarte

²⁵ Para profundizar el tema del “aura” de la obra de arte, remito al lector al ensayo *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit* (*La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica*, 1936), de Walter Benjamin.

²⁶ Esta fecha representa para el pueblo argentino un aniversario importante: los eventos que se conocen justamente como Revolución de Mayo tuvieron como consecuencia principal la deposición del virrey Hidalgo de Cisneros y la asunción de la Primera Junta (25 de mayo de 1810). La Revolución de Mayo dio inicio al proceso de formación del estado argentino, aunque la proclamación de independencia formal tendrá lugar el 9 de julio de 1816.

1978: 25). El movimiento independentista sólo fue un “gesto regional”: “Una parte de la nación juzgó excesivos los privilegios de la otra. Estalló un conflicto de intereses y esperanzas. Pero no hubo choque entre dos organismos. [...] en ningún caso se puede decir que América se emancipó de España. Se emancipó del estancamiento y de las ideas retrógradas que impedían el libre desarrollo de la vitalidad” (Ugarte 1978: 26).

La posición de Ugarte es claramente en la dirección de un revisionismo histórico. Destaca que el movimiento nunca fue un ataque a España, sino que la Revolución para la Independencia se hizo con la cultura y los hombres de la península, que se enfrentaron entre ellos en la forma de una verdadera guerra civil (Ugarte 1978: 28). Luego, el conferencista se pregunta si “el movimiento separatista ha sido en todas partes un bien [...]” (Ugarte 1978: 35). La firme respuesta, “Yo contesto resueltamente que no”, y la referencia a “una emancipación que ha puesto en peligro el predominio de nuestra lengua en las Antillas, que nos ha hecho perder en México cuatro millones de kilómetros cuadrados [...]” (Ugarte 1978: 35), son el elemento retórico y argumentativo que le permiten introducir el tema imperialista.

Para el revisionismo ugartiano, la dinámica independentista latinoamericana al solucionarse con el separatismo político se muestra como un proceso histórico más útil a la intención dominante del otro escenario americano: el del Norte, donde “bullen 100 millones de anglo-sajones febriles e imperialistas, reunidos dentro de la armonía más perfecta en una nación única [...]” (Ugarte 1978: 36). Del otro lado, “[a]l Sur se agitan 80 millones de hispanoamericanos de cultura y actividad desigual, divididos en veinte repúblicas que en muchos casos se ignoran o se combaten” (Ugarte 1978: 36). Es ésta una desigualdad muy evidente, que se determinó por dos causas precisas: las divisiones y las guerras civiles por una parte, y la orientación filosófica y las costumbres políticas por la otra.

Al mismo tiempo, Ugarte rechaza cualquier idea de superioridad e inferioridad de las razas y habla más bien de la mayor posibilidad económica que puede llevar un país a un adelanto en general superior. En este sentido, el autor intenta examinar el socialismo desde el punto de vista del mundo colonial. Citando el caso de Polonia e India, remite a su lector al concepto de “pueblos proletarios” que sin el contexto de una nación próspera, respetada y con la fuerza económica y cultural congenial al siglo en el que vive, ni siquiera pueden hacer valer su verdadera libertad y se ven condenados a transformarse en pueblos vasallos. Sin embargo, la voluntad y el sacrificio serán siempre para la sabiduría del maestro argentino los instrumentos que pueden permitir lograr lo casi imposible: “Son nuestros

músculos intelectuales y morales los que forman la historia. [...] Somos los dueños de nuestra acción colectiva” (Ugarte 1978: 42). Y haciendo un paso más, Ugarte bosqueja una propuesta para combatir el imperialismo: “Es necesario tener vida actual, industrias florecientes, riqueza desbordante, fuerza aplicable al siglo en que vivimos. Hay que competir en acción práctica con nuestros adversarios a los cuales no es posible vencer con personajes de leyenda, con pinceles o con lirás” (Ugarte 1978: 44).

El porvenir de la América española es el primer gran ensayo político del intelectual argentino y representa, como recuerda Miguel Ángel Barrios, “la maduración del pensamiento latinoamericano de Manuel Ugarte conformando un cuerpo teórico y político que no abandonará hasta su muerte” (Barrios 2007: 87). Este libro, que presenta una estructura y un desarrollo temático imaginados por el autor desde el principio, se divide en tres partes que se titulan respectivamente: “La raza”, “La integridad territorial y moral” y “La organización interior”. El prefacio, del mismo Ugarte en la primera edición valenciana de la imprenta Prometeo, sintetiza la estrategia política y la concepción continental: la patria superior a la cual el ensayo se aplica es la América española. El autor presenta su libro de esta manera: “He escrito esta obra porque creo que después de un siglo de independencia [...], tenemos el deber de recogernos un instante para medir nuestros músculos y dialogar con la conciencia. El estado social de la América española es contradictorio. Quedan resabios de lo que murió y palpitan fragmentos de lo que vendrá” (Ugarte 1910: XXIII). Además, como nos enteran el título y el mismo autor, el ensayo encara la realidad continental de ayer y de hoy pensando en el porvenir latinoamericano. Es esta una obra que por estructura y argumento se proyecta hacia el futuro.

Ugarte, en el mismo prefacio, expone su credo con respecto a la tarea de la América de habla hispana: hay que concentrarse sobre la misión cultural e histórica que llevará a la constitución de un patriotismo superior. Siguiendo esta tesis y confirmando la idea de que la frontera de México constituye un límite entre “dos entidades antagónicas que sintetizan un divorcio de intereses y de atavismos en un dilema histórico y geográfico que nadie puede conciliar” (Ugarte 1910: XXVI), Manuel Ugarte fija su idea de patria y nacionalidad. Tener patria significa tener brazo y escudo. Es un instrumento de independencia y condición indispensable para el desarrollo integral del ser humano y para poner a salvo el patrimonio moral y material de todos. “A ello se añade otro sentimiento más moderno: el de la *posibilidad* de la patria. No basta que ésta exista; es necesario que pueda

vivir. La nacionalidad, como el derecho, es una abstracción si no está apoyada en una vitalidad, en un volumen y una fuerza que garantice su desarrollo” (Ugarte 1910: XXVI–XXVII).

En la primera parte, que el autor define “en cierto modo inactual”, pero necesaria para recordar “las bases del edificio” (Ugarte 1910: XXIV), Ugarte examina la conformación étnica del continente a partir de su descubrimiento y durante los siglos de la colonia. Se refiere en específico a indios, españoles, mestizos, negros, mulatos, variante portuguesa, criollos y extranjeros inmigrados como a los elementos raciales profundos que determinan la proteiformidad étnica hispanoamericana. Al mismo tiempo, el escritor subraya, por una parte que el destino de Brasil “como nación es inseparable del resto del Continente” (Ugarte, c: 71) y, por otra que el indio, el mestizo y el español serán los elementos básicos dentro de la mezcla hirviente de la futura raza sudamericana. De esta manera, fija la bandera interior del continente y defiende la unicidad de las tradiciones y características que lo distinguen, sobre todo respecto a los Estados Unidos que “han alcanzado una originalidad nacional sin recurrir a la mezcla con las razas aborígenes” (Ugarte, c: 97). Pero, lo que da importancia a esta primera etapa de *El porvenir de la América española* es la recuperación en sentido constructivo del tópico de la raza y la ruptura con el racismo positivista. Ugarte se muestra convencido de que “el punto de apoyo del porvenir hispanoamericano se ubica en la raza, como una instancia integradora de la nacionalidad superior” (Maíz 2003: 241).

“La integridad territorial y moral” –segunda parte del ensayo– lleva *il nostro* al análisis de las diferencias políticas, históricas y sociales que existen entre la América hispana, balcanizada y atrasada, y los Estados Unidos. Los países norteamericanos “sobrepasan las cúspides del progreso” (Ugarte, c: 115) y “vienen utilizando desde hace algún tiempo la desigualdad para empujar sus fronteras hacia el Sur, absorbiendo o regenteando territorios que forman parte de la América española (Ugarte, c: 116-117). A partir de eso, Ugarte enfrenta el concreto peligro representado por el imperialismo estadounidense. Propone una táctica de defensa planeada sobre la preeminencia moral latinoamericana, la lucha contra la innegable protección yanqui “legitimada” por la doctrina de Monroe,²⁷ la denuncia del carácter engañoso del panamericanismo y, antes que nada, la solidaridad continental.

²⁷ La doctrina Monroe fue elaborada por primera vez por John Quincy Adams (1767-1848), sexto presidente de los Estados Unidos, pero atribuida a James Monroe (1758-1831), quinto presidente. Sintetizada por la frase “América a los americanos”, la doctrina expresa la idea que los Estados Unidos no tolerarían ninguna interferencia por parte de las potencias europeas en las dinámicas político–militar del hemisferio occidental.

Desde el punto de vista colectivo, la dispersión nos perjudica más que una derrota diaria. Desde el punto de vista particular, cada república se halla indefensa ante las amenazas del imperialismo. No hay que gesticular con el pensamiento en lo que dirán los contemporáneos, sino en lo que fallará el porvenir. Los mejores patriotas serán los que pospongan los patriotismos locales al patriotismo continental (Ugarte, c: 213).

En la tercera parte, finalmente, el autor desarrolla el tema de “la organización interior”, pasando por el estudio de distintos factores, como por ejemplo las costumbres políticas y la educación, la justicia y la religión, las reformas sociales y el arte. Ugarte está convencido del hecho que una buena organización interior y una sabia utilización de las fuerzas hispanoamericanas constituyen la base de la salud nacional. Trabajar para el futuro democrático del continente significa *in primis* elaborar “una visión clara de lo que desde el punto de vista social significa nuestro carácter” (Ugarte, c: 217). Por eso, con la finalidad de empezar a poner América Latina en el camino ideológico y concreto de la democracia, propone una serie de posibles prescripciones: desde la solución del problema de la seguridad nacional y de la violencia, hasta la idea de una educación que sea física, moral e intelectual; de la normalización de la marcha de una justicia verdadera, hasta la propuesta de una compenetración entre pragmatismo anglosajón e idealismo latino como matiz congenial para el porvenir de la América española.

Me parece aquí pertinente desplegar por lo menos parcialmente la línea comparativa que una gran parte de la crítica ugartiana sigue al relacionar el escritor argentino con José Enrique Rodó y en particular con el momento cultural y literario que toma nombre del ensayo del autor uruguayo: el *arielismo*.²⁸ El tema es realmente importante y, considerando la centralidad del género ensayístico en el panorama literario hispanoamericano, me atrevería a decir que una comparación como la que aquí debo sintetizar representa en su completa significación uno de los grandes elementos medulares de la expresión espiritual del continente. Para comprender la fuerte afirmación se debe recordar que el ensayo *Ariel* es el “libro más leído y glosado en toda Hispanoamérica en el primer cuarto del siglo[.]” (Zum Felde 1954: 293) y que de hecho como pocos otros textos “el libro de Rodó es tan

²⁸ Para el crítico Zum Felde, la denominación *arielismo* se refiere a la enorme influencia que Rodó ejerció en particular a partir de la publicación del ensayo epónimo –verdadero núcleo doctrinario del autor. En la opinión del mismo crítico, los signos distintivos tanto del pensamiento de Rodó, como de su vasta repercusión continental serían: la reacción de los valores estéticos y morales del humanismo tradicional latino versus el positivismo y el utilitarismo pragmático, bien representados entonces por los Estados Unidos; “la tendencia a cierto academismo, es decir, a una especie de retórica de ideas, de tópicos, débil de verdadera sustantividad concreta y por encima de la realidad histórica” (Zum Felde 1954: 311-312).

determinado por el estado espiritual de América Latina en esa hora, como *determinante*, a su vez, de la definición de ese estado” (Zum Felde 1954: 290). Exactamente en este sentido, José Miguel Oviedo hablará de *Ariel* como de la obra con la cual se abre el ensayismo hispanoamericano contemporáneo.

Al enfrentar, pues, un tema que de por sí necesitaría un propio espacio investigativo, querría no caer en la tentación –véanse los casos opuestos de Jean Franco y Zum Felde por un lado, y de Claudio Maíz por el otro– de pensar en la trayectoria intelectual de Ugarte dentro o fuera del arielismo, sino planear la comparación entre algunos tópicos del pensador argentino y ciertos aspectos de la doctrina arielista en los términos de convergencias y divergencias. Las simpatías y las diferencias, habría dicho Alfonso Reyes.

De esta manera, entre los elementos comunes hay que evidenciar el general ideario latinoamericanista que en los dos autores constituye el campo de indagación. De modo análogo, desde el punto de vista retórico, Ugarte y Próspero –sea lícita esta referencia lúdica al profesor-orador del ensayo de Rodó– comparten el modo de exponer el propio discurso. Ambos se remiten a ese *genus deliberativum* a través del cual el orador-escritor quiere aconsejar o persuadir a sus receptores: un público llamado a interpretar activamente el asunto presentado. Las temáticas del discurso deliberativo se dirigen sobre todo a los jóvenes, llenos de esperanza y fuerza de voluntad, y siempre afrontan un determinado asunto proyectándolo hacia el futuro. Por fin, otro aspecto que creo interesante considerar entre las convergencias es, a pesar de las específicas filiaciones teóricas y políticas,²⁹ el influjo cultural francés. De hecho, tanto para Ugarte, como para el arielismo se puede afirmar que la metrópolis espiritual e intelectual es París: “el gran centro europeo y mundial, a donde afluyen y de donde refluyen todas las corrientes universales (además de las propias); y, en modo especial, la capital de la *latinidad*” (Zum Felde 1954: 293).

Tomando en cuenta esta última consideración acerca del influjo cultural francés, se debe recordar, entre las diferencias que caracterizan la comparación Rodó–Ugarte, que mientras este último experimenta el “viaje estético” modernista al vivir concretamente en París, el autor de *Ariel* “sólo viajó a Europa hacia el final de su vida [...]” (Maíz 2003: 96). Otra diferencia importante la representa la dirección política que toma la intención

²⁹ Una de las bases teóricas –quizás una de las pocas– que comparten Rodó y Ugarte es Ernest Renan. Constantemente defendido y elogiado por el Profesor Próspero y segura fuente, con su *Calibán* (1878), de la red simbólica que en *Ariel* se construye a partir de *The Tempest* de Shakespeare, Renan representa una referencia esencial para el nacionalismo de Ugarte. En particular, para esta última idea ugartiana son esenciales los contenidos de la conferencia que Renan tuvo en la Sorbona en 1882, y que se publica con el título de *Qu'est-ce qu'une nation?*

ensayística de Ugarte. En efecto, Rodó funda su forma del género sobre el predominio de la estética y “el culto de la Triada clásica en su integridad [...]” (Zum Felde 1954: 296), siguiendo la inspiración de un “antiimperialismo cultural” y espiritual; por otra parte, el autor de *El porvenir de la América española* atraviesa una específica trayectoria estética y asume una posición socialmente más comprometida, “evolucionando hacia una forma de ‘antiimperialismo total’ [...]” (Olalla 2000: 72). Como nota Jorge Abelardo Ramos, “[l]o que comenzó como inclinación estetizante, fue asumiendo una perspectiva histórica, se vistió de carne y de sangre” (Ramos 1953: IX).

Para concluir este itinerario comparativo, quiero considerar dos divergencias que tienen que ver respectivamente con una concepción literaria y una elección intelectual. En el primer caso, la distancia es determinada por el hecho de que Rodó elogia y persigue “el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia [...]” (Rodó 2005: 5-6), como características de una elite humana superior, de una aristocracia literaria que se eleva arriba de la masa ruda y vulgar. Al contrario, Ugarte nunca deja de ser un ciudadano que pasea por la plaza pública y siempre se declara defensor de una democracia igualitaria de las letras (Ugarte, b: VI-VII).

Con el caso de la elección intelectual me refiero a una consecuencia importante de las dos distintas posiciones que Rodó y Ugarte toman en sentido estético y político, respectivamente. El ensayo del escritor uruguayo sigue en modo intransigente la línea de “una resistencia espiritual del idealismo latino frente al utilitarismo norteamericano [...]” (Maíz 2003: 235), mientras el autor argentino no asume una posición de combate contra el pragmatismo estadounidense. Al contrario, la suya es la búsqueda para el porvenir hispanoamericano de una solución de encuentro, más bien, como hemos analizado respecto a su primer gran ensayo, de compenetración entre idealismo y materialismo:

El egoísmo que reprochamos corrientemente a los anglosajones es, en el fondo, más generoso y más útil para la colectividad que nuestro meridionalismo declamador e inconsistente. El yanqui tiene el culto de su persona, pero sabe que la suerte y la felicidad de ésta se halla subordinada a la del conjunto y que cuanto mayor sea la abundancia, la civilización y la fuerza de una ciudad o de un país, mayor será la suma de satisfacciones, bienestar y gloria de que puede disfrutar cada habitante. [...] Así nació el pragmatismo, que utiliza las ideas que ayudan el desarrollo común y desdeña las que lo contrarían, induciéndonos a ser utilitarios, en el noble sentido de favorecer a la colectividad. [...] Entre los dos extremos está el matiz que conviene a nuestra edad, en que el idealismo y el materialismo se aúnan y se compenetrán, suscitando una modalidad desconocida (Ugarte, c: 252-254).

Pensar en el fabuloso éxito que el ensayo de Rodó vive durante esas décadas, nos permite retomar el recorrido de construcción del ahora dinámico que hemos programado y dirigir la atención hacia el triunfo que representa para Ugarte su gira latinoamericana: el viaje propagandista a favor de la unidad continental que el intelectual argentino realiza por toda América Latina entre el otoño de 1911 y el de 1913.

El prefacio que Ugarte escribe en 1922 para *Mi campaña hispanoamericana* es esencial para comprender tanto las ideas que están en la base de esta elección, como el registro común de los discursos y las conferencias que se reúnen en la obra. El íncipit de esta parte introductora es seco y claro: “En cuestiones de política internacional, como en la guerra, la táctica defensiva es contraproducente y la inmovilidad equivale a la derrota” (Ugarte 1922: VII). El autor decide “bajarse por la calle” y luchar concretamente para difundir y reconstruir el ideario de los héroes de la emancipación. Como demuestran el tono y el empuje ensayístico de los textos-conferencias, el asunto es urgente. Las repúblicas del continente no han podido desarrollar la capacidad suficiente de autodefensa a causa de “una concepción errónea de su historia, de una interpretación inadecuada de su acción en América y de una falta dolorosa de idealismo para coordinar acciones superiores” (Ugarte 1922: X). Por eso, se deben combatir las dinámicas del imperialismo a partir de un ideal de solidaridad que sea útil para vencer el separatismo: es decir, “el germen de dos atavismos de anarquía, el que fluye de su ascendencia española agigantada en el carácter de los rudos conquistadores ambiciosos y el que prolonga la eterna pugna entre las tribus indias de América, cuyos odios y divisiones hicieron posible la conquista” (Ugarte 1922: XIV). Pero, como el mismo autor recuerda, se debe perseguir la reconstrucción del ideal unitario latinoamericanista sin pensarse o sentirse enemigos de los Estados Unidos en cuanto nación, sino adversarios de una precisa política de dominación y arrogancia. La tesis y la profunda intención intelectual nunca nacen del odio, sino del concepto de unificación y de una posición ideológica y cultural de resistencia. En ese sentido, como se verá más adelante, el ensayo ugartiano encuentra su forma peculiar precisamente manejando y trabajando con la tolerancia, la sinceridad y la levedad.

Entre los textos más significativos que conciernen el período de la gira hispanoamericana, no es posible no considerar aquí por lo menos dos conferencias y un artículo, fundamentales por la recepción que tuvieron y por lo que se expone sobre México. Además, en los tres casos hay una referencia concreta al tema del idioma. El lector-receptor es llevado por tres modalidades distintas a ventilar una de las problemáticas

centrales en la hermenéutica gadameriana. El lenguaje “es el medio universal en el que se realiza la comprensión misma. [...] Todo comprender es interpretar, y toda interpretación se desarrolla en el medio de un lenguaje que pretende dejar hablar al objeto y es al mismo tiempo el lenguaje propio de su intérprete” (Gadamer 1988: 467).

El primer escrito se titula “Las ideas francesas y la emancipación americana” (París, 14 de octubre de 1911) y representa el momento donde Ugarte se despide de Europa, para dar inicio quince días después a su viaje de gran compromiso social. El *orador* de esa tarde parisiense es el creador de una forma peculiar de ensayo, una conferencia, cuyo aura ya se ha perdido para el horizonte histórico de nuestro presente; su recepción actual, en el *hic et nunc* de que somos parte, ya no se puede realizar en la presencia concreta, en el *ser en* la dinámica de la audiencia, sino en el acto de la lectura. Así, desde la perspectiva de quien interpreta ahora este primer escrito, el autor regresa al tema de la Independencia hispanoamericana y evidencia la influencia de las ideas francesas en la cultura del continente latino. Sin embargo, lo que me parece de interés es el breve cuento que el “narrador Ugarte” escribe a partir de un recuerdo mexicano y que utiliza retóricamente en la conferencia para cerrar el discurso que precede. Es un pasaje importante porque está recargado de una semántica ensayística que es capaz de dialogar con los otros dos textos que tocarán el tema del lenguaje; por eso, creo que vale la pena citarlo completo:

Hace algunos años, durante un corto viaje a México, bajaba yo una tarde con un amigo hacia un pequeño puerto que se desvanecía en el crepúsculo. Recuerdo que sobre el cielo en delirio del trópico había a la derecha una gran nube azul, a la izquierda una gigantesca ala roja y en medio, como una presa disputada por dos grandes pájaros del espacio, el disco blanco de la luna.

Absortos ante el espectáculo, nos encontramos de pronto en medio de un grupo de colegiales que volvían a la aldea. Uno de ellos nos empujó al pasar y volviéndose cortésmente pronunció en inglés:

– «Excuse-me».

Era un morocho travieso que tenía en sus grandes ojos negros el ímpetu desmelenado del andaluz y la tristeza lejana del indio.

– ¿Puesto que eres de aquí, repuso mi amigo en español, porque no hablas en tu lengua?

El rapaz se esquivó sin responder. Pero el que tenía más edad entre los del grupo se explicó:

– Ha creído que eran norteamericanos.

– Muy bien, respondí, pero, ¿todos los niños de este lugar hablan inglés?

– Casi todos...

Había en la voz como una amargura inconsciente. La noche caía sobre los grandes árboles. El viento nos traía el vaho salado del golfo de México. Y continuamos andando hacia la ciudad, que erguía en las tinieblas las torres de su iglesia española, pensando en que efectivamente otra raza empezaba a apoderarse del porvenir, puesto que hablaba por la boca de nuestros niños (Ugarte 1922: 67-69).

En diálogo con el sentido de esta cita se muestra el íncipit con el cual el autor abre el segundo escrito: “Los pueblos del Sur ante el imperialismo norteamericano”, conferencia dictada casi nueve meses después en la *Columbia University*, de Nueva York (julio de 1912). A pesar de ciertos temas que Ugarte retoma de ocasiones previas, el principio del texto revela una importancia notable. Al no conocer el idioma inglés, el intelectual argentino utiliza esta debilidad personal como una ventaja mientras recurre a la técnica retórica de la *captatio benevolentiae*, para disponer en modo favorable la atención del público: “Mi más vivo deseo, mi aspiración más honda, hubiera sido poder hablar aquí en inglés, para ser comprendido por el mayor número posible de personas. Desgraciadamente me veo obligado a decir mis argumentos y a exponer mis ideas en nuestro buen español sonoro y quijotesco, que se presta, por otra parte, a maravilla para semejantes aventuras” (Ugarte 1922: 73).

El último texto constituye el cierre del círculo interpretativo que he querido presentar a partir de tres diferentes referencias al tema del lenguaje. Es este el caso del artículo, “Carta abierta al Presidente de los Estados Unidos” que Ugarte dirige desde Lima al neo electo representante demócrata, Thomas Woodrow Wilson (marzo 1913). Publicada en muchos periódicos del continente, la carta confirma la solidaridad y la homogeneidad que desembocan en la América Latina del pasado, la lengua, la religión y los destinos comunes. Aludiendo ya desde entonces a uno de los errores lexicales más difundidos hoy en día, el autor declara que: “La América sólo estará unida, la América sólo será realmente «para los americanos», dando a esta palabra su amplia significación, cuando en el norte se tenga en cuenta que existen dos variedades de americanos, y cuando, sin vanas tentativas de preeminencia, con escrupulosa equidad, se desarrollen independientemente los dos grupos en una atmósfera deferente y cordial” (Ugarte 1978: 84).

Después de haber mostrado tres ejemplos de distintos textos que indican cómo el autor pone atención en el tema del lenguaje, querría seguir mi exposición diacrónica y considerar otros dos escritos. Me refiero al breve artículo periodístico “El ejemplo de México” (*Revista Americana*, Buenos Aires, julio de 1914) y al discurso tenido en el Teatro Ideal de la capital azteca, “La evolución de nuestra diplomacia” (12 de mayo de 1917). El primer caso representa la reacción indignada del intelectual argentino con respecto a la ocupación estadounidense de Veracruz, que inició el 21 de abril de 1914 como consecuencia del deterioro en las relaciones diplomáticas entre el país norteamericano y el gobierno golpista y traidor de Victoriano Huerta (18 de febrero de 1913 – 14 de julio de 1914). En el artículo, se presenta el nuevo caso de “imperialismo yanqui” en América Latina a través de

una metáfora muy fuerte. La de Ugarte es una llamada implícita dirigida al pueblo hispanoamericano para despertarlo de la apatía y la indiferencia.

Imaginemos una ciudad minada secretamente por la peste. Se han producido diversos casos en los arrabales. Aquí y allá han caído numerosas víctimas poco conocidas. Sin embargo, nadie se ha inquietado. La muerte ronda en silencio por las calles y se codea impunemente con los transeúntes. Una indiferencia apática y culpable inmoviliza la voluntad de todos. Pero estalla un caso en pleno centro, se enferma una persona de figuración y el ambiente se transforma. La alarma cunde hasta los límites, se emociona la opinión pública, se toman medidas de defensa y todos los que hasta ayer ignoraban el flagelo se conciertan y se agrupan para ahogar el peligro común. Algo análogo ha ocurrido en estas últimas semanas en la América Latina (Ugarte 1978: 30).

Otra vez los sucesos de México se demuestran, para la ideología ugartiana, un elemento fundamental en el tejido de la consciencia histórica latinoamericana. Frente a la “abominable injusticia”, el país azteca será “el personaje notorio que al ser herido por la peste denuncia el peligro y salva la ciudad” (Ugarte 1978: 31).

“La evolución de nuestra diplomacia” hace parte de la serie de conferencias que Ugarte dicta por invitación de la Universidad de México, pero en realidad siguiendo los programas de Isidro Fabela y del Presidente Carranza. La intención es la de “hacer una exposición serena y tranquila; intentando casi podría decir, una demostración matemática” (Ugarte 1922: 202). El orador habla de las distintas formas y fases del imperialismo –desde la autoridad de Alejandro Magno hasta la Francia de Napoleón– y presenta el Panamericanismo como movimiento basado sólo sobre el engaño; en realidad se trataría de una ficción que cela el deseo de dominio que los pueblos fuertes actúan sobre el proletariado de las naciones débiles. Luego, Ugarte declara que ninguna república del continente ha tenido una actividad diplomática de justa prospectiva: “en el sentido de que no hemos logrado unidad de acción, punto de mira, propósito determinado, programa preconcebido; y se ha obrado siempre al azar, según los acontecimientos” (Ugarte 1922: 209).

Analizando más en profundidad el asunto, el autor sostiene que la historia diplomática hispanoamericana se divide en tres etapas. La primera es la de un imperialismo en su fase franca y primitiva: “Se traduce en una expedición militar, en un desembarco de soldados, en medidas marciales, en cosas visibles y tangibles, a veces aparatosas; pero en cosas que permiten saber dónde está el enemigo [...]” (Ugarte 1922: 212). Para las débiles repúblicas del continente la única respuesta es la fuerza.

La etapa sucesiva de la política latinoamericana es la que registra la forma más agresiva de imperialismo. El Minotauro del Norte, capaz de “defender América” porque fuerte de su doctrina Monroe, es en realidad el tutor desde el cual nadie sabe quién podrá proteger América Latina. Para llegar a los fines que persiguen, los Estados Unidos activan “sistemas sinuosos”, un “ir y volver de intrigas dentro de cada país y dentro del conjunto de nuestra América, añadida o sumada a una presión económica” (Ugarte 1922: 214-215), que sólo permiten la ilusión de la posibilidad de un acuerdo, de una salvación. De esta manera, por fin, se llega a la tercera etapa de la diplomacia latinoamericana: “Es la época en que nuestras repúblicas, [...] se resisten en lo posible, tratan de vencer la dificultad y pronuncian en determinados casos un rotundo «no» a determinadas exigencias; y esta política la vemos desarrollarse hoy de una manera brillante y magnífica, prometedora de grandes renovaciones, en la República Mexicana” (Ugarte 1922: 215). Para el intelectual Ugarte, el antiimperialismo del Presidente Carranza y la resistencia del pueblo mexicano “han dado al mundo un verdadero ejemplo de sagacidad” (Ugarte 1922: 216). Son elementos que trabajan en favor de la colectividad latinoamericana y se mueven hacia la construcción de la Patria Grande.

2. 4 1922-1932: *El sueño de una patria grande y el doloroso escribir*

1922 es el año de aparición tanto de *Mi campaña hispanoamericana*, como de *La Patria Grande*.³⁰ También en este último caso, para que se reconozca la distancia temporal como “una posibilidad positiva y productiva del comprender [...]” (Gadamer 1988: 367), hay que afirmar que el lector está enfrentando una miscelánea, un conjunto de artículos periodísticos que remiten a una situación histórica previa a la fecha de publicación. Bajo esta premisa, vamos a analizar los ejemplos que he elegido.

El artículo “La democracia y la patria” aparece en 1913 y está relacionado con la renuncia de Ugarte como miembro del partido socialista argentino, al cual perteneció por más de diez años. El autor declara ser un moderado a la Jaurés y resume las disonancias que lo alejan de *La Vanguardia* y de las altas esferas del partido. Ugarte sabe que el centro de la controversia con el ala ortodoxa del grupo político concierne a la cuestión nacional. En su

³⁰ La presente afirmación determina en quien escribe no pocas inquietudes. De hecho, hasta este punto de la investigación, he elegido seguir la indicación de Norberto Galasso (véase Galasso 1978 y 2001) sobre el 1922 como año de publicación de *La Patria Grande*. Sin embargo, debo confesar que me quedan ciertas dudas sobre la posibilidad que la primera edición del libro en realidad sea de 1924.

opinión el socialismo de los países semicoloniales, como considera los latinoamericanos, debe pasar por la realización de un programa nacional democrático. En particular, en el artículo de 1913, Ugarte defiende algunos aspectos rechazados por la posición oficial:

El partido socialista es enemigo del ejército; y yo creo que así como no se concibe un banco sin cerraduras, no puede existir un país próspero sin una fuerza, respetada por todos, que garantice su desarrollo. El partido socialista es enemigo de la religión; y yo entiendo que, sin perjuicio de estudiar las reformas implantadas en otros países, debemos respetar las creencias de la mayoría de los argentinos. El partido socialista es enemigo de la propiedad; y yo pretendo que siendo aquí la propiedad la recompensa y la sanción del trabajo, podemos perseguir su fraccionamiento y hacerla evolucionar de acuerdo con la ley, sin pretender en ninguna forma su abolición. El partido socialista es enemigo de la patria; y yo quiero a mi patria y a mi bandera (Ugarte 1924: 62).

Otros dos escritos de *La Patria Grande*, que me parecen de un cierto interés y que vale la pena recordar son “La doctrina Monroe”, publicado en *El Universal* de México en 1919, y el folleto *La verdad sobre México*, del mismo año. El primer artículo representa otra declaración de apoyo hacia el Presidente de México, Venustiano Carranza, el cual al desconocer la doctrina Monroe, “inicia una reivindicación de derechos hispanoamericanos [...]” (Ugarte 1924: 67).

En *La verdad sobre México*, publicado en su primera edición por una imprenta de Bilbao, Ugarte regresa al tema del aislamiento y de la falta de información, como condiciones graves en las que viven los países del continente. Si por un lado los instrumentos de comunicación parecen transmitir sólo “invenciones o comentarios que deprimen, desalientan y anarquizan”, por otro lado “[a]gencias de información ajenas a nuestras palpitaciones desprestigian a la América del Sur en México y deprimen a México en la América del Sur” (Ugarte 1924: 91). Por eso, la intención de Ugarte es la de corregir ciertos errores que ofuscan o alteran la verdad sobre el país del águila y la serpiente. En este sentido, para el pensador argentino la única desgracia de México “ha sido su extraordinaria riqueza” (Ugarte 1924: 93), verdadera tentación de los apetitos imperialistas: sus minas, bosques, océanos de henequén, campos fértiles, piedras preciosas, yacimientos de petróleo, etc.

En el folleto, Ugarte enfrenta el tema de la Revolución mexicana y la presenta como una “reacción de la voluntad popular contra la sujeción política” (Ugarte 1924: 94) a la dictadura de Porfirio Díaz. El levantamiento de 1910 es un “terremoto social, que cambia la faz de un país” y desde el cual “se ha sacado argumento para desacreditar a México, desconociendo los móviles elevados y las acciones brillantes, para no comunicar a nuestra

América más que los crueles detalles inevitables de toda contienda armada” (Ugarte 1924: 94). Demostrando otra vez su honestidad intelectual, el autor confiesa que no puede y no debe expresar opiniones profundas acerca de las luchas internas del pueblo mexicano. Su presencia siempre ha tenido el tono de la invitación. Sin embargo, al considerar en particular “la serenidad y la firmeza con que el General Carranza supo sobreponerse a las pasiones [...]” (Ugarte 1924: 95), Ugarte afirma que:

[E]n su alta significación filosófica y moral, la revolución ha sido un gran beneficio, porque además de los derechos ciudadanos, ha devuelto al pueblo de México la conciencia de su poder, trayendo a la superficie las verdaderas fuerzas vivientes de la nacionalidad en una renovación de perspectivas que se caracteriza por tres direcciones: igualdad democrática, protección a todo lo nacional y extrema altivez en la política externa (Ugarte 1924: 96).

Casi cuatro años después de publicarse la primera edición vizcaína del folleto, sale a la venta el último de los cuatro ensayos que marcan la producción macrotextual de Manuel Ugarte: *El destino de un continente*. Como se ha podido observar en el primer capítulo de mi investigación, este ensayo presenta en su estructura esencial la forma del relato de viaje y de la autobiografía. El autor alterna la exposición narrativa a la argumentativa y muestra una buena base bibliográfica de carácter periodístico e historiográfico.³¹ En *El destino de un continente*, Ugarte recuerda los acontecimientos personales y políticos que caracterizaron sus experiencias en toda América Latina y a lo largo de más de veinte años. En efecto, el capítulo inaugural, “El lobo y los corderos” nos cuenta el período que va desde el viaje de Ugarte en el México porfiriano hasta la conferencia de la Sorbona; mientras, la décima y última parte, “Ante la victoria anglosajona”, trata de los sucesos ya próximos al momento de aparición del ensayo y termina proyectando hacia el porvenir y el destino de la juventud hispanoamericana todas las consideraciones contenidas en los precedentes capítulos.

Entre las secciones que merecen mayor atención, sobre todo por el papel protagónico que atribuyen a México, son el capítulo tercero, “El peñón mexicano” y el noveno, “La prueba a la guerra”. En el primer caso, la crónica se concentra en el período que a principios de 1912 pasó el autor en México, en el que dictó su conferencia “Ellos y nosotros”. Estas páginas son muy importantes tanto por dar al lector contemporáneo una idea de cómo Ugarte ve e interpreta el México de la primera fase revolucionaria, como para comprobar a través del

³¹ Me parece pertinente precisar que Ugarte a veces se equivoca en algunas fechas que conciernen a acontecimientos políticos y personales. Este hecho confirma la sensación general de que muchas veces el autor desarrolla su crónica haciendo uso de la memoria.

testimonio directo del mismo autor los acontecimientos y dificultades de esos días frenéticos. Como se podrá observar en el análisis de la recepción ugartiana por parte de la prensa, respecto al pensador argentino, el gobierno maderista intenta poner en acción una estrategia de aislamiento. Según lo que dice Ugarte, la idea es de dejarlo hablar frente a un número reducido de personas fieles al gobierno, para así salir del país sin establecer un contacto verdadero con la opinión pública mexicana (Ugarte 1923: 90-91). En el otro capítulo, “La prueba de la guerra”, el autor analiza las complicaciones que para América Latina determina la entrada de los Estados Unidos en el conflicto mundial. Al mismo tiempo, las reflexiones antiimperialistas de Ugarte giran alrededor de las dos penetraciones militares que el águila del Norte hace en territorio mexicano: respectivamente, en el puerto de Veracruz, en el abril de 1914 y en El Carrizal,³² Estado de Chihuahua, el 21 de junio de 1916. Con respecto a este último dramático suceso y al alto patriotismo demostrado por el pueblo mexicano en la victoria, el intelectual latinoamericanista declara:

Pero el significado del Carrizal va más allá de la pequeña escaramuza guerrera. [...] Considerado desde el punto de vista político, marcaba, desde 1848, la primera vez que la América nuestra se pronunciaba de una manera efectiva contra la invasión gradual que iba doblando las resistencias. Era el primer tiro que se disparaba contra el uniforme que parecía tener el privilegio de circular en los países circunvecinos como si se hallaran abolidos los límites y las autonomías. No cayó en el Carrizal un grupo de soldados, sino el respeto supersticioso que rodeaba a los agentes del imperialismo. Lo que los presidentes de toda la América Latina no se habían atrevido a intentar dentro de la pacífica diplomacia, lo realizó, con el rifle en la mano, un simple coronel, y las sanciones trágicas, que evocan, consternados, nuestros Gobiernos ante la menor disidencia, no se hicieron sentir en ninguna forma. El ejército invasor recogió sus muertos y se retiró del país (Ugarte 1923: 366-367).

Dejando ahora a nuestras espaldas el bienio 1922–1923, tan productivo para Ugarte, quiero referirme al momento que delimita el *ahora temporal* preestablecido (1932), presentando tres breves artículos relacionados con el tema de la cultura y del arte nacional de América Latina.

Los primeros dos textos aparecen en *El Universal* de México. El artículo inicial se titula “La manía de imitar” y se publica el 20 de septiembre de 1929. El autor declara desde el íncipit que “[f]rente a los problemas que se plantearon desde los orígenes de su vida libre, la América Latina atendió más a menudo a buscar ejemplos que soluciones

³² La Batalla de El Carrizal se combatió entre el ejército federal mexicano y el estadounidense, durante la campaña de persecución actuada por los soldados norteamericanos del General John J. Pershing contra Francisco Villa. Las tropas irregulares de este último sólo tres meses antes habían atacado el poblado de Columbus, en Nuevo México. Lo que interesa destacar sobre la Batalla de El Carrizal es la firmeza con la cual los soldados mexicanos exigieron el respeto de las disposiciones de Carranza que de hecho limitaban el avance de las tropas norteamericanas.

propias. Nunca se preguntó: –¿Qué es necesario hacer?” Para Ugarte, al revés, la búsqueda de las soluciones para la mayoría de los problemas se concretó en la interrogación: “¿Qué es lo que hicieron los otros?” (Ugarte 1978: 271). Por causa de un sistema tradicionalmente dogmático, los pueblos hispanoamericanos se relajaron en un clima cultural sobrecargado de imitaciones. “En el orden político, sociológico, artístico, municipal, el ideal supremo fue trasplantar lo que existía en las naciones, en las ciudades o en las almas que admirábamos desde lejos. Así surgió una civilización, fastuosa a veces y sorprendente por su vigor, pero desprovista de personalidad” (Ugarte 1978: 271). Y es a partir de la consideración de estos errores que cada república puede trabajar para encontrar su propia verdadera autonomía y encarar la construcción de una Patria latinoamericana.

El segundo artículo, “El idioma invasor”, se publica en el periódico mexicano el 20 de enero de 1930. La pluma de Ugarte regresa a enfrentar el tema del lenguaje. Sin saber que con el pasar de las décadas el inglés asumiría un papel comunicativo tan planetario, el intelectual antiimperialista critica América del Sur por la “debilidad complaciente” con la que se tolera “la difusión agresiva de otro idioma” (Ugarte 1978: 273). Es esta una tendencia antipatriótica que revela una situación neocolonial y compromete tanto la preeminencia del español, como el porvenir de las nacionalidades jóvenes. De hecho, el imperialismo es infatigable “en imponer su marca en todas las facetas de nuestra vida, subrayando un estado de sujeción inconfesado o una dolorosa dependencia que a veces tratamos de disimular a nuestros ojos” (Ugarte 1978: 273). Ugarte subraya que: “El cinematógrafo agravó este estado de cosas. Las películas ridiculizan impunemente nuestra historia y nuestras costumbres. Al hispanoamericano le corresponde siempre el papel antipático o envilecedor, mientras se acumulan todas las virtudes sobre el héroe del norte” (Ugarte 1978: 273). En estos términos, la posición ugartiana alimenta una de las perspectivas dominantes en la época: el idioma extranjero puede ser uno de los vehículos de infiltración más poderosos del imperialismo y una amenaza del proceso de nacionalización.

El último artículo que quiero aquí recordar se titula “El arte nacional” y se publica en el diario *Crítica* de Buenos Aires, el 18 de noviembre de 1930. Para el autor, “[l]os europeos que observan nuestras cosas con el espíritu sagaz y con la lógica implacable de un mundo sólidamente asentado sobre bases seculares, se sorprenden de no encontrar, con la excepción parcial de México, una literatura autóctona en las repúblicas del Sur” (Ugarte 1978: 275). Ugarte admite que los errores de la realidad política y social hispanoamericana se reflejan en los ámbitos artísticos y culturales. Por eso, “fue posible la literatura de imitación [...]”.

Casi se puede decir que nuestro Nuevo Mundo, privado de expresión artística, está esperando aún que sus intelectuales ocupados en cultivar predios ajenos, se dedican a roturar la propia heredad. El internacionalismo intelectual —empleo la palabra no en su sentido de amplitud comprensiva sino en el de renunciamiento y entrega de las propias características— no fue, pues, más que una manifestación del embobecimiento que en todos los órdenes nos ha inmovilizado, primero ante Europa y después, antes los Estados Unidos. No hemos tenido vida propia. Hemos vivido “por cable”, atentos igualmente a las cotizaciones y a las modas, como si, alimentados por un cordón umbilical de direcciones supremas, la esencia de nuestro ser no hubiera salido todavía a la luz. A tal punto que más de una vez nos preguntamos en horas de perplejidad: ¿Cuándo se trasmutará en arte la vida latinoamericana? (Ugarte 1978: 275).

Esta afirmación de Ugarte es muy fuerte, casi provocadora. Sin embargo, es también a partir de estos argumentos que la experiencia hermenéutica de quien escribe podrá dar voz al diálogo que mantienen la posición ugartiana por una parte, y la realidad intelectual y literaria de México, por la otra.

El otoño de 1932 representa el “cierre” temporal de la producción ensayística y de la tradición específica ugartianas hacia las cuales quiere proyectarse y desplazarse la conciencia histórica de mi *ser en* el proceso hermenéutico. Con la publicación del ensayo *El dolor de escribir* se delimita ese continuum, ese “ahora dinámico” a partir de donde empezará el análisis de las formas receptoras del ámbito mexicano.

El libro confirma una cierta modalidad de escritura típicamente ugartiana. *El dolor de escribir* es un ensayo construido de los recuerdos y los testimonios íntimos de un ser humano ya maduro. A través del acto de lectura, se respiran los sentimientos de un escritor ahora obligado a ajustar las cuentas con ciertos fantasmas: la amargura del autoexilio interminable, el desengaño de la irreductible coherencia política, la conciencia de pertenecer dramáticamente a una generación sorprendente por su vigor intelectual pero maldita en su destino de muerte e imposibilidades. En el presente libro, Ugarte demuestra una cierta superación de sus propias bases políticas socialistas, para recuperar claramente la prédica de una cultura y una identidad nacionales. Como recuerda Miguel Unamuno, autor del prólogo a la edición del libro curada por el Fondo Nacional de las Artes, de Buenos Aires:

La propuesta literaria no se aparta del estilo y la óptica de Ugarte: concisión y claridad —cuasi periodísticas—, estadios miscelánicos no exentos de participación activa, de sensible humanismo, de recursos coloquiales capaces de subyugar y retener al lector, amenidad sin alternancias, pertenencia a esa clarificación de los escritores ubicándose entre los espontáneos. Su literatura, sin embargo, no es ligera ni pasatiempista; por el contrario, sólo un gran escritor, un auténtico intelectual de raza, puede trazar con pocas palabras un retrato o narrar un suceso sin que decaiga el interés simultáneo del texto y su contexto. Sus “estampas” o “subtemas” tienen notorias afinidades porque con ser una misma la mente y la

pluma que testimonian, existe un enlazamiento que deviene en entramado prolijo, armónico, conceptual y rico (Unamuno, a: 24).

El dolor de escribir (confidencias y recuerdos) se divide en cinco partes, de las cuales, la primera se titula “La sinceridad en la literatura”. Aquí, el cuento-ensayo de Ugarte se desarrolla a través de anécdotas y reflexiones alrededor de varios escritores e intelectuales (Enrique Gómez Carrillo, Rubén Darío, Anatole France, Blanco Fombona, Amado Nervo, Gabriele D’Annunzio, entre otros). Apuntes y consideraciones personales remiten a la primera década parisiense.

De esta manera, ya desde su primera sección –y el pasar de las páginas no hará más que confirmar las relaciones–, el libro revela un fuerte diálogo en términos argumentativos y teóricos con la obra que Ugarte publicará por la editorial chilena Orbe, en 1942: *Escritores iberoamericanos de 1900*. La materia literaria de los dos textos es en general la misma. Sin embargo, específicamente en el caso de “La sinceridad en la literatura” se advierte la sensación que esta primera parte pueda ser casi un borrador, una estructura básica de la que diez años más tarde será una de las más interesantes obras literarias de Ugarte. En cualquier caso, al considerar también las otras partes del libro,³³ donde el autor enfrenta más que las singulares semblanzas de sus compañeros, algunos tópicos de su producción antecedente, es posible darse cuenta de que ya desde *El dolor de escribir* la trayectoria teórico-literaria de Ugarte se direcciona hacia las conclusiones que caracterizarán *Escritores iberoamericanos de 1900*. Además, la misma sensación de amargura y rabia que embebe el ensayo de 1932 remite a la que Galasso reconoce como la tesis sociopolítica principal del libro de 1942: la idea de que “la generación latinoamericana del 900 intentó echar las bases de una cultura autóctona pero no lo logró, resultando triturada por la presión combinada de las oligarquías y el imperialismo” (Galasso 2001: 457). Me parece, en resumidas cuentas, que las dos obras dialogan entre sí gracias a la temática compartida de la generación que dentro de las letras iberoamericanas podríamos llamar de 1900. Ugarte sostiene que se trata de “un conjunto perfectamente homogéneo [...]” de escritores, que “[p]or fuerza de las circunstancias, más que por voluntad propia, establecían una identificación espiritual de las zonas más diversas de la América hispana, [...]” (Ugarte 1942: 15). Una generación malograda y vencida –dirá el mismo autor– que corresponde a la que en 1898, Azorín, Baroja, Maeztu y Pérez de Ayala

³³ Las otras cuatro partes de *El dolor de escribir* presentan un título bastante explicativo acerca del principal argumento que tratan. El lector encuentra en el orden: “El ‘autoctonismo’ literario”, “El arte social”, “La fuerza del aislamiento” (donde se enfrenta al delicado y personal tema de la expatriación) y “El ideal del escritor” (la escritura se presenta como proceso de angustia y tormento para el intelectual).

encabezan en España, pero que a diferencia de ésta, “tuvo que dar su mejor fruto en el extranjero” (Ugarte 1942: 5).

Antes de dejar este segundo capítulo, para empezar a jugar con el *contexto* mexicano y seguir dos modalidades distintas de recepción –la intimista, que se refiere a la correspondencia de Ugarte con algunos intelectuales mexicanos y la pública, que nos remite a cómo la prensa nacional se ocupó del pensador latinoamericanista–, quiero proponer unas breves consideraciones acerca de la forma del ensayo ugartiano.

La profunda significación intelectual del peculiar texto que hemos hasta aquí analizado, en mi opinión, no se determina sólo a partir de una específica configuración formal, sino se produce por “el carácter tensivo inicial que lo caracteriza” (Weinberg 2007: 133) y principalmente por la solución que el autor da a esa activación inaugural. En otros términos, creo que el texto ugartiano produce una tensión muy fuerte en su dinámica creativa inicial, porque siempre coincide con la inauguración de una forma poderosa, política y comprometida de expresión ensayística. De hecho, nace como proclamación de un estado de resistencia, se define *in primis* como denuncia y defensa contra las formas de imperialismo y demuestra siempre un carácter intelectual, por su compromiso a nivel social y generacional. Sin embargo, a través de la reactualización que como lectores ejercemos sobre el texto, se puede observar que Ugarte trabaja para encontrar una solución a esa excesiva tensión inicial que la misma introducción de ciertas temáticas produce. De este modo, para cumplir un paso más allá en términos expositivos, a mi modo de ver se puede afirmar que Ugarte utiliza dos principios, o más bien, dos actitudes éticas y una estrategia escritural.

Con los primeros dos aspectos me refiero a la sinceridad y a la tolerancia. Son estos, dos modos de manifestar la forma crítica e intelectual del propio espíritu a los cuales Ugarte recurre para bajar los tonos y obtener que decaiga, o mejor, se establezca el vigor de la tensión inicial de su propuesta ensayística. En particular, respecto a la importancia de la sinceridad, tanto en su *modus* escritural, como en su conducta pública, el mismo autor nos ofrece un testimonio directo, en el artículo “Las razones del ‘arte social’”. Al condenar el artificialismo y la pose de los “esquisitos”, Ugarte afirma que a su juicio, “lo primero que el escritor debe a los que le leen es la sinceridad” (Ugarte 1978: 266). Sobre todo en términos políticos, creo que esta actitud moral pueda ser considerada el elemento que recarga la responsabilidad misma de las ideas que Ugarte expone. Sin profundizar en un tema complejo, quiero subrayar que exactamente la coherencia y la honestidad que caracterizan la posiciones ugartianas son los

aspectos que confieren mayor pesadez a la responsabilidad de la que el intelectual debe hacerse cargo. Y será al expresar y defender estas actitudes morales que el argentino se descubrirá víctima del aislamiento y del ostracismo.

En modo análogo, mientras regreso con el pensamiento a la fundamental virtud que para Norberto Bobbio es la tolerancia en su idea del intelectual, dirijo la atención hacia lo que Ugarte declara en tres distintas situaciones. La primera remite a la conferencia “Las ideas del siglo”, que se pronuncia en el salón del *Operai italiani* de Buenos Aires, durante los últimos días de septiembre de 1903: la ocasión permite hacer pública la adhesión de Ugarte al Partido Socialista Argentino. El poeta, que regresa apenas de su larga experiencia europea, declara que “[...] en las luchas pacíficas del porvenir, en los torneos de razón en que vamos a entrar, no serán nuestras armas las del odio, sino las de la mansedumbre y la bondad” (Ugarte 1989: 25). Para el hijo aventurero y curioso que ha regresado al hogar para dictar no una conferencia, sino una simple oración familiar, “[I]a verdad debe alzarse fría, serena e inmovible en medio de todos los apetitos y todas las sollicitaciones, como algo ajeno al odio, a la vergüenza, a la ambición y al medio” (Ugarte 1989: 26).

Otra situación donde Ugarte da muestra de comprender y tolerar una posición distinta a la suya es en la prosa de lucha de su ensayo *El arte y la democracia*: el asunto en este caso es teórico-literario. Al responder a sus amigos de la *Revista Moderna de México*, declara:

Lejos de desdeñar a los escritores fieles a la tradición del arte por el arte, aplaudimos sus realizaciones y reconocemos que sin la preocupación social, que no es a nuestros ojos un fin, sino un complemento, se pueden hacer obras encantadoras y durables. Bastaría citar los versos llenos de sinceridad de Valenzuela, las poesías intensamente delicadas de Nervo, los poemas brillantes de Tablada y los briosos discursos de Urueta, aunque en el jardín de este último resalte a veces la eglantina socialista, que llevamos juntos en París (Ugarte, b: 110).

Por último, llegamos a la ocasión de carácter político que levanta las problemáticas más delicadas acerca de la idea de tolerancia. Cuando habla de los Estados Unidos, “nunca se nos presenta un Ugarte denunciante vacío y abstracto del norte [...]” (Barrios 2007: 48). Al contrario, siempre lejos de declararse enemigo de los Estados Unidos como pueblo o nación, afirma la necesidad de una relación constructiva para el desarrollo de un nuevo paradigma hispanoamericano. Como ya he analizado en el caso de *Mi campaña hispanoamericana*, también en el prefacio de *El destino de un continente*, se puede leer: “Nadie admira más que yo la grandeza de los Estados Unidos y pocos tendrán una noción más clara de la necesidad de relacionarnos con ellos en los desarrollos de la vida futura; pero esto ha de realizarse

sobre una plataforma de equidad. A pesar del renombre de yancóforo que se me ha hecho, leyenda falsa como tantas otras, no he sido nunca enemigo de esa gran nación” (Ugarte 1923: 2-3). En síntesis, creo que mientras la admiración de Ugarte al estado industrial y pragmático del norte remite al tema de la tolerancia y de la capacidad serena de reconocer muchos aspectos positivos, la denuncia de su línea imperialista permite abrir a lo que Bobbio subraya acerca de la intolerancia que no siempre es un vicio o una maldad. De hecho, respetando el criterio con el cual el filósofo italiano define la idea misma de tolerancia, la actitud paciente y serena de Ugarte se transforma en denuncia, resistencia e *intolleranza* exactamente frente a la arrogancia política de los norteamericanos: para el intelectual argentino, así como para Bobbio, “todas las ideas tienen que ser toleradas excepto las que niegan la idea misma de tolerancia” (Bobbio 2001: 211).

Relacionada con las dos actitudes morales a las cuales me he referido –se podría decir casi una consecuencia natural–, se revela la estrategia que Ugarte realiza en muchos de sus escritos. Se trata de lo que Italo Calvino, en su *Lezioni americane: sei proposte per il prossimo millennio* (1988) define como el valor de *la leggerezza*, la levedad. En la base de una recepción atenta de su ensayo, se advierte como la sensación que el maestro latinoamericano en su producción escritural opera una suerte de substracción de la pesadez. De hecho, en la voluntad de representar el mundo latinoamericano y de proponer un arte más comprometido con sus realidades nacionales, la operación escritural ugartiana se caracteriza por quitarle peso a lo que quiere describir e interpretar. Quitarle peso a la realidad. Su sistema expresivo ensayístico, a través de la sinceridad, la tolerancia y la resistencia, intenta transformar la identidad defensiva atávica en el mundo latinoamericano. Ataca la base misma de la cultura imperialista del Norte, quitando el peso de la subordinación precisamente allá donde se generan las más profundas expresiones hispanoamericanas.

**Dos formas del contexto receptivo mexicano:
correspondencia y prensa**

*Muy querido Manuel,
Acabo de recibir un cablegrama de México en
que se me llama. Debo partir el 6 o 7 de enero.
No tengo para completar mi viaje y recurro a tu
vieja amistad fraternal. Quieres prestarme cien
francos? Te los devolveré en el primer cambio de
fortuna.*

Carta de Amado Nervo, 21 de diciembre de 1901

*Manuel Ugarte, no sólo por el habilísimo
reclamo con que supo envolver su conferencia,
sino también por el merecido y amplio prestigio
de que disfruta, congregó anoche en torno suyo a
millares de personas, que con impaciente
nerviosidad esperaban oír su florido verbo.*

“Ugarte con su conferencia encendió el
patriotismo”, *El Diario*, 4 de febrero de 1912

Como he anticipado en los capítulos anteriores, en éste investigaré el contexto receptivo mexicano respecto al horizonte expresivo ugartiano, siguiendo dos modalidades distintas. El juego hermenéutico se detendrá en una primera forma de recepción intimista, que se refiere a la correspondencia que algunos intelectuales y escritores mexicanos tuvieron con Ugarte, y

luego en una modalidad de carácter público, donde la referencia es a un grupo de artículos de la prensa nacional que se ocupan del intelectual argentino.

Con respecto a eso, me parece importante subrayar que el material que compone este capítulo, amén de definirse por una fuerte caracterización historiográfica y documental, responde, en primer lugar, a una clara necesidad de elaborar una síntesis investigativa, articulada en algunos ejemplos significativos. De hecho, frente a la enorme documentación disponible tanto en el Archivo General de la Nación Argentina, como en la Hemeroteca Nacional de México, se pone en evidencia lo inabarcable del tema.

Desde el punto de vista de la estrategia interpretativa, mi intención es la de instaurar un diálogo con los documentos, las “cosas dadas” que en la epistemología de Ricoeur representan las “huellas del pasado [...], a la vez un resto y un signo de lo que fue y ya no es” (Ricoeur 2006: 638). Para la conciencia histórica que vive el proceso hermenéutico del presente, se trata de entrar en comunicación con una expresión de la recepción mexicana del papel intelectual y de la propuesta ideológica y literaria de Ugarte.

Esta activación dialógica determina dos consecuencias importantes en la realización del recorrido comprensivo-interpretativo. Por una parte, la dinámica hermenéutica, al interesarse en el contexto receptivo mexicano representado por la correspondencia y la prensa, registra un apertura del círculo hermenéutico donde se encuentran el autor y el texto. En otras palabras, en el juego interpretativo que indaga el tema de la recepción en México de Ugarte, introducir el análisis documental e historiográfico del contexto significa tender un puente que reduce la distancia entre el ser del autor–sujeto y la realidad del texto–objeto.

Por otra parte, se debe observar que la materia y el proceder investigativo de este tercer momento expositivo otorgan una mayor amplitud prospectiva al proceso hermenéutico que se realiza en el horizonte del presente y que tiene como protagonistas tanto a quien está ahora con la pluma en mano, como al lector de este escrito académico. Vamos a ingresar en el núcleo de la dinámica receptiva. Parafraseando lo que escribe Gadamer, la conciencia histórica que vive la experiencia hermenéutica del presente instaure una mediación con el horizonte de la tradición receptiva ugartiana. En la realización del *intelligere* y *explicare*, el juego con el contexto mexicano permite regresar a la historicidad del *acontecimiento*. A través del estudio de las cartas y de los artículos periodísticos –que son precisamente los documentos huellas de un horizonte histórico pasado y diferente–, la conciencia interpretativa deja valer las pretensiones de significado de la tradición y se abre a lo que ésta tiene que revelar (Gadamer 1988: 438). De esta

manera, la experiencia hermenéutica registra una verdadera *fusión horizontal* entre la *vivencia*, es decir, las unidades de sentido que permanecen de la tradición receptiva que se vivió, y la continuidad de nuestro estar aquí en la vida misma, dentro y a través de su tiempo histórico.

3. 1 La correspondencia como forma de recepción intimista

Antes de presentar concretamente las cartas con las cuales se articula la dinámica receptiva de carácter privado e intimista, creo importante hacer una premisa respecto a la modalidad expositiva. De hecho, ordenaré la materia epistolar que compone la primera parte de este capítulo dando una cierta importancia a la perspectiva diacrónica y a la idea de construcción de ese *ahora dinámico* que ha sido tan importante para el estudio del ensayo ugartiano. Sin embargo, el principal criterio distributivo con el cual elijo dar organización a estas páginas remite directamente a los escritores e intelectuales que tuvieron una clara relación epistolar con Ugarte. Creo que ordenar las cartas dando preferencia al nombre del autor que las redactó determina por lo menos dos aspectos útiles en términos estructurales. Antes que nada, la ordenación por autores permite resolver y sintetizar con mayor facilidad la enorme disponibilidad y heterogeneidad de la correspondencia entre el intelectual argentino y algunos hombres ilustres del país del águila y la serpiente. Al mismo tiempo, esta elección organizativa me parece que pueda fijar con mayor claridad una precisa relación dialógica con el cuarto y último capítulo y en particular con esos mismos autores que protagonizarán el proceso aplicativo.

Entre las primeras epístolas se deben destacar las que Ugarte recibe en la primera década del siglo XX y que nacen del alma y la pluma de tres célebres escritores mexicanos: Amado Nervo (1870-1919), Luis G. Urbina (1864-1934) y Alfonso Cravioto (1884-1955).³⁴

El caso epistolar de Nervo es de gran importancia, no sólo por el buen número de cartas que los dos literatos intercambiaron y que se puede consultar aún hoy, sino también

³⁴ Como ya ocurrió en los capítulos precedentes, también aquí elijo poner las fechas de nacimiento y defunción en el caso de escritores e intelectuales mexicanos que considero relacionados en modo fundamental con el tema receptivo. La intención es simplemente la de ayudar al lector a colocar temporalmente a los autores considerados.

por el hecho que en general es el testimonio directo de Ugarte a presentar una imagen dulce y melancólica del poeta modernista mexicano. El retrato de *El dolor de escribir* muestra a Nervo como un íntimo amigo y un “[...] hombre de exquisita cultura” que conservaba de su educación religiosa un cierto tono abacial. Amado Nervo “[e]ra tan soñador, tan lírico, que creía encontrar hipocampos en el lago del Bois de Boulogne. Frecuentaba los bailes de Bullier sin dejar de evocar la mitología, el Cosmos y la música sagrada” (Ugarte, a: 42). En modo análogo, resulta refinado y romántico el recuerdo que Ugarte regala en *Escritores iberoamericanos de 1900*, tanto acerca de las reuniones que el grupo de *Revista Moderna* tenía en la casa en Tlalpan de Valenzuela, como sobre las peregrinaciones por el barrio latino de la capital francesa que los dos amigos hacían, muchas veces en compañía de otro excelente periodista mexicano, Carlos Díaz Dufoo.

Al dirigir ahora la atención a las cartas escritas por Nervo, son dos los ejemplos que creo valga aquí la pena mostrar. Con fecha 19 de enero de 1905, el poeta de *Los jardines interiores* (1905) confía a Ugarte algunas observaciones interesantes sobre uno de sus libros, publicado ese mismo año: “Recibí tu libro ‘Una tarde de otoño’ y he comenzado a leerlo: es muy interesante. De él tomaré algo para un tomo de lecturas que estoy trabajando para Bouret. Como en ese tomo habrá retratos, envíame uno tuyo” (AGN 2215). En modo análogo, en una carta del 29 de julio de 1907, el poeta modernista que había sido colaborador en la *Revista Azul* (1894-1896) de Manuel Gutiérrez Nájera y que Ugarte volverá a encontrar por última vez (1919) en el Río de la Plata ya como ministro plenipotenciario de México en Argentina y Uruguay, escribe sus comentarios alrededor de los madrigales que componen la colección *Vendimias juveniles* (1906): “Gracias por tus Vendimias.³⁵ Las he leído con predilección. Conocía algo de ellas. Lo no conocido me ha dado agradables sorpresas. Manejas muy bien la quintilla y en general pones en el arte menor mucha agilidad y un discreto gracioso” (AGN 2216). Los comentarios de Nervo remiten a la fase todavía modernista de la producción ugartiana. De hecho, son exactamente estos los años durante los cuales el autor de *El arte y la democracia* desarrolla su pensamiento sobre una literatura, un arte y una forma de ensayo más vinculados con los problemas nacionales y sociales.

Voy ahora a presentar el carácter receptivo que es posible reconocer en dos cartas escritas respectivamente por Luis G. Urbina y Alfonso Cravioto. La primera misiva,

³⁵ Con respecto a las citas de las cartas, he preferido en mi texto conservar también gráficamente las indicaciones originales. En este caso es el mismo Nervo que subraya el título de la obra de Ugarte. En manera similar, en la carta precedente el poeta mexicano indica el libro *Una tarde de otoño* entre comillas.

fechada el 17 de mayo de 1907, lleva un membrete altisonante. Urbina es en ese entonces el secretario particular del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes: Don Justo Sierra lo apadrina tanto en la vida literaria, como en la función pública. Muy interesante resulta lo que uno de los autores de la *Antología del centenario* (1910) –escrita en colaboración con Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel– declara cerca del talento literario y del desarrollo intelectual de su viejo amigo argentino:

Pero si es verdad que no te escribo cartas, tú, en cambio, me escribes artículos y libros, y así es como casi incesantemente me comunico y hablo contigo. Eres admirado no sólo por tu talento, sino por tu constancia, por tu perseverancia, por tu fe de hierro; inquebrantable. Desde hace cinco años te has enseriado franca y definitivamente, y el desarrollo de tu pensamiento se nota, línea a línea, en tus trabajos; tu mentalidad no sólo crece y se amplía, sino que también se embellece y purifica; eres un observador sagaz, un penetrante analizador; pero como también eres un poeta, tus doctrinas de robustez apostólica se sutilizan y se idealizan con no sé qué vaguedad de ilusión y de ensueño.

Y así te siento yo, y así debes ser; para ser apóstol se hace necesaria una primera condición: ser poeta. Tus libros, que son interesantes por lo que meditas, son simpáticos por lo que sientes; tus meditaciones están contaminadas de emociones, y cada una de tus páginas refleja un estado de ánimo tranquilo y al mismo tiempo extático, como el de los viejos místicos que ponían su esperanza en Dios. Tú la pones en la transformación social! Ojalá que se realicen las santas profecías de tu evangelio! (AGN 2216).

De una cierta importancia resulta además otro pasaje de la misiva en el cual Urbina habla de una carta de Ugarte que publica en *El Imparcial*. En los términos del juego hermenéutico, estas consideraciones íntimas pueden motivar la búsqueda de una relación dialógica entre las dos partes del presente capítulo. Lo que dice el escritor mexicano remite al lector al carácter público de la recepción de Ugarte por parte –y a través– de la prensa nacional: “Recibí tu carta de propaganda de literatura americana, la publiqué en ‘El Imparcial’, que es un periódico popular que todo el mundo lee y del cual se tiran más de ciento cincuenta mil ejemplares.³⁶ Gustó mucho y fué [*sic*] reproducido por la prensa especial del país. Como todas tus obras, contiene ideas sanas” (AGN 2216).

³⁶ Creo pertinente citar aquí un pasaje de la investigación dirigida por Salvador Novo y que se titula: *El periodismo en México: 450 años de historia*. “A fines de 1896 aparece *El Imparcial* de Rafael Reyes Spíndola, periódico que inaugura la etapa del periodismo industrializado en México, bajo la protección oficial. Al absorber las subvenciones pagadas a varios periódicos por el gobierno, y gracias a su moderna maquinaria, pudo aumentar considerablemente la tirada de ejemplares y venderse a un centavo. Usó como señuelo el amarillismo informativo y se consagró a la defensa de las clases en el poder. A la precaria situación de la prensa independiente se añade entonces la fuerte competencia de las empresas colocadas bajo el manto protector del gobierno” (Ruiz Castañeda 1974a: 223). Con respecto al dato de la tirada del diario que refiere Urbina, mientras Ruiz Castañeda habla por *El Imparcial* de 75,000 ejemplares durante 1905, Miguel Velasco Valdés, en su *Historia del periodismo mexicano (Apuntes)*, sostiene que en el mismo período los ejemplares eran 90.000. Esta última fuente nos dice también que antes de que triunfe la Revolución Constitucionalista, la dirección del

La carta de Alfonso Cravioto, fechada el 30 de octubre de 1908, demuestra un registro intelectual y poético muy similar al de la misiva de Urbina. Definido por Alfonso Reyes “el representante del sentido literario”, por una prosa “fluida, musical, llena de brillos y colores” (Reyes 2000: 480), Cravioto ocupa un papel importante en la historia literaria nacional. Si por un lado es el responsable con un viaje a Europa de dar fin al proyecto modernizador de la revista *Savia Moderna*,³⁷ por el otro, su disertación “La obra pictórica de Carrière” (29 de mayo de 1907) abre la primera serie de conferencias-conciertos que marcará una etapa esencial en el recorrido constitutivo del Ateneo de la Juventud. Estos encuentros, novedosos en términos sociales y culturales, son la concreta expresión de una idea de Jesús T. Acevedo y un grupo de jóvenes³⁸ de crear la *Sociedad de Conferencias* “para tener trato directo con los públicos, para hablar con ellos. El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. [...] Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco.” (Reyes 1960: 208).

Regresando al timón de la recepción privada, Cravioto es autor de una epístola admirativa, casi apologética de lo que en ese entonces le transmite Ugarte. La carta hace referencia al “último libro de Ud.³⁹ que bondadosamente se sirvió enviarme” (AGN 2216). El futuro presidente ateneísta y diputado en el Congreso Constituyente (1916-1917) escribe: “Lo he leído con el entusiasmo que me despierta todo lo suyo; pues desde ha tiempo es Ud. uno de mis maestros por la maravilla del estilo y la riqueza del pensamiento, y por esa concepción del arte tan noble y tan humana, que hace de Ud. un precursor y uno de nuestros más grandes sembradores de fe” (AGN 2216).

Antes de despedirse con un “y á [*sic*] desear que estos apresurados renglones le confirmen mi admiración y mi simpatía”, Cravioto expresa –entre paréntesis– su opinión acerca del texto narrativo de Ugarte que en 1903 preconiza su concepción de “cultura

periódico pasará a Félix F. Palavicini, para, desde el 16 agosto de 1914, cambiar su mismo nombre: “Al tomar a México los constitucionalistas, se encontraron con el antiguo diario ‘El Imparcial’, que había servido sucesivamente al general Díaz, al Lic. de la Barra, al señor Madero, al Lic. Lascuráin, al general Huerta y a los gobiernos fugaces e ilusorios del Lic. Carbajal, Eduardo Iturbide y general J. Refugio Velasco. No tuvo frutos su claudicación, pues los vencedores crearon *El Liberal*, ‘órgano de la revolución constitucionalista’, con precio de dos centavos el ejemplar compuesto de 6 u 8 páginas. Tuvo por primer director al tribuno Jesús Urueta, como jefe de redacción al Lic. Gerzayn Ugarte y como secretario de la misma a Armando Morales Puente”(Velasco Valdés 1955: 192).

³⁷ En *Pasado Inmediato* se lee: “A principio de 1906, Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón fundaron una revista juvenil. Le pusieron un nombre absurdo: *Savia Moderna*. No sólo en el nombre, en el material mismo prolongaba a la *Revista Moderna*. Duró poco –era de rigor– pero lo bastante para dar la voz de un tiempo nuevo” (Reyes 1960: 202).

³⁸ Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Rubén Valenti y el mismo Alfonso Cravioto son algunos de ellos.

³⁹ Al considerar la fecha de la misiva, la indicación puede remitir tanto a *Las nuevas tendencias literarias*, como a *Burbujas de la vida*.

nacional”: “(Los Cuentos de la Pampa, [sic] marcan una época y trazan un camino)” (AGN 2216).

La correspondencia que José de Jesús Núñez y Domínguez (1887-1959) teje con el intelectual latinoamericanista constituye un caso de particular longevidad. De hecho, la misiva fechada el 1 de diciembre de 1907 abre un epistolario que durará casi cuarenta años. En esta primera carta, cuyo membrete responde a la “**‘Revista Moderna de México’**. MAGAZINE MENSUAL. **POLÍTICO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE ACTUALIDADES**. PROPIETARIOS: JESÚS E. VALENZUELA Y AMADO NERVO”, Núñez y Domínguez se presenta a Ugarte como parte del grupo que se reúne alrededor de “Don Jesús” Valenzuela. En términos generacionales, llama la atención leer al periodista mexicano hablar de un “nosotros”, metafóricamente referido a “los de la última barca” (AGN 2216).

Núñez y Domínguez, como demostrará en otras ocasiones, escribe una carta de gran entusiasmo y revela una actitud siempre constructiva, donde el tono de ideas y proyectos siempre intenta reír hacia el porvenir:

Alto y eximio poeta:

Es admirando a Ud. desde hace varios años, y bebiendo en las claras fuentes de su encuentro la linfa buena de su inspiración, por lo que ahora diríjale estas pobres líneas.

El señor director de la ‘Revista Moderna’, el grande y amado Don Jesús como le decimos nosotros, los de la última barca, tuvo la exquisitez de encargarme hiciera la nota bibliográfica acerca de su último y hermoso libro ‘Vendimias juveniles’. Aunque no lo merecía, no decliné tal honor, pensando que dando cima a tal encargo, no hacía más que exteriorizar mi admiración hacia Ud., rindiendo público tributo á (sic) su gran valer.

Esta carta no va, pues, á otra cosa que á afirmar mis personales afectos al autor de la ‘Pequeña Sinfonía sentimental’.

El artículo á que aludo ha visto la luz en el número de la ‘Revista’ correspondiente al mes de noviembre. Me permito adjuntarle un ejemplar, aunque ya la administración de ese magazine le ha remitido algunos (AGN 2216).

En otra carta del 15 de noviembre de 1910, el futuro director (1915-1924) de la *Revista de Revistas* propone a Ugarte el proyecto de una publicación y comenta la recepción mexicana del libro de cuentos que el argentino edita en ese mismo año:

Quisiera saber si sería posible editar en la casa Garnier un tomo de versos. ¿Condiciones? Las que imponga la casa, ofreciéndole una buena venta de ejemplares en este país. [...] El libro llevará un prólogo de Luís G. Urbina y, en caso de que sea posible su publicación, unas palabras epilogales del autor de ‘Cuentos argentinos’ que, por otra parte, ha sido muy reproducido aquí (AGN 2216).

Sólo unos meses después, el 28 de febrero de 1911, Núñez y Domínguez envía al escritor porteño otra misiva donde expresa su posición sobre los contenidos del ensayo *El porvenir de la América española*. Un pasaje de la carta, además, deja espacio a la posibilidad de que el autor mexicano pueda haber puesto en el sobre también un curioso artículo norteamericano que retrataba la figura de Ugarte.

Mi querido y admirado poeta:

He recibido su afectuosa carta y con ella su magnífica obra “El porvenir de la América Latina”, que viene á (*sic*) agregar una hoja de laurel más á la triple corona de poeta, cuentista y crítico que luce Ud. de nuevo triunfal.

Dentro de mi insignificancia, haré cuanto me sea dable por difundir las nobles ideas que en ella campean. Creo, estoy seguro de ello, que su libro tendrá un gran éxito en América.

Tendré mucho placer en enviarle los periódicos que se ocupen de la obra. Desde luego, me apresuro á remitirle una curiosidad: una hoja de “The Literary Digest” de Nueva York, para que ría Ud. un poco; sobre todo por el retrato. Creo que eso es el colmo del “amarillismo” yankee (AGN 2217).

Poco antes de terminar, la carta de febrero de 1911 ofrece a nuestro recorrido interpretativo una interesante consideración que será funcional a crear una relación dialógica entre las dos partes que componen el presente capítulo, entre la forma íntima y la pública de la dinámica receptiva. Núñez y Domínguez confiesa el proyecto de escribir un texto sobre *El Porvenir de la América española*: “Yo voy á [*sic*] escribir un artículo en ‘Revista Moderna’ y sé que en otros periódicos aparecerán comentarios” (AGN 2217).

A demostrar el carácter longevo del epistolario es una elegante tarjeta del 19 de octubre de 1946, con membrete “José de J. Núñez y Domínguez, *Ministre du Mexique en Belgique*” (AGN 2224). El autor, ya importante diplomático, “envía un afectuoso abrazo a su admirado y querido amigo don Manuel Ugarte, Embajador de la República Argentina en México, y lo felicita cordialmente por haber sido justamente designado para ese alto puesto” (AGN 2224). Y además, atestiguando la fuerza de la relación que ata a Ugarte con el país del águila y la serpiente, le escribe que “México y todos aquellos que conocen los insignes méritos de usted estarán regocijados de su presencia en una tierra donde tanto se le quiere y aplaude” (AGN 2224).

El epistolario que Carlos Pereyra e Isidro Fabela tejieron con Ugarte recubre una importancia peculiar en el dibujo general del presente proyecto hermenéutico. De hecho, los dos abogados, diplomáticos y ensayistas mexicanos propondrán argumentos de indagación también en los términos del momento aplicativo. En el capítulo cuarto, se

intentará analizar cómo la recepción de Ugarte en México se puede también estudiar a partir del *acontecimiento* de la aplicación. Específicamente, la expresión escritural de Pereyra y Fabela se investigará como una manifestación de la *subtilitas aplicandi*, de la facultad de aplicar a la propia situación cultural y temporal lo que se conoce y aprende por el análisis de otro texto y de otro autor.

En la base de los documentos epistolares que el AGN en Buenos Aires ofrece a un estudio filológico que quiere acercarse a la correspondencia recibida por el intelectual argentino, 1916 es el año que atestigua la primera carta tanto de Fabela, como de Pereyra. Este último, en fecha del 18 de abril de 1916, escribe una misiva que lleva el membrete del Ateneo Científico Literario y Artístico de Madrid y que arranca con un “Muy distinguido y respetable Señor:

Me honro suplicando a Ud. que pase la vista por la penúltima página de mi obra ‘El Mito de Monroe’. La mención que de Ud. hago en ella es un acto de justicia. Recibirá Ud. un ejemplar de mi estudio “El Crimen de Woodrow Wilson”, publicado en ‘Nuestro Tiempo’, de octubre y noviembre de 1915, y otro de mi conferencia ‘Las dos (*palabra ilegible*) diplomáticas americanas (Monroe y el Panamericanismo)” (AGN 2218).

El mar en el cual navega *il legno* del historiador mexicano se forma de realidad latinoamericana y antiimperialismo, de conflictos intelectuales y comparaciones socioculturales con la civilización norteamericana. Además, lo que sorprende en ésta y la sucesivas misivas de Pereyra es la capacidad de dialogar con Ugarte sobre todo a través de las constantes referencias bibliográficas.

En una carta del 20 de enero de 1918, junto a la cual Pereyra envía un ejemplar de su libro *La constitución de los Estados Unidos como instrumento de dominación plutocrática* (1917), “como un testimonio de mi admiración y de mi simpatía” (AGN 2218), se puede leer como el autor denuncia desde España una cierta dificultad “para enterarme de lo que usted hace” (AGN 2218). Pereyra, que teoriza un iberoamericanismo de fuerte matriz española en oposición al historicismo anglófono de William Robertson y William H. Prescott, escribe a Ugarte: “yo le agradeceré mucho que me dé a conocer cuánto haga y publique para aplaudirlo y comentarlo, procurando así darle un testimonio de mi reconocimiento por las finezas con que usted me honra” (AGN 2218).

A un diálogo epistolar caracterizado por las informaciones bibliográficas, remiten también dos cartas respectivamente del 21 de septiembre de 1921 y de 1923 –en este último caso, no se conocen el día y el mes. En la primera misiva, además de escribir que

Ugarte “es un poeta de la gran prosapia de los patriarquitas españoles del siglo XVI [...]” (AGN 2218), Pereyra remite a su lector al “muy elogiado” libro *Main currents of Spanish literature* (1919), de J.D.M. Ford. En particular, el autor de la carta declara acerca de la obra citada que: “La última página (274) está dedicada a injuriar a Ud. Le llama *instrumento (probably a tool)*. No dice de quién. Cree que los ‘falsos aciertos’ de Ud. ‘encuentran fácil aceptación, especialmente entre la juventud de Hispanoamérica’ [...]” (AGN 2218).

En modo análogo, en la epístola de 1923 Pereyra remite a la atención de Ugarte otro texto que trata de “cuestiones de yanquis”. El hilo del discurso sigue el tema de la recepción por parte del remitente mexicano de la propuesta panamericanista de Samuel Guy Inman:⁴⁰

Pero sucedió que vino a mis manos un libro de un tal Samuel Guy Inman, profesor, ayudante bedel o no sé qué de la Universidad de Columbia. El libro se llama Problems in Pan Americanism. (New York. George H. Doran Company.)⁴¹ Este libro pertenece a una serie de conferencias protestantes, y el Inman ha de tener grado o ribetes de pastor. [...] En efecto: se trata de un amañado mamotreto para demostrar que toda la luz viene de Yanquilandia. Los norteamericanos viven adorándonos, aunque conocen todos los defectos de nuestra educación, según citas copiosas de Sarmiento, formidable erudito, y el profesor D. Juan Agustín García [*sic*], hijo. Ya sólo nos falta aceptar el protestantismo y tender la mano al buen amigo y siempre admirable protector de las libertades humanas (AGN 2218).

Este último toque irónico llega a una expresión a trechos casi intolerante cuando Pereyra analiza la bibliografía del ensayo de Inman (1921): quizás, demostrando una recepción ortodoxa en términos teóricos antiimperialistas.

Inman cita, – y esto sí es interesante, – [*sic*] una copiosa bibliografía de hispanoamericanos que abogan por la yanquinización. Pero no se le oculta que hay autores de libros perversos. Casi no valdría hacer mención de los antiyanquis, indivi-⁴²viduos [*sic*] poco enterados de las cosas, escritores ridículos y pueriles que un norteamericano apenas se dignaría mencionar si no fuera preciso escudriñarlos todo para estar al tanto. Algunos de esos escritores, los más, son apasionados, pero de buena fe. Los hay, sin

⁴⁰ Misionario y reformador social norteamericano (1877-1965). Autor en 1919 del ensayo *Intervention in Mexico*, Samuel Guy Inman tendrá un papel central en la formulación de la política de la *Good Neighbor* (1933), de Franklin Roosevelt.

⁴¹ Tomo la ocasión del punto que el autor deja entre paréntesis, para hacer una consideración para mí necesaria y así regresar a lo que anticipé en una de las primeras notas a pie de página del capítulo. Al citar las epístolas, elijo conservar una cierta complicidad con el carácter originario de la expresión sintáctica y en el límite de lo posible gráfica que éstas presentan. En este sentido, me parece interesante que tanto el lector implícito, como el real-histórico de esas citas puedan imaginar el juego paleográfico. A veces se quedará el error o su apariencia.

⁴² Cambio de página en el original mecanografiado.

embargo, que obran llevados por algún resentimiento personal, y no faltan los que escriben por mera venalidad. El nombre de usted pasa muchas veces por las páginas de ese libro (AGN 2218).

Antes de regresar con el pensamiento a 1916 y a Isidro Fabela, quiero detener brevemente el discurso en las dos cartas que Pereyra escribe con fecha 18 de febrero de 1924 y 11 de octubre de 1926. Se trata de las epístolas que preceden la definitiva ruptura con el escritor argentino.

En la primera misiva, el historiador mexicano originario del Estado de Coahuila agradece a Ugarte haberle mandado “su hermoso libro” y declara: “me preparo a utilizarlo en el último tomo de la *Historia de América*. Son ocho Corrijo [sic] en estos momentos las pruebas del IV, y estoy atareado escribiendo el VII” (AGN 2218). Refiriéndose al ensayo *El Destino de un continente*, que se publica en diciembre de 1923, Pereyra escribe: “La última obra de usted encierra para mi [sic] un contenido de interés pocas veces igualado. Yo quiero hechos, y usted me los proporciona con prodigalidad. Sale en un momento que reduplica su interés. La actualidad se encarga de comentarlo amargamente” (AGN 2218).

La carta de 1926 es breve e íntima. Desde Madrid, Pereyra comenta muy probablemente el borrador de *La vida inverosímil*; recopilación de artículos que Ugarte edita sólo en 1927, antes de ser designado cónsul boliviano en Niza: “Mi querido Ugarte: ¡Cuánto tiempo sin escribir a usted! Anda uno de aquí para allá, agitándose sin objeto. –Leí LA VIDA INVEROSÍMIL [sic]. Es usted un maestro que hace lo que quiere con la pluma. Le admiro y le tengo envidia. Yo quisiera hacer algo así, guardando las proporciones, para mantenerme sin aburrir a la gente” (AGN 2219).

Durante diciembre de 1916, Isidro Fabela escribe a Ugarte tres cartas. Las misivas representan los distintos momentos organizativos del entonces enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Argentina, para llevar al autor de *El Porvenir de la América española* a conferenciar desde la cátedra de la Universidad Nacional.

La primera epístola es del 11 de diciembre y contiene la transcripción de una nota que escribe el “C. General C. Aguilar, Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno de mi país” (AGN 2218), como nos dice Fabela:

Por la atenta nota de usted número 6, registro 6, de fecha 15 de Agosto próximo pasado, quedo enterado de lo que se sirve usted manifestarme respecto a que el distinguido escritor argentino don Manuel Ugarte, con motivo de las dificultades surgidas entre nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos de América, organizó una manifestación popular, en favor de

México, en la cual tomaron la palabra, tanto el propio Señor Ugarte, como el ciudadano mexicano Luis Vega.– [sic] Sírvase usted expresar al Señor Ugarte los sinceros agradecimientos y simpatías personal del Gobierno Constitucionalista por su labor en pro de la unión de la raza (AGN 2218).

Fabela, que en 1915 publicó en Madrid los cuentos de *La tristeza del amo*, en esta primera misiva expresa su reconocimiento personal a Ugarte, por “el amor continental y viril actitud que ha puesto en diversas ocasiones y siempre que las circunstancias lo han exigido, al servicio de los intereses libertarios de México y de la Raza latina de América” (AGN 2218).

En la carta del 21 de diciembre, el futuro autor de *Historia diplomática de la Revolución mexicana (1958-1959)* es otra vez el mensajero y el orquestador de las dinámicas diplomáticas que preceden las conferencias del antiimperialista argentino en tierra azteca. La misiva reproduce la embajada original del “Señor Rector de la Universidad Nacional de México, Licenciado don José N. Macías”, donde se lee: “En nombre de los Profesores y alumnos de las Facultades que integran la Universidad Nacional de México, tengo el honor de suplicar a usted invite al distinguido poeta argentino don Manuel Ugarte para que venga a hacer entre nosotros gira de propaganda pro unión de las naciones latino-americanas” (AGN 2218).

Cierra este grupo de cartas, de claro interés receptivo pero por supuesto relacionado con aspectos organizativos más que intelectuales, la misiva escrita en fecha 30 de diciembre. Fabela remite a Ugarte “un cheque extendido por ‘Irving National Bank’ de Nueva York y contra la casa Ernesto Tornsquist & Co. Ltd. de esta Ciudad en favor suyo por la suma de --- Dls. 3,500 TRES MIL QUINIENTOS DOLARES que la Universidad Nacional de México pone a su disposición para que emprenda su viaje a la Capital de México con el fin de hacer propaganda en pro de los países latino-americanos” (AGN 2218).

Pocas semanas después (11 de febrero de 1917) y desde “un ‘fundo’ chileno, cercano a esta simpática ciudad de Santiago” (AGN 2218), Fabela escribe a Ugarte una carta en la cual se alegra de sus triunfos. Amén de presentar un tono más amistoso e íntimo, la misiva muestra algunas reflexiones intelectuales de interés. El autor reconoce un poco de propia satisfacción personal, “al pensar que cumpliendo mi alto deber de patriotismo continental, he puesto mi entusiasmo y mi fe al servicio de esas victorias tuyas” (AGN 2218). Mientras cuenta a Ugarte del encuentro que tuvo con un grupo de estudiantes chilenos, como mensajero de los universitarios argentinos durante una

manifestación de simpatía pro México, Fabela conversa acerca del porvenir del ideal latinoamericanista: “Quien sabe cual [*sic*] sea el resultado práctico de su campaña ideal; pero tanto usted como yo sabemos que si nuestro afán de unir a todos los pueblos de la América Latina no tiene un pronto éxito, lo tendrá mediato pero habrá de tenerlo porque vive en nuestra sangre y en otra ley fuerte también: la convivencia” (AGN 2218). Regresando con la memoria al entusiasmo y al amor latinoamericanistas de esa juventud, el ministro mexicano pregunta a Ugarte: “¿Será esto el principio de una efectiva vinculación entre la América Ibérica? Continuará redivivo el entusiasmo de las almas jóvenes las que ahora están con nosotros?” (AGN 2218).

En el caso específico de Fabela, para desarrollar con coherencia la presente investigación sobre el tema receptivo intimista, advierto la necesidad de dejar por un momento los documentos epistolares del AGN de Buenos Aires. De hecho, vale la pena dirigir la atención al artículo “Cartas entre Manuel Ugarte e Isidro Fabela: el dolor y las ideas”, publicado por Eliff Lara Astorga (2008), en la revista *Literatura Mexicana*. Este cambio de fuente epistolar nos permitirá ingresar en el Archivo del político mexiquense que se conserva en el Centro Cultural Isidro Fabela, ubicado en San Ángel (México, D.F.). De los trece textos que Astorga presenta en su artículo, tres cartas se revelan el instrumento con el cual dibujar un cuadro receptivo intimista más detallado y honesto.

La misiva del 8 de agosto de 1919 es de notable importancia. Desde la pluma misma de Fabela, se puede considerar lo que sigue:

Muy estimado amigo:

Acabo de leer su artículo “La verdad sobre México” con mucho interés. Me ha producido la impresión que engendra siempre la verdad cuando ésta se abre paso por entre la mentira: una sedante satisfacción. [...] Lo felicito y, en la humilde representación que pudiera tener en mi país, le agradezco su noble labor (Astorga 2008: 150).

En modo análogo, mientras proceden las distintas etapas de una correspondencia que llegará hasta los últimos años del poeta argentino, la epístola del 22 de marzo de 1928 es una clara prueba de la fuerte intimidad intelectual que acomuna los dos latinoamericanistas. El diálogo tejido por Fabela acerca de las recíprocas “cortesías periodísticas” es de rara intensidad. Desde París:

Le envío por separado un número completo del *Excelsior* en el que aparece mi artículo “Un esforzado paladín antiimperialista” referente a usted. A causa de la distancia y del tiempo que nos separan de México, no he podido enviárselo hasta ahora.

Muchas gracias por haber enviado mi mensaje al Congreso Panamericano, a la Alianza Continental de Buenos Aires.⁴³ Si usted sabe que se publique en la Argentina, sírvase decírmelo y, si puede, enviarme algún recorte.

Su artículo enviado a *L'Europe Nouvelle* me parece magnífico. Lo envié al *Excelsior*, pero no le aseguro la publicación, porque me lo envió usted tardíamente.

Saludos a Teresita de nuestra parte. Un cordial apretón de manos de su viejo amigo y compañero (Astorga 2008: 154-155).

La última misiva que sale del Archivo Isidro Fabela es en realidad una carta escrita por Ugarte el 5 de abril de 1932. *In primis*, el autor de *La Patria Grande* describe su triste situación económica e intelectual: “Todos los vientos son hostiles. Teresa está bastante enferma; yo tengo el pelo y el bigote completamente blancos. Mi vida habrá sido un arrebató de jinete absurdo que quiere mantener el equilibrio de un imposible galope ideal. Bien ganados me tengo los revolcones” (Astorga 2008: 157). En particular, lo que llama la atención es la referencia de Ugarte a la polémica carta abierta que le envía Carlos Pereyra, desde las páginas de *La Antorcha*. La revista, que vive ahora su segunda época (abril 1931–septiembre 1932), se publica en París y Madrid siempre bajo la dirección de José Vasconcelos.⁴⁴ El intelectual argentino se abre con Fabela, por ese entonces, abogado privado en la capital azteca y miembro de la Comisión de Reclamaciones entre México e Italia.

Ya habrá leído usted la absurda carta abierta que me ha dirigido Carlos Pereyra. La publicó la revista que edita Vasconcelos. Es un ataque insidioso al cual he contestado con el artículo cuya copia va bajo este sobre. Paradojas del destino. ¿De qué sirvieron mis pobres líricas campañas de tres décadas? No me han valido siquiera un poco de respeto. Si yo hubiera sido interesado, muy diferente era el rumbo. Nunca me hubiera puesto a atacar al imperialismo norteamericano; usted lo sabe, equivale a sacrificar cuanto se tiene y se pudo tener. Es como una maldición sobre una vida... (Astorga 2008: 158).

⁴³ Me parece correcto y muy útil citar en este punto la misma nota a pie de página (en realidad la 22) que Astorga pone en el texto: “Fabela se refiere al sexto Congreso Panamericano, realizado en Buenos Aires ese mismo año. En la carta fechada el 1 de marzo de 1928 Ugarte confirma la recepción del mensaje. En su artículo “Hispanoamericanismo contra panamericanismo”, fechado en enero de ese mismo año, el mexicano pone en duda la libertad de opinión de los delegados enviados a dicho congreso ‘cuando se trata de las instrucciones dadas a sus representantes por los gobiernos de ciertos Estados ligados *a fortiori* con la política absorbente de la Casa Blanca’ (texto recogido en *Buena y mala vecindad*, 177)” (Astorga 2008: 155).

⁴⁴ La revista de combate *La Antorcha* vive su primera época durante el bienio 1924-1925: el objetivo es de incidir en la moralización de la opinión pública. En mayo de este último año, antes de partir para un largo viaje por Europa, Vasconcelos dejará la dirección de su creación en las manos de su discípulo Samuel Ramos.

Quiero ahora regresar a las fuentes epistolares que se conservan en el Archivo Manuel Ugarte, para cerrar esta primera parte del capítulo tercero. Mi análisis se concentra en el epistolario que dos importantes hombres de letras del novecientos mexicano intercambian con el intelectual argentino: me refiero a José Vasconcelos y Alfonso Reyes.⁴⁵ En ambos casos, se conserva un buen número de misivas, escritas en un lapso más que decenal. Como pueden dejar intuir el carácter apolíneo y el dionisiaco que definen la modalidad expresiva y espiritual de los dos mexicanos, las epístolas del autor de *Visión de Anáhuac* (1917) se diferencian mucho de las del pensador oaxaqueño, tanto por el tono del compromiso político, como por la elegancia retórica.

Durante 1925 y desde Europa, después de haber ocupado el cargo de secretario de Educación Pública, Vasconcelos dirige a Ugarte dos cartas de claro valor receptivo y de fuerte carga política. En la misiva del 16 de julio, el autor de *La raza cósmica* declara haber recibido el nuevo libro del intelectual argentino, *La Patria Grande*, y expresa su adhesión a la propuesta ideológica ugartiana: “Siempre lo sigo con el interés que se debe al precursor y apóstol de un gran ideal que me es común” (AGN 2219).

La carta del 4 de diciembre de 1925, caracterizándose por una grafía en ciertos pasajes verdaderamente difícil de descifrar, ofrece la opinión de Vasconcelos sobre el “libro más importante” de Ugarte: “lo leí con todo el detenimiento que merece y el interés de quien siempre ha tomado como punto de partida su libro más antiguo: El Porvenir de la América Latina. No sólo estoy de acuerdo sino que aplaudo sus páginas elocuentes y llenas del aliento que necesita nuestra raza” (AGN 2219). Somos lectores de una declaración que adquirirá su más profundo sentido durante la investigación del momento aplicativo. Pero en este momento lo que es interesante remarcar es el hecho que en esta carta Vasconcelos regresa a comentar la visita mexicana de Ugarte en 1912 y su desencuentro con el maderismo. El intelectual oaxaqueño, que fue representante del Club Antireeleccionista en Washington y por el cual Madero siempre representó el paladín de la verdad política y el pensador capaz de transformar el “aztequismo subyacente [...] para que México ocupe sitio entre las naciones civilizadas” (Vasconcelos 2007: 438), vuelve con la memoria a esa época. De hecho, parece explícita la referencia al cuento que de esos acontecimientos hace Ugarte en el capítulo “El peñón mexicano” del ensayo *El destino de un continente*.

⁴⁵ Creo que vale la pena subrayar que para los fines de mi trabajo he tenido que renunciar a analizar una parte importante de los carteos que conserva el AGN. Entre los mexicanos que intercambian una relación epistolar con Ugarte, el archivo argentino resguarda misivas escritas por los presidentes Venustiano Carranza y Emilio Portes Gil, y además por los intelectuales Jaime Torres Bodet y Rodolfo Reyes.

Sólo en un punto no estoy conforme: lamento como Ud. no se imagina la mala inteligencia entre Ud. y Madero. Lo lamento tanto más cuanto que soy en parte responsable que yo debí acercarme a Ud. a pesar de todo en aquella época y obligarlo a tratar más a Madero, a vencer su primera impresión. Leyendo el relato que Ud. hace, verídico en los hechos que Ud. presencié pero muy distinto en las apreciaciones – distinto de lo que nosotros sentíamos – comprendo que Ud. tuvo que formarse mal juicio de aquella situación. Lo rodearon a Ud. los enemigos de Madero, pero solo el hecho de que esos enemigos pudieran acercarse libremente a un huésped y casi monopolizarlo, no era ya un adelanto en un país que tres años antes bajo Porfirio Díaz, no dejó desembarcar a Darío? (AGN 2219).

Vasconcelos, mostrando el tono de la seria autocrítica, reconoce su sentimentalismo hacia Madero, que define, dirigiéndose a Ugarte, “lo mismo que Ud. –un quijote–” (AGN 2219). El autor de la epístola confiesa que le “duele que” los dos “no se hayan podido entender entonces” (AGN 2219) y analiza los errores de la política hispanizante maderista: “De toda manera también fue error nuestro no retenerlo a Ud. más tiempo y darle a conocer nuestro verdadero punto de vista. El error de Madero fue no sólo en aquel caso, también en otros, ese error común al idealista, error que Ud. también podrá cometer a veces: el error de renunciar a defenderse de los cargos que se creen injustos” (AGN 2219).

Desde el punto de vista de la recepción de las obras ugartianas, entre las cartas más significativas vale la pena recordar brevemente la del 18 de noviembre de 1926. Vasconcelos agradece Ugarte por las “horas de deleite” que le produce la lectura de su última “novela hispanoamericana y futurista”: *El camino de los Dioses* (1926).

Le envidio este don de defender en forma amena ideas y sentimientos que sirven a nuestro propósito fundamental. Sólo recuerdo que esa “difícil facilidad” viene del ejercicio y es lo que constituye la maestría: el ejercicio y el saber en el don natural. – [sic] Lo felicito cordialmente: que nos siga Ud. dando fuertes [*palabra ilegible*]. Los grandes períodos de progreso se ven siempre precedidos de grandes períodos de producción literaria (AGN 2219).

Una de las cartas más importantes en todo el epistolario entre Vasconcelos y Ugarte es la que el candidato presidencial mexicano escribe unos meses antes de las elecciones extraordinarias que, después del homicidio de Álvaro Obregón (julio de 1928), organiza el presidente interino Emilio Portes Gil. En esta misiva, fechada el 23 de julio de 1929, Vasconcelos confiesa sus reflexiones sobre el presente y el porvenir de la Revolución, sin ahorrar críticas fuertes contra “los agraristas de ésta época radical, Obregón, Calles, [...]” (AGN 2220). Creo importante antes que nada subrayar el modo con el cual el mexicano se dirige al latinoamericanista argentino, haciendo referencia a su campaña política y al momento de implicación imperialista que vive México. Vasconcelos considera a Ugarte un intelectual de gran coherencia, “uno de

los mejores jueces”, como “una especie de Tribunal de Honor de América” ante del cual quiere “explicar la situación mexicana” (AGN 2220):

Muy oportunamente recibí la carta abierta en que comenta la situación hispanoamericana en relación con mi actual campaña política.⁴⁶ Encuentro justificado que usted que ha sido uno de nuestros primeros guías en la inteligencia de los principios del Continente, se preocupe por el momento actual de México. No se trata de una campaña política común y corriente que tenga por objeto quitar a un grupo del poder para llevar a otro. Se trata de sacudir una tutela internacional que por una serie de traiciones de nuestros políticos ha ido reduciéndonos a una esclavitud moral y económica. La ruina económica del país está siendo aprovechada por los intereses norteamericanos para adquirir a vil precio todas nuestras fuentes de riqueza (AGN 2220).

Vasconcelos, ya desde su expresión epistolar, revela un claro acuerdo con la línea antiimperialista ugartiana. Varios pasajes de la carta remiten a los contenidos que el ensayista porteño desarrolla en *La verdad sobre México* y *El destino de un continente*. Para el candidato del Partido Nacional Antirreleccionista, que en las presidenciales de noviembre del mismo año conocerá la amargura de la derrota por el fraude político consumado por Pascual Ortiz Rubio y su mentor Plutarco Elías Calles, las riquezas de México son la tentación verdadera para los apetitos estadounidenses: “Las caídas de agua han pasado íntegramente a poder norteamericano; la industria de azúcar que llegará a ser rival de la de Cuba está también en poder de norteamericanos” (AGN 2220). Pero el aspecto económico y social que preocupa mayormente al educador mexicano es representado por “lo que habíamos conservado durante un siglo”, es decir, “la propiedad de la tierra”, que “está pasando rápidamente a manos de sindicatos extranjeros debido principalmente a la imbécil política agraria que con pretención [*sic*] de bolchevismo y con imitaciones desleales de los sistemas rusos y en realidad como instrumento de política en manos de los aventureros que han ido ocupando los altos puestos” (AGN 2220).

De hecho, la carta de Vasconcelos regala al proceso hermenéutico del presente una imagen fuerte y seca del país, durante uno de los períodos más delicados del movimiento revolucionario. Una fotografía política y social de alto valor historiográfico, que a pesar de los

⁴⁶ Con respecto a esta consideración de Vasconcelos, me parece fundamental subrayar dos aspectos. Por un lado, es útil recordar que 1929 es un año esencial en la relación entre Ugarte y México: si varios son los artículos que el intelectual argentino publica en *El Universal* de la capital azteca, de modo análogo, desde la revista *Monde*, de Barbusse, Ugarte difunde en particular en el mundo latinoamericano de Europa los dos artículos “El reparto de la tierra en América Latina” y “La Revolución mexicana”. Por el otro lado, a pesar de no tener la fuente original de la carta abierta a la que se refiere Vasconcelos, vale la pena recordar la cita que reporta el crítico Galasso: “ante el lanzamiento de la candidatura presidencial de José Vasconcelos, [Ugarte] publica una carta abierta manifestando que ‘su candidatura aviva el optimismo de todas las esperanzas en el orden internacional y por eso le mando, como argentino y como ciudadano de la América Latina, este abrazo fraternal’” (Galasso 2001: 383).

juicios de parte, logra remitir su lector-receptor a la realidad de todo el continente latinoamericano. Por estos motivos, me parece necesario leer una parte amplia de la misiva:

[C]ada uno de los agraristas de esta época radical, Obregón, Calles, se han hecho millonarios y hacendados al mismo tiempo que se echaban sobre las tierras grandes o pequeñas de sus enemigos políticos para hacer distribuciones bien mezquinas que no han beneficiado a la población agraria. Hay dotaciones hasta de una hectárea, dotaciones que no bastan para sostener a una familia y en la generalidad de los casos, la dotación está sujeta al capricho del Comité Agrario que la quita y la vuelve a dar sin otro criterio que el de consolidar adhesiones políticas. Por otra parte, el sistema de fusilamientos sin límite, el sistema de persecuciones y el aumento excesivo de los impuestos debido a la voracidad de una burocracia de protegidos y favoritos, ha ido arruinando el trabajo independiente; ha ido destruyendo al pequeño propietario y al negociante al menudeo a tal punto que ahora sólo los grandes trust americanos resisten la situación y vivimos de harina importada y de toda clase de artículos extraños. En medio de la más grande desesperación el pueblo contempla que el poder público está en manos de un grupo de diputados, los compadres, los tahúres, los compañeros de orgía enriquecidos por Obregón y Calles y son éstos los hombres que gritan que no les importa el resultado de las elecciones porque a ellos les toca calificarlas y ya de antemano han fabricado un candidato, el General Ortiz Rubio, un vejete orgiástico que pondrá el Visto Bueno sobre los negocios, las concesiones y los despilfarros de la cuadrilla de Ali Babá, como el público los llama. Es en una situación como ésta en la cual estamos intentando organizar a la gente de bien para que se defiendan de los rufianes. No hemos contado más que con la buena voluntad del pueblo y de la juventud y ya el movimiento ha logrado persistir y crecer. [...] Sin embargo, nuestro rival hace su campaña con dineros del tesoro de los Gobiernos de Provincias y apoyado exclusivamente por elementos oficiales; sus clubes los organizan, a falta de ciudadanos, los gendarmes de los pueblos. Y falta nada más saber si el pueblo mexicano tiene todavía las energías necesarias para sacudir toda esta herencia del último período de caudillaje o si derrotado en las elecciones perderá la fe en sí mismo y se resignará a soportar que los Gobiernos se le den estilo Nicaragua de acuerdo con los intereses del capitalismo norteamericano y mediante una fórmula electoral que se limita a dar apariencias de legalidad a la consigna extranjera (AGN 2220).

Antes de pasar al análisis del carteo que otro ilustre mexicano intercambia con Ugarte, es necesario revisar dos últimas epístolas de Vasconcelos. La primera es del 7 de mayo de 1932. Desde Madrid, el futuro autor de *Ulises criollo* (1935) hace una importante referencia a las cartas abiertas que Pereyra y Ugarte se intercambian en las páginas de *La Antorcha*, dando vida al diálogo editorial que los llevará a la definitiva ruptura. “Recibí oportunamente su carta en que se refiere a su artículo de la Antorcha. Don Carlos Pereyra ha entregado ya su respuesta que creo no lo lastima en nada” (AGN 2222). Como se verá en la segunda parte del presente capítulo, sería mejor no perder de vista lo que era el papel de Vasconcelos en esa revista.

La última carta del pensador mexicano es del 6 de abril de 1936. Vasconcelos, que se encuentra en Austin, diserta sobre la presidencia de Lázaro Cárdenas: “[...] nada ha cambiado por allí, sino la persona del presidente, con mejoría relativa porque Cárdenas no es

hombre sanguinario, pero de hecho el régimen es el mismo o sea, el del Embajador de Norteamérica a quien consultan el acuerdo los principales ministros” (AGN 2223). Más adelante, Vasconcelos describe el interés que por ese entonces mostraba el Norte anglófono alrededor de Hispanoamérica: “En cuanto un viaje por Los Estados Unidos, no se lo aconsejaría. Las pocas personas que se interesan por Hispanoamérica están [sic] enroladas en el Panamericanismo. Y las leyes después de la depresión se han hecho prohibitivas para el extranjero [sic] que pretende ganar por aquí un peso” (AGN 2223).

Sin dejar espacio a ninguna sorpresa filológica, la correspondencia de Alfonso Reyes se caracteriza por la elegancia de la forma retórica, la cortesía indefectible y el carácter claro de la grafía. Desde el punto de vista intelectual, sorprenderán el apoyo a la actitud latinoamericanista del poeta argentino y la defensa de una concepción étnica y moral de la unidad continental. La primera carta del epistolario Reyes–Ugarte que entregan los legajos porteños del AGN es del 23 de mayo de 1921. Desde Madrid, el secretario de la Legación de México se presenta como joven autor americano y fija el tono cortés de una conversación epistolar que siempre será rica de referencias bibliográficas y comentarios receptivos.

Me felicito de que hayan comenzado sus colaboraciones para EL Universal [sic] de México. Dice Ud. que, con excepción de algunos nombres que cita, los jóvenes autores americanos no logran aún la hospitalidad editorial de España. Sería yo un ingrato si no le dijera que se ha olvidado Ud. de mi nombre: yo he vivido algunos años de esa editorialidad, y las dos casas más grandes (Calleja y Calpe)⁴⁷ pueden dar fe de mis intervenciones. ¿Cuándo almorzamos juntos? No tiene Ud. más que hablarme, cuando le convenga, al teléf. S. 594. Mis respetos a su amiga. Allí le va El Cazador [sic]. Perdone sus faltas de imprenta; y las otras castíguelas (AGN 2218).

De un cierto interés en términos de dinámica de la recepción y de diálogo *libresco* se revelan dos cartas respectivamente del 20 de septiembre de 1921 y del 19 de diciembre de 1923. En la primera misiva, el regiomontano universal comenta la antología *Poesías completas* que Ugarte publica ese mismo año y que comprende la colección de 1906 *Vendimias juveniles* y una nueva titulada *Los jardines ilusorios*. “Bienvenido su hermoso libro de versos, que me llega montado en un fantástico hipogrifo. Ya estoy metido en él con el interés y el amor intelectual que sus cosas me inspiran” (AGN 2218). Más de dos años después, Alfonso Reyes vuelve a escribir al “querido amigo” y al “admirado y leído escritor” (AGN 2218). La carta, junto a la

⁴⁷ La editorial española, en el mismo año, publica la segunda edición de *Cuentos de la pampa*.

cual el autor de *Cuestiones estéticas* (1911) envía un ejemplar de su obra más reciente, *Los dos caminos* (1923), hace una referencia a un libro de Ugarte; probablemente uno entre *Mi campaña hispanoamericana* y *La Patria Grande*, ambos de 1922. “Su libro, justiciero y generoso, me llega en momentos amargos. ¡Ya ve las noticias de mi tierra!” (AGN 2218).

Desde París, ahora ministro plenipotenciario de México en Francia, Reyes escribe a Ugarte una carta (18 de febrero de 1925) donde le agradece su último ensayo y habla con admiración y entusiasmo de su actitud latinoamericanista:

No pasa un momento, querido y admirado amigo Ugarte, sin que le envíe a Ud. mi gratitud por su libro sobre La Patria Grande [*sic*], que ahora mismo llega a mis manos. Quisiera poderle expresar cuánto aplaudo y admiro su actitud, clara y alerta, ante los intereses de nuestra raza. Voy a leerlo con encanto y – ya lo sé – con provecho. Le envío mis dos últimos libros: Ifigenia Cruel y Calendario [*sic*]. Ud. adivinará las muchas erratas que hay que corregir. Uno u otro día, caeré por allá para darle un abrazo que le anticipo (AGN 2219).

Creo interesante subrayar que la presente misiva, si por un lado confirma la elegancia de la forma retórica epistolar, por el otro llama la atención por la referencia que Reyes hace a los posibles intereses de la raza hispanoamericana.

Durante enero de 1927, a distancia de pocos días, Reyes envía al socialista antiimperialista dos cartas de apoyo ideológico. En la epístola del día 8, el ensayista mexicano, que pronto dejará Europa para ocupar el cargo de embajador de su país en la nación argentina, comparte con Ugarte la idea de que la estrategia defensiva latinoamericana debe empezar por la unidad de las distintas repúblicas. Además, personalmente considero sugestivo en términos intelectuales el referirse de Reyes a “los actos” y no sólo a las palabras de su amigo. En este aspecto, se determina una clara analogía con lo que Carlos Pereyra comentaba en su carta de febrero de 1924. Hablando del libro *El destino de un continente*, el autor de *El mito de Monroe* declaraba: “Yo quiero hechos, y usted me los proporciona con prodigalidad” (AGN 2218). Así desde la pluma de Reyes: “Ahora mismo acabo de telegrafiar a su destino las hermosas palabras de Ud., que, afortunadamente, no son sólo palabras, sino actos, y lo prueba Ud. con el bello ejemplo de su vida. No necesito decirle hasta qué punto me conmueve su actitud, y cuánto la agradezco. Estamos del todo unificados. Es natural que nos juntemos para defendernos” (AGN 2219).

El día 17 del mismo mes, Reyes escribe una misiva donde, amén de confirmar su apoyo, dirige a Ugarte el agradecimiento oficial del Gobierno de México:

Tengo el gusto de manifestar a Usted que por telegrama del 14 de los corrientes el señor don Aarón Sáenz, Secretario de Relaciones Exteriores de México, me encarga presentar a Usted el agradecimiento del Gobierno Mexicano por la gentil actitud de Usted con respecto a México en los presentes momentos. Cumplo con verdadero placer este encargo, que demuestra que sus nobles palabras han encontrado eco en mi país. Me enorgullece que en las circunstancias presentes México pueda contar con el apoyo de quien, como Usted, es defensor tan constante y fervoroso de nuestra raza y de los ideales de unión moral de nuestros países (AGN 2219).

La última carta que dará aquí puerto tanto a la relación epistolar entre los dos escritores, como al espacio investigativo dedicado a la modalidad receptiva intimista, es del 3 de agosto de 1936. Desde Buenos Aires, Alfonso Reyes comunica a Ugarte un mensaje de su hermano Rodolfo, que se encuentra en Madrid. Y precisamente pensando en España, el ensayista mexicano comenta con tono preocupado los acontecimientos que en ese verano llevarán la península ibérica a la guerra civil.⁴⁸

Mi querido amigo: En vano le procuro por teléfono. – Mi hermano Rodolfo Reyes (Serrano 9, pral., Madrid), me escribe lo siguiente con fecha 11 de julio:

“La actual gerencia de EL SOL me pidió candidatura para nombrar allá (en Buenos Aires) un delegado especial de su periódico que les informe de la próxima Conferencia Interamericana de la Paz por cable y correo. He pensado en Manuel Ugarte. Háblale en mi nombre, y que me escriba al respecto inmediatamente”.

Aun cuando estas líneas son anteriores a los actuales sucesos españoles, esperemos en la continuidad de la vida republicana (AGN 2223).

Así, al despedirnos temporalmente de tan alto ejemplo literario, quiero invertir ahora el sentido de la sensibilidad receptiva. Desde el modo privado e íntimo de las epístolas, el viaje hermenéutico conduce al momento público de la recepción mexicana, representado por una selección de los artículos de la prensa nacional que se ocupan de Ugarte.

⁴⁸ El 17 y 18 de julio de 1936, la sublevación militar organizada por las fuerzas conservadoras y reaccionarias contra el gobierno del Frente Popular pondrá a la Segunda República española frente a la defensa armada de su existencia.

3. 2 La prensa como forma de recepción pública

La segunda parte del tercer capítulo se abre con algunas consideraciones que se refieren a aspectos técnicos y estratégicos del proceso interpretativo. Antes que nada, creo útil remarcar que en el caso del presente momento expositivo vuelven a ser fundamentales la perspectiva diacrónica del análisis y la idea de construcción del *ahora dinámico*, tan importante para el estudio del ensayo ugartiano. De hecho, se ordenará la materia periodística dando prioridad al transcurrir temporal que protagonizan –más bien, protagonizaron– las “cosas dadas”: esas “huellas del pasado” (Ricoeur 2006: 638) que para la conciencia histórica que opera dentro del momento hermenéutico presente constituyen los reproductores de la tradición receptiva pública.

En modo análogo, es esencial, tanto para quien escribe como para quien lee el presente ensayo, no olvidar el carácter ejemplar e inevitablemente sintético de un discurso que nace desde la experiencia hemerográfica. Estoy obligado a cerrar el “cuento sobre la prensa mexicana y Manuel Ugarte” en un espacio forzosamente reducido. Por eso, será útil apelarse en modo explícito a las capacidades representativa e imaginativa que se requieren al lector en la construcción semántica de un texto. De hecho, ingresar en el Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México significa poner en marcha un proceso informativo-receptivo único con respecto a la historia del país azteca. En este sentido, para construir aquí un momento expositivo coherente y equilibrado, será esencial activar nuestra imaginación: para abrir y cerrar los confines de un tema verdaderamente vasto, para recuperar en parte el aura de la misma experiencia hemerográfica y para comprender lo que dicen los acontecimientos receptivos que pertenecen a un horizonte pasado.⁴⁹ *Il mio racconto* quiere representar una reflexión alrededor del modo con el que los periódicos y las revistas nacionales tocaron el tema ugartiano, tanto desde el punto de vista de la publicación de un artículo del mismo intelectual argentino, como del enfrentamiento crítico de una obra o una conferencia suya. Una breve disertación acerca de la forma pública de la recepción en México de Ugarte.

⁴⁹ Esta exhortación a las actividades representativa e imaginativa del receptor del presente ensayo, remite a la fenomenología del acto de lectura estudiada por Roman Ingarden y Wolfgang Iser. Para un más profundo estudio de los conceptos de “lugar de indeterminación” y de “espacio vacío” a los que aquí me refiero en modo implícito, véanse los ensayos: *Vom Erkennen des Literarischen Kunstwerks* (*La comprensión de la obra de arte literaria*, 1968) y *Der Akt des Lesens: Theorie ästhetischer Wirkung* (*El acto de leer: teoría del efecto estético*, 1976). Lo que me parece aquí esencial es el pedido participativo al lector de mi trabajo en particular en el caso del material que falta porque se ha perdido o porque no lo he encontrado todavía.

Entre 1899 y 1911, la *Revista Moderna* y la *Revista Moderna de México* constituyen el órgano editorial que presenta a Ugarte al público mexicano más que cualquier otro. Para los lectores de ese horizonte temporal, las páginas modernistas, enriquecidas por los dibujos de Julio Ruelas, son la fuente de todas las publicaciones y novedades que se refieren al argentino. Extractos de libros en prensa, poesías de claro tono modernista, crónicas de la vida bohemia parisiense, artículos de crítica literaria y comentarios escritos por los intelectuales y poetas mexicanos tejen un cuadro receptivo muy interesante. Durante más de una década, la revista permite a los lectores conocer y vivir la parábola literaria y humana de Ugarte. En modo recíproco, el argentino hace de la publicación azteca su personal laboratorio de formación artística y política. Una tribuna refinada y de amplio aliento continental, a partir de la cual Ugarte elabora y presenta todas sus propuestas.

La relación entre la *Revista Moderna* y el autor de *Paisajes parisienses* nace concretamente en julio de 1899, es decir antes del primer viaje de Ugarte a México y probablemente gracias a los contactos que el argentino establece durante su período parisiense. La revista vive ya su segundo año de vida: su primer número es del 1 de julio de 1898.⁵⁰ El título de esa publicación inaugural es “Divagaciones. Las aldeas”. Se trata de tres textos narrativos donde el poeta errante describe cortejos nocturnos y románticas aventuras amorosas: “Son las brujas del Sabbat, gnomos desconocidos, sátiros fúnebres, que meditan una fiesta macabra, arrebuados en la noche, entre las cruces de un cementerio” (Ugarte 1899a: 212).⁵¹ Del mismo sabor modernista se caracterizan las otras dos publicaciones de 1899. Mientras en diciembre aparece el cuento “La garçonière”, dedicado a Tablada, el número de noviembre contiene el poema “Naufragio”. Estos son los versos que cierran la composición modernista: “Espantosa noche puebla / la extensión. – En lluvia leve / se desatan, tras la nieve / de la gran luna redonda, / largos llantos de tiniebla... // y en el mar la Muerte ronda.” (Ugarte 1899b: 329).

Para imaginar hoy la atmósfera de ese cambio de siglo y la presencia de Ugarte en el grupo inaugural de *Revista Moderna*, es de ayuda el testimonio de uno de sus redactores.

⁵⁰ Los números de 1898 llevan el título: *Revista Moderna. Literaria y artística*. Desde el número 1, año 2 (enero de 1899) el título completo será: *Revista Moderna. Arte y ciencia*. Los redactores son: José Juan Tablada, Antenor Lezcano, Bernardo Couto Castillo, Rubén M. Campos, Alberto Leduc, Francisco M. de Olaguíbel, Jesús Urueta, Ciro B. Ceballos, Jesús E. Valenzuela, Rafael Delgado.

⁵¹ El número de las páginas que se refieren a las publicaciones de Ugarte en la *Revista Moderna* y la *Revista Moderna de México* remiten a los volúmenes en los que la Hemeroteca Nacional de México ha recogido los ejemplares. A pesar del hecho que no siempre el número del volumen coincide con el año y que en algunas ocasiones el modo de clasificación no registra rigor bibliográfico, he preferido indicar el número de las páginas para ayudar al lector como posible protagonista de la experiencia hemerográfica.

Ciro B. Ceballos, como fue el caso de Rubén M. Campos durante el primer capítulo del presente ensayo, nos describe el joven literato argentino:

La primera vez que llegó al país Manuel Ugarte, fue también un visitante asiduo en los lares de Jesús Valenzuela, siendo desde entonces un fraternal compañero de todos nosotros, pues supo hacerse querer desde luego por su carácter caballeroso, amén de sus indisputables talentos literarios. Entonces, el actualmente famoso literato argentino era rico, viajaba como artista, escribía como artista, amaba como artista, correspondiendo a las sonrisas prodigadas a él por la inconstante fortuna, con besos de amor a las bellas, con caricias también de amor a la musa. Viajaba mucho (Ceballos 2006: 364).

Casi a querer dialogar con estas palabras de Ceballos, el artículo que Ugarte publica en la *Revista Moderna* para la segunda quincena de junio de 1900 se basa en los recuerdos de su primer viaje a México: “Después de cuatro meses de residencia en Nueva York y Chicago, ensordecido por el fragor de las fábricas y anemiado por el egoísmo brutal de un pueblo de mercaderes, tuvo la humorada de penetrar en México para tornar a respirar ese aire puro, lleno de generosidades y desprendimientos, que es la atmósfera moral de los pueblos latinoamericanos. Y entré como en un jardín de sonrisas e ingenuidades” (Ugarte 1900: 183). Al mismo tiempo, en sus “Notas de México. Los escritores”, Ugarte habla de los miembros del grupo modernista. José Juan Tablada es “el supremo poeta que realiza el imposible de ser parisiense sin haber salido de México (Ugarte 1900: 183). Jesús Valenzuela “[e]s el bohemio genial, lleno de sinceridades y de confianzas, que se deja llevar por la existencia, sin inquietudes, con la placidez de un niño en una barca que arrastra la corriente. [...] Valenzuela es tan poeta en su vida privada como en sus versos” (Ugarte 1900: 184). Viviendo una dinámica receptiva curiosa acerca de lo que el mismo Ugarte expresa sobre el ambiente literario nacional, los lectores mexicanos conocen algo de los redactores de *Revista Moderna*:

Rubén Campos, de palabra lenta y armoniosa, de tez morena y ojos vivos, con un pequeño bigote de azabache a caballo sobre los labios, es el campeón de la frase perezosa, el que ve correr la vida con desdén, de codos sobre la mesa de mármol, sonriendo a grupos de mujeres virginales que pasan muy lejos entre el humo. [...] Rubén Campos tiene para mí el encanto de la espontaneidad. [...] Ciro Ceballos es un escritor forjado para la lucha. Robusto de cuerpo y de espíritu, es un Zola de prosas acres, cuyas críticas, mordaces hasta la inverosimilitud, se sobrellevan con trabajo (Ugarte 1900: 184).

En 1901 salen en la revista mexicana tres artículos de interés para el tema de la experiencia receptiva. En abril Ugarte publica la crónica “De París – La juventud francesa, sus tendencias, un congreso”; por otra parte, el número de agosto reproduce un extracto de la

novela en prensa *Paisajes parisienses*: “Un sueño de Margot”. Finalmente, unos meses después, el artículo de Rubén M. Campos que se titula “Paisajes parisienses (Manuel Ugarte–París–‘901)” festeja la publicación de la novela:

Ah! Mi bienamado artista!.... Tu sangre ardorosa americana y tus ironías gozosas de veinte años son las que han flameado en hipostasis efímera, en cerebros sorbidos por el vampiro absintio y en estremecimientos galvanizados de organismos muertos para las rapsodias de que has sido rapsoda! [...] Manuel Ugarte no es ni simbolista, ni romano, ni neogriego, ni satánico, ni místico: es humano, es amplio y sensitivo, es pasionario y generoso para sentir con el hermano que sufre a su lado; canta el amor y el placer y lanza su anatema contra las injusticias de la vida; hace de su don de intelectual un ariete en defensa de los agobiados y los vencidos! Sabe que el artista surge para cumplir una misión! Posee la natural elegancia de un verdadero escritor (Campos 1901: 298-299).

El siguiente artículo, “De París. Los escritores y la crítica. El caso de M. Brioux”,⁵² aparece en *Revista Moderna* para la segunda quincena de febrero de 1902. Junto a los escritos que salen en *El País* de Buenos Aires, aquí Ugarte empieza a divulgar las primeras semillas de la que será su propuesta sobre el arte social. En particular, el texto mexicano anticipa la discusión sobre el papel del escritor que se desarrollará en modo cabal gracias a obras como *El arte y la democracia* y *Burbujas de la vida*. Al hablar de Brioux, como de “uno de los tres o cuatro grandes dramaturgos que hay actualmente en Francia [...], que cree en la misión educadora del arte” (Ugarte 1902: 62), Ugarte teoriza lo que sigue:

El escritor concienzudo no tiene más derechos que los demás hombres, pero tiene más deberes. Es quien indica rumbo, quien hace el gesto que todos repetirán mañana. Por eso le corresponde mirar siempre muy lejos y muy alto, sin que ningún interés le desvíe. Debe estar fuera del tiempo y de las cosas y vivir, más que para el hombre, para la idea. No es que tenga que acantonarse en un mundo ideal y desdeñar los problemas de su siglo. Todo lo que pueda influir sobre la suerte de la humanidad le concierne. El productor de belleza ha de ser apóstol, porque la belleza está en los hechos, no en las palabras, y la verdad es belleza en acción, suprema belleza. Ocuparse en los asuntos inmediatos de la comunidad, no es descender, es alzarse. El buen escritor empezará por ser buen ciudadano. [...] Hemos dejado muy lejos la concepción egoísta del arte por el arte, el diletantismo de la belleza exterior (Ugarte 1902: 62-63).

En marzo del mismo año, la *Revista Moderna* publica el ensayo “El arte nuevo y el socialismo”, extracto del libro en prensa *Crónicas del bulevar*: Ugarte habla de la conferencia que Jean Jaurés da en París sobre la literatura y el carácter colectivo de la alta expresión artística.

⁵² Seguramente aquí el poeta argentino se refiere a Eugène Brioux (1858-1932): periodista y dramaturgo francés que con su obra didáctica supo destacar las injusticias del sistema social. Entre sus piezas teatrales, vale la pena recordar *Blanchette* (1892), *Les trois filles de M. Dupont* (1897) y *Les Avariés* (1901).

Sin poder dirigir la atención hacia todos los momentos que marcan la relación entre Ugarte y la *Revista Moderna*, quiero ahora recordar un grupo de publicaciones particularmente importantes por dos razones. Por un lado, el tema que une estos artículos, es decir las razones del arte social y del nacionalismo literario, remite al distanciamiento teórico que viven el intelectual argentino y uno de los miembros de la revista, sobre todo a partir de la publicación de obras como *Cuentos de la pampa* y *Visiones de España*. Por el otro, es interesante observar que las mismas argumentaciones ugartianas traen a la memoria lo que Manuel Gutiérrez Nájera sostuvo en algunas ocasiones a través de la prensa nacional, atestiguando así la profundidad histórica de la discusión.⁵³

Unos meses antes que la *Revista Moderna (Arte y ciencia)* cambie su título a *Revista Moderna de México (Magazine mensual. Político, científico, literario y de actualidades)*, Ugarte publica “El francesismo de los hispanoamericanos” (primera quincena de mayo de 1903). El artículo, dedicado al escritor español Ramiro de Maetzu, representa una de las primeras teorizaciones del poeta argentino sobre el concepto de literatura nacional.

Maetzu, en su artículo de *El Imparcial*, reprochaba a los escritores hispanoamericanos su desdén por las cosas de su país y les decía que deben aprovechar la savia de la tierra, haciendo obras nacionales. Convento en ello. Tuve ocasión de decir algo parecido en *Crónicas del Bulevar*: «En el fondo de esa vida americana hay mucha cantera de arte para el porvenir... Nuestras peculiaridades nativas, las costumbres de nuestros campos y nuestro pasado pintoresco ofrecen maravillosos asuntos al escritor.» Mientras Maetzu escribía su artículo, aparecía en el mismo Madrid un libro mío titulado *Cuentos de la pampa*... ¿Pero esa tendencia a utilizar lo nacional, debe llevarnos a desdeñar lo extranjero? (Ugarte 1903: 143).

Al dejar esta última pregunta sin una efectiva réplica, la propuesta teórica ugartiana llega a los lectores a través del más concreto de los ejemplos. El número de junio de 1904 de la revista mexicana, renovada en el papel utilizado, en el tamaño y, sobre todo, por la mayor

⁵³ De hecho, vale la pena citar dos artículos del Duque Job que fijaron la línea poética modernista respecto a la definición de una literatura nacional. El primero se titula “Literatura propia y literatura nacional” y aparece en agosto de 1885 en *El Partido Liberal*: Gutiérrez Nájera declara que “[l]as literaturas nacionales no son más que un subgénero de las literaturas propias” (Gutiérrez Nájera 1885: 83). Además, “propuso la idea de una literatura propia que estaría conformada por un grupo heterogéneo de literatos, cuyas obras estuvieran dotadas de una ‘poderosa individualidad’, de una originalidad producto del comercio intelectual entre los pueblos [...]” (Clark de Lara 2002: XVIII). El segundo artículo se titula “El cruzamiento en literatura” y sale en la *Revista Azul* en septiembre de 1894. Aquí el Duque Job denuncia la excesiva tendencia a la imitación de las letras latinoamericanas y, al mismo tiempo, defiende la concepción del libre cambio artístico y de la asimilación de lo extranjero como instrumentos que pueden fortalecer la expresión literaria propia. “No quiero que imiten los poetas españoles; pero si quiero que conozcan modelos extranjeros; que adapten al castizo estilos ajenos; que revivan viejas bellezas, siempre jóvenes; en resumen, que su poesía se vigorice por el cruzamiento” (Gutiérrez Nájera 1894: 96).

participación artística de Amado Nervo, publica “El perfume de los pinos”. Es esto uno de los capítulos del libro en prensa *Visiones de España*.

A poca distancia de esta anticipación exclusiva y con el libro de Ugarte apenas salido a la venta, aparece en el número de noviembre de *Revista Moderna de México* un fuerte y crítico texto de José Juan Tablada (1871-1945). Publicado en la sección “Notas bibliográficas”, el artículo analiza en tonos severos *Visiones de España* y establece la profunda divergencia teórica que separará el poeta argentino y la línea ortodoxa de la escuela modernista mexicana. El autor de *El florilegio* (1899) escribe:

Estimamos altamente la personalidad literaria del escritor argentino, cuya obra más reciente epigrafió estas líneas; consideramos que su pensamiento es uno de los que más culminan en la joven generación hispano-americana, y reconocemos que su noble propaganda, llena de intenciones generosas, se inspira en las más fragantes ideas de libertad. Todas esas cualidades del ser de Ugarte, que apreciábamos por sus obras anteriores y por su personal conocimiento, se exageran en la nueva obra a la que aludimos. El artista resulta amenguado por el sectario, y el propagandista intransigente oprime y ahoga la estética del escritor. El propósito de hacer humanismo, verismo y arte social, a todo trance, dañan la labor artística y complican al autor en vulgares democracias y en grises trivialidades, que pretenden pasar como tributos al alma popular y homenajes a la Verdad. [...] Es de lamentarse de veras que Ugarte, poeta elegante y raro, prosista lleno de cualidades y de prestigios, artista lleno de probidad y de amor, quiera hacer del arte un medio cuando la Belleza es un fin. Por mucha generosidad y nobleza que animen su ideal, no creo disculpados sus procedimientos. Se me figura que con todo desinterés acuña el oro de los cabellos de la Musa y que, con perfecta filantropía, machaca en un mortero, con fines farmacéuticos, las flores de todos los jardines... (Tablada 1904: 176-177).

Como respuesta a las críticas recibidas, en agosto de 1905 sale en la *Revista Moderna de México* “La verdad y la literatura”: el artículo será con algunas modificaciones una de las partes más importantes de *El arte y la democracia*. Me parece interesante observar el asterisco que desde el final del título dirige la atención del lector a la curiosa nota a pie de página con la cual la redacción toma distancia respecto a Tablada: “Próximamente publicará «Revista Moderna» una bibliografía del Sr. Tablada, sobre los últimos libros de nuestro amigo Ugarte; debiendo advertir, desde luego, que las opiniones del Sr. Tablada son propias suyas, y ni Urueta, ni Valenzuela, ni Nervo, han externado, hasta hoy, opinión ninguna sobre los referidos libros del Sr Ugarte” (Ugarte 1905: 357). Las mismas palabras de Ugarte referidas a los principales representantes del grupo modernista parecen motivar la aclaración:

Siempre he creído que un libro, después de publicado, pertenece a todos, menos al autor que, sujeto al engranaje de su actividad intelectual, corre hacia nuevas realizaciones. [...] [E]l que escribe, tiene el deber de asumir la responsabilidad de sus ideas, y de defender su manera de juzgar, no por mezquino orgullo de padre susceptible, sino porque al anunciar una verdad, contrae con ella, en cierto modo, el compromiso de defenderla en toda circunstancia. De ahí que

tome otra vez la pluma para explicar, ante críticas que juzgo inmotivadas, el espíritu y la letra de esas discutidas *Visiones de España*, que me han valido tantos reproches y tantas amistades nuevas. [...] Lo que los amigos de la *Revista Moderna de México* censuran en esas notas de viaje, no es precisamente su matiz político. Valenzuela, Nervo, Urueta y Tablada, son escritores de alma abierta, que conciben el progreso y lo saludan. En el fondo, simpatizan quizá con lo que nosotros avanzamos. Pero, como entienden que el arte es un refinamiento y un *a coté* de la vida, lamentan que el autor no se haya mantenido siempre en plena zona de literatura. Las disertaciones sociales, y los argumentos de partidario disuenan, según ellos, en una obra que debió ser paisaje, color, ideal, sin preocupaciones de política (Ugarte 1905: 357).

Para cerrar esta parte dedicada a la recepción pública de Ugarte a través de las páginas de *Revista Moderna de México*, quiero presentar dos artículos escritos por José de Jesús Núñez y Domínguez.

El primer artículo aparece en noviembre de 1907 y se titula “*Vendimias Juveniles. Sobre el último libro de Manuel Ugarte (Nota bibliográfica)*”. Núñez y Domínguez, que se referirá a este escrito crítico en su carta del 1º de diciembre del mismo año, llama a Ugarte “el delicioso prosista argentino” que “ha hecho bien al vendimiarse, porque nos ha sido dable sentir la embriaguez lírica del fruto de sus viñas” (Núñez y Domínguez 1907: 173).⁵⁴

Él procura hablar sencillamente, sin sutilezas, aunque con un encantador lenguaje poético; a instantes, su manera de versificar es dura e insonora, más casi siempre impregnada de sentimiento. [...] Ugarte es real hasta donde puede serlo un poeta que canta el amor, o mejor dicho, los amores; en sus versos está siempre, presente u oculto, el eterno motivo femenino, y nos habla de besos y de lágrimas, de citas lejanas y de novias muertas, con el mismo tono ligero en apariencia, pero salpicado de tristeza en el fondo, con que un hombre mundano hace memoria de sus pasados tiempos de placer, refiriendo sus aventuras a gentes alegres de quienes no espera nada y quienes con todo, cautiva y embelesa (Núñez y Domínguez 1907: 173).

La segunda publicación de Núñez y Domínguez lleva el título “Un libro de actualidad” y aparece en marzo de 1911. De hecho, en el mismo número el texto crítico es precedido por “uno de los más completos y hermosos capítulos de la obra ‘El porvenir de la América Latina’, que acaba de publicar nuestro constante y admirado colaborador Manuel Ugarte” (Ugarte 1911: 55).⁵⁵ El extracto que se reproduce es “La educación”: tercer capítulo de la última parte, “La organización interior”.

⁵⁴ Con respecto a la misiva de Luis G. Urbina del 17 de mayo de 1907 que se refiere a la “carta de propaganda de literatura americana” (AGN 2216) escrita por Ugarte y que el mismo Urbina afirma haber publicado en *El Imparcial*, debo confesar que al momento en el cual escribo la presente nota, mi experiencia hemerográfica no me ha conducido todavía a encontrar el artículo indicado.

⁵⁵ El hecho de que Núñez y Domínguez utiliza el adjetivo “latina”, abre una serie de interrogaciones acerca de la historia de la publicación y de la recepción de *El porvenir de la América española*. Por motivos de estrategia expositiva, no será posible profundizar el tema. Pero quiero remarcar que no es el de Fabela un caso aislado de cambio. En este sentido, es sin duda sugestiva la documentada edición mexicana de *El*

En “Un libro de actualidad”, cuya elaboración Núñez y Domínguez había anunciado desde su carta a Ugarte del 28 de febrero de 1911, el periodista mexicano abandona el tono lírico que caracterizaba su nota crítica de 1907, para enfrentar argumentos más comprometidos. Frente a *El Porvenir de la América española*, que “[e]n los momentos actuales, ha llegado con una oportunidad asombrosa” (Núñez y Domínguez 1911: 61), el autor declara que el tema es viejo porque tratado ya por escritores extranjeros y que la novedad verdadera consiste en el hecho que es “uno de los nuestros” que ahora “aborda la cuestión” (Núñez y Domínguez 1911: 61). En seguida, al hablar del pensador argentino, Núñez y Domínguez dirige a sus lectores una pregunta llena de admiración: “¿Quién puede ostentar timbres más merecidos que el prosista fino, el sociólogo amable, el poeta luchador, que ha sabido convertir sus cláusulas en buril grabador de verdades y su rima en acento de ira para cantar el dolor de los proletarios?” (Núñez y Domínguez 1911: 61).

En síntesis, el artículo de Núñez y Domínguez presenta Ugarte como el hombre de letras que como ningún otro latinoamericano conoce “las viejas dolencias de la raza”, y que en los más distinguidos periódicos de París se ha erguido en defensa del continente, para “salir al encuentro de las calumnias urdidas por escritores que describen el nuevo mundo sin haber salido del «boulevard», o romper lanzas en pro de la confraternidad de nuestros jóvenes pueblos, tal como la soñara el glorioso libertador de Venezuela” (Núñez y Domínguez 1911: 62). Después de presentar las primeras dos secciones del ensayo de 1910, “Un libro de actualidad” se detiene en la tercera parte, considerándola “la más hermosa, compacta y serena del libro. Ugarte hizo flamear allí su talento de sociólogo discretísimo, como un lábaro triunfante. Sus capítulos sobre la educación y el arte, son notables por sus conceptos justos y el desenvolvimiento de la idea” (Núñez y Domínguez 1911: 63).

Uno de los momentos más importantes en términos de recepción pública coincide sin duda alguna con la presencia de Ugarte en México durante los primeros dos meses de 1912. De hecho, la experiencia hemerográfica revela que la proteiformidad y la intensidad con la cual la prensa nacional se ocupa del pensador latinoamericanista son realmente notables. Sin embargo, no resulta aquí posible dedicar a los muchos y sugestivos artículos que tratan lo que ocurre alrededor de la conferencia de Ugarte “Ellos y nosotros”, el espacio y la

porvenir de la América Latina, publicada por los Servicios de Informaciones Alemanas en México. Amén del título, el texto actúa el cambio semántico del “español” al “latín” en todo su desarrollo. Desafortunadamente se trata de una edición sin fecha. Sin embargo, por una referencia temporal escrita en la apéndice “Estadística significativa”, podría ser que el libro es posterior a junio de 1916.

atención que merecerían. Por eso, quiero considerar sólo unas pocas contribuciones periodísticas a partir de la lectura de tres entre los más importantes diarios de la época: *El Imparcial*, *El Tiempo* y *El País*.⁵⁶ De esta manera, será posible comprender también cómo el modo de hablar sobre el escritor argentino esconde en realidad un distinto modo de considerar la revolución maderista.

Con referencia al primero de los periódicos mencionados, uno de los artículos más importantes que nos permitirá crear una suerte de diálogo con los otros diarios aparece en el número 6509, del sábado 27 de enero de 1912. El texto de *El Imparcial* se titula: “1500 estudiantes protestan contra el presidente del Partido Constitucional Progresista” y lleva el subtítulo: “El Sr. Madero declara que los miembros del Gabinete no están supeditados a los diplomáticos extranjeros. Tormentoso mitin en la sociedad de alumnos de ingeniería”. El incipit del artículo presenta y resume los acontecimientos del pasado: “No se guarda memoria de que haya ocurrido alguna vez caso semejante al de ayer: en el corto espacio de unas ocho o nueve horas, las declaraciones del jefe de un partido político por una parte, y un editorial de un periódico gobiernista por la otra, determinaron la más enérgica protesta, entre las masas estudiantiles, secundadas por elementos populares” (“1500 estudiantes ...”, 27 de enero de 1912: 1). La manifestación organizada por los estudiantes de las escuelas profesionales y de la Preparatoria es una protesta en contra de la declaraciones de José Vasconcelos –presidente del Partido Constitucional Progresista–⁵⁷ y del editorial antipatriótico publicado por el periódico *Nueva Era*, considerado amigo del gobierno maderista.⁵⁸ En los términos de la propuesta antiimperialista de Ugarte, las palabras de esta editorial no podrían ser más fuertes:

⁵⁶ El diario matutino *El País* fue un periódico “de agresivo programa político-religioso” (Velasco Valdés 1955: 158), iniciado en enero de 1899 por Trinidad Sánchez Santos, batallador polemista de reconocida filiación clerical. De escasa difusión hasta 1910, adquirió notoriedad gracias a su feroz campaña antimaderista: “Durante el gobierno del señor Madero, Sánchez Santos incrementó la circulación de ‘El País’ hasta unos 150 mil ejemplares, en contraste con los escasos 10 mil que tenía con anterioridad. Después del maderismo este periódico decayó hasta eclipsarse en agosto de 1914. Además de Sánchez Santos tuvo por directores a Manuel León Sánchez, José Elguero y Enríquez Filio” (Velasco Valdés 1955: 158-159). Respecto a *El Tiempo*, vale la pena recordar que fue, junto a *El Nacional* y *La Voz de México*, uno de los pocos periódicos independientes durante la dictadura de Porfirio Díaz. Diario católico y conservador de la mañana fue fundado en julio de 1883, por Victoriano Agüero. Antes de desaparecer definitivamente en 1912, *El Tiempo*, muy leído durante los primeros años del XX siglo, fue sobrepasado por otro periódico de matriz católica: *El País*.

⁵⁷ José Vasconcelos será considerado el siervo de Manuel Calero, Secretario de Relaciones Exteriores, por haber insultado la clase de los estudiantes; como afirma uno de éstos durante la manifestación: “nos llama degenerados y el peor instrumento de la tiranía del General Díaz” (“1500 estudiantes ...”, 27 de enero de 1912: 7).

⁵⁸ Considerado por Velasco Valdés el órgano maderista por excelencia, *Nueva Era* inicia sus publicaciones el 30 de septiembre de 1911: “Dirigido por Sánchez Azcona, contaba con escritores de la talla cultural de Jesús Urqueta, príncipe de la oratoria mexicana desde fines del siglo XIX” (Velasco Valdés 1955: 181).

Toda la América pertenecerá políticamente a los yanquis, porque éstos son más civilizados; porque ya en México y en la América central preponderan o están a punto de preponderar prácticamente, positivamente, con su comercio, capitales, industrias, etc.; ya no les falta nada, sino trasladar una flamante bandera de las barras y las estrellas, entre un ejército uniformado de gran parada, para sustituirla al águila mexicana, o al quetzal guatemalteco, convirtiéndose así, con toda felicidad, en soberanos políticos (*apud* “1500 estudiantes ...”, 27 de enero de 1912: 7).

Como cuenta *El Imparcial*, la marcha estudiantil conoce dos momentos de particular importancia. Primeramente, cuando los manifestantes pasan frente al hotel donde se aloja Ugarte, en la Avenida de los Hombres Ilustres. Desde el balcón de su habitación, el poeta argentino contesta en los siguientes términos: “Yo me siento profundamente emocionado por este recuerdo que me consagraís en medio de vuestras agitaciones, por esta manifestación que me reconforta en medio de las luchas cruentas que he debido sostener desde mi llegada a este país”. De modo análogo, Ugarte solidariza con los estudiantes mexicanos: “Tenemos que luchar por la libertad del pensamiento en estas tierras que siempre serán latinas. Aunque se las disfrace de civilización extraña, a nuestras almas, nadie les podrá poner un uniforme extranjero” (“1500 estudiantes ...”, 27 de enero de 1912: 7).

El otro momento esencial es representado por la llegada de los manifestantes frente al Palacio del Gobierno y al encuentro que Francisco Madero concede a una comisión de estudiantes. Éstas son las consideraciones presidenciales –que cita un periódico simpatizante de la política del gobierno– sobre la ya próxima conferencia de Ugarte:

No es cierto que tratemos de impedir que hable Ugarte. Él puede hablar a la hora que quiera y nosotros no nos preocupamos. Don Justo Sierra hizo muy bien en no querer hacer la presentación de Ugarte, porque él es miembro de mi Gobierno, y cómo habíamos de autorizar un acto de descortesía a los americanos, un pueblo amigo que nos ayudó, que simpatizó con la Revolución. Es decir, no ayudó a la Revolución; fue el pueblo americano el que expresó sus simpatías por la Revolución. Que Ugarte diga lo que quiera de los americanos; yo no me meto; lo que yo no quiero es que se haga solidario a mi Gobierno... (“1500 estudiantes ...”, 27 de enero de 1912: 7).

Al mismo tiempo, antes de introducir lo que el público mexicano podía recibir leyendo los diarios de oposición, quiero remarcar lo que Madero declaró acerca del editorial antipatriótico: “Sobre el artículo editorial de ‘La Nueva Era’, ya dije que el fragmento que a ustedes chocó es una cita de Ugarte; pero faltaron las “comillas”. Ya ordené que se haga una rectificación y aun que se lance edición extra” (“1500 estudiantes ...”, 27 de enero de 1912: 7). En la base de las declaraciones maderistas, resulta aún más pertinente y sugestivo considerar los dos siguientes artículos que se publican en *El País* y *El Tiempo*.

Domingo, 28 de enero de 1912, aparece en las páginas de *El País* el artículo “El señor Manuel Ugarte desmiente rotundamente a ‘Nueva Era’”, con subtítulo “El párrafo odioso y traidor pertenece exclusivamente al diario del señor Madero”. Se trata de uno de los numerosos textos –más de veinticinco– que entre el 3 de enero y el 23 de febrero de 1912 el periódico de Sánchez Santos dedica a la figura del pensador porteño. En este sentido tanto por el volumen como por los argumentos de la información que se da sobre Ugarte, es posible intuir la estrategia política y mediática de la oposición. Como lectores de un horizonte temporal bien diferente, no podemos aquí desarrollar un juicio de valor que sea favorable a uno u otro bando, pero sin duda somos llevados por lo menos a recordar lo que subraya Vasconcelos en *Ulises criollo* o en su carta del 4 de diciembre de 1925, donde analiza los errores de la política hispanizante maderista.

Refiriéndose al “artículo” que el 26 de enero publica el “diario chamula”, el texto de *El País* afirma que: “Le ha pasado a ‘Nueva Era’ lo que acontece muy a menudo a los que hacen de la mala fe un arma y un sistema: que por querer calumniar, deshonorar, robar o asesinar al enemigo, resultan ellos destruidos y puestos en evidencia” (“El señor Manuel Ugarte ...”, 28 de enero de 1912: 1). Según el artículo, el periódico maderista habría recurrido a un medio torpe e infame para salvarse de la indignación de la clase estudiantil: “decir en su editorial de ayer que esos conceptos no son suyos, sino una síntesis del libro del señor Ugarte ‘El Porvenir de América’” (“El señor Manuel Ugarte ...”, 28 de enero de 1912: 1). En la base de estos elementos, *El País* afirma que sería ya de dominio público el hecho que: “los periódicos maderistas han declarado la guerra al talentoso escritor argentino, porque el gobierno americano, de quien el maderismo es siervo incondicional, se opone a que el señor Ugarte dé su conferencia sobre la unión de las naciones de habla española en el Continente” (“El señor Manuel Ugarte ...”, 28 de enero de 1912: 1). Y a dar fuerza a las acusaciones, se reproduce una declaración precisa del mismo Ugarte:

EL PÁRRAFO QUE, PARA SALIR DEL APURO, ME ATRIBUYE ‘NUEVA ERA’, ES ABSOLUTAMENTE INEXACTO Y CAPRICHOSO. NADIE PODRÁ ENCONTRAR EN NINGUNO DE MIS LIBROS NADA SEMEJANTE. SI SE TRATA DE UNA SÍNTESIS, TENGO QUE DECLARAR TAMBIÉN QUE ES LA MÁS ANTOJADIZA Y LA MÁS CONTRARIA A MI PENSAMIENTO QUE SE PUEDA IMAGINAR. NADIE CREE CON MÁS VIGOR QUE YO EN LOS DESTINOS Y EN EL PORVENIR DE LA RAZA; NADA MÁS OPTIMISTA QUE MI LIBRO. ATRIBUIRME ESAS PALABRAS FATÍDICAS ES CONFESAR QUE NO SE HA LEÍDO LA OBRA, O –COSA A LA CUAL RECURREN

ALGUNOS EN LOS MOMENTOS DIFÍCILES– QUE SE ADULTERA Y SE DEFORMA
LA VERDAD (“El señor Manuel Ugarte ...”, 28 de enero de 1912: 1).⁵⁹

En relación con las ideas expuestas en este artículo de *El País* resulta el editorial “El poeta y el ministro” que se publica en *El Tiempo*, miércoles 24 de enero de 1912, es decir dos días antes de la manifestación estudiantil que *El Imparcial* cuenta. Mientras denuncia el vínculo del gobierno maderista con la política imperialista norteamericana, el escrito considera vergonzoso que Ugarte, llegado a México para continuar su propaganda Pro América Latina, deba encontrar “obstáculos de todas clases” y que “se trabaje a la sordina para que no pueda cumplir sus propósitos” (“El poeta y el ministro”, 24 de enero de 1912: 3). Con respecto a eso, el editorial recuerda el caso de Rubén Darío que vino a México como miembro de una delegación nicaragüense, en ocasión de las fiestas para el Centenario y no fue recibido en la capital azteca precisamente por no molestar la diplomacia estadounidense:

Hoy viene Ugarte y se repite el caso: que no hable en público, que no se den conferencias sobre el asunto que se propone, como no se quiso que hablara Rubén Darío. [...] ¿Estamos en tal condición de inferioridad, que aun para recibir a huéspedes distinguidos tenemos que contar con la venia del vecino del Norte? Entonces, esto no es una nación libre, soberana e independiente, sino un virreinato, un territorio no organizado gobernado desde Washington más autoritariamente que Alaska, Puerto Rico y Filipinas (“El poeta y el ministro”, 24 de enero de 1912: 3).

Antes de considerar los comentarios alrededor de la conferencia “Ellos y nosotros”, me parece ineludible dedicar una cierta atención al artículo “Ugarte popular. Psicología”, que sale en *El País*, martes 30 de enero de 1912. El escrito, que demuestra una clara pertenencia con el tema receptivo, intenta comprender cuál es la causa oculta del gran suceso de Ugarte entre las clases populares menos interesadas en la política internacional y aun antes que el poeta argentino haya comenzado a dar sus anunciadas conferencias. Para el autor del artículo, “Manuel Ugarte se ha presentado como el intérprete de una gran idea, latente en el alma de los latinoamericanos desde que la concibió el gran Bolívar: la unión de todos los países de América que tienen sangre latina” (“Ugarte popular. Psicología”, 30 de enero de 1912: 3). Sin embargo, por lo hermosa que sea, esa idea “no lleva en sí los elementos de una popularidad arrolladora, de esa popularidad que llega hasta las masas analfabetas y las sacude fuertemente, haciéndolas despertar de la inercia en que viven” (“Ugarte popular. Psicología”, 30 de enero de 1912: 3). En realidad, en lo hondo del más rudimentario patriotismo mexicano la idea de unidad latinoamericana que está en la base de las teorías

⁵⁹ En mayúsculas en el texto original.

ugartianas envuelve la idea popular del antiyanquismo: en otras palabras, el pueblo es el primero en concebir la unificación continental como forma de defensa de los angloamericanos. Y de esta manera, para *El País*, en la difícil relación entre Ugarte y el gobierno, “el infalible instinto popular” se pondría del lado del pensador argentino, precisamente por comprender que “el maderismo entraña el servilismo de Méjico ante el coloso anglosajón” (“Ugarte popular. Psicología”, 30 de enero de 1912: 3).

El 4 de enero de 1912, el día después de la conferencia “Ellos y nosotros”, todos los principales periódicos dedican la primera página al intelectual latinoamericanista. Es esta la demostración no sólo de un clímax del interés por Ugarte y la exposición de sus teorías, sino también de una experiencia receptiva difícilmente repetible por otro hombre de letras, en particular durante la fase cruenta y armada de la Revolución mexicana. En el número 6517, así *El Imparcial* titula su contribución: “Ellos y nosotros. Anoche se efectuó en el Teatro Mexicano la Brillante Conferencia del Eximio Poeta Don Manuel Ugarte, Cantor de la Unidad Latino-Americana”. El artículo, amén de afirmar que “[f]ue un éxito la conferencia del poeta argentino” (“Ellos y nosotros”, 4 de febrero de 1912: 1), subraya que todo se efectuó con orden y éxito:

Habían llegado noticias de que se registrarían desórdenes, pues que individuos enviados por las personas que se opusieron terminantemente desde un principio a que se efectuara la conferencia, no dejarían hablar al señor Ugarte. Nada de esto sucedió, pues durante la peroración del bardo argentino no hubo un solo incidente que alterara el orden y la compostura que se observó desde que diera principio el espectáculo. [...] A primera hora se tropezó con la grave dificultad de que la empresa de luz había mandado cortar los hilos conductores de la corriente. Ya se había hecho público que sucedería esto y muchas personas fueron provistas de velas para encenderlas en todo caso. Las gestiones activísimas de los miembros de la Asociación de Periodistas Metropolitanos y de los estudiantes hicieron que los electricistas, con permiso de la Compañía, volvieran a conectar los alambres y el teatro quedó iluminado (“Ellos y nosotros”, 4 de febrero de 1912: 1).

El Imparcial habla de un público de más de tres mil personas que se quedaron afuera del antiguo teatro Virginia Fábregas. A esta multitud se dirige el mismo Ugarte para asegurar que nadie provisto de boleto regular se quedará afuera. Entre los argumentos centrales que se analizan durante la conferencia, el escrito recuerda la referencia del poeta argentino al derecho y deber de los pueblos latinoamericanos de tratar los asuntos de su misma civilización y, además, a la necesidad de reaccionar contra la leyenda de la “República Hermana del Norte”: no existe identidad con ella. En el mismo sentido, ocurre reaccionar

contra la paradoja de los beneficios que promete la Doctrina Monroe. Ugarte “[h]abla de la insistencia con que los yankees intervienen en la política interior de los países latinoamericanos, tomando muchas veces partido en las luchas locales y llegando al grado de fomentar levantamientos” (“Ellos y nosotros”, 4 de febrero de 1912: 2).

Tonos seguramente más fuertes y entusiastas son los que caracterizan las contribuciones de *El País* y *El Tiempo*. La primera página del periódico de Sánchez Santos titula “La primera conferencia de Manuel Ugarte fue anoche”, con subtítulo: “El tema «Ellos y nosotros» fue desarrollado magistralmente en medio de grandes ovaciones”. El texto comenta el evento definiendo “imponente y severa [...] la presentación del conferencista ante el numeroso público que acudió al llamado de los organizadores de esta fiesta intelectual, que ha sido un caso sin precedentes” (“La primera conferencia ...”, 4 febrero de 1912: 1). Para *El País*: “Aquella muchedumbre tenía ímpetu de huracán, [...]. La policía fue insuficiente para contener aquella avalancha humana; las puertas se cerraron y se impidió entrar aún a las personas que tenían derecho a entrar, puesto que tenían sus boletos. Tres horas duró aquella lucha. Al fin, y con grandes esfuerzos logróse [sic] ordenar a la muchedumbre frenética, y poco a poco, de una manera paulatina, se dio acceso a las multitudes” (“La primera conferencia ...”, 4 febrero de 1912: 1).

Siguiendo un análogo registro expositivo, el artículo de *El Tiempo* se titula “La conferencia del poeta Ugarte fue un canto a la raza latina”. De particular interés es el discurso de presentación de José Luis Velasco, que el diario reproduce íntegramente. Entre los momentos más significativos del discurso dos pasajes me parecen de particular sugestión: nos muestran la percepción de Ugarte por parte de un periodista mexicano independiente y nos despiden del momento histórico presentado. Velasco se dirige a uno de los principales y más constantes receptores de las propuestas ideológicas ugartianas: “¡Saludo, con mis palabras, trémulas de emoción, a la gallarda Juventud de México, cuyos timbres de gloria se conservan inmarcesibles desde «el perfumado lecho de rosas», en que sonrió Cuauhtémoc, hasta los ahuehetes seculares que contemplaron atónitos la espartana epopeya de los niños héroes de Chapultepec!” (“La conferencia del poeta ...”, 4 de febrero de 1912: 1). Por el otro lado, introduce heroicamente el paladín latinoamericano: “Ahí tenéis el paladín. Lleva, como Godofredo y como Cyrano, un blanco penacho que flota al aire de las alturas. Él viene a decirnos quiénes son «ellos» y quiénes somos «nosotros»” (“La conferencia del poeta ...”, 4 de febrero de 1912: 1).

Al dejar la pluma tan barroca de Velasco, quiero ahora analizar la recepción que la prensa mexicana expresó acerca de las conferencias de Ugarte, en mayo de 1917. De hecho el periódico que publica las contribuciones más sugestivas sobre el argumento es el propio *El Universal*. Como ha sido analizado en el capítulo anterior, es en este matutino, fundado en octubre de 1916 por Félix F. Palavicini, en el que el intelectual argentino colaborará a partir de 1919, publicando ensayos como “La doctrina Monroe”, “La manía de imitar” y “El idioma invasor”.⁶⁰

Un día después de la conferencia de sábado 12 de mayo aparece en *El Universal* el artículo “La evolución de la diplomacia en América. La unión latinoamericana fue el tema de Manuel Ugarte”. El autor del escrito declara: “[...] no vamos de acuerdo con los derrotados que señala a nuestra política exterior ni estamos conformes con los medios que propone para llegar más fácilmente al puerto de nuestra salvación o a las cumbres de nuestro engrandecimiento” (“La evolución ...”, 13 de mayo de 1917: 3). Mientras resume los puntos clave de la conferencia, el periodista evidencia los aspectos en los que disiente de la opinión de Ugarte y subraya que “por nuestra situación geográfica –fatalidad inevitable– no podemos ver el problema de la misma manera que nuestros hermanos del Sur favorecidos en grado mayor por el destino” (“La evolución ...”, 13 de mayo de 1917: 3). De particular interés es la posición aliadófila que el texto revela cuando critica el neutralismo de Ugarte respecto a la Primera Guerra Mundial y sobre todo su enfoque hispanoamericanista más propenso a reconocer una posible ventaja para el continente latino en una derrota de Inglaterra y Estados Unidos. Se confirma así la conocida influencia norteamericana del diario y se anticipan los temas de la polémica que se desarrolla a partir de la exposición siguiente.

El 24 de mayo aparece en *El Universal* el escrito “La segunda conferencia del Panlatinista Manuel Ugarte”, que lleva el significativo subtítulo: “No terminó con vivas a la América Latina sino con Vivas a Alemania”. El tema de la intervención es la unión económica, política y moral de las naciones hispanoamericanas. El artículo atestigua la tensión que en ese período producen las temáticas alrededor de la Gran Guerra y de las distintas alianzas. Se trata de una situación que concierne a toda la sociedad latinoamericana: en Argentina, la posición neutral del Presidente Yrigoyen sufre los ataques de la prensa aliadófila y de los mecanismos imperialistas. Sin poder dedicar la

⁶⁰ Creo que vale aquí la pena recordar lo que escribe Ruiz Castañeda: “Antes de su distanciamiento del gobierno, *El Universal* fue un vocero importante de los trabajos del Congreso Constituyente de Querétaro, entre cuyos integrantes se encontraba el fundador del periódico, quien publicó posteriormente sus artículos con el nombre de Historia de la Constitución de 1917” (Ruiz Castañeda 1974b: 262).

justa atención a un tema complejo y muy profundo en el ambiente intelectual mexicano, es interesante recordar el siguiente pasaje del artículo que aparece en el diario de Palavicini:

Muchos intelectuales saliendo de la conferencia se presentaron en esta redacción para decirnos: ‘Manuel Ugarte se hace responsable históricamente de su propaganda germana; pero ¿con qué nos responderá don Manuel Ugarte, cuando vencida la idea libertaria de Washington, el libre civilismo inglés, el alto y generoso ideal latino representado por Francia e Italia, el caballeresco heroísmo belga, sean sustituidos en el mundo por el caporalismo prusiano, cuya ciencia es alta en verdad, cuando hace química con los despojos humanos para alimentos de cerdos y cuando ultrajando mujeres y sacrificando niños, pasea la entraña de macabra cultura sobre los países conquistados? Del libre ciudadano inglés al automático teutón todavía quedamos algunos latinoamericanos que no aceptamos en muy alto crédito la fianza de don Manuel Ugarte! (“La segunda ...”, 24 de mayo de 1917: 5).

A estas palabras es el mismo autor de *El porvenir de la América española* que contesta. En la primera plana de *El Universal*, aparece el 30 de mayo el escrito “Manuel Ugarte hace rectificaciones”. En términos ideológicos es clara la motivación que lleva al poeta argentino a profesar un neutralismo latinoamericano:

Debe saberse una vez por todas, que no tengo en la guerra más partido que el que deriva de los intereses de mi América. Si los Estados Unidos se hubieran inclinado del lado de Alemania, yo hubiera estado contra Alemania. Si Alemania lastimara mañana en cualquier forma nuestra soberanía, yo lucharía contra ella. Pero en los momentos actuales los intereses son paralelos; y no habrá campaña que acalle a expresión de mi verdad, porque si mi vida entera es garantía de honradez, también es garantía de firmeza (Ugarte 1917: 1).

Haciendo ahora un salto importante hacia el puerto de nuestro proceder diacrónico, querría presentar otro artículo capaz de instaurar una relación dialógica entre las dos partes de este tercer capítulo. La memoria vuelve a la epístola del 22 de marzo de 1928 que Isidro Fabela envía a Ugarte junto al número de *El Excelsior* donde aparece el artículo “Un esforzado paladín antiimperialista”. Es ésta la entrevista a Ugarte que el escritor mexicano publica el 7 de febrero de ese año en el periódico fundado por Rafael Alducin (marzo de 1917). Los dos viejos amigos se encuentran en un café de los Campos Elíseos, a principios de enero. Ugarte, apenas regresado de su viaje a Rusia, parece cambiado: “Su gesto es más sobrio que antaño, su dicción más lenta, su pensamiento más cauteloso y maduro” (Fabela 1928: 5). Entre las muchas y sugestivas reflexiones que el artículo propone, es curioso lo que Ugarte confiesa al hacer una relación de su parábola: “En mi vida hay dos etapas: la del literato y la del defensor de la soberanía integral de nuestra patria grande. Mi primera época fue un paréntesis lírico; la viví en

París estudiando y escribiendo” (Fabela 1928: 5). Al mismo tiempo, las preguntas de Fabela conducen el pensamiento tanto del intelectual argentino, como de los lectores del artículo hasta los años de la gira hispanoamericana.

Fabela: – Su cruzada unionista y antiimperialista ¿encontró eco?

Ugarte: – En los pueblos, sí; en los gobiernos, no. Los pueblos me recibieron con entusiasta valor; los gobiernos, con miedo. La cobardía, dígalo usted, la cobardía es la característica de los hombres públicos de América; de aquellos que precisamente por su pujante situación política pudieran influir en una orientación de defensa efectiva contra el imperialismo norteamericano.

Fabela – ¿Incluye usted a México en su general censura?

Ugarte – ¡Ah! No, hasta ahora México es el único país, que, no de una manera continuada, pero sí esporádica, ha tenido actitudes dignas y valientes hacia los Estados Unidos; actitudes gallardas que han beneficiado a toda nuestra América.

Fabela – ¿Cree usted eficaz la propaganda que hace casi veinte años inició usted mismo y no pocos hemos continuado contra el imperialismo yanqui?

Ugarte – Ha sido eficaz en el sentido de remover la conciencia continental en su parte más inteligente y más sana; pero de esta labor preparatoria hemos de pasar a la realización... Y esta realización está seguramente más cerca de lo que suponen algunos... (Fabela 1928: 5 y 10).

Los dos últimos artículos que voy a presentar son respectivamente de abril 1932 y del 8 de septiembre de 1933. El primer texto al cual me refiero aparece con el título “La orientación de América” en la revista *La Antorcha* de José Vasconcelos y representa la carta abierta con la cual Ugarte contesta a las críticas de Carlos Pereyra.⁶¹ Publicado también en el diario *El Sol* de Madrid (25 de mayo de 1932), este artículo recupera el discurso dejado abierto acerca de la ruptura entre los dos amigos y pensadores. En la primera parte del capítulo fueron otras dos cartas a narrar en parte lo sucedido: la amarga epístola del 5 de abril con la cual Ugarte comenta el asunto a Isidro Fabela y la misiva del 7 de mayo que el mismo director de la revista *La Antorcha* escribe al poeta argentino, refiriéndose a otra respuesta de Carlos Pereyra que en su opinión no lastima a Ugarte en nada (AGN 2222). De hecho, esta tercera carta abierta aparece poco después en la revista con el título “Desde mi caverna”.

⁶¹ Elijo presentar esta carta abierta entre las que se escribieron Pereyra y Ugarte a través de las páginas de *La Antorcha* por dos razones fundamentales. Por un lado los contenidos que el argentino aquí expone me parecen de enorme importancia para comprender tanto la polémica entre los dos escritores, como la posición de Ugarte respecto a algunas líneas ideológicas esenciales. Por el otro, debo confesar que el artículo que presento es un documento que se encuentra en el archivo personal de Ugarte. Contrariamente, al momento en el cual escribo no me ha sido posible todavía localizar y conocer la carta que abre la polémica y que Carlos Pereyra publica en *La Antorcha*.

En el breve preámbulo que precede “La orientación de América”, el director Vasconcelos anticipa algunos de los temas fundamentales de la polémica y confiesa su opinión acerca de la contienda entre Pereyra y Ugarte:

En cuanto a la división de los hombres entre Roma y Moscú, aun respetando como respeto la opinión de Ugarte, no la comparto. Yo padezco, si se quiere, un delirio, y es el de tener una pata puesta sobre la vil cabeza de los bribones de las izquierdas y de los bribones de las derechas. [...] Y por eso mismo, porque me *en fout* de izquierdas y derechas bribonas, pero respeto profundamente a todos los hombres honrados, me complace haber dado ocasión en mi REVISTA [*sic*] a Pereyra y a Ugarte, dos grandes de América, para que aclaren ante América y España sus respectivas posiciones, menos antagónicas de lo que ellos suponen, porque los dos son hombres de honor y pertenecen, por lo mismo, no a izquierdas ni a derechas, sino al centro del decoro humano moral, que no es siervo ni de Roma, ni de Moscú, ni de ninguna cueva de bandoleros, como el callismo mejicano (Vasconcelos 1932a: 10).

Los conceptos y categorías introducidos por Vasconcelos remiten a los que Ugarte utiliza en su escrito. Para el autor argentino, “[d]os corrientes rebasan así el ambiente general de Europa, para derramarse sobre los pueblos, sintetizadas en su expresión extrema por Roma y por Moscú. No afirmo que todos los que respetan el pasado se dejen llevar hasta el fascismo. Tampoco aseguro que cuantos confían en el porvenir acepten el régimen soviético. Pero los caminos divergentes se imponen” (Ugarte 1932: 11). Convencido de haber siempre actuado en el nombre de la coherencia, el desinterés y la libertad, Ugarte escribe una misiva que se caracteriza por los tonos fuertes y firmes. Se declara sorprendido de que “un historiador como D. Carlos Pereyra censure –en la ‘carta abierta’ que me dirige– el sentido continental con que México protesta contra las represiones de la Habana o de Buenos Aires. Acaso para compensar, echa después de menos en mí lo que halló de más en México” (Ugarte 1932: 12). Además, el socialista argentino critica la falta de lógica por parte de Pereyra al increparle sus publicaciones por un diario mexicano, *El Universal*, “donde él no puede colaborar, siendo así que él escribe en otros de Buenos Aires, de los cuales estuvo siempre excluido mi nombre” (Ugarte 1932: 12).

Según el historiador mexicano, Ugarte utilizaría esta tribuna para atacar la dictadura militar de José Félix Uriburu en Argentina, callándose no sin una cierta complicidad frente a las represiones del Presidente callista Pascual Ortiz Rubio (Galasso 2001: 404). Sin embargo, a pesar de estas motivaciones, es el mismo Ugarte quien subraya que el desacuerdo con Pereyra deriva de orientaciones ideológicas diferentes:

Hemos llegado al punto en que se dividen las aguas. El Sr. Pereyra (que presencié ‘con silenciosa emoción el destronamiento de Alfonso XIII’, angustiado por ‘la simpatía que despierta todo infortunio’) se indigna porque su país aspira a sacudir la dominación teocrática y se inscribe, sin confesarlo, entre las derechas. Yo, que simpatizo, en cambio, con la reforma agraria, el laicismo y la República, me embarco, sin circunloquios, con las izquierdas. [...] Es hora, sin embargo, de que en nuestra América se discutan los principios sin afrentar al contradictor, sin envilecer el medio. Los que así no lo comprenden no están a la altura de la hora en que vivimos. No es la concreción momentánea, no es el individualismo efímero lo que debe preocuparnos, sino el sentido ideológico, la orientación durable (Ugarte 1932: 13).

El segundo artículo al cual me refiero es el que cierra concretamente mi exposición acerca de la modalidad pública de la recepción de Ugarte en México. Escrito por el periodista Juan Sánchez Azcona –secretario particular de Madero y diplomático y senador durante el carrancismo–, el texto se titula “El dolor de escribir” y se publica en las páginas de *El Universal*. Me parece sugestivo citar este ejemplo por dos motivos. Por la vieja amistad que ata a los dos pensadores y que lleva a Sánchez Azcona a recordar los tiempos de “aquel enjambre vocinglero que todavía no construía el panal que se apellidó ‘Revista Moderna’ y que revoloteaba en torno de los pichales espumosos del ‘Salón del Comercio’, que pedía y devoraba los succulentos asados de pollo que Benito –también artista– elaboraba en la ‘Maison Ratée’ de la vieja Calle de la Ratas, y que solía terminar la velada en ciertos salones de piano y danzón [...]” (Sánchez Azcona 1933). Desde ese entonces el periodista mexicano conoció la “nota de reflexión” y “la preocupación de Manuel Ugarte, que habría de ser el motivo conductor de su vida y de su obra: amor a la raza hispanoamericana y odio al imperialismo y a la intromisión yanquis” (Sánchez Azcona 1933). Por otra parte, este artículo me parece interesante por el tono de solidaridad y complicidad con el cual analiza el ensayo del “incansable, sincerísimo y brioso combatiente”. El último libro de Ugarte sólo lo pueden “comprender a fondo aquellos que por una u otra causa hemos sentido personalmente EL DOLOR DE ESCRIBIR, no es un libro combativo, ni de predicación, ni de propaganda; es un volumen en el que el gallardo escritor argentino vierte gotas de íntima amargura, azucaradas con su habitual y siempre donoso buen decir” (Sánchez Azcona 1933).

Dándonos una elegante prueba de recepción intimista como acto fenomenológico del amigo y del escritor, que se transforma en texto periodístico para activar la experiencia receptiva en el público de los lectores, Sánchez Azcona logra dibujar la dramática realidad intelectual que vive el pensador argentino y fijar la vibración literaria de toda una generación latinoamericana:

El libro de Manuel Ugarte, con su hondo sollozo reprimido conscientemente y recatado en risas y en sonrisas –que para el profano sólo asoma en escapes intermitentes refrenados con rapidez y donaire,– ha puesto en mi espíritu un crespón de melancolía, un amargor de desengaño sentido ya antes en mi subconsciencia, pero que en esta vez ha enardecido la llaga dolorosa que allí existía. ¡Triste destino el de los escritores en estas tierras de nuestra América, especialmente el de los ideógrafos! Todavía el escritor artista paladea a las vegadas, si su obra es buena, el inefable sabor de la fama y suele escuchar las aclamaciones del aplauso; pero el ideógrafo, el propagandista de impulsos redentores, el cruzado de esforzadas empresas de mejoramiento social, el paladín de la verdad y de la justicia, sólo encuentra en su camino controversias enojosas o acometividades contrarias que lo acechan y que a menudo lo hacen víctimas de la incomprensión, de la envidia o de la venganza ambientes” (Sánchez Azcona 1933).

La doble experiencia de la *subtilitas aplicandi*

De pronto, como artesa de siglos, de edades, la tierra se abre a los pies, honda, verdeada a cuartones, a fajas verdes, verdeoscuro, amarillo de oro, con su verdor cespado en la tierra negruzca, con su hilo de techos y árboles por lo largo del camino, y los montes alrededor, prendida la sombra de un pico a otro, o cogida de un hombro, como si de cada uno fuese a asomarse al valle la naturaleza. La india, de rebozo azul, ofrece por la ventanilla un cesto de granados.

José Martí, *Apuntes de viaje: México*

La recuperación del momento aplicativo, realizada por Gadamer en el décimo capítulo del ensayo *Verdad y método*, conlleva una serie de consideraciones que remiten al núcleo de la teoría de la recepción. De hecho, el rescate en el campo filosófico y filológico de la *subtilitas aplicandi* permite individuar y comprender la fuerte analogía que existe entre la propuesta hermenéutica gadameriana y la posición teórica de una estética que pone en el centro de su indagación la experiencia receptiva del lector-intérprete. La *aplicación* se actúa en el espacio que comparten las dos líneas metodológicas, como la facultad de aplicar en la propia situación cultural y temporal lo que se ha comprendido, interpretado y recibido del texto y del autor que pertenecen a otro horizonte. En términos hermenéuticos, la aplicación es el ámbito, casi una prueba del nueve, donde se reconoce el acontecimiento receptivo, vivido por el lector.

Para comprender con mayor profundidad tanto las correspondencias teóricas que caracterizan la relación entre hermenéutica gadameriana y estética de la recepción, como, consecuentemente, la estructura lógica que sostiene las distintas etapas de mi trabajo, quiero dar un pequeño paso atrás. Como he subrayado en el segundo capítulo, uno de los aspectos más importantes que debe enfrentar el proceso hermenéutico es determinado por la movilidad histórica de la comprensión. Para Gadamer, la distancia en el tiempo que separa al intérprete del horizonte histórico del texto que recibe representa el elemento que permite “una expresión completa del verdadero sentido que hay en las cosas” (Gadamer 1988: 368). Siempre en constante movimiento y expansión, la distancia temporal determina la aparición de los prejuicios que pueden guiar una comprensión correcta: “Sólo la distancia en el tiempo hace posible resolver la verdadera cuestión crítica de la hermenéutica, la de distinguir los prejuicios *verdaderos* bajo los cuales *comprendemos*, de los prejuicios *falsos* que producen los *malentendidos*” (Gadamer 1988: 369).

De esta manera, mientras se soluciona la tensión que la conciencia histórica del intérprete-receptor vive por su distancia en el tiempo y por su propia alteridad con respecto a la tradición pasada, en la realización de la comprensión tiene lugar la que Gadamer define como una verdadera fusión horízontica entre dimensiones culturales y temporales distintas. Por eso, el problema de la conciencia histórica se revela central dentro de la hermenéutica gadameriana. Para el filósofo alemán, “[e]l verdadero objeto histórico no es un objeto, sino que es la unidad de lo uno y de lo otro, una relación en la que la realidad de la historia persiste igual que la realidad del comprender histórico”. Y es precisamente en este sentido que el proceso hermenéutico para ser apropiado “debe mostrar en la comprensión misma la realidad de la historia” (Gadamer 1988: 370).

El autor de *Verdad y método* define el contenido de este último requisito como “historia efectual” y, por otra parte designa el proceso de fusión entre los horizontes de la tradición pasada y del presente receptivo como la “tarea de la conciencia histórico-efectual”. El interés hermenéutico no sólo se dirige hacia los acontecimientos y las obras transmitidas, sino al mismo tiempo hacia los *efectos* que estos elementos determinan en la historia y en el fenómeno dinámico de la interpretación. El intento de comprender una específica expresión histórica significa *in primis* tomar conciencia de la propia situación hermenéutica y de la distancia en el tiempo que la determina. A partir de esta posición, el proyecto interpretativo de la conciencia histórico-efectual aporta su presente, “pone en juego” sus propios prejuicios y se enfoca en los efectos de las acciones expresiva y receptiva, del texto y de su autor.

Siguiendo esta línea, tanto en el desarrollo de las etapas que estructuran el unitario proceso hermenéutico, como durante la tarea analítica del enfoque estético-receptivo, la aplicación se puede considerar uno de los momentos donde más claramente aparecen los efectos, los resultados que una obra produce en la conciencia del lector-receptor. En este sentido, el problema central de la hermenéutica verdaderamente histórica teorizada por Gadamer estriba en la aplicación. Para el hermeneuta y para el teórico de la recepción, el proyecto investigativo debe dirigirse al momento aplicativo que permite superar “expresa y conscientemente la distancia en el tiempo que separa al intérprete del texto, superando así la enajenación de sentido que el texto ha experimentado” (Gadamer 2008: 29). En otras palabras, la *subtilitas applicandi* que el intérprete-receptor vive y utiliza en la realización de la comprensión de un determinado texto, soluciona la tensión temporal a través de la fusión horizontal; la aplicación de la obra que se quiere comprender a la situación propia del intérprete libera la capacidad semántica de una expresión otra y pasada, regalándole nuevas o renovadas posibilidades de sentido.

Sin embargo, antes de analizar algunos ejemplos concretos que se realizan en el ambiente mexicano, me parece esencial dedicar unas líneas a dos aspectos fundamentales fuertemente vinculados: vamos a enfrentar el verdadero *quid* de la cuestión hermenéutico-receptiva que sostiene la estructura teórica y lógica de mi trabajo de tesis.

El primer aspecto –quizás sería más correcto hablar del primer escalón de una elaboración teórica– hace referencia a la vieja tradición hermenéutica que al reconocer la aplicación como momento integrante de la comprensión sostiene el estrecho parentesco entre las tres disciplinas del arte interpretativo: la filológica, la jurídica y la teológica. Con respecto a eso, lo que considero fundamental es remitirnos al segundo capítulo de mi tesis y a la operación teórica a través de la cual Ricoeur asocia la idea de “sutileza”, de “saber hacer” aplicativo a las tres funciones de la conducta estético-placentera que Jauss denomina *poiesis*, *aisthesis*, *catarsis*. En modo específico, quiero volver a la pregunta fundamental que el mismo Ricoeur pone a su lector: “¿Qué equivalente del sermón, en exégesis bíblica, y del veredicto, en exégesis jurídica, ofrece la literatura en el plano de la aplicación?” (Ricoeur 2006: 892).

Desde el punto de vista de la hermenéutica filológica y literaria, es pertinente afirmar que la *poiesis*, la función creativa y comunicativa que principia la experiencia estética-placentera teorizada por Jauss, es la llave que nos permite abrir el espacio aplicativo e ingresar concretamente en el ámbito de los efectos. “Poiesis [...] corresponde a

la definición hegeliana del arte, según la cual el hombre puede, mediante la creación artística, satisfacer su necesidad general *de ser y estar en el mundo y sentirse en él como en casa, al quitarle al mundo exterior su fría extrañeza* y convertirlo en obra propia, alcanzando en esa actividad un saber, que se diferencia tanto del reconocimiento conceptual de la ciencia como de la praxis utilitaria de la manufactura en serie” (Jauss 1986: 75-76).

Esta categoría básica de la experiencia estética, sobre todo por el peculiar género literario hacia el cual se dirige mi análisis, representa el instrumento que lleva el proceso hermenéutico a la verificación de su unidad. La *poiesis*, la función productiva artística que durante el medioevo estuvo conceptualmente unida al saber hacer del artesano, se puede considerar el momento que cierra el recorrido interpretativo. De hecho, en la activación de su propia producción escritural, el lector-intérprete muestra los efectos de su actividad receptiva. En otras palabras, el momento poiético es donde se expresa la *subtilitas aplicandi* del lector que desarrolla una tarea hermenéutica. Y se trata –vale la pena aquí anticipar lo que analizaré más detenidamente en el curso del presente capítulo– no de una idea de la aplicación rígida o mecánica, sino de una operación elástica y dialéctica, que en su desarrollo quiere respetar la etimología del concepto: aplicar deriva del latín *applicāre*, de *ad-* “a, hacia” y *plicāre* “doblar”, pues nos remite al campo semántico de “acostarse, inclinarse”.

Al mismo tiempo, el momento de la *poiesis* permite subir al escalón siguiente y referirme al segundo aspecto teórico que quiero subrayar. Mientras cierra, dando expresión concreta a la función aplicativa, lo que se podría clasificar como el primer proceso hermenéutico –lo que desarrollaron algunos específicos intérpretes mexicanos–, por el lado del horizonte presente, la actividad creativa conduce quien escribe a vivir y revelar otro proceso interpretativo. De hecho, a través del momento productivo, también yo que escribo un ensayo sobre Ugarte y su recepción en tierra azteca, conjuntamente a los autores mexicanos que iré aquí analizando, llevo a su realización mi propia tarea hermenéutica. Durante todas las páginas de este trabajo he expresado mi “saber hacer”, mi *subtilitas aplicandi* dentro del horizonte temporal y cultural de nuestro presente y, mientras escribo, sigo preformando la nueva experiencia interpretativa y receptiva que inaugurará mi lector-intérprete.

La realización escritural y aplicativa de mi proceso hermenéutico es ese elemento, ese quid que, amén de fijar el desarrollo argumentativo y diacrónico de toda la tesis, elige cómo dar forma al movimiento de acercamiento e inclinación hacia la propuesta ideológica de Ugarte, que protagonizan los intelectuales elegidos. De otra forma, se

podría decir que el argumento de mi momento poiético y aplicativo es determinado por la producción escritural gracias a la cual Carlos Pereyra, Isidro Fabela, José Vasconcelos y Alfonso Reyes expresan su propia *subtilitas applicandi*, mostrando los efectos de su actividad receptiva.

Para fijar en forma más precisa la exposición de estas cuestiones teóricas, querría remarcar el hecho de que es la misma naturaleza peculiar del género ensayístico lo que legitima el discurso que he aquí desarrollado. Bajo la forma del artículo periodístico, el escrito fuertemente comprometido, el análisis histórico-político, la investigación sociológica, el trabajo académico, el ensayo es por definición una operación escritural que conlleva una intención crítica e interpretativa. Se trata de una forma literaria que quiere examinar y probar la realidad traduciendo una específica elección de “estar en el proceso hermenéutico”. Por eso, el ensayo se fija en la escritura como opinión siempre debatible y signo de una personal expresión crítica que se renueva gracias a la experiencia estética y, sobre todo, a la función poiética, es decir comunicativa y creativa, de otros observadores y nuevos autores. De hecho, una vez establecido el argumento de su enfoque analítico, el momento cero del ensayo encuentra su posibilidad reproductiva a través de la propuesta de un nuevo proceso hermenéutico y la activación de otra expresión escritural. Y es mientras sigue repitiéndose esta dinámica interpretativa y productiva que el ensayo logra mostrar toda su capacidad polisémica.

En este sentido, parafraseando lo que pregunta Ricoeur, creo que *il saggio*, como síntesis escritural de una tarea hermenéutica y resultado crítico de una experiencia estético-receptiva, constituye el espacio ideal donde puede moverse la literatura que quiere ofrecer en el plano de la aplicación una creación equivalente del sermón, en exégesis bíblica, y del veredicto, en exégesis jurídica. Con la realización de la fase productiva, el ensayo se hace lugar donde se explicita la *Auslegungskunst*. Por un lado, se muestra la unión que estructura y ensambla el triángulo hermenéutico cuyos vértices son el texto escrito por Ugarte, el público y los escritores mexicanos y el lector-intérprete del horizonte actual. Por el otro, el ensayo puede considerarse el contenedor del lenguaje de la interpretación, ese medio universal que nos permite comprender los tópicos ugartianos a través de la doble experiencia aplicativo. En este espacio, la finura de espíritu de quien escribe participando al presente y la *subtilitas applicandi* de los cuatro ilustres mexicanos que voy ahora a analizar representan trayectorias hermenéuticas que se acercan, sin tocarse nunca.

4. 1 Carlos Pereyra, un historiador antiimperialista

Mientras vuelvo a considerar el sugestivo sabor que caracteriza la investigación hemerográfica y el tercer capítulo de mi tesis que de ésta se alimenta, quiero presentar el “saber hacer” aplicativo que se refiere a Carlos Pereyra. Con esta finalidad, confieso haber encontrado por fin la primera carta abierta que el historiador mexicano envió a Ugarte desde las páginas de *La Antorcha*, “revista hispanoamericana mensual” dirigida desde Madrid,⁶² por José Vasconcelos.

A pesar de la distancia temporal que separa la “Carta a D. Manuel Ugarte” (enero y febrero de 1932) de los dos ensayos históricos-políticos que analizaré aquí en términos aplicativos, creo interesante recordar algunos aspectos que se exponen en el artículo. Instaurando una relación dialógica entre este capítulo y los contenidos epistolares y periodísticos del precedente, el escrito del autor de *Hernán Cortes* (1931) lleva la memoria a lo que declara Vasconcelos acerca de la contienda entre Pereyra y Ugarte, en la introducción a la carta-respuesta que este último publicará en *La Antorcha*, en el número de abril de ese mismo año: “sus respectivas posiciones” son “menos antagónicas de lo que ellos suponen [...]” (Vasconcelos 1932a: 10). En este sentido, después de haber leído esta primera carta-abierta se tiene como la sospecha que las divergencias ideológicas puedan ser el resultado de un proceso mucho más profundo y lejano en el tiempo. Pereyra comenta el artículo “Un año de dictadura” que Ugarte publica en un diario mexicano,⁶³ y donde se habla de la situación argentina después del golpe de estado –el 6 de septiembre de 1930–, que encabeza el general Uriburu. Se refiere de modo muy genérico a algunas discrepancias de carácter doctrinal, pero no falta de reconocer su fuerte débito intelectual hacia el maestro de *El porvenir de la América española*.

Mi querido amigo: Con el respeto que usted ha sabido imponer por su maestría literaria y con la afectuosa confianza que reina entre nosotros, me dirijo a usted para comentar su hermoso artículo sobre la dictadura argentina. Todo lo que usted ha escrito allí merece mi aplauso. Acaso no estemos de acuerdo en algún punto doctrinal; pero las discrepancias son indiferentes para definir las actitudes. Basta que usted y yo sintamos la misma devoción por

⁶² Con respecto a la historia de la revista vasconcelista, considero de una cierta pertenencia y curiosidad recordar el artículo que sigue la carta abierta de Pereyra y que se titula “Despedida y homenaje”. El director informa a sus lectores de los importantes cambios ocurridos: “Desde hace varios meses esta revista se edita en Madrid, y ya no en París. Habíamos tenido la esperanza de poder conservar nuestra oficina de París y de esa manera hubiésemos sentido como que no nos ausentábamos. Desgraciadamente, la estrechez que los tiempos impone a toda clase de negocios nos ha obligado a prescindir de la oficina parisiense” (Vasconcelos 1932b: 33).

⁶³ Se trata muy probablemente de *El Universal*.

el bien general, para que nos permitamos mutuamente entenderlo de distinto modo alguna vez. En el caso, yo no propondría sino las fórmulas que usted quiere aplicar. ¿A qué viene, pues, que le escriba esta carta? Si fuera para un simple beneplácito, tendría que enviarle una cada quince días, pues siempre encuentro en los artículos de usted materia de elogio por la penetración de las observaciones, por el acierto de los juicios y por la felicidad con que el escritor concreta lo que dice dándole una forma de sobriedad elegante (Pereyra 1932: 29).

Solidario con el dolor del pueblo argentino y la pena liberal y demócrata de Ugarte, Pereyra se declara sorprendido por el hecho de que el artículo-requisitoria del intelectual porteño haya sido publicado en un periódico mexicano. En particular, la carta abierta denuncia que en el país del águila y la serpiente “[l]a gente está en perpetua tensión por todas las nobles causas. Méjico es el asilo de los que sufren persecuciones inicuas. Allí se halla el centro de todas las agitaciones emancipadoras para fuera de casa. Todo con miras lejanas” (Pereyra 1932: 30). Para Pereyra, el gobierno callista de Ortiz Rubio impide al pueblo mexicano enterarse de los acontecimientos reales del país, clausurando los periódicos independientes y dirigiendo la atención del público hacia lo que ocurre en el extranjero:

Cuando los periódicos perseguidos están en la República Argentina, Méjico protesta. Cuando están en Méjico, el hecho se acepta como la lluvia o el granizo. Forma parte de las fatalidades ineludibles. Pregunte usted al periódico en que escribe si goza de libertad, y le dirá que la tiene tan garantizada como la del *Manchester Guardian*. Asegurar lo contrario sería un suicidio. Se le ordenó que cambiara de gerencia. Se dispuso que borrara de la lista de colaboradores a Vasconcelos y a Martín Luis Guzmán. Tuvo que acatar estas disposiciones para no ver sus oficinas ocupadas, su contabilidad intervenida y acaso su maquinaria hecha pedazos (Pereyra 1932: 31).

Al concluir esta introducción hemerográfica, con respecto a la circulación de la misma revista vasconcelista, me parece de un cierto interés el siguiente detalle que relata Pereyra: “[...] la noticia de la destrucción de todos los ejemplares de *La Antorcha* enviados a la República mejicana. El hecho no le sorprenderá a usted, ni a nadie. Lo extraño sería que se le permitiera libre circulación. La revista entra en todos los países de América, con dos excepciones: Méjico y Venezuela” (Pereyra 1932: 31-32).

Los dos ensayos de Pereyra que quiero indagar bajo la lente del acostamiento y la inclinación hacia la ideología ugartiana son *El mito de Monroe*, que es de 1914, y *El crimen de Woodrow Wilson*, publicado en 1917, pero ya editado con diferente formato en el *Nuestro Tiempo*, de Madrid, en los números de octubre y noviembre de 1915. El motivo de esta elección nace de la carta que el historiador mexicano escribe a Ugarte con fecha del

18 de abril de 1916. Como ya he analizado en el capítulo anterior, amén de inaugurar la correspondencia entre los dos escritores, esta epístola hace referencia a ambas las obras escogidas. Pereyra pide al poeta argentino que “pase la vista por la penúltima página” de su obra *El mito de Monroe*, afirmando que la mención de Ugarte que hace en ella es “un acto de justicia” (AGN 2218). Poco después, lo entera que pronto recibirá un ejemplar de su estudio “El Crimen de Woodrow Wilson”.

El mito de Monroe es un ensayo de carácter historiográfico que estudia el desarrollo ideológico y político del monroísmo, desde la declaración del presidente epónimo, hasta las más recientes renovaciones de Theodore Roosevelt⁶⁴ y Woodrow Wilson.⁶⁵ La obra es dedicada a la memoria de Simón Bolívar y de Roque Sáenz Peña.⁶⁶ Desde el principio, las declaraciones de Pereyra se muestran caracterizadas por el claro sabor antiimperialista y por el tono de defensa. Para el historiador, no existe una sola doctrina de Monroe. Afirma conocer por lo menos tres formas distintas: las que constituyen el objeto del libro. “La primera doctrina de Monroe es la que escribió el secretario de Estado John Quincy Adams, y que, incorporada por Monroe en su mensaje presidencial del 2 de diciembre de 1823, quedó inmediatamente sepultada en el olvido más completo, si no en sus términos, sí en su significación original [...]” (Pereyra 1959: 9). La segunda forma es la que, en modo legendario y popular, ha transformado el texto de Monroe en “una especie de dogma difuso, y de glorificación de los Estados Unidos” (Pereyra 1959: 9). El autor encuentra su puesta en práctica en los informes de los secretarios de Estado Hamilton Fish y Thomas F. Bayard, encargados respectivamente en los gabinetes de los Presidentes Ulysses S. Grant (1869-1877) y Grover Cleveland (1885-1889).

La tercera doctrina de Monroe es la que, tomando como fundamento las afirmaciones de estos hombres públicos y sus temerarias falsificaciones del documento original de Monroe, quiere presentar la política exterior de los Estados Unidos como una derivación ideal del monroísmo primitivo. Esta última forma del monroísmo, que diferencia de la anterior, ya no es una falsificación, sino una superfetación, tiene por autores a los representantes del

⁶⁴ Theodore Roosevelt fue el vigésimo sexto Presidente de los Estados Unidos (1901-1909). Su política exterior fue claramente agresiva y de intervención. De hecho, la tendencia de sus relaciones diplomáticas se conoce como doctrina del Gran Garrote (*Big Stick ideology*). Roosevelt fue el autor de la frase: ‘*speak softly and carry a big stick, you will go far*’. Entre las aplicaciones más importantes de su imperialismo, se recuerdan las maniobras emancipadas que permitieron al gobierno de Washington de tener un papel activo en la separación de Panamá de Colombia, y de lograr, con la firma del Tratado Hay-Bunau-Varilla (18 de noviembre de 1903), el control de la zona en torno al Canal y los derechos de explotación y de construcción.

⁶⁵ Thomas Woodrow Wilson fue el vigésimo octavo presidente estadounidense (1913-1921).

⁶⁶ Combatiente voluntario como Teniente Coronel en el ejército peruano durante la Guerra del Pacífico (1879-1883), Sáenz Peña ejerció la presidencia de la Nación Argentina entre 1910-1914. La sanción de la ley que lleva su nombre introdujo en el país sudamericano el voto universal, obligatorio y secreto.

movimiento imperialista: Mac Kinley, Roosevelt y Lodge; al representante de la diplomacia del dólar: Taft; al representante de la misión tutelar imperialista, financiera y bíblica: Wilson (Pereyra 1959: 9).

Recorriendo estas etapas, el ensayo reivindica el carácter no doctrinario del monroísmo. Se trataría más bien de un tabú, “una prohibición esencialmente mágica, con sanciones del mismo orden” (Pereyra 1959: 12). Pereyra habla de una quimera, una superstición. Pero la doctrina de Monroe es también “una realidad flamante; un mito que sirve de envoltura a este hecho natural: las ambiciones de un pueblo fuerte que pretende ejercer su hegemonía sobre un grupo de pueblos débiles, dando a su dominación las apariencias hipócritas del desinterés y de la benevolencia” (Pereyra 1959: 30).

Algunas ideas que se despliegan en el texto –por ejemplo, las que se refieren a la engañosa solidaridad americana, a la doctrina del destino manifiesto y a la misión apostólica de los Estados Unidos– y además la referencia al tema del lenguaje remiten la atención del lector a ciertos tópicos del antiimperialismo ugartiano. La “finura de espíritu” que se activa durante el proceso hermenéutico del horizonte presente encuentra un posible desarrollo en el recuerdo de “La integridad territorial y moral”, segunda parte del ensayo *El porvenir de la América española*. En “Las dos Américas”, capítulo inaugural de esta sección, Ugarte afirma por ejemplo que “la gran república del Norte ha asumido ante varios congresos internacionales la representación del conjunto, que el nombre de «americanos» se aplica por antonomasia a los habitantes de los Estados Unidos, como si éstos lo sintetizaran todo, y que la doctrina de Monroe, invocada tan a menudo, sólo implica en resumen una protección innegable” (Ugarte, c: 119). En modo análogo, Pereyra habla de la fortaleza que la doctrina de Monroe adquiere por la falta de una unidad latinoamericana y por la fórmula de exclusión contra las naciones europeas que encierra. El monroísmo se puede considerar como “un cuento de hadas en que el gobierno de Washington es el genio tutelar de la chiquillería hispanoamericana frente a las amenazas de los ogros de Europa” (Pereyra 1959: 109). De esta manera, el autor mexicano describe la dinámica productiva del mito monroista, la textura de este “cuento de hadas”:

Una vez que logra crearse la convicción de que no hay solidaridad americana y de que cada nación debe proveer a su propia seguridad y defensa contra Europa, la palabra América interviene anfibológicamente, como gobierno de los Estados Unidos y como el conjunto de los pueblos del continente, para producir el efecto, ya de una actitud amenazante, asumida por los Estados Unidos, como defensores de toda la América, frente a la Europa conquistadora, ya de una solidaridad americana (Pereyra 1959: 45).

El libro de Pereyra presenta, tanto en la estructura, como en la intención interpretativa, una forma esencialmente historiográfica y un enfoque del problema político que nunca pierde contacto con su verdadero objeto de estudio: el monroísmo como eje de la estrategia del imperialismo estadounidense, analizado a través de las dos coordenadas de la hipocresía y el miedo. El autor vuelve a recorrer algunos momentos centrales en la historia de la política internacional y de la diplomacia que protagonizaron el gobierno de Washington y los países latinoamericanos. Una particular atención investigativa es dedicada a los casos de la primera intervención estadounidense en México (1846-1848), de la Enmienda Platt (1901) que legitimó la injerencia militar norteamericana en Cuba, de los tratados casi impuestos por el Secretario de Estado John Hay en Panamá y de las reacciones de Roosevelt frente a la doctrina Drago.⁶⁷ *Debbo confessare* que no siempre el texto llega a la recepción del lector produciendo entusiasmo o placer estético. El desarrollo de los argumentos resulta muchas veces rígido y recargado por las constantes citas de los documentos oficiales.

Al condenar como hipócritas las consideraciones del dos veces secretario de Estado estadounidense James G. Blaine (1881 y 1889-1892) –“Entre los Estados Unidos y las otras repúblicas americanas no puede haber hostilidad, ni celos, ni rivalidad, ni desconfianza” (*apud* Pereyra 1959: 114)–, el escritor mexicano se inclina hacia la línea latinoamericanista ugartiana. Para Pereyra la frase de Blaine representa “ya el panamericanismo en toda su desfachatez: el panamericanismo, ese corolario de la farsa monroísmo, pantalla que cubre la verdadera doctrina americana: ‘Ocupar primero el territorio que se desea y entrar después en arreglos’” (Pereyra 1959: 114-115). Tanto en términos ideológicos, como por el enfoque intelectual, estas palabras remiten *nuestra* actividad interpretativa al noveno capítulo, “Congresos panamericanos y congresos hispanoamericanos”, de la segunda parte de *El Porvenir de la América española*. Aquí, Ugarte escribe:

Los congresos panamericanos reposan sobre una ficción y un olvido voluntario de las realidades. Sabemos que hay dos Américas y que entre ellas no asoma ningún lazo común. El origen, el idioma y la religión son diferentes. ¿Cómo discutir en conjunto el porvenir de dos países, de dos razas, de dos civilizaciones? Obstinarsse en que los Estados Unidos y nuestras repúblicas tienen idéntico destino porque se desarrollan en un mismo Continente, equivaldría á pensar que Francia y Alemania deben seguir una política única porque ambas son naciones europeas. La proximidad, lejos de favorecer la paz, la dificulta, y el

⁶⁷ En la base de la “doctrina Drago” está la declaración (1902) del ministro de relaciones exteriores argentino, Luis María Drago, frente a la que se consideró como una violación de la doctrina Monroe. Es esta la respuesta oficial que el ministro dio con referencia al bloqueo naval impuesto a Venezuela, por parte de Gran Bretaña, Alemania e Italia, las que exigían el pago inmediato de las deudas. En particular, Drago atacó la posición de los Estados Unidos que decidieron no apoyar al estado venezolano por el carácter financiero del conflicto.

panamericanismo es el engaño más peligroso, el error más funesto y capital. En nombre de él elaboramos nuestra ruina y favorecemos los intereses de la nación que nos amenaza (Ugarte, c: 198-199).

El mito de Monroe termina con dos referencias importantes al pensador argentino. Por un lado, la mención que Pereyra hace de Ugarte y que, en la carta de abril de 1916, presenta como un acto de justicia. En la penúltima página del libro, el autor mexicano sintetiza su credo hispanoamericanista, a través de una frase recargada de sentido irónico: “Podrá juzgarse quimérico el americanismo español de Sáenz Peña, y las predicaciones de don Manuel Ugarte no encontrarán, ‘por considerarlas poco prácticas’, las dispendiosas y decorativas recepciones con que se acoge la matraca de Roosevelt” (Pereyra 1959: 233). A partir del sentido de este último enunciado, pero quedándose al final bien lejos del idealismo y de la forma intelectual del ensayo de Ugarte, Pereyra profetiza el porvenir del continente, respecto a la hipocresía del monroísmo: “Los países amenazados caerán uno tras de otro; pero es poco probable que los indemnes se hagan cómplices de la agresión, y que se reproduzca la farsa de la mediación de 1914, y de las posteriores de esa misma índole, sin peligro para los hombres públicos de la América del Sur, que se presten a tales manejos” (Pereyra 1959: 233).

Por el otro lado, el historiador mexicano se refiere a Ugarte cuando presenta las “tres corrientes de sentimiento” que en su opinión se hallan en la América del Sur. Las consideraciones nos permiten comprender la recepción por parte de Pereyra de la propuesta ugartiana. La primera corriente es denominada “[l]a vulgar, que por engreimiento con las adquisiciones de orden material realizadas en los últimos años, rechaza toda vinculación con los países débiles y desorganizados de la América española” (Pereyra 1959: 233). Los que dentro de la realidad sudamericana advierten este sentimiento son llamados “megalómanos”, “los australianos de América”: de hecho, “[r]eniegan de la raza, se burlan de la tradición. Son espíritus fuertes. Su representante intelectual e inmoral es el doctor don Estanislao Zeballos, maestro de rastacuerismo diplomático” (Pereyra 1959: 233).

La segunda corriente de sentimiento que Pereyra individua en la América del Sur es la “popular, pura, noble, generosa, que nace del instinto y se derrama dondequiera que la juventud y el pueblo dejan oír su voz vibrante. Tiene por apóstoles a los poetas, a los que conocen la vida por obra de intuiciones geniales. Su representante es el héroe de una odisea continental sin ejemplo: don Manuel Ugarte” (Pereyra 1959: 234). Por fin, la tercera

corriente es la que encuentra sus raíces en la médula de la visión histórico-política bolivariana:

La corriente de los estadistas profundos, que tienen la prudencia de los hombres prácticos y la videncia de los poetas. Su numen es Bolívar; su hombre de estado, Sáenz Peña. Ellos saben que los norteamericanos no llevan a la América del Sur sino el propósito de la absorción económica y de la dominación política, y que ayudarlos en esta obra es un suicidio, a menos que fracase el plan de los norteamericanos, y que, en tal caso, sus incautos secuaces sudamericanos se vean mezclados en las futuras contiendas de los Estados Unidos, cuando América oiga cañonazos europeos o japoneses (Pereyra 1959: 234).

Antes de investigar el ejemplo aplicativo de Isidro Fabela, querría proponer unas breves consideraciones alrededor de *El crimen de Woodrow Wilson*. Este ensayo sigue en general la línea historiográfica antiimperialista que caracteriza el libro de 1914. Sin embargo, hay que registrar una clara reducción del horizonte de indagación. Respecto a *El mito de Monroe*, aquí Pereyra decide dirigir su estrategia crítica hacia un objeto más preciso y delimitado, dentro de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina: la labor política y la evolución ideológica de Woodrow Wilson, durante los tres años (1913-1915) que cobran casi todo su primer mandato presidencial. Además, si se excluyen las dos últimas secciones del libro que son dedicadas a “El imperialismo corruptor en la República de Nicaragua” y a “Los últimos atentados contra la República Dominicana y la de Haití”, el análisis del autor se concentra en la historia de México. Particular atención se dedica a la ocupación de Veracruz por parte de las tropas norteamericanas y a “La crisis del contubernio Wilson-Villa”.

Un aspecto interesante que se puede remarcar es la relación dialógica que el ensayo de Pereyra establece con la “Carta abierta al Presidente de los Estados Unidos”, que Ugarte dirigió desde Lima a Woodrow Wilson. En realidad, ya desde el prólogo escrito por uno de los más fieles amigos de lucha de Ugarte, Rufino Blanco-Fombona, el lector del texto de Pereyra se siente llevado a un espacio que deja la sensación de lo ya conocido, de lo familiar. Cuando introduce el trabajo del historiador mexicano, el ensayista y político venezolano traza las coordenadas de ese antiimperialismo del que Ugarte era por ese entonces maestro y primer poeta:

[E]n este folleto se escoge a Wilson, no como una finalidad, sino como un paradigma de la política yanqui en sus relaciones con América. La gran lección de este *Crimen de Woodrow Wilson* consiste en divulgar lo que nunca debemos perder de vista en la América latina: que no es Wilson, ni Taft, ni el ridículo Roosevelt, ni ningún presidente, ni los republicanos, ni los demócratas, ni ningún partido presente o futuro, el enemigo de América, sino que él

enemigo tradicional, presente y futuro, de América, es la República de los Estados Unidos. Están frente a frente dos razas: la de origen latino y la de origen sajón; dos Américas: la que nació de la Europa meridional y la que nació del Norte europeo; dos concepciones de la vida: la idealista y la sanchopancesca; dos sectas: el catolicismo y el protestantismo; dos ideas sociales: el individualismo y la solidaridad; dos civilizaciones: la del Mediterráneo y la de mares y tierras hiperbóreas (Blanco Fombona 1917: IV-V).

Regresando a la “Carta abierta”, al “gesto de conciliación” (Ugarte 1978: 83), de marzo de 1913, aquí Ugarte declaraba todas sus esperanzas acerca de un posible cambio en la política internacional estadounidense, después de la elección del candidato demócrata y la derrota de Taft y Roosevelt. Para el intelectual argentino, el acontecimiento señalaba que había llegado “la hora de hacer justicia en el Nuevo Mundo; justicia para ciertas repúblicas hispanoamericanas, que desde hace muchos años sufren un odioso tratamiento; y justicia para los Estados Unidos, cuyas tradiciones están palideciendo al contacto de una política que no puede representar las aspiraciones de los descendientes de Lincoln y de Washington [.]” (Ugarte 1978: 79).

Las conclusiones a las que llega Pereyra en *El crimen de Woodrow Wilson*, amén de confirmar las ideas contenidas en *El mito de Monroe*, parecen contestar a Ugarte para desilusionar sus expectativas. En el quinto capítulo, “El suave Taft, digno predecesor del histórico Wilson”, el autor mexicano sostiene que “[p]ara Méjico la intervención americana y la sumisión del país a Washington comienzan desde el día en que Taft y Knox derrocaron un gobierno mejicano para poner otro que les convenía” (Pereyra 1917: 40). Pereyra está convencido de que el movimiento anárquico empezado en la frontera septentrional del país a fines de 1910 “era en sus orígenes una conspiración plutocrática, bien organizada en Nueva York con la complicidad de Washington” (Pereyra 1917: 40). Con particular referencia a la obra de Wilson, su palabras no podrían ser más fuertes y claramente sintetizadas:

Mis acusaciones contra Woodrow Wilson se concretan así:

El presidente Wilson, por su presunción, por su ligereza, por su ignorancia y por actos que deben calificarse como maliciosos, es el factor visible y el agente responsable de una desastrosa guerra social fomentada por su predecesor William Howard Taft.

Wilson es culpable:

I.– De la miseria general determinada por el bloqueo financiero del país.

II.– De la destrucción de ferrocarriles, pérdida de cosechas, suspensión de negociaciones mineras, paralización de giros mercantiles, etc., etc., producidas por actos directos de Woodrow Wilson.

III.– De la orfandad y desamparo de millones de familias cuyos jefes, padres, esposos, hermanos e hijos han sido sacrificados por la política de Woodrow Wilson.

IV.– De la destrucción de hermosas ciudades, de monumentos artísticos y de establecimientos de educación, por facinerosos armados y equipados de orden de Woodrow Wilson.

V.– De la desaparición de toda vida superior en el país.

VI.– De haber instigado y favorecido los instintos brutales de las turbas, con detrimento de la religión, de la moral y de la vida de familia.

VII.– De haber impuesto a una sociedad, debilitada por la miseria y constreñida por el miedo, el ultraje de aceptar como bien supremo un movimiento de conmiseración de su mayor enemigo, el azote de Méjico.

VIII.– De ofender a la parte culta de Méjico, antes y después de haberla arruinado, con estúpidas declaraciones de optimismo, con programas de reorganización y con protestas de afecto, que revelan en el presidente de los Estados Unidos un estado moral, imagen del caos producido por él en la que fue República Mejicana (Pereyra 1917: 112-114).

Al terminar esta primera parte, me parece sugestivo recordar el capítulo “La crisis del contubernio Wilson-Villa”, donde Pereyra analiza la historia de las relaciones de complicidad y de conflicto entre el bandito y el presidente. El siguiente breve pasaje da un ejemplo de la teoría desarrollada por el historiador mexicano:

Sea lo que fuere, el hecho es que Wilson hizo uso del poder omnímodo que le confiere el congreso para permitir o prohibir la exportación de armas, y que reconocido otro jefe, adversario de Villa, como gobierno de facto en Méjico, el bandito quedó reducido a la impotencia.

Al verse abandonado, –y en su opinión, traicionado–, Villa resolvió dar un ataque a la ciudad yanqui de Columbus, Nuevo Méjico, lo que hizo el 9 de marzo de 1916, sorprendiendo y derrotando a un destacamento de fuerzas norteamericanas. Villa no se retiró de Columbus sino después de haber quemado los principales edificios de la población (Pereyra 1917: 122-123).

De hecho, hablando sinceramente, Pereyra afirma que “mientras no haya un poder compensador en América, esto es, mientras Alemania, el Japón o el Infierno dejen a los Estados Unidos en paz, tendremos siempre un Wilson en la Casa Blanca y un Villa en las entrañas” (Pereyra 1917: 143).

Llama la atención en el capítulo considerado un aspecto que el escritor remarca sobre la idea de desunión de los Estados Unidos. Pereyra los considera: “un territorio con cinco o seis zonas sin vínculos que determinen una integración geográfica del conjunto, y con cinco o seis razas que no se funden todavía para formar una sola alma nacional: tal es el fondo de caos en que se desarrollan los actos incoherentes de la política norteamericana” (Pereyra 1917: 125). Para las finalidades de una investigación que examina las probables expresiones del “saber hacer aplicativo” de Pereyra, esta consideración es importante, porque remite a una de las temáticas centrales sobre la cual Ugarte funda sus argumentaciones cuando escribe “La defensa latina”. En el artículo del otoño parisiense de 1901, el intelectual

argentino hablaba de los grandes puntos vulnerables de los Estados Unidos y sostenía, en términos hoy falsamente proféticos, que la poderosa república del Norte “[a]barca un territorio demasiado extenso que como tantos otros de los tiempos antiguos y aun de los modernos, no puede ser de cohesión durable y trae sobre todo en su seno, como llaga de dónde saldrán muchos males para el porvenir, un antagonismo de razas, una lucha entre hombres blancos y hombres de color que, bien utilizada por un adversario inteligente, puede llegar a debilitar mucho” (Ugarte 1978: 7).

4. 2 *Isidro Fabela y la hermandad hispanoamericana*

El ensayo de historia diplomática que analizaré dentro de la producción de Fabela se titula *Los Estados Unidos contra la libertad*, publicado en 1918. Mi elección ha sido determinada por el hecho de que se trata de un libro fundamental en la investigación de las relaciones ideológicas entre su autor y Manuel Ugarte. En este sentido, el ensayo representa la primera elaboración teórica de la intensa colaboración que los dos intelectuales vivieron a partir de las epístolas escritas por Fabela, durante el diciembre de 1916, y que se concretó a través de las dos conferencias tenidas por Ugarte en tierra azteca, en mayo del año siguiente.

Ho letto un ensayo seco y bien escrito. El autor alcanza, en mi opinión, una notable precisión y fluidez en crear un texto donde la cita histórica –del discurso público, del documento oficial, del artículo periodístico– convive con la pasión ideológica del intelectual. Fabela organiza *Los Estados Unidos contra la libertad* en cinco secciones monográficas. Ya desde el prólogo, el autor declara su objeto de estudio y su motivación creativa. En su volumen se referirá a “la conducta politicointernacional [*sic*] de la Casa Blanca en Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua y Santo Domingo [...]” (Fabela: 10) –de hecho, las cinco repúblicas latinoamericanas dan el título a las distintas partes del libro. Al mismo tiempo, el propósito será el de “contribuir a la formación de la historia del imperialismo norteamericano” y de ayudar la “comprensión del panamericanismo aplicado” (Fabela: 10).

Cabe señalar que el prólogo se revela un espacio importante, también por lo que se refiere al objeto de estudio de la tarea hermenéutica del presente. Aquí, mientras introduce las temáticas esenciales de su libro, Fabela manda señales claras acerca de su recepción de la materia ugartiana. Antes que nada, la orientación historiográfica e ideológica del autor mexicano ya desde el principio se muestra en empatía con ese revisionismo que el pensador

argentino cristalizó en escritos como “Causas y consecuencias de la Revolución Americana” y *El porvenir de la América española*, al hablar, por ejemplo, del desarrollo del imperialismo norteamericano y de la historia de las independencias latinoamericanas. Fabela declara que “[l]os actos imperialistas de los Estados Unidos son conocidos en las naciones que los han sufrido, pero no lo son como debieran en el resto de la América española, por culpa de la mayoría de nuestros historiadores, que no han dedicado sus esfuerzos a ilustrar, en general, la historia de América y, en particular, la de nuestras relaciones diplomáticas con la gran nación del Norte [...]” (Fabela: 10-11).

La lectura del prólogo remite el pensamiento de quien interpreta y escribe a tópicos precisos de la propuesta ugartiana. Convencido que “el pueblo norteamericano no es el autor de la política agresiva que sus gobiernos han seguido contra la América española [...]” (Fabela: 11), Fabela habla de “la censura más absoluta” que los Estados Unidos han establecido, “de prensa, postal, telegráfica y cablegráfica, de manera de dejar encerrados dentro de sus propias fronteras los acontecimientos críticos de esas repúblicas” (Fabela: 11). Analizando esta consideración es interesante regresar con la memoria a lo que Ugarte sostenía tanto en su famoso ensayo de 1910, como en el artículo “La defensa latina”: una de las principales propuestas para la creación y tutela de la solidaridad latinoamericana es el establecimiento de vías de comunicación –primariamente ferrocarriles, y telégrafos– entre los diferentes países, sin que éstas sean propiedad de empresas extranjeras. Además, sin dejar espacio a posibles equívocos sobre la filiación de su ideología antiimperialista, Fabela discute del sentimiento que vive su “gran patria hispanoamericana” (Fabela: 16).

[M]ientras los Estados Unidos intervengan en la América latina, quebrantando las libertades de varias naciones, el único sentimiento que alentaremos será el de la defensa, y nuestra sola bandera política, el hispanoamericanismo en contraposición a un panamericanismo insincero, invocado de un modo y ejercitado en provecho unilateral de la república angloamericana. De México, mi patria, tanto más amada cuanto más dolorida y digna, hasta la culta Argentina y la valiente nación chilena, todas las repúblicas hijas de España y Portugal deben apretar sus lazos y de ninguna manera aceptar las realidades violatorias de la raza, que palpitan en algunos pueblos débiles del continente (Fabela: 15).

En general, el ensayo de Fabela desarrolla sus argumentos, conservando siempre la claridad en el relato historiográfico y la eficacia en la capacidad de análisis intelectual. Entre los cinco estudios de historia americana que dan cuerpo a la obra, tres son los que me parecen mayormente dotados de estas dos calidades: me refiero a la primera parte, “Cuba”, y a las últimas dos, “Nicaragua” y “Santo Domingo”.

El estudio que abre el libro presenta un incipit sugestivo. En términos retóricos, se debe observar que la imagen lírica con la cual Fabela se refiere a Cuba, como “la ‘Perla de las Antillas’, ‘la más hermosa tierra que jamás vieron ojos humanos’, según la calificó Colón al descubrirla” (Fabela: 19), es la misma similitud con la que se cierra el texto. Después de haber analizado la historia del imperialismo estadounidense en Cuba –desde las declaraciones de Monroe y Adams, hasta la segunda intervención militar norteamericana, solicitada por el Presidente cubano Tomás Estrada Palma, en septiembre de 1906–, el autor grita su protesta en nombre de la hermandad hispanoamericana. La disconformidad de Fabela es la disidencia de un *nosotros*, los latinoamericanos: “No: Cuba, la Perla de las Antillas, la que primero amó Colón, la gentil y fecunda tierra de poetas y patriotas, no es independiente, y merece serlo, y lo será algún día” (Fabela: 120).

Inevitablemente el desarrollo del discurso crítico termina enfrentando problemáticas ya encontradas en los dos ensayos de Pereyra. Para el diplomático mexicano, en esos años ministro plenipotenciario en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Paraguay, la doctrina de Monroe “no fue, en realidad, sino un acto que defendía a los Estados Unidos de un posible ataque de la Santa Alianza y de Inglaterra, y que preparó el terreno para que la Unión tuviese algún día las manos libres en América” (Fabela: 24-25). Al mismo tiempo, Fabela declara que “[p]ara los hispanoamericanos, las imposiciones que encierra la enmienda Platt son una muestra viviente de la conducta de los Estados Unidos hacia los pueblos de nuestra raza, que no supieron o no pudieron defender su libertad, y deben ser una alerta inolvidable para nuestros ciudadanos y estadistas” (Fabela: 108). Sin embargo, la materia ensayística de *Los Estados Unidos contra la libertad* se muestra organizada a través de una geometría del pensamiento mejor definida. Creo que un cierto toque idealista y la propensión del enunciado teórico hacia el porvenir son lo que confiere a la expresión de Fabela una mayor calidad en términos estético-placenteros, respecto a los textos de Pereyra que he analizado. El autor mexiquense nos da un ejemplo de eso, al hablar del intento del Libertador de alcanzar la independencia cubana, proyecto que no se llevó a cabo por la oposición de Rusia, Inglaterra y sobre todo los Estados Unidos.

Las precursoras ideas de Bolívar sobre el Congreso de Panamá⁶⁸ deben siempre recordarse como homenaje al más completo y noble defensor de la raza hispanoamericana y como lección para nuestro porvenir. Decía el Libertador al secretario de Relaciones de Colombia,

⁶⁸ Desde Lima, el 7 de diciembre de 1824, Simón Bolívar convocó el Congreso Anfictiónico de Panamá, con la finalidad de estimular el espíritu de unidad hispanoamericano.

en las instrucciones que le diera para la convocación del Congreso: «...Nada interesa tanto en estos momentos como la formación de una liga verdaderamente americana; pero esta confederación no debe formarse simplemente sobre los principios de una alianza ordinaria para ofensa y defensa: debe ser mucho más estrecha que la que se ha formado últimamente en Europa contra las libertades de los pueblos (la Santa Alianza). Es necesario que la nuestra sea una sociedad de naciones hermanas, separadas por ahora y en el ejercicio de su soberanía por el curso de los acontecimientos humanos, pero unidas fuerte y poderosamente para sostenerse contra las agresiones del poder extranjero» (Fabela: 29).

El estudio sobre Cuba termina con una significativa y curiosa cita de un ensayo de Ugarte. Mientras evidencia el carácter tangible de “los avances avasalladores de los Estados Unidos en Hispanoamérica” y considera “inconsciente, errada o vil la conducta de algunos gobernantes iberoamericanos hacia los modernos conquistadores” (Fabela: 119-120), el autor recuerda las finalidades de su obra: “Este libro precisamente ha sido escrito con la intención de que los equivocados abran los ojos y contemplen el triste espectáculo de una América española que bien parece merecer el título de *El continente suicida*, calificativo que le ha dado el noble defensor de nuestra raza, Manuel Ugarte” (Fabela: 119).⁶⁹

La cuarta parte del ensayo trata de la historia de la intervención estadounidense en Nicaragua durante la presidencia de William Howard Taft. En particular, la investigación de Fabela se concentra en la aplicación de una nueva forma de imperialismo, la *dollar diplomacy*, instaurada por el secretario de Estado Knox, y en la revolución armada que los norteamericanos apoyaron contra el presidente José Santos Zelaya. Como resultará también para la quinta parte, el estudio “Nicaragua” se muestra fuertemente en relación con los contenidos de la conferencia “La evolución de nuestra diplomacia”, tenida sólo un año antes por Ugarte, en el Teatro Ideal de la capital azteca. Según la tesis del autor mexicano, la historia de “los acontecimientos desarrollados en Nicaragua durante los años de 1909 a 1914 [...]” es la historia del engaño panamericanista: “esos hechos son absolutamente contrarios a la política fraternal propugnada y prometida por los panamericanistas norteamericanos [...]” (Fabela: 216-217).

La última sección de *Los Estados Unidos contra la libertad* se ocupa del imperialismo norteamericano en la República Dominicana. En los términos de una posible inclinación de la materia ensayística de Fabela hacia la propuesta político-intelectual de Ugarte, hay que señalar

⁶⁹ En una nota a pie de página, Fabela indica que se trata de una “obra inédita hasta marzo de 1920” (Fabela: 119). El dato nos permite comprender mejor la intimidad de la relación ideológica e intelectual entre los dos latinoamericanistas. Fabela demuestra conocer ya el borrador del ensayo que saldrá a la venta por la editorial Mundo Latino, hacia fines de 1923: *El destino de un continente*. Título que Ugarte “prefirió finalmente a *El continente suicida*” (Galasso 2001: 342).

la importancia de dos temáticas. Por un lado, así como el maestro argentino sostuvo en “La doctrina Monroe”, *La verdad sobre México* y el ya citado “La evolución de nuestra diplomacia”, Fabela cita la firmeza antiimperialista del Presidente mexicano.

El ejemplo del presidente Carranza, en México, es edificante y no debe olvidarse. A pesar de las enormes dificultades económicas en que el país se ha encontrado a consecuencia de su guerra civil, el presidente Carranza no ha comprometido ningún empréstito en los Estados Unidos; las deudas que existían se han aumentado por haberse suspendido los pagos de réditos acumulados durante el período revolucionario, y por haberse creado, como era natural, deudas internas; pero las aduanas no están hipotecadas, todas sus fuentes de ingresos están libres de gravamen, y el Estado, a pesar de sus cruentas vicisitudes, no ha creado deudas nuevas (Fabela: 231).

Por el otro lado, en el penúltimo capítulo del estudio “Santo Domingo”, la atención del lector es despertada por la referencia de Fabela a uno de los tópicos del antiimperialismo ugartiano: el papel defensivo de Europa, como contrapeso de la balanza, en la injerencia del gobierno de Washington en América Latina. En este sentido, dos textos ejemplares son “La defensa latina” y *El porvenir de la América española*. Después de la falta de atención determinada por la gran guerra, Fabela ahora pide a las naciones europeas una nueva orientación en las relaciones con la América española. El interés de esta última es “el de conservar e intensificar su comercio y su amistad con Europa, y de ninguna manera reemplazarlos con el comercio y amistad de los Estados Unidos” (Fabela: 307). De esta manera, mientras subraya la relación material y cordial que ata la península ibérica a las repúblicas del continente latinoamericano, Isidro Fabela cita uno de los dos autores que pronto irá enfrentando mi proceso hermenéutico.

El día en que España –dice el mexicano Alfonso Reyes– se interese por la suerte de las repúblicas americanas (cuando ya interesarse por ellas no significa ninguna ambición imperialista), España vendrá a ser el centro de un poder moral sólo comparable a lo que fue el del pasado. Esto, al paso que moralice a España, devolviéndole su puesto en la consideración política del mundo, será un bien para todas las repúblicas americanas, que, a través de España, puedan entenderse y reconocerse fraternales (*apud* Fabela: 305).

Sin embargo, antes de indagar el saber hacer aplicativo del regiomontano universal, quiero ahora dirigir la atención de nuestra tarea interpretativa hacia la forma ensayística de otro fundamental escritor mexicano.

4. 3 En el pensamiento sociopolítico de José Vasconcelos

En este breve espacio expositivo, quiero razonar alrededor de los ensayos *La raza cósmica*, *Indología* y *Bolivarismo y monroísmo*. Las tres obras, que sintetizan la vocación latinoamericanista del filósofo y político mexicano, conocieron su primera edición respectivamente en Barcelona y París en 1925, en la capital catalana en 1926 y en Santiago de Chile en 1934. Desde el principio, un aspecto que me parece central remarcar es que el objetivo de estas pocas páginas de mi trabajo de tesis no es el de analizar y resumir un tema tan complejo y proteiforme como la ideología vasconcelista. En este espacio, la intención de quien escribe se enfocará en la indagación del “saber hacer aplicativo” del pensador oaxaqueño, respecto a la propuesta ugartiana. De hecho, lo que me interesa aquí es investigar la materia ensayística de Vasconcelos, bajo la lente del acostamiento y de la inclinación hacia el pensamiento hispanoamericanista del maestro argentino.

Como lector, pues, que va desarrollando una precisa tarea interpretativa acerca de los textos elegidos, debo subrayar dos aspectos fundamentales, sobre todo en términos cronológicos. Por un lado, el momento productivo de estas tres obras sigue en modo significativo el período de publicación y divulgación de los grandes ensayos ugartianos: *Mi campaña hispanoamericana*, *La Patria Grande* y *El destino de un continente*. Por el otro, me parece revelador recordar que el lapso (1925-1934) durante el cual salen a la venta los libros de Vasconcelos coincide, con no poca precisión, con el curso de la relación epistolar que los dos intelectuales entrelazaron desde julio de 1925, hasta abril de 1936. Con referencia a este último aspecto, dos misivas pueden representar, para las temáticas que anticipan, el justo prólogo al estudio del momento aplicativo vasconcelista, que iré ahora presentando. Mientras en la carta del 4 de diciembre de 1925, el autor de *Ulises criollo* afirma haber siempre tomado como punto de partida *El porvenir de la América española*, declarando que esas páginas latinoamericanistas son “elocuentes y llenas del aliento que necesita nuestra raza” (AGN 2219), en la epístola del 18 de noviembre de 1926, Vasconcelos elogia las ideas y los sentimientos de Ugarte, refiriéndose a “nuestro propósito fundamental” (AGN 2219).

El ensayo *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana* se divide en dos partes principales. La segunda sección, “Notas de viajes a la América del Sur” constituye el segmento más extenso de la obra y, como revela el mismo título, contiene anécdotas y

comentarios autobiográficos. Estas páginas son el resultado descriptivo y de fuerte tono hispanoamericanista de la misión diplomática que el secretario de educación pública hizo en Uruguay, Chile, Argentina y Brasil, entre agosto y diciembre de 1922. En particular, las notas de viaje se refieren a los últimos dos países sudamericanos, visitados por el embajador especial que el Presidente Álvaro Obregón (1920-1924) designó para representar a México, respectivamente en ocasión de las ceremonias para la trasmisión de poderes de Yrigoyen a su sucesor Marcelo de Alvear (1922-1928), y de los festejos para el aniversario de la Independencia de Brasil (7 de septiembre de 1822). En este sentido, para comprender mejor la política latinoamericana de ese gobierno mexicano y la elaboración ideológica que transmite el ensayo de Vasconcelos, cabe señalar lo que escribe Claude Fell, al hablar de la visita brasileña:

La misión del secretario de Educación Pública era doble: estrechar los vínculos entre Brasil y México, dándoles una expresión concreta, sobre todo en el terreno económico, y fomentar un mejor conocimiento de la realidad sociopolítica, económica y cultural de México. ‘Ya pasó la época romántica de las relaciones iberoamericanas y ha llegado la hora de ligar nuestros pueblos por los lazos estrechos y constantes del intercambio de ideas y de productos’, declara Vasconcelos (Fell 1989: 595-596).

La primera parte de *La raza cósmica*, que en la edición consultada para mi tesis se titula “El mestizaje”, constituye el verdadero núcleo teórico del libro. Vasconcelos sostiene la existencia de cuatro etapas en el desarrollo étnico de la humanidad: los troncos cardinales de las razas son el negro, el indio, el mongol y el blanco, estimado este último como el invasor del mundo y, por eso, el puente a la raza que vendrá. El autor vuelve a considerar la lucha que, desde el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, combatieron los dos tipos humanos más fuertes y disímiles dentro de los blancos: el español y el inglés. Según el pensador mexicano, la misión trascendental que llevará a la quinta raza cósmica, “en la que se fundirán todos los pueblos, para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia [...]” (Vasconcelos 1983: 24), se ha trasladado al nuevo continente y se desarrolla a través de la pugna entre latinidad y sajónismo. Sin embargo, mientras los norteamericanos representan el último imperio del poderío de los blancos –“El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia” (Vasconcelos 1983: 24)–, “la parte ibérica del continente dispone de los factores

espirituales, la raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad” (Vasconcelos 1983: 48-49).

Nello sviluppare la teoría de la quinta raza, basada en el mestizaje iberoamericano y proyectada hacia la construcción, en la región amazónica, de Universópolis, la capital del mundo futuro, el pensamiento de Vasconcelos se muestra influido por algunas doctrinas y posiciones filosóficas que confieren a su materia ensayística un tono absolutamente peculiar en términos de misticismo, mesianismo y ética. Entre las fuentes que sin duda alimentan la originalidad del sistema ideológico de *La raza cósmica* –verdadera matriz filosófica que dejará claras huellas teóricas en los ensayos siguientes– se deben subrayar el pensamiento de Hegel, Nietzsche y Schopenhauer, las reflexiones de Friedrich Ratzel sobre las posibles relaciones entre el espacio geográfico y las expresiones culturales, una precisa oposición a las teorías darwinianas vueltas a validar la superioridad racial. Además, es imprescindible señalar la clara relación con los dos volúmenes de *Der Untergang des Abendlandes (La decadencia de Occidente; 1918, 1922)*, de Oswald Spengler, y con las creencias de la Sociedad Teosófica, cofundada en 1875, en Nueva York, por Madame Petrovna Blavatsky.

Sin embargo, a pesar de los aspectos teóricos aquí citados y de la distintiva dirección filosófica que caracteriza el pensamiento vasconcelista, el ensayo *La raza cósmica* muestra un alto índice de herencia argumentativa e intelectual respecto a la propuesta ideológica de Manuel Ugarte. *In primis* la atención de nuestro proceder interpretativo se dirige a los importantes tópicos de la raza y del mestizaje. En su esfuerzo teórico para mejorar la consideración de las “razas oprimidas de América Latina” y en su afán de fundir a las etnias en el continente iberoamericano, en modo conforme a las leyes universales de la emoción, la belleza y la alegría (Vasconcelos 1983: 38), el educador mexicano nos remite a la primera parte de *El porvenir de la América española*, donde el latinoamericanista argentino examina la conformación étnica del continente. Corroborando la posición de Ugarte –persuadido de que “el punto de apoyo del porvenir hispanoamericano se ubica en la raza, como una instancia integradora de la nacionalidad superior” (Maíz 2003: 241)–, Vasconcelos recupera en sentido constructivo el tópico de la raza y remarca la ruptura respecto a la discriminación positivista. En modo análogo, cuando el autor mexicano define el carácter, la responsabilidad y el porvenir del mestizaje creado durante la colonización española, se suma a las ideas de Ugarte según las cuales “dentro de la mezcla hirviente de la futura raza sudamericana, el mestizo será uno de los elementos más aprovechables si, rompiendo la ignorancia que lo encorva, le hacemos levantar la frente y lo elevamos a la igualdad” (Ugarte, c: 56).

Vasconcelos sostiene que la gran ventaja de la tradición hispanoamericana “es que posee mayor facilidad de simpatía con los extraños. Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la humanidad futura” (Vasconcelos 1983: 24). Casi anticipando las reflexiones vasconcelistas, Ugarte escribió en el capítulo, “La raza del porvenir”, del ensayo de 1910:

La reeducación nacional que se impone rectificará los rasgos de la raza, cuyas primeras características dejan sospechar desde ahora lo que el siglo XX le reserva. Si se mantiene la integridad étnica, política y territorial del conjunto y si continúa sin tropiezo la elaboración en que estamos empeñados, se puede decir que el nuevo grupo que se incorpora a la fermentación mundial alcanzará una importancia inverosímil á causa de su número y de la amplitud de la zona en que desarrollará su acción. Lo que va a nacer de él no puede delimitarse aún. Pero basándonos en lo ya dicho y palpando las realidades, salta a los ojos que los cien millones de latinoamericanos que poblarán dentro de poco la parte inferior del Continente tendrán que defender la tradición, el ideal y las características que los distinguen (Ugarte, c: 108-109).

A partir de estas consideraciones alrededor de los tópicos de la raza y del mestizaje –donde ya se revela implícita la voluntad de definición de una identidad y una civilización latinoamericanas–, el ensayo de Vasconcelos presenta toda una serie de argumentos que se inclinan hacia el pensamiento y la postura intelectual de Ugarte. Primariamente, me parece central subrayar que el ensayo de 1925 nunca desarrolla una denuncia vacía contra la raza blanca del norte. En este sentido, es posible reconocer en general la misma búsqueda ugartiana de una solución de encuentro y de una relación constructiva con la América anglosajona. El pensador oaxaqueño afirma: “No es la guerra contra el blanco nuestra mira, pero sí una guerra contra toda clase de predominio violento [...]. La América latina debe lo que es al europeo blanco y no va a renegar de él [...]” (Vasconcelos 1983: 32-33). Para Vasconcelos, el ser humano del porvenir saldrá del triunfo de la estética de la belleza y del gusto, será el fruto de los caracteres e ideales superiores: “La quinta raza no excluye; acapara vida; por eso la exclusión del yanqui, como la exclusión de cualquier otro tipo humano, equivaldría a una mutilación anticipada, más funesta aún que un corte posterior” (Vasconcelos 1983: 33).

Así como ocurre con las elaboraciones teóricas de Ugarte, Vasconcelos desarrolla la dicotomía cultural y política entre Estados Unidos y Hispanoamérica con la clara finalidad de tratar la defensa y solidaridad del continente latino: el resultado de su exposición es *in primis* la reivindicación de una unidad iberoamericana. En este sentido, Vasconcelos habla

de la soberbia de la raza dominante y de la filosofía que cada imperialismo necesita para su justificación. La misma teoría de la superioridad étnica “ha sido simplemente un recurso de combate común a todos los pueblos batalladores [...]” (Vasconcelos 1983: 43). Dando manifestación escritural al momento aplicativo que define su interpretación de la propuesta ideológica de Ugarte, el futuro candidato al poder ejecutivo mexicano sostiene que el imperialismo se combate, “poniéndole enfrente una ciencia superior, una civilización más amplia y vigorosa [...]” (Vasconcelos 1983: 42), que sólo puede ser el resultado de una expresión cultural autóctona y de una representación espiritual auténticamente latinoamericana.

Cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el *deus ex machina* de su éxito. Nosotros nos hemos educado bajo la influencia humillante de una filosofía ideada por nuestros enemigos, si se quiere de una manera sincera; pero con el propósito de exaltar sus propios fines y anular los nuestros. De ésta nosotros mismos hemos llegado a creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental. [...] Hay cierta fatalidad en el destino de los pueblos lo mismo que en el destino de los individuos; pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida continental. Comencemos, entonces, haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia (Vasconcelos 1983: 43).

En particular, Vasconcelos intenta explicar el atraso ideológico, moral y político de la América Latina, respecto a la sajona; de hecho, la rebelión contra el poder de España llevó paulatinamente el continente a caer “en la dominación económica y moral de la raza que ha sido señora del mundo desde que terminó la grandeza de España” (Vasconcelos 1983: 43). Para el escritor mexicano, el error imperdonable de las repúblicas hispanoamericanas fue el de pavonearse en un patriotismo exclusivamente nacional, sin advertir las amenazas imperialistas que ponían en peligro a “nuestra raza en conjunto” (Vasconcelos 1983: 15). De esta manera, retomando uno de los tópicos más importantes del ideario ugartiano, el autor de *La raza cósmica* declara que la mayor de las batallas se perdió “el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza” (Vasconcelos 1983: 15-16). El nacionalismo de las repúblicas latinoamericanas fue creado, sin saberlo, por los aliados del imperio sajón y los mismos ideales proporcionados por la Confederación Panamericana de Washington tendrían que ser considerados como la más estratégica chacota de unos hábiles adversarios. Mientras profundiza estas consideraciones,

Vasconcelos muestra toda la concordancia entre su pensamiento y la posición intelectual del maestro argentino acerca de la urgencia de un nacionalismo continental:

No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos. Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos; pero de una o de otra manera nos sometemos o nos aliamos con la Unión sajona. [...] El estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y trascendentales. Su misión se truncó en cierto sentido con la independencia, y ahora es menester devolverlo al cauce de su destino histórico universal (Vasconcelos 1983: 16-18).

Con referencia a la segunda parte del libro *La raza cósmica*, donde el autor presenta los concretos casos de Brasil y Argentina para sustentar sus precedentes elaboraciones teóricas, nuestra atención interpretativa se dirige hacia dos aspectos fuertemente vinculados a la forma deliberativa del ensayo ugartiano. Aunque esta sección se muestra más cercana al cuento de una personal experiencia de viaje, que al discurso político de exhortación, se puede observar que, si por un lado el tiempo de referencia de las reflexiones vasconcelistas es el futuro, por el otro muchas de la temáticas desarrolladas se dirigen a la juventud latinoamericana. De particular interés me parece el pasaje durante el cual el educador oaxaqueño cuenta su viaje a Córdoba y diserta en modo entusiasta sobre el hispanoamericanismo ferviente que animaba el movimiento universitario nacido en esa ciudad, en 1918. Vasconcelos comenta la propagación por todo el continente de esa fundamental “renovación de las ideas y de los métodos de enseñanza [...]” y afirma su solidaridad a los “estudiantes desterrados por sus gobiernos o expulsados de sus colegios” (Vasconcelos 1983: 142). Las palabras del secretario de Instrucción Pública mexicano nos remiten tanto a la influencia ideológica que Ugarte ejerció sobre los reformistas argentinos de 1918 (Galasso 2001: 322), como a las consideraciones que Isidro Fabela escribió en su carta de febrero de 1917, sobre el porvenir del ideal latinoamericanista y la juventud del continente. Para José Vasconcelos:

Estos perseguidos se han ido convirtiendo en lazos vivos de unión de las juventudes hispanoamericanas. Quizá ellos sean los autores de la gran fraternidad efectiva del futuro. La revolución estudiantil, como la llaman los muchachos, ha tenido, desde luego, el benéfico efecto de crear vínculos entre los centros universitarios principales del continente. [...] Del movimiento libertario han salido propósitos de mejoramiento social y conceptos continentales que colocan a la juventud argentina, junto con la uruguaya y la chilena, en un puesto de avanzada y de esperanza (Vasconcelos 1983: 142-143).

El ensayo *Indología (Una interpretación de la cultura iberoamericana)* representa la exposición de Vasconcelos de sus teorías americanistas, vueltas a la superación de las divergencias entre las dos culturas que dividen el Nuevo Mundo y a la construcción de un porvenir de mayor concordia y respeto. De notable sugestión resulta la relación dialógica que une esta publicación a la de 1925, tanto por los contenidos intelectuales y políticos, como desde el punto de vista de la organización textual. Se debe antes que nada evidenciar que es el mismo autor a recomendar la lectura de su “libro *La Raza Cósmica*, del cual el presente, en cierto sentido, es sólo una ampliación” (Vasconcelos 1958a: 1114). Por otra parte, la disposición de la materia ensayística de *Indología* se muestra prácticamente invertida respecto al caso anterior. En su *interpretación de la cultura iberoamericana*, el pensador mexicano da prioridad expositiva a los comentarios autobiográficos acerca de los viajes que hizo en Costa Rica y República Dominicana, para presentar en la segunda parte –dividida en siete capítulos– las conferencias que dio como invitado en esos dos países.

En la primera sección, Vasconcelos vuelve con la memoria a la primera época de su revista *La Antorcha* (octubre de 1924–enero de 1925), a la agonía de su semanario determinada por las malas ventas y los socios desleales, y al vacío político que produjeron a su alrededor los duros ataques contra Calles y Obregón. A ese período se remonta la decisión de expatriarse y de emprender el largo viaje en tierras europeas que lo llevó hasta Estambul. Particularmente sugestivo y de fuerte carga simbólica para las finalidades de la presente tarea hermenéutica es el recuerdo de la visita que Vasconcelos hizo a Ugarte en ocasión del carnaval de Niza y de Montecarlo: “mi admirado amigo Ugarte, que salió de su retiro fecundo para acompañarme unas horas, después de que hablamos y nos dolimos de toda nuestra América” (Vasconcelos 1958a: 1074). Después de haberse emborrachado de belleza en *le lontane città d’Italia*, mientras se encuentra “libre y mudo en este París donde es grato perderse” (Vasconcelos 1958a: 1075), el educador mexicano recibe la carta-invitación del canciller de la Universidad Nacional de Puerto Rico, a dar un curso sobre la cultura del país del águila y la serpiente. El autor nos cuenta: “Acepté, pero ampliando el tema a todo el continente latino, y después de un trabajo de poco menos de tres meses terminé casi todo lo que hoy aparece en el presente volumen” (Vasconcelos 1958a: 1075).

José Vasconcelos llega a la isla portorriqueña como portavoz de la raza iberoamericana, al cual el pueblo pedía un claro mensaje y del cual exigía un fuerte grito de protesta. De hecho, el autor mexicano no falta de denunciar la dramática situación

determinada por la ley Jones-Shafroth que, firmada por Woodrow Wilson en marzo de 1917, imponía la ciudadanía estadounidense a los puertorriqueños y fijaba la dependencia de la actividad legislativa respecto a la voluntad del gobierno de Washington: “La más dura exigencia del poder norteamericano en Puerto Rico es la imposición forzada de la ciudadanía americana a todos los puertorriqueños. No pueden seguir siendo españoles, no se les reconoce el derecho a ser portorriqueños y tienen que aceptar el pasaporte yanqui para entrar o salir de la isla, para entrar o salir de su propio hogar” (Vasconcelos 1958a: 1088).

Al recordar la primera conferencia en el teatro municipal de San Juan, ya por la atmósfera de la crónica, Vasconcelos nos remite a la larga gira latinoamericana enfrentada por Ugarte, más de una década antes, y descrita en el ensayo *El destino de un continente*. Además, resulta análoga la motivación que mueve las dos ambiciosas labores propagandistas, es decir, la formulación de una ideología hispanoamericana, a través de la recepción de los tejidos sociales estudiantiles y populares. Entre los argumentos más interesantes que marcan una clara inclinación del pensamiento vasconcelista hacia los enunciados de Ugarte, vale la pena acordarse de lo que el filósofo mexicano sostiene acerca del catolicismo, en particular a la luz de los acontecimientos que iban preparando la Guerra Cristera (1926-1929), entre el gobierno de Plutarco Elías Calles y las milicias católicas.

Cuando regresamos aquel domingo a San Juan, por todos los pueblos del trayecto veíamos la iglesia toda iluminada en medio de la noche y llena de gente. Las iglesias protestantes, en cambio, no han prosperado. Una vi cerrada por falta de fieles. Me puse a pensar entonces en la gran fuerza que sería para la defensa de nuestra cultura en América un catolicismo como parece que es el catolicismo de Puerto Rico, virtuoso y libre. Un catolicismo depurado sería un auxiliar irremplazable. Justamente en aquellos días había escándalo en la prensa del mundo por las persecuciones que el gobierno militar de México ha mantenido contra los católicos, y lo peor de esta política es que se lleva adelante con evidente ventaja para los protestantes norteamericanos, que han andado agitando la opinión yanqui en defensa del gobierno de Calles. Y yo me preguntaba: ¿Será posible que el nacionalismo de Puerto Rico, vencido como está políticamente, posea, sin embargo, más conciencia para la defensa que la ruidosa patriotería de nuestros gobiernos dictatoriales mexicanos? (Vasconcelos 1958a: 1089).

En modo análogo, Manuel Ugarte en “La organización interior”, tercera parte de *El porvenir de la América española*, declara que lo que importa de verdad es la separación clara entre el poder religioso y el político, para comprender los axiomas de la utilidad en la lucha para la unidad del continente. “La religión es necesaria para los pueblos y especialmente en la etapa por la cual atraviesan actualmente las repúblicas hispanoamericanas. [...] En la campaña para contrarrestar la infiltración norteamericana, el catolicismo tiene que ser una de las

fuerzas de resistencia y de apoyo” (Ugarte, c: 284-285). Para el intelectual argentino, es exactamente en el terreno de las creencias donde se tendrán que “librar las primeras batallas si queremos conservar integralmente nuestra personalidad colectiva” (Ugarte, c: 285).

Entre los siete capítulos-conferencias que dan cuerpo a la segunda parte del ensayo *Indología*, quiero aquí presentar mis consideraciones acerca del escrito inaugural, “El asunto”. En general, tanto en este texto, como en todas las intervenciones aquí publicadas, Vasconcelos retoma muchas de las temáticas que ya había enfrentado en *La raza cósmica*. Al proponer una caracterización de la existencia colectiva iberoamericana, el filósofo considera la cultura latina y la sajona como “las columnas firmes de un futuro ilimitado” (Vasconcelos 1958a: 1279), las dos partes de un conflicto que debe ser antes que nada creador. Para el autor de *El monismo estético* (1918), no se puede hablar de odios entre las razas. “El signo mismo del continente es el signo de la fraternidad” (Vasconcelos 1958a: 1279). Además, volviendo a proponer las inquietudes intelectuales del ensayo de 1925, Vasconcelos pregunta a su lector: “¿Lograremos reemplazar los patriotismos locales con un generoso patriotismo continental? ¿Lograremos crear el tipo étnico acabado o sólo conseguiremos acabar de destruir los caracteres autóctonos contemporáneos?” (Vasconcelos 1958a: 1191).

En modo específico, la primera conferencia en Costa Rica, “El asunto”, me parece importante por distintas razones. Primariamente, porque representa la definición del objeto que Vasconcelos quiere investigar durante el desarrollo de todo su ensayo. “Llamaremos Indología a todo el conjunto de reflexiones que me propongo presentar a propósito de la vida contemporánea, los orígenes y el porvenir de esta gran rama de la especie racional que se conoce con el nombre de raza iberoamericana” (Vasconcelos 1958a: 1121). Al especificar con este término los caracteres y la orientación del agregado étnico hispanoamericano, el ensayista afirma querer “restituir nuestro ideal a la visión profética del descubridor del Nuevo Mundo y a su ilusión de que al pisar el territorio de la India consumaba la circunvalación del planeta” (Vasconcelos 1958a: 1121). Indología, pues, quiere remitir al sentido de las ciencias de las Indias modernas, que como en el original sueño colombino, puedan vehicular la idea de unidad de la especie, concierto de las culturas y universalidad de la síntesis.

Al mismo tiempo, dos argumentos determinan el interés de este texto-conferencia por lo que se refiere a la *subtilitas applicandi* demostrada por Vasconcelos hacia el ideario ugartiano. Por un lado, el autor vuelve a remarcar que la conciencia de la unidad latinoamericana “debe ser el primer factor de nuestra acción”. En este sentido, la “infinitad

de conveniencias y de simpatías recíprocas que fatalmente nos obligan a estar juntos en la obra común del progreso humano [...]” (Vasconcelos 1958a: 1125) se define a partir de la conciencia de la diferencia entre el continente ibérico y la superficie anglosajona. Para Vasconcelos, la personalidad colectiva hispanoamericana se asienta en la idea de que “[e]llos y nosotros representamos las dos corrientes capitales, las dos lenguas, las dos culturas del Nuevo Mundo” (Vasconcelos 1958a: 1129). Por el otro lado, el escrito se demuestra coherente, así como fue el caso de los ensayos de Pereyra y de Fabela, con lo que Manuel Ugarte sostiene en “La variante portuguesa”, séptimo capítulo de la tercera parte, “La raza”, de su libro de 1910: “El Brasil forma parte integrante del haz hispanoamericano y su destino como nación es inseparable del resto del Continente” (Ugarte, c: 71).

El libro *Bolivarismo y monroísmo (Temas iberoamericanos)* cierra el tríptico de ensayos vasconcelistas que he elegido para las finalidades de mi intención interpretativa. De hecho, hay que señalar que en este escrito el pensador oaxaqueño, aunque demuestre conservar un fuerte vínculo ideológico con las dos publicaciones precedentes, intensifica el enfoque histórico-político de su análisis y se concentra con particular atención en la oposición al imperialismo. Desde el íncipit del primer capítulo, “Hispanoamericanismo y panamericanismo”, el lector comprende la dirección intelectual del ensayo y su relación dialógica con las obras de Ugarte, Fabela y Pereyra: “Llamaremos bolivarismo al ideal hispanoamericano de crear una federación con todos los pueblos de cultura española. Llamaremos monroísmo al ideal anglosajón de incorporar las veinte naciones hispánicas al Imperio nórdico, mediante la política del panamericanismo” (Vasconcelos 1958b: 1305). El libro de 1934, donde se analizan distintos temas siempre bajo la lente de estos dos ideales, principia en modo sugestivo: el autor vuelve a considerar en modo heterodoxo a algunas figuras políticas centrales en la historia de México. Mientras recupera el papel de Lucas Alamán,⁷⁰ afirmando que con él “nace el hispanoamericanismo en clara y definida posición

⁷⁰ Político, historiador y escritor, Lucas Alamán (1792-1853) fue una de las figuras más destacadas durante las primeras décadas de independencia mexicana. En tres ocasiones fue secretario de Relaciones Exteriores (1823-1824; 1830-1832; 1853), pero su nombre se relaciona con el asesinato del héroe Vicente Guerrero. Para Vasconcelos, el hispanoamericanismo de Alamán reside en la convocación del Congreso de Tucubaya: “Lo más importante para el porvenir iberoamericano quedó definido en el Congreso de Tacubaya, pero también allí mismo quedó condenado. Lo más importante que jamás haya hecho un estadista del continente fue la concertación de una liga aduanera iberoamericana que Alamán hizo aprobar por el congreso tacubayense. La firmaron unánimemente los delegados, pese a la oposición del ministro norteamericano y del departamento de Estado norteamericano. Estaba al frente de éste el célebre Adams, rival digno de la talla de Alamán. Representaba a Adams el célebre Poinsett. [...] Pese a todo Alamán lograba usar para bien la influencia que entonces ejercía México en su calidad de país el más poderoso y culto de la familia hispánica. Era necesario destruir a Alamán. El delegado de Adams preparó el golpe oponiéndose a las resoluciones del Congreso” (Vasconcelos 1958b: 1307-1308).

frente al hibridismo panamericanista” (Vasconcelos 1958b: 1308), Vasconcelos critica fuertemente a Benito Juárez –“Juárez es el héroe máximo del panamericanismo. Representa la idea sajona en la conciencia hispánica. [...] El panamericanismo aprovecha su rencor subconsciente de indio que no acaba de perdonar al español” (Vasconcelos 1958b: 1313).

En el mismo capítulo, se encuentran dos citas que atestiguan el importante débito que la posición ideológica vasconcelista manifiesta con respecto a Manuel Ugarte. Cuando el educador mexicano afirma que Alamán representó la cumbre del latinoamericanismo decimonónico, el lector enfrenta la siguiente consideración: “Sabido es que cada ideal victorioso fabrica su santoral, en tanto que se crea un martirologio al ideal vencido. El hispanoamericanismo se ha estado creando bautistas y mártires en las generaciones del presente. Y se empieza a dar oído a Manuel Ugarte y a Rodó, y hay mártires ya populares como Sandino, pero sólo unos cuantos recuerdan el nombre de las víctimas de la primera época del hispanoamericanismo” (Vasconcelos 1958b: 1309). En modo análogo, mientras termina esta primera sección, Vasconcelos piensa en las escuelas que el pueblo necesita para realizar el ideal cultural hispanoamericano y proyecta hacia el porvenir las inquietudes que en su alma determina la más hipócrita y mentirosa de las manifestaciones imperialistas:

Pero esas escuelas ya no serán como las de la época monroísta, escuelas de casa argentina, peruana, mexicana, pero de doctrina sajona, nórdica, monroísta. Serán escuelas con doctrina iberoamericana. [...] Escuelas, en fin, que den albergue a todos esos héroes que el panamericanismo ha boicoteado y que ya es tiempo de que tengan un sitio, ya que no en la plaza pública, por lo menos en el corazón de sus conciudadanos. Hoy Alamán el mexicano y mañana Ugarte el argentino; lo importante es integrar el santoral íntimo, ya que todavía tendremos que soportar durante algún tiempo la ufanía del panamericanismo, que en Brasil ha dedicado un palacio a Monroe y en la Argentina pretende erigir monumento a Canning. ¿Osará levantarlo en la misma plaza que por tener vista al estuario está reclamando un pedestal para Liniers, que la salvó del zarpazo enemigo, junto con una nación de espacio ancho y corazón grande? (Vasconcelos 1958b: 1334-1335).

Acercándome a la conclusión de esta parte dedicada a José Vasconcelos, quiero citar tres distintos pasajes de *Bolivarismo y monroísmo*, que me parecen pertinentes a la propuesta investigativa de mi trabajo de tesis. En el cuarto capítulo, “Hispanoamérica frente a los nacionalismos agresivos de Europa y Estados Unidos”, el autor vuelve a ocuparse de uno de los tópicos ugartianos más importantes. Mientras considera la realidad etnográfica del continente, Vasconcelos declara que “el internacionalismo nos resulta hoy una importación peligrosa para la defensa de nuestro patrimonio humano” (Vasconcelos 1958b: 1362). Al mismo tiempo, para el educador mexicano, se debe liquidar ese nacionalismo que sirve

para disgregar y ya no para la defensa y la unidad hispanoamericanas. “Argentinismo cerrado y mexicanismo estrecho son recursos del imperialismo que nos acecha. Adoptarlos sería traicionarlos; al contrario, un nacionalismo racial continental nos convierte en los herederos del ideal ecuménico español, que sólo entre nosotros podrá cumplirse. La actual generación de los iberoamericanos está habituada a la prédica del patriotismo racial continental y la suscribe en su mayoría, pero no ha empezado a exigirle resultados” (Vasconcelos 1958b: 1378-1379).

Otro momento del ensayo de 1934 que voy a analizar se refiere a las consideraciones políticas que Vasconcelos desarrolla en el quinto capítulo, “La Revolución mexicana”. Aquí, la posición del intelectual oaxaqueño remite tanto a las confesiones reveladas al lector en *Ulises criollo*, como a la carta del 4 de diciembre de 1925, dirigida a Ugarte. En esta misiva, Vasconcelos lamentaba la mala inteligencia entre el maestro argentino y Madero, y se autocriticaba por no haberse acercado más a Ugarte para llevarlo a vencer su primera mala impresión sobre el primer presidente revolucionario de México. Más que por su manifestación aplicativa, el presente capítulo me parece central porque demuestra una clara y profunda divergencia de posición entre Vasconcelos por una parte, e Fabela y Ugarte por la otra. Para el ex secretario de Educación Pública bajo el gobierno obregonista, Madero “soltó la corriente reprimida desde los tiempos de Monteagudo, Bolívar y Alamán. Intentó restaurar el proceso aglutinante de la unidad racial continental” (Vasconcelos 1958b: 1413). Al contrario, Venustiano Carranza, viejo senador de Porfirio Díaz y falsificador de la obra y de la personalidad de Madero (Vasconcelos 1958b: 1415), pudo instaurar su “dictadura del proletariado” y ganar la rivalidad feroz de villistas y zapatistas sólo gracias a la preferencia de Wilson. De particular sugestión resultan pues los comentarios vasconcelistas acerca del enfoque hispanoamericanista de la doctrina Carranza.⁷¹

Caro y a diario pagaba Carranza la victoria que Wilson le permitió ganar sobre sus rivales políticos. [...] Pronto se empezó a acusar a Carranza de traición. Nos entregaba a los norteamericanos. Entonces, para responder a la acusación, para acallar la evidencia clamorosa del cargo, recurrió a la diplomacia y se valió de la literatura. Escritores ramplones, cuistres fanáticos y protegidos analfabetos emprendieron la gira de los continentes. Pagaban reportajes, recitaban discursos, presidían embajadas. Pasearon por el mundo la buena nueva de aquel Bolívar con barbas que estaba actuando en Anáhuac. [...] Cada vez que una nueva exigencia del embajador de los Estados Unidos doblegaba la frente del primer jefe como le

⁷¹ Con esta expresión se quiere resumir la declaración de fuerte marca antiimperialista que el Presidente Carranza hizo en 1918 frente al Congreso de la Unión, acerca de una política exterior de México vuelta a la igualdad diplomática, al mutuo respeto de leyes e instituciones de una Nación Soberana y a la no injerencia por parte de un país más poderoso en los asuntos interiores de otros países.

llamaban a Carranza los suyos, una nueva proclama anunciaba su decisión de reformar el Derecho, después de revolucionar la economía. Creyendo ser el primero en decirlo, proclamó la igualdad ante el Derecho internacional de todos los pueblos, grandes o pequeños. Un aprovechado, que ya negociaba con los ferrocarriles del Estado y era ministro y se preparaba una legación, escribió un libro: *La Doctrina Carranza*. Su contenido era copia del primer capítulo del Fiore, el texto de Internacional de nuestra Escuela de Jurisprudencia. [...] En las esferas subalternas, por los consulados, circulaba la versión de los viajeros asalariados: ‘Carranza se enfrentaba a los Estados Unidos’ (Vasconcelos 1958b: 1423-1424).

Frente al sabor un poco anómalo e intransigente de estas críticas vasconcelistas, en realidad tan relacionadas con la colaboración que el “asalariado” Ugarte tuvo con Fabela y Carranza en mayo de 1917, elijo cerrar este espacio interpretativo dirigiendo la atención del lector hacia el pensamiento que concluye *Bolivarismo y monroísmo*. La idea de un monroísmo iberoamericano a la cual se refiere Vasconcelos recupera uno de los lemas más logrados del hispanoamericanismo ugartiano: “Sí, aceptamos a Monroe y ya no sólo en la interpretación parcial que la revolución mexicana de sus buenas épocas le diera, «México para los mexicanos», sino en una más vasta y auténticamente generosa, aunque celosamente autonomista, interpretación: «¡Hispanoamérica para los hispanoamericanos!»” (Vasconcelos 1958b: 1494).

4. 4 Alfonso Reyes: los tres sentidos del diálogo iberoamericano

Al mover los primeros pasos de mi tarea interpretativa hacia una de las expresiones espirituales más amplias y heterogéneas de la literatura mexicana, el estimado lector perdonará el espacio que elijo dedicar a unas consideraciones preliminares. Entrar en el mundo ensayístico de Alfonso Reyes no resulta una operación fácil sobre todo cuando se quieren investigar sus posiciones intelectuales y políticas. *In primis*, se debe considerar que el estilo del pensamiento y la calidad de la propuesta crítica se revelan en Reyes atados con una necesidad expresiva de alto registro literario. De hecho, para indagar los argumentos que pueden mostrar una inclinación hacia los tópicos de Ugarte, se necesita abrir un diálogo no siempre sencillo con la materia ensayística de Reyes: por la riqueza de su experiencia filológica y sus profundos conocimientos literarios. Como diría el mismo regiomontano, se trata de ser receptores de un ensayo donde el “disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual” responde “a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza” (Reyes 1995a: 451).

Además, la tarea hermenéutica debe tener en cuenta otro aspecto importante. *Nella parte di* producción ensayística que iré ahora analizando, el modo con el cual Reyes manifiesta su posición intelectual no es una coordenada constante en el tiempo. Sino un arquitectura que se va organizando a través de una precisa vivencia sentimental, hecha de coherencia y compromiso, autoexilio y distancia, dolor y amor. Sus opiniones respecto al papel del escritor, el tema social, México, Iberoamérica, la política⁷² son pensamientos en constante búsqueda de las más distintas formas para comunicarse: la visión poética, la carta personal, el discurso público, el artículo de crítica literaria, la nota escrita, porque todos los días “[e]scribo porque vivo” (Reyes 1995a: 451).

Por estos motivos, no me resulta fácil elegir un reducido número de ensayos; como ha sido en el caso de Pereyra, Fabela y Vasconcelos. Para dibujar el perímetro de una posible síntesis que sea coherente con mi intención interpretativa, quiero extender un poco el campo de trabajo y tomar como referencia los siguientes escritos. Una atención mayor será dedicada a *Visión de Anáhuac* y “Discurso por Virgilio”, respectivamente publicados por primera vez en Costa Rica, en 1915, y en México, en 1931. Sin embargo, será fundamental concentrarse también en los artículos “Dos viejas discusiones” (Madrid, 1920) y “La ventana abierta hacia América” (Madrid, 1921) y en algunos ensayos que comparen en las colecciones *Los dos caminos* (Madrid, 1923), *El reloj de sol* (Madrid, 1926) y *Última Tule* (México, D. F., 1942).

Con la finalidad de atribuir una cierta circularidad a mis páginas sobre Reyes, abre y cerrará mi discurso un escrito fechado 30 de diciembre de 1941. El título, “Para inaugurar los ‘Cuadernos Americanos’”, nos remite a la revista-libro de periodicidad bimestral que fue dirigida en su primera época (1942-1986) por el economista Jesús Silva Herzog. Se debe señalar que las consideraciones aquí elaboradas son ya la expresión de un hombre de letras maduro. Reyes ha pasado por el autoexilio español (1914-1924) y el trabajo filológico en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, bajo las directivas de Ramón Menéndez Pidal; ha conocido el continente sudamericano a través de su papel diplomático en Argentina (1927-1930; 1936-1938) y Brasil (1930-1936; 1938). Al escribir este texto de 1941, Reyes es un intelectual con ideas claras acerca del papel de la cultura y

⁷² “¿Político? ¡Oh, qué ingrata palabra! ¡Qué desacreditada en España y en todo el mundo! ¡Qué maldición semántica –paulatina metamorfosis de significados– ha venido torciendo visiblemente su noble sentido primitivo!” (Reyes 1995a: 401).

de su relación con el Estado.⁷³ En realidad, lo que me parece interesante señalar en el texto es el pasaje donde el autor habla del llamado que el destino dirige al continente americano y al papel de su cultura: “[...] América” –afirma el escritor– “tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras repúblicas?” (Reyes 1997a: 151).

La referencia al tema del diálogo deja una sensación de satisfacción receptiva y de afinidad intelectual. Este elegante concepto que Reyes refiere a la forma y al modo con los que América debería desenvolver su obra de cultura representa una de las llaves más importantes para comprender la lógica que estructura el procedimiento hermenéutico. La referencia alfonsina introduce un tema complejo y no será este el espacio donde se podrá llegar a una disertación exhaustiva. Sin embargo, para la recepción de mi trabajo de tesis, resulta fundamental concebir la relación entre la significación artística –la intención del autor– y la interpretación del lector a partir del principio del diálogo.

Volviendo con la mente al edificio epistemológico de Mijaíl Bajtín, es útil pensar que el lector-intérprete del horizonte presente desarrolla su tarea hermenéutica, mientras está en relación dialógica con el horizonte del ensayo de Ugarte y de su recepción por parte del público mexicano. Esta condición comunicativa y receptiva a la vez es una *dispositio animi*, que permite reducir la distancia temporal y actuar la fusión horzontica estudiada por Gadamer. Mientras dialogan con el otro (Ugarte, sus textos y sus receptores), los actores (tú, estimado lector, y yo) del proceso hermenéutico presente pueden ingresar por empatía en la realidad de este otro que contemplan y quieren comprender, para luego regresar a sí mismos. Para Bajtín, es en la vuelta a nuestra condición de extralocalidad que logramos adquirir precisamente ese excedente de visión que nos conduce a interpretar al otro, integrar su horizonte de potencialidades semánticas y de dinámicas receptivas. De esta manera, en el sentido de un léxico para nosotros más familiar, se puede afirmar que es en el diálogo que se vive la dúplice experiencia de la aplicación. La finura de espíritu de los que participan en el presente y la *subtilitas aplicandi* de los cuatro ilustres mexicanos considerados representan dos voces hermenéuticas que se escuchan y comprenden a partir de su relación dialógica.

⁷³ “La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre” (Reyes 1997a: 150). Vuelto a su tierra en 1939, en ese mismo año Cárdenas lo designa presidente de La Casa de España. Fundada en 1938 como refugio para los intelectuales españoles republicanos, la Casa de España representa la raíz cultural y la chispa ideológica del actual Colegio de México.

Y escribir a fuerza de dolor es el peor método de arte.

A. Reyes, *Apuntes sobre José Ortega y Gasset*

Visión de Anáhuac es un ensayo de carácter histórico-poético. El breve texto, dividido en cuatro partes, amén de mostrar una prosa viva y minuciosa, se caracteriza por la atmósfera nostálgica. El autor vuelve a evocar el pasado perdido de la tierra azteca y acompaña al lector en un viaje de la imaginación, que resulta bien desarrollado y placentero. El íncipit de este escrito visionario es esencial para ingresar en la realidad literaria de Reyes y comprender cuales son los instrumentos que le permiten organizar el viaje. En los términos de la estética de lo nacional propuesta por Ugarte, el ensayo puede considerarse como una recuperación de lo americano, una vuelta a los paisajes, los mitos y las tradiciones de lo autóctono mexicano y en general latinoamericano. Recibido al lector con el epígrafe, “Viajero: has llegado a la región más transparente del aire [...]”, el autor así da principio a su texto:

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas. La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones. Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces (Reyes 1993: 65).

En las primeras dos partes del ensayo, Reyes logra capturar la imaginación del lector precisamente gracias al recurso a la cita de los “libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas”. Para recuperar la belleza original de la naturaleza americana en los tiempos del descubrimiento, el autor se sirve antes que nada de las estampas geográficas del cartógrafo Giacomo Gastaldi. Estos mapas, contenidos en el citado libro *Navigazioni et viaggi*, que el geógrafo veneciano Giovanni Battista Ramusio publica entre 1550 y 1559, llevan nuestra fantasía a la vegetación del valle de Anáhuac. “Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza” (Reyes 1993: 66). Con respecto a una posible inclinación por parte de Reyes hacia los tópicos ugartianos, me parece sugestivo señalar que el tema de la naturaleza americana y la descripción del medio ambiente son una de las primeras preocupaciones no sólo en la estética de lo nacional propuesta por Ugarte, sino también en la idea de arte latinoamericana de Vasconcelos. A

pesar de la distinta solución que dará a la tensión inicial que caracteriza su materia ensayística, para Reyes la naturaleza de América “inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand”. La selva virgen de Anáhuac es “[h]orno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital” (Reyes 1993: 68).

Otro recurso importante en la evocación visionaria del ensayo es representado por los testimonios de los “historiadores del siglo XVI”, que fijan la forma del Nuevo Mundo, “tal como éste aparecía a los ojos de Europa [...]”. Clavándose en el pasado como si fuera un cronista de oídas, Reyes representa a la “civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto” (Reyes 1993: 69), que construyó México-Tenochtitlán. La descripción del valle de Anáhuac y de “la pintoresca ciudad” que vive en su lecho, como “en un espejismo de cristales”, nace de lo que relatan algunas importantes obras: las cinco *Cartas de relación* que Hernán Cortés dirigió a Carlos V entre 1519 y 1526, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632), escrita por Bernal Díaz del Castillo, y la *Historia general de las Indias y conquista de México* (1552), del eclesiástico Francisco López de Gómara.⁷⁴

Me interesa remarcar el hecho de que la descripción del mundo azteca en *Visión de Anáhuac* es elaborada a partir del punto de vista y de las representaciones de Europa. Considerando también las referencias literarias presentes en el texto –entre los otros, Reyes cita Alexander von Humboldt, Robert Luis Stevenson y John Bunyan–, se advierte la sensación que el autor persiga dibujar una pintura autóctona y original, sin perder de vista la curiosidad y la observación del europeo. Se podría decir que la intención de Reyes es exactamente la de remarcar el momento del encuentro entre las dos culturas, en términos dramáticos, nostálgicos y fundacionales. Bajo el carácter visionario y lírico del conjunto, el ensayo introduce la idea –siempre más explícita en el intelectual mexicano, con el pasar de los años– que México y América Latina han sido contruidos a través de la dialéctica entre dos confluencias: la de razas y tradiciones internas y la de las influencias externas. Para nuestro enfoque interpretativo, es importante notar que esta estrategia expositiva del tema americano a partir de la mirada europea, llama a la memoria dos temas ya enfrentados en el análisis del ensayo ugartiano. Mientras en “El Peligro yanqui”, el latinoamericanista elabora

⁷⁴ La *Historia general de las Indias y conquista de México* representa el típico caso de “crónica de oídas”. López de Gómara nunca viajó al continente americano, pero se ayudó con la poca cartografía que había de las tierras recién halladas y utilizó como fuentes los manuscritos de Pedro de Alvarado, Andrés de Tapia, Motolinia, Fernández de Oviedo y Valdés, y las entrevistas tenidas con Cortés.

sus argumentaciones a partir de la opinión de los europeos, en la primera parte de *El porvenir de la América española* Ugarte fija así su posición respecto a la relación entre el Nuevo Mundo y la madre patria:

Del español ha heredado nuestro gaucho la llaneza y el amor propio; del español sacamos la virtud de la hospitalidad, el horror a la hipocresía y hasta la abundancia verbosa y grandilocuente. Todo ello forma el hueso de la nacionalidad. No pongo en duda que lo asimilado después ha traído una contribución formidable. Pero ¿cuál pudo ser el punto de tracción y el núcleo inicial en las repúblicas nacientes, sino el hijo de español nacido en las colonias? Las inmigraciones internacionales no hicieron más que agruparse alrededor de lo que existía, modificando el ambiente sin alcanzar a transformarlo. Y así como los Estados del Norte, sostenidos por el ideal inglés, están hoy por sus características más inclinados al Reino Unido que a cualquier otra nación, la América española, creada y amamantada por la civilización ibérica, tiene que conservar el sello de su origen (Ugarte, c: 49).

Después de haber conducido la imaginación de su lector-viajero a “la región más transparente del aire”, Reyes dedica la tercera parte de su visión a la poesía náhuatl y a la figura de Netzahualcóyotl, tlatoani de la ciudad-estado de Tetzaco, cuyos versos representan una síntesis de las culturas chichimeca y mexicana. En general, esta sección converge en modo sorprendente hacia la idea estética de lo nacional y de lo autóctono teorizada por Ugarte. Reyes habla de la esencia del pasado mexicano expresado por el arte. En la poesía indígena, el canto revela un profundo diálogo espiritual con lo divino, “la flor, la naturaleza y el paisaje del valle” (Reyes 1993: 82). Pero en Reyes la evocación de este “rito lacrimoso, como el de Perséfone, Adonis, Tamuz o alguno otro popularizado en Europa [...]” lleva el tono nostálgico del conjunto a su momento más alto: “Hay que lamentar como irremediable la pérdida de la poesía indígena mexicana. Podrá la erudición descubrir aislados ejemplares de ella o probar la relativa fidelidad con que algunos otros fueron romanceados por los misioneros españoles; pero nada de eso, por muy importante que sea, compensará nunca la pérdida de la poesía indígena como fenómeno general y social” (Reyes 1993: 82).

La cuarta y última parte de *Visión de Anáhuac* muestra la solución que el autor da a la tensión que desde el principio ha activado su materia ensayística, tanto a través de la evocación de un pasado perdido, como de los recursos utilizados para la organización del viaje visionario. Si en la forma escritural de Ugarte el carácter tensivo inicial se concretiza en la denuncia del imperialismo, la defensa del hispanoamericanismo y en la toma de posiciones siempre comprometidas a nivel social y generacional, en el caso del ensayo de 1915, la propuesta crítica de Reyes se caracteriza por su enfoque literario y la defensa del ideal estético y universal de la belleza. De hecho, para el autor mexicano:

[N]os une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragorosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de una sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. [...] Si esa tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos –oh Keats– a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces” (Reyes 1993: 89).

Los siguientes dos textos de Reyes que quiero presentar –“Dos viejas discusiones” y “La ventana abierta hacia América”– aparecen en las “Páginas adicionales” del tomo cuarto de las *Obras completas*, pero ambos se publican por primera vez en la prensa madrileña. Aquí la postura intelectual del autor se hace más explícita y menos velada por el juego literario y la intención estetizante. El *Risueño* se compromete con temas políticamente más delicados.

“Dos viejas discusiones” se publica en la revista semanal *España*, fundada en 1915 por Ortega y Gasset. Dividido en las dos partes “México y los Estados Unidos” y “España y América”, el artículo remite a su intérprete a los argumentos latinoamericanistas de Ugarte. Reyes comenta la noticia que de cuando en cuando llega a la prensa europea “de que el Gobierno de Washington ha resuelto emprender la conquista de México [...]”. Nos dice que la voz general del pueblo estadounidense se “ha declarado reiteradas veces contra toda intervención imperial en el país vecino [...]” (Reyes 1995b: 561). Recordando las palabras del argentino, el mexicano toma una posición clara sobre el peligro imperialista. “La lucha no es contra los Estados Unidos: la lucha es contra Wall Street” (Reyes 1995b: 569).

El modo con el que Reyes presenta y desarrolla sus argumentaciones es de gran alcance. Mientras examina el artículo de John Kenneth Turner,⁷⁵ salido en el *Libertador*, en junio de 1919, con respecto al peligro de México y al peso de la opinión pública norteamericana, el autor se hace una pregunta sugestiva; sus consideraciones alrededor del escrito de Turner parecen dialogar con las reflexiones de Fabela, Pereyra y Vasconcelos.

Ahora bien: ¿es de creer que Wilson tome semejante decisión? Imposible, si la actitud que asumió en Europa fue sincera; imposible, si hemos de dar crédito a sus promesas para con la América Latina y, en particular, para con México. Pero aquí Turner se declara poco confiado. Analiza una serie de manifestaciones del Presidente Wilson –entrevistas, discursos, mensajes, notas de México, desde mayo de 1914 hasta abril de 1918–, y encuentra varias contradicciones: el gran estadista usa de un lenguaje para hablar con los Estados Unidos, y de otro para tratar con México (Reyes 1995b: 562).

⁷⁵ Escritor y periodista estadounidense, John Kenneth Turner (1879-1948) fue autor, entre otros, de los libros: *México bárbaro* (1908), *¿Quién es Pancho Villa?* (1916) y *Shall it be again?* (1922). En esta última obra, Turner expresó su viva oposición en contra de Woodrow Wilson y la guerra a México.

La segunda vieja discusión sobre el tema “España y América” toca dos argumentos importantes. Por un lado, Reyes sostiene que la salvación de Hispanoamérica debe pasar por las orientaciones políticas y morales de España. “Que España aprenda a dolerse de los males hispanoamericanos, repitiéndose a sí misma, hasta la saciedad, que se duele de ellos. Así se resucita la sensibilidad perdida. [...] Así, por la palabra, se organiza aquí el sentimiento nacional –algo maltrecho en esta confusión de disputas íntimas– y se creará allá, en América, una corriente de cohesión” (Reyes 1995b: 569). Por el otro lado, el autor hace una interesante crítica contra el “hispanoamericanismo de mala ley”, definido como “mal endémico, mal incurable” (Reyes 1995b: 567). Para Reyes, la “sentimentalidad inútil” de muchos “servidores de la causa hispanoamericana” no ha ayudado el desarrollo constructivo del tema “de la misión de España en América o del olvido de esta misión [...]” (Reyes 1995b: 567).

“La ventana abierta hacia América” es una respuesta a un cuestionario de *El Tiempo*. En este artículo, Reyes vuelve otra vez a criticar una cierta expresión latinoamericanista. Se tendría que prescindir de “las prédicas sentimentales”. Para el regiomontano “[e]l hispanoamericanismo no es sólo cuestión de ‘fuerza de sangre’: también de fuerza de la razón. En la fuerza de la sangre no vale la pena insistir. Falta la campaña de la razón” (Reyes 1995b: 572). Poco más adelante en el texto, Reyes declara su afinidad intelectual con el autor de *Meditaciones del Quijote* (1914) y traza la idea fuerte de su iberoamericanismo. “Me complazco en repetir las hermosas palabras de Ortega y Gasset: ‘América representa el mayor deber y el mayor honor de España’. Así como América no descubrirá plenamente el sentido de su vida en tanto que no rehaga, pieza a pieza, su ‘conciencia española’, así España no tiene mejor empresa en el mundo que reasumir su papel de hermana mayor de las Américas” (Reyes 1995b: 572).

La temática iberoamericanista se repite en términos tanto argumentativos, como estructurales en el libro *Los dos caminos*, cuarta serie de *Simpatías y diferencias*. La mente, creando un prólogo de su proceso receptivo, regresa a la misiva que el 19 de diciembre de 1923 Reyes manda a su “admirado y leído escritor” (AGN 2218). Como hemos visto en el capítulo tercero de la presente tesis, junto a la carta, Reyes enviaba a Ugarte un ejemplar de su obra más reciente, precisamente *Los dos caminos*. El libro, dividido en dos secciones principales, “España” y “América”, es una colección de ensayos, apuntes y cartas que tratan en general temas literarios. Sin embargo, dos momentos donde

el autor expresa un claro compromiso social y generacional me parecen útiles para las finalidades de mi enfoque investigativo.

El primer pasaje que quiero presentar aparece en el ensayo “Apuntes sobre José Ortega y Gasset”. Reyes reflexiona alrededor de las palabras de Leopoldo Lugones. Según el escritor argentino, autor de *La guerra gaucha* (1905), los mexicanos, “sois casi como los europeos: tenéis tradiciones, tenéis cuentas históricas que liquidar; podéis *jouer á l’autochtone* con vuestros indios, y os retardáis concertando vuestras diferencias de razas y de castas. Sois pueblos vueltos de espalda. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los de mañana” (*apud* Reyes 1995c: 263). La respuesta del intelectual mexicano es incisiva. Reyes habla de México, América y política de las naciones.

Con todo, pensando en mi México turbulento, y sin duda embarazado de provenir, yo me decía, oyendo a Lugones, que tener historia es tener merecimientos ... Pero ¿cómo concertar la moral con el éxito de las naciones, donde reinan –a cuatro patas– los dioses brutales de la fuerza? Pues bien: si a nuestro escritor ha podido seducirle la América que ríe y que juega, ¿podría seducirle igualmente la América que llora y combate? Ha admirado el músculo en reposo, la belleza estatuaria de la línea que se recrea en su quietud robusta. ¿Admirará igualmente el músculo que se contrae bajo el agobio de un duelo nacional? ¡Ay, el grito de Eneas se trueca en mis labios: también en América hay lágrimas para las desgracias! A medida que se sube hacia el Norte, la América nuestra va dejando ver sus entrañas. Hay la América que disfruta, en pujante y gustoso regocijo vital, los beneficios de su juventud y su riqueza. Y hay la que resiste el empuje de ambiciones y poderes oscuros, manteniendo con estoicismo, y casi en completa soledad, la afirmación de su derecho a la vida (Reyes 1995c: 263).

El segundo momento escritural de interés que elijo dentro de *Los dos caminos* es representado por “El ambiente literario”, texto que inaugura la sección dedicada a la presencia de “Rubén Darío en México”. Más que desarrollar un tema en modo satisfactorio, con esta referencia quiero simplemente introducir un aspecto central cuando se piensa en el compromiso de Reyes con la realidad literaria mexicana. Quizás en un trabajo futuro haya la posibilidad de profundizar el argumento. En todo caso, lo que me parece sugestivo remarcar aquí es la intención intelectual que muestra el autor en su reconstrucción del contexto literario que caracterizó el período final del porfiriato y los primeros años revolucionarios. De hecho, “El ambiente literario”, junto al artículo “Nosotros” (París, *Revista de América*, 1914), del cual el primero es una reducción, constituyen las etapas previas a la elaboración definitiva del ensayo histórico *Pasado inmediato*. A pesar de las diferencias que se refieren al país y la época examinados, creo que el tríptico alfonsino revela una intensa afinidad en términos de estrategia

y postura intelectual con el proyecto fijado por Ugarte a través de las obras: *La nuevas tendencias literarias*, *El dolor de escribir*, *Escritores iberoamericanos de 1900*. Entre las dos expresiones ensayísticas, se debe registrar la común preocupación intelectual de definir el propio sistema literario y de recuperar la propia pertenencia generacional.

Antes de ocuparme de “Discurso por Virgilio”, querría presentar el texto-conferencia “Salutación al P.E.N. Club de México” (31 de mayo de 1924). El escrito se encuentra en “Correo de América”, tercera parte de *Reloj de sol*. Después de una década de autoexilio, Reyes ha regresado a su patria y, frente a los amigos de la asociación de “Poetas, Ensayistas y Novelistas”, habla de los motivos de su vuelta y de su ya lejana despedida. “Mi presencia en México”, –afirma el autor– “es más bien una verificación: quisieran saber a lo que sabe el trato de Alfonso Reyes. Los libros pueden ser engañosos: hay que contrastarlos con su autor responsable” (Reyes 1995a: 433). Reyes regresa a los primeros años de su experiencia española y comenta su elección de dejar a sus espaldas en 1913 la guerra revolucionaria.

También yo he sufrido como vosotros, sobre todo durante la primera mitad de mi ausencia. Pero mis sufrimientos fueron, ciertamente, de otro orden. Mis mañanas de perplejidad; mis raciones de patatas, económicamente distribuidas a lo largo de tres semanas; mis zapatos rotos; [...] mis noches de melancolía al acordarme de mi tierra y desear que no me olvidaran; mis últimos estremecimientos de furor contenido, al acordarme del gran incendio y las ruinas que me dejaba yo a la espalda cuando, nuevo Eneas, salí de mi Troya con el hijo y la mujer a cuestas; todo eso ¿qué importa? ¡Si, por una casualidad que agradezco a mi suerte, pude salvar la continuidad de mi trabajo preferido, la lealtad a mi vocación! (Reyes 1995a: 434).

El ensayo de carácter histórico-político “Discurso por Virgilio”, fechado Rio de Janeiro, agosto de 1930, abre la colección *Tentativas y orientaciones* (1944).⁷⁶ Ya desde el epígrafe – “*Tu duca, tu signore, tu maestro*” (apud Reyes 1997b: 157)– es posible intuir el tono y el sentido del ensayo. El regiomontano universal cita el verso 140 del canto II del *Inferno* de Dante. Es importante subrayar que esta referencia literaria remite al momento de dificultad que el Alighieri vive poco antes de ingresar por la puerta de la *città dolente*. Frente a una empresa tan oscura, Dante siente miedo, su anima está ofendida de *viltate*. “*Ma io perchè venirvi? O chi’l concede? / Io non Enëa, io non Paulo sono: me degno a ciò nè io né altri crede* (Inf. II, 31-33).⁷⁷ A tranquilizar el toscano será precisamente el discurso de Virgilio: las cosas que el amor mueve no pueden espantar, *non son paurose*.

⁷⁶ Se recogen aquí algunos cursos y conferencias tenidos por Reyes entre 1931 y 1943.

⁷⁷ Pero yo ¿por qué he de ir? O ¿quién lo concede? No soy Eneas, Pablo no soy: que sea digno, ni yo ni nadie lo cree.

Encontrando el valor en el ejemplo de sus altos maestros, el discurso de Alfonso Reyes enfrenta algunos temas políticos fundamentales, como la educación, la expresión autóctona y la noción de patria. Para el autor, el mismo “Acuerdo que encarga celebrar en México solemnemente el segundo milenario de Virgilio” constituye “un acto de latinidad”, un deber ético para el país iberoamericano. “Se trata de una afirmación consciente, precisa y autorizada, sobre el sentido que debe regir nuestra alta política, y sobre todo nuestra adhesión decisiva a determinadas formas de civilización, a determinada jerarquía de los valores morales, a determinada manera de interpretar la vida y la muerte” (Reyes 1997b: 157-158).

Reyes sostiene que México –por reflejo, la consideración se podría extender a todas las repúblicas iberoamericanas– no sólo recibe la sustancia latina a través de España, sino que “en los cimientos de su formación nacional, las piedras fundamentales han venido de Roma. El concepto de la civilización latina es ancho y elástico” (Reyes 1997b: 159). En este sentido, la mente del mexicano moderno debería partir de la idea de nación que la *Eneida* vehicula. Virgilio es la voz de la patria. En él, el sentimiento nacional se hace idea de “una relación precisa entre un estado de alma y una visión de los ojos, entre una onda de calor ideal y un dato de los sentidos. [...] Los educadores no deben ignorar que la lectura de Virgilio cultiva –para todos los pueblos– el espíritu nacional” (Reyes 1997b: 164).

Exactamente al hablar de enseñanza, Reyes afirma que: ¡La “[g]ran tarea para el educador de mañana” será rescatar “los olvidados tesoros de una tradición con la que se andan perdiendo algunas de las más preciosas especies del alma mexicana! Volver a lo propio, a lo castizo. ¡Hacer nuestro y derramar a todos ese secreto de humanidades que de tiempo atrás se viene refugiando entre las clases derrotadas de la política!” (Reyes 1997b: 159). De notable sugestión son las palabras que el hombre de letras mexicano utiliza para escribir sobre la relación entre el pueblo y el saber universitario. Para Reyes, es este último aspecto que se debería cultivar más: “[...] falta fortalecer el núcleo, el corazón mismo de la enseñanza” (Reyes 1997b: 160), el que lanzará la sangre a los otros órganos.

Y decir que todo esto no importa al pueblo es tan pueril como querer otra vez que la ciencia sea privilegio de una casta sacerdotal; como esperar que el pueblo aprenda sin tener maestros que lo enseñen; como pretender que el pueblo abandone las urgencias vitales para inventar por su cuenta la cultura; como soñar que las grandes orientaciones nacionales hayan de caer solas sobre la muchedumbre, desde las alturas de no sé qué fabuloso Sinaí, sin la obra de investigadores que consagren a buscarlas y a interrogarlas sus estudios, sus vigiliadas, su vida toda (Reyes 1997b: 160).

Respecto a la propuesta política y literaria de Manuel Ugarte, Reyes expone su posición intelectual a partir de una aristocracia de las letras, capaz de instaurar un diálogo productivo tanto con el pueblo, como con la alta política del Estado. “Quiero” –afirma el escritor– “el latín para las izquierdas, porque no veo la ventaja de dejar caer conquistas ya alcanzadas. Y quiero las Humanidades como el vehículo natural para todo lo autóctono” (Reyes 1997b: 160-161).

De esta manera, dos conceptos adquieren en el ensayo de Reyes un sentido especial. Por un lado, el regiomontano toma una posición clara respecto a uno de los tópicos fundamentales en la ideología de Ugarte y Vasconcelos, cuando sostiene que: “El ideal de la raza humana es –etimológicamente hablando y sin sombra de intención eclesiástica– un ideal católico, que quiere decir universal. [...] ¿Qué diría Platón del mexicano que anduviera inquiriendo una especie de bien moral sólo aplicable a México?” (Reyes 1997b: 170). Por el otro lado, se debe recordar cómo Reyes interpreta lo autóctono: “A veces, es aquella fuerza instintiva, tan evidente que defenderla con sofismas es perjudicarla, y querer apoyarla en planes premeditados es privarla de su mejor virtud: la espontaneidad” (Reyes 1997b: 161). En otro sentido, “más concreto y más conscientemente aprehensible”, lo autóctono “es, en nuestra América, un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluido de una cultura, a la que comuniquen su condimento de abigarrada y gustosa especiería” (Reyes 1997b: 161).

A partir de estas consideraciones, la tesis principal de *Discurso por Virgilio* sostiene que ha llegado la “hora de América, porque apenas va llegando América a igualar con su dimensión cultural el cuadro de la civilización en que Europa la metió de repente; porque apenas comenzamos a dominar el utensilio europeo” (Reyes 1997b: 171). Para Reyes, “el vino y el agua han comenzado a mezclarse”, porque “[l]a intercomunicación, la continuidad es la ley de la humanidad moderna” (Reyes 1997b: 171). Por eso, considera superflua, desde el punto de vista americano, la necesidad de insistir en la división entre Oriente y Occidente, entre Atlántico y Pacífico. La “alta marea de las razas de color” y de “los pueblos postrados” se operará conforme a la ley de un combate y se realizará como incorporación. “El vencedor absorberá las virtudes del enemigo muerto como sucedió entre Grecia y Roma, cumpliéndose así la pintoresca superstición del salvaje” (Reyes 1997b: 172).

Mientras se refiere al porvenir del continente, Reyes afirma que “los dos grandes elementos se están fundiendo en buena hora, para nuestro uso y disfrute americano, en un solo metal sintético. Tomar partido es lo peor que podemos hacer. Es mucho más legítima la esperanza en la ‘raza cósmica’ de Vasconcelos; la fe en la ‘cultura humana’ de Waldo Frank. Adoptémoslo todo y tratemos de conciliarlo todo” (Reyes 1997b: 172). Al hablar por su duque, su señor y su maestro Virgilio, Alfonso Reyes remarca que “[d]e nosotros, de nuestros sucesores más bien, dependerá el que ello, por comodidad de expresión, pueda llamarse, en la historia, *americano*. Saber esperar es lo que importa. ‘Ser hombre de espera’ –decía Gracián” (Reyes 1997b: 173).

Quiero cerrar estas páginas dedicadas a Reyes, y, pues, llegar a la conclusión de mi hermenéutica de la recepción de Ugarte en México, dirigiendo la atención interpretativa hacia los tres ensayos “Notas sobre la inteligencia americana”, “Ciencia social y deber social” y “Valor de la literatura hispanoamericana”. En cada uno de los tres escritos, que se publican en la colección *Última Tule*, la presencia de precisas temáticas activa el diálogo entre las dos distintas experiencias aplicativas que mueven el proceso hermenéutico.

En el primer artículo “Notas sobre la inteligencia americana”,⁷⁸ Reyes habla del papel del escritor. “La inteligencia americana es necesariamente menos especializada que la europea. Nuestra estructura social así lo requiere. El escritor tiene aquí mayor vinculación social, desempeña generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es casi siempre un escritor ‘más’ otra cosa u otras cosas” (Reyes 1997a: 85). Además, me parece interesante observar un aspecto que marca una cierta distancia entre la posición intelectual de Reyes y la de Ugarte. Respecto al pensador argentino, el regiomontano sostiene en modo explícito, el carácter internacional de la mentalidad latinoamericana.

Esto se explica, no sólo porque nuestra América ofrezca condiciones para ser el crisol de aquella futura ‘raza cósmica’ que Vasconcelos ha soñado, sino también porque hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. [...] Nuestro internacionalismo connatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista (Reyes 1997a: 87).

⁷⁸ Se recogen aquí las notas que introdujeron las intervenciones sobre el tema de América, durante la VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (Buenos Aires, 11-16 de septiembre de 1936). Al convenio, cuyo tema fueron las “Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina”, participaron, entre otros, Pedro Henríquez Ureña, el mismo Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, Alcides Arguedas, Stefan Zweig, Georges Duhamel y Giuseppe Ungaretti.

El ensayo “Ciencia social y deber social” fue escrito en julio de 1941.⁷⁹ Dos pasajes del texto muestran una notable importancia para entender la posición comprometida de Reyes con respecto a la política latinoamericana. *In primis*, el autor mexicano declara que “cuando en el Norte se habla de panamericanismo –desprendiendo la palabra de todas sus adherencias oficiales y generalizándola como noción pura– debe tenerse muy en cuenta que tal armonía reconoce por fundamento la homogeneidad iberoamericana; la cual, siendo tan vasta en sus ensanches, acaba por desbordar hasta las fronteras étnicas que parecían más infranqueables” (Reyes 1997a: 110). Por otra parte, Reyes se interroga sobre la misión de la conciencia nacional mexicana y afirma considerar “indispensable un plano de absoluta sinceridad en el diálogo entre los países de América” (Reyes 1997a: 124).

El tercer escrito que sale de *Última Tule*, “Valor de la literatura hispanoamericana”,⁸⁰ registra, por su mismo núcleo teórico, una sugestiva afinidad con lo que Italo Calvino leerá durante la importante conferencia florentina “Il midollo del leone” (1955 – “La médula del león”). Para el escritor italiano, la literatura es una presencia activa en la historia que puede ayudar a las mujeres y los hombres a ser “siempre más inteligentes, sensibles y moralmente fuertes” (Calvino 2002: 17). La literatura puede investigar y enseñar aspectos insustituibles de la vida de un ser humano y de la cultura de un pueblo. En modo análogo, Alfonso Reyes afirma que la literatura es “la expresión más completa del hombre. Todas las demás expresiones se refieren al hombre en cuanto es especialista de alguna actividad singular. Sólo la literatura expresa al hombre en cuanto es hombre, sin distingo ni calificación alguna. No hay mejor espejo del hombre. No hay vía más directa para que los pueblos se entiendan y se conozcan entre sí, que esta concepción del mundo manifestada en las letras” (Reyes 1997a: 127).

En el ensayo “Valor de la literatura hispanoamericana”, Alfonso Reyes aplica el concepto de síntesis a la mentalidad del continente americano. El sentido de su discurso dialoga con lo que el intelectual escribirá al final del mismo año, en el texto “Para inaugurar los ‘Cuadernos Americanos’”.

La experiencia de nuestra cultura tiene un valor de porvenir, que asume en estos instantes una importancia única. Hemos llegado a la vida autónoma cuando ya nuestra lengua no dominaba el mundo. Los que se criaron dentro de un orbe cultural en auge, o siquiera dentro de una lengua que aún sostenía su fuerza imperial, por eso mismo han vividos limitados dentro de ese orbe o de esa cultura. Nosotros, en cambio, hemos tenido que buscar la figura del universo juntando

⁷⁹ En ocasión del Congreso de Ciencias sociales, convocado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

⁸⁰ Es esta la inauguración de los programas sobre literatura hispanoamericana, en la Radio-escuela del *Columbia Broadcasting System* (15 de agosto de 1941).

especies dispersas en todas las lenguas y en todos los países. Somos una raza de síntesis humana. Somos el verdadero saldo histórico. Todo lo que el mundo haga mañana tendrá que contar con nuestro saldo (Reyes 1997a: 134).

A partir de estas consideraciones, querría acompañar la memoria del lector a la pregunta con la cual se abrieron estas páginas dedicadas a Alfonso Reyes. En el ensayo que redacta para inaugurar los *Cuadernos Americanos*, el regiomontano universal sostiene que la obra de cultura del continente debe desenvolverse en manera de diálogo; en particular, se pregunta cuál es la parte de este diálogo que toca a las repúblicas latinoamericanas. La respuesta, demostrando una precisa distancia respecto al nacionalismo ugartiano, no podría ser más sintética y clara: el dialogo iberoamericano se concretizará sin duda en “la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono” (Reyes 1997a: 151).

Conclusiones

Como ha sido el caso de la introducción a mi tesis, querría para estas reflexiones finales seguir la vía de la brevedad. En el desarrollo del texto, no es poco el espacio dedicado a la síntesis y a la expresión de juicios determinantes. Por eso, amén de dos consideraciones conclusivas, me parece aquí importante presentar también algunas de las problemáticas que he encontrado durante la investigación del argumento y la redacción del ensayo.

La primera y casi inevitable consideración se relaciona con el olvido que sufren en nuestros días la figura y la propuesta ideológica de Manuel Ugarte. Si en Argentina el autor de *El porvenir de la América española* representa todavía un nombre incómodo, en México sus libros se revelan siempre como un objeto escondido, dejado allá en el último estante de biblioteca u olvidado en el fondo reservado de otra facultad, de otra universidad. Desde el punto de vista del estudio filológico, debo confesar que ha sido para mí motivo de orgullo personal, de satisfacción intelectual y, por qué no, de placer estético, poder dedicar estos años de maestría a rescatar el pensamiento de un intelectual excelente, por tolerancia y compromiso. A pesar de la recepción que podrá vivir la presente tesis –el dato poco importa–, el orgullo y la satisfacción de quien escribe están atados a la convicción de que en el estudio de maestros como Ugarte debería detenerse con más frecuencia el proceso autocrítico y constructivo de las letras latinoamericanas.

En este sentido, tanto en su vertiente más comprometida con los temas políticos y antiimperialistas, como en su línea teórico-literaria dirigida a la formulación de conceptos como la estética de lo nacional y el arte social, el ejemplo crítico de Ugarte me parece de notable importancia. El carácter intelectual de su ensayo, capaz de demostrar siempre una gran variedad de formas expresivas y de revelarse coherente a sí mismo con el pasar de las décadas, se manifiesta a través de una puesta en discusión del sistema cultural y literario de todo el continente latino. Sus reflexiones políticas y artísticas están relacionadas con la denuncia de la injerencia cultural o diplomática del gigante del Norte y de los europeos, con la provocación dirigida a las poéticas del continente que se cierran en su torre de marfil sin ocuparse de los problemas sociales, con la defensa de una identidad cultural hispanoamericana.

La fuerza y la coherencia de la creación ensayística ugartiana nacen de la voluntad de indagar la propia pertenencia cultural, la autonomía del propio horizonte espiritual y lingüístico, dialogando sí con las corrientes universales y constructivas de la diplomacia y del arte, pero conservando siempre una capacidad analítica hacia lo íntimo, hacia el núcleo interno de las más profundas expresiones hispanoamericanas. Se trata de una operación crítica de gran sugestión, que fue recibida en México y en todo el continente con la participación del pueblo, la juventud estudiantil y la mayoría de la inteligencia latinoamericana. Y fue por eso, por la capacidad receptiva y la peligrosidad de la heterodoxia de sus ideas, que Ugarte tuvo que pagar el alto precio del ostracismo, la censura, el silencio y la “condena” a la lejanía.

Una prueba de este precio es la historia de sus mismos libros y del cómo es posible leerlos hoy en día, en México. En modo paradójico, debo remarcar que es en el estudio filológico de Ugarte que se esconden los sencillos e íntimos placeres estéticos para el investigador. Siguiendo, por ejemplo, el circuito bibliotecario de la UNAM, el libro ugartiano se revela a quién lo va buscando, como objeto siempre antiguo, olvidado, que cuesta un cierto trabajo encontrar; una vez localizadas, las obras de Ugarte que conservan nuestras bibliotecas revelan siempre la cicatriz de la peculiar historia receptiva que los ha llevado hasta el horizonte del presente. Con sus hojas amarillentas y perfumadas de antiguo, esos libros sorprenden al filólogo por la dedicatoria original del autor a Fabela, a Núñez y Domínguez, a otro compañero de lucha mexicano, por la fecha de préstamo que casi siempre es blanca o actualizada a los años sesenta, por el valor político que se esconde en algunas ediciones, como la de los Servicios de Informaciones Alemanas.

Para definir uno de los elementos más profundos del ensayo de Ugarte y subrayar la importancia de la indagación de sus formas expresivas, me parece sugestivo recordar la frase de Isidro Fabela, que se encuentra en su epístola del 17 de mayo de 1907. “[P]ara ser apóstol se hace necesaria una primera condición: ser poeta” (AGN 2216). Como su misma trayectoria literaria nos muestra, en la pluma de Ugarte coexisten el poeta, el periodista, el escritor en prosa y el intelectual. Su ensayo, a pesar de la censura y del olvido sufridos, es la expresión en prosa de un *quid* poético fuertemente relacionado con la capacidad de observar e interpretar la realidad y con la coherencia de un hombre de letras que quería y sabía salir a la calle para hablar a las personas comunes. Como ha observado Octavio Paz, en “Poesía de soledad y poesía de comunión”, es desde este valor poético que nace la capacidad espiritual y escritural que permiten al autor, a través de

una dinámica poderosa que tiene analogías precisas con la religión y la magia, pasar de una condición de soledad a una de comunión.

La segunda consideración conclusiva se refiere a la elección teórica que está en la base de mi estudio sobre el tema ugartiano. A pesar de los no siempre satisfactorios resultados lingüísticos –tendré siempre que trabajar mucho para mejorar mi español–, y a pesar de no poder ser yo quien juzgue la fluidez y la funcionalidad de la lógica que le da forma a mi trabajo de tesis, creo que el juego hermenéutico aquí desarrollado puede ser un instrumento útil a la dinámica investigativa. La elección de moverse en el espacio donde se encuentran la teoría de la recepción y la propuesta hermenéutica gadameriana, sobre todo por su recuperación del momento aplicativo, representa una de las posibles estrategias útiles para abrir el diálogo entre distintos horizontes culturales y temporales.

En general, me convence la perspectiva de la investigación que analiza la respuesta hermenéutica del lector-receptor ante la semántica de la expresión espiritual de otro autor y de otro horizonte. En el caso específico que he presentado en mi tesis, enfocarse en la recepción del papel y las obras de Ugarte por parte del ambiente literario e intelectual mexicano, durante el período 1899-1942, conlleva consecuencias importantes.

Antes que nada, deben despertar interés los instrumentos de esta posición teórica. Me refiero, en modo particular, tanto a la investigación hemerográfica, como a la indagación del diálogo que relaciona la doble experiencia de la aplicación. El trabajo ético del filólogo y la disposición espiritual al diálogo que con *nosotros*, o entre ellas, pueden establecer las obras de arte literaria, abren las puertas de un mundo mexicano que hay todavía que estudiar a fondo. Al seguir el ejemplo olvidado de Ugarte, y la respuesta que la realidad mexicana dio de su mensaje, se pueden descubrir muchas historias arrinconadas en los estantes de la memoria colectiva nacional, volver con tono refinado y una inesperada especificidad a recuperar la figura de muchos pensadores y hombres de letras latinoamericanos. En particular, creo que el estudio de los epistolarios y de la prensa nacional es un instrumento esencial para comprender las relaciones humanas y literarias que dibujaron el sentido cotidiano e íntimo de un determinado pasado, y cuya indagación es fundamental para la puesta en discusión del mismo sistema literario mexicano.

De la misma manera, la elaboración conceptual y escritural de mi ensayo ha estado acompañada por algunas problemáticas que quisiera compartir. A todos estos aspectos teóricos los acomuna el carácter abierto, la probable imposibilidad de encontrar una solución. Por un lado, me interesa volver a subrayar que uno de los primeros y más delicados problemas que debió considerar la tarea hermenéutica desarrollada en esta tesis es determinado por la movilidad histórica de la comprensión. No era mi intención profundizar el discurso alrededor de las aporías que conlleva el problema del tiempo; claro que no. Sin embargo, en la finalidad de instaurar posibles diálogos entre los distintos horizontes y de considerar la distancia temporal entre ellos como una tensión, una transmisión que pueda generar sentido, he pensado en la producción ensayística de Ugarte –y en su recepción pública por parte de la prensa–, siguiendo la idea de *ahora dinámico*. Mientras investigué los diferentes textos ugartianos como instantes integrantes de la continuidad expresiva crítico-espiritual del autor, pensaba en los artículos periodísticos como momentos distintos de una dinámica receptiva que se elabora dentro del movimiento único del tiempo.

Otra problemática sugestiva ha sido la que se refiere a la medida, más bien al no desequilibrio de los juicios políticos. Al tratar temas tan relacionados con el latinoamericanismo, el antiimperialismo y, en general, con la realidad política, social y cultural del continente, he intentado dar a mi trabajo de tesis un tono no excesivamente comprometido y evitar tomas de partidos peligrosas. Espero que la fuerza intelectual del ensayo ugartiano y el idealismo decidido de sus argumentaciones no hayan condicionado el equilibrio del análisis y de la escritura.

La más significativa de las dificultades que he enfrentado es sin duda la que constantemente creaba en mi proceso interpretativo una cierta fricción, más bien, una clara disonancia entre mi ser italiano, europeo, extranjero, y el sentido profundo de ese *nosotros*, los latinoamericanos, utilizado por todos los escritores aquí estudiados. Es esta una problemática compleja, que confieso haber advertido durante toda la redacción del texto, tanto en términos de coherencia de la elaboración sintáctica, como por lo que se refiere a mi capacidad de análisis, mi ser cultural y al ocuparme de acontecimientos y temáticas no relacionadas con mi horizonte de origen. A menudo me he preguntado si podía yo hablar de esos argumentos, o cómo conciliar mi *yo*, italiano y mediterráneo, con la importancia cultural e intelectual del pronombre plural *nosotros*, los latinoamericanos. No sé cuál es el éxito de este, para mí, fascinante y apasionante diálogo, pero lo que creo

es que, de vez en cuando, al quedarnos sobre los árboles, como Cosimo Piovasco, en una posición de distancia casi inconciliable, nuestra capacidad de observar y comprender lo que está afuera de lo que somos, puede ganar en amplitud de perspectiva.

Bibliografía

Archivos consultados

AGN (Archivo General de la Nación). “Colección del Dr. Manuel Ugarte”. Legajos 2215-2251. Piso VII. Buenos Aires.

Hemeroteca Nacional de México. “Fondo Reservado”. Piso II. México, D. F.

Fuentes citadas

Astorga, Eliff Lara (2008): “Cartas entre Manuel Ugarte e Isidro Fabela: el dolor y las ideas”. En: *Literatura Mexicana*, Vol. 19, Nº 1, 139-160.

Barrios, Miguel Ángel (2007): *El latinoamericanismo en el pensamiento político de Manuel Ugarte*. Buenos Aires: Biblos.

Benjamin, Walter (2000): *L'opera d'arte nell'epoca della sua riproducibilità tecnica*. Turín: Einaudi.

Bense, Max (2004): “Sobre el ensayo y su prosa”. En: *Los Cuadernos de los Seminarios Permanentes*. Tr. Martha Piña. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Blanco Fombona, Rufino (1917): “Prólogo”. En: Pereyra, Carlos: *El crimen de Woodrow Wilson. (Su contubernio con Villa. – Sus atentados en Santo Domingo. – Su régimen corruptor en Nicaragua. – Los dos polos de la diplomacia yanqui: la hipocresía y el miedo)*. Madrid: América, III-VII.

Bobbio, Norberto (2001): *Il dubbio e la scelta. Intellettuali e potere nella società contemporanea*. Roma: Carocci.

----- (2005): *Politica e cultura*. Turín: Einaudi.

Calvino, Italo (2002): *Una pietra sopra*. Milán: Mondadori.

Campos, Rubén M. (1996): *El Bar. La vida literaria de México en 1900*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Campos, Rubén M. (1901): "Paisajes parisienses (Manuel Ugarte-París-'901)". En: *Revista Moderna. Arte y ciencia*, 1ª quincena de octubre de 1901, año 4, N° 19. México, D. F.: 298-299.

Carrión, Benjamín (1928): *Los creadores de la Nueva América: José Vasconcelos, Manuel Ugarte, F. García Calderón, Alcides Arguedas*. Prólogo de Gabriela Mistral. Madrid: Sociedad General Española de Librería.

Ceballos, Ciro Bernal (2006): *Panorama mexicano. 1890-1910 (Memorias)*. Estudio introductorio y edición crítica de Luz América Viveros Anaya. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz (2002): "El modernismo mexicano a través de sus polémicas". En: Gutiérrez Nájera, Manuel, et al.: *La Construcción del modernismo. Antología*. Introd. y rescate de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, IX-XLIII.

Curiel, Fernando (1999): *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

----- (2005): "Rodó ataca de nuevo (Cartaprólogo)". En: Rodó, José Enrique: *Ariel*. Prólogo de Fernando Curiel. Epílogo de Pedro Henríquez Ureña. México, D. F.: Factoría, VII-XXXI.

----- (2007): "Los tres Reyes". En: Reyes, Alfonso: *Mi óbolo a Caronte (evocación del general Bernardo Reyes)*. Estudio prel., ed. crítica, notas y selección de Fernando Curiel Defossé. México, D. F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 15-138.

Eco, Umberto (2006): *A passo di gambero. Guerre calde e populismo mediatico*. Milán: Bompiani.

"Ellos y nosotros. Anoche se efectuó en el Teatro Mexicano la Brillante Conferencia del Eximio Poeta Don Manuel Ugarte, Cantor de la Unidad Latino-Americana". En: *El Imparcial*, 4 de febrero de 1912, tomo 32, N° 6517. México, D. F.: planas 1-2.

"El señor Manuel Ugarte desmiente rotundamente a 'Nueva Era'". En: *El País*, 28 de enero de 1912, año 14, N° 3812. México, D. F.: plana 1.

"El poeta y el ministro". En: *El Tiempo*, 24 de enero de 1912, año 29, N° 9374. México, D. F.: plana 3.

Fabela, Isidro (1928): "Un esforzado paladín antiimperialista". En: *El Excelsior*, 7 de febrero de 1928, año 12, tomo 1. México, D. F.: planas 5 y 10.

----- (1959): "Historia diplomática de la Revolución Mexicana". En: *Historia diplomática de la Revolución Mexicana. 1912-1917*. Vol. 2. México, D. F.: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 5-438.

----- (sin fecha): "Prólogo". En: *Los Estados Unidos contra la libertad. Estudios de historia diplomática americana (Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, República Dominicana)*. Barcelona: Talleres gráficos «Lux», 9-17.

----- (sin fecha): *Los Estados Unidos contra la libertad. Estudios de historia diplomática americana (Cuba, Filipinas, Panamá, Nicaragua, República Dominicana)*. Barcelona: Talleres gráficos «Lux».

Fell, Claude (1989): *José Vasconcelos: los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*. Tr. María Palomar y Javier Manríquez. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Ferrecchia, Maria (2000): *Il saggio come forma letteraria*. Lecce: Pensa Multimedia.

Gadamer, Hans-Georg (1988): *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Vol. 1. Tr. Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito. Salamanca: Sígueme.

----- (2007): *El problema de la conciencia histórica*. Tr. e Introd. Agustín Domingo Moratalla. Madrid: Tecnos.

----- (2008): "Fundamentos para una teoría de la experiencia hermenéutica". En: Rall, Dietrich (comp.): *En busca del texto: teoría de la recepción literaria*. Tr. Sandra Franco y otros. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 19-29.

Galasso, Norberto (2001): *Manuel Ugarte y la lucha por la unidad latinoamericana*. Buenos Aires: Corregidor.

----- (1978): "Prólogo". En: Ugarte, Manuel: *La nación latinoamericana*. Compilación, prólogo, notas y cronología de Norberto Galasso. Caracas: Biblioteca Ayacucho, IX-XXV.

Gálvez, Manuel (1946): *Hombres en soledad*. Buenos Aires: Losada.

González, Luis (1981): "El liberalismo triunfante". En: *Historia general de México*. Vol. 2. México, D. F.: El Colegio de México, 897-1015.

Gutiérrez Girardot, Rafael (2004): *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Gutiérrez Nájera, Manuel (1885): "Literatura propia y literatura nacional". En: Gutiérrez Nájera, Manuel, et al. (2002): *La Construcción del modernismo. Antología*. Introd. y rescate de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 81-89.

----- (1894): "El cruzamiento en literatura". En: Gutiérrez Nájera, Manuel, et al. (2002): *La Construcción del modernismo. Antología*. Introd. y rescate de Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 91-99.

Henríquez Ureña, Pedro (2000): “Contra Vázquez Gómez y en honor de Barreda”. En: Caso, Antonio, et al.: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 355-356.

Jauss, Hans Robert (1986): *Experiencia estética y hermenéutica literaria. Ensayos en el campo de la experiencia estética*. Tr. Jaime Siles y Ela M.^a Fernández-Palacios. Madrid: Taurus.

“La conferencia del poeta Ugarte fue un canto a la raza latina”. En: *El Tiempo*, 4 de febrero de 1912, año 29, N° 9385. México, D. F.: plana 1.

“La evolución de la diplomacia en América. La unión latinoamericana fue el tema de Manuel Ugarte”. En: *El Universal*, 13 de mayo de 1917, año 1, tomo 3, N° 207. México, D. F.: plana 3.

“La primera conferencia de Manuel Ugarte fue anoche”. En: *El País*, 4 de febrero de 1912, año 14, N° 3819. México, D. F.: planas 1 y 10.

“La segunda conferencia del Panlatinista Manuel Ugarte”. En: *El Universal*, 24 de mayo de 1917, año 1, tomo 3, N° 218. México, D.F.: plana 5.

Maíz, Claudio (2003): *Imperialismo y cultura de la resistencia. Los ensayos de Manuel Ugarte*. Córdoba (Argentina): Corredor Austral-Ferreyra.

“1500 estudiantes protestan contra el presidente del Partido Constitucional Progresista”. En: *El Imparcial*, 27 de enero de 1912, tomo 32, N° 6509. México, D. F.: planas 1 y 7.

Mondin, Battista (1998): “Schleiermacher e la fuga verso l'ermeneutica”. En: *Storia della metafisica*. Vol. 3. Boloña: ESD - Edizioni studio domenicano, 386-400.

Monsiváis, Carlos (1981): “Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX”. En: *Historia general de México*. Vol. 2. México, D. F.: El Colegio de México, 1375-1548.

Núñez y Domínguez, José de Jesús (1907): “*Vendimias Juveniles*. Sobre el último libro de Manuel Ugarte (Nota bibliográfica)”. En: *Revista Moderna de México*, noviembre de 1907. México, D. F.: 172-174.

----- (1911): “Un libro de actualidad”. En: *Revista Moderna de México*, marzo de 1911. México, D. F.: 61-64.

Olalla, Marcos (2000): “Literatura y política. Apuntes sobre los supuestos críticos de la modernidad en Manuel Ugarte”. En: Arpini, Adriana (ed.): *Razón práctica y discurso social latinoamericano: el “pensamiento fuerte” de Alberdi, Betances, Hostos, Martí y Ugarte*. Buenos Aires: Biblos, 55-80.

Ortega y Gasset, José (2002): *El tema de nuestro tiempo*. Madrid: Tecnos.

Pereyra, Carlos (1917): *El crimen de Woodrow Wilson. (Su contubernio con Villa. – Sus atentados en Santo Domingo. – Su régimen corruptor en Nicaragua. – Los dos polos de la diplomacia yanqui: la hipocresía y el miedo)*. Prólogo de Rufino Blanco Fombona. Madrid: América.

----- (1932): “Carta a D. Manuel Ugarte”. En: *La Antorcha*, enero y febrero de 1932, vol. 1, N° 10 y 11. Madrid: 29-32.

----- (1959): *El mito de Monroe*. Buenos Aires: El Búho.

Rall, Dietrich (2008): “Introducción”. En: Rall, Dietrich (comp.): *En busca del texto: teoría de la recepción literaria*. Tr. Sandra Franco y otros. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 5-15.

Ramos, Jorge Abelardo (1953): “Redescubrimiento de Ugarte”. En: Ugarte, Manuel: *El porvenir de la América española*. Buenos Aires: Indoamericana, IX-XL.

Reyes, Alfonso (1960): “Pasado Inmediato”. En: *Obras completas*. Vol. 12. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 182-216.

----- (1993): “Visión de Anáhuac”. En: *La “X” en la frente. Textos sobre México*. Introd. y selección de textos de Stella Mastrángelo. México, D. F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 65-89.

----- (1995a): “Reloj de sol”. En: *Obras completas*. Vol. 4. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 353-482.

----- (1995b): “Páginas adicionales”. En: *Obras completas*. Vol. 4. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 483-582.

----- (1995c): “Los dos caminos”. En: *Obras completas*. Vol. 4. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 237-354.

----- (1997a): “Última Tule”. En: *Obras completas*. Vol. 11. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 9-153.

----- (1997b): “Tentativas y orientaciones”. En: *Obras completas*. Vol. 11. México, D. F.: Fondo de cultura económica, 155-334.

----- (2000): “Nosotros”. En: Caso, Antonio, et al.: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 477-483.

Ricoeur, Paul (2006): *Tiempo y narración. El tiempo narrado*. Vol. 3. Tr. Agustín Neira. México, D. F.: Siglo XXI.

Rodó, José Enrique (2005): *Ariel*. Prólogo de Fernando Curiel. Epílogo de Pedro Henríquez Ureña. México, D. F.: Factoría.

Ross, Stanley R. (1955): *Francisco I. Madero. Apostle of Mexican democracy*. Nueva York: Columbia University.

Ruiz Castañeda, María del Carmen (1974a): “La prensa durante el Porfiriato (1880-1910)”. En: Ruiz Castañeda, María del Carmen, Luis Reed Torres y Enrique Cordero y Torres: *El periodismo en México: 450 años de historia*. Investigación dirigida por Salvador Novo. México, D. F.: Tradición, 200-260.

Ruiz Castañeda, María del Carmen (1974b): “La prensa de la Revolución (1910-1917)”. En: Ruiz Castañeda, María del Carmen, Luis Reed Torres y Enrique Cordero y Torres: *El periodismo en México: 450 años de historia*. Investigación dirigida por Salvador Novo. México, D. F.: Tradición, 261-300.

Sánchez Azcona, Juan (1933): “El dolor de escribir”. En: *El Universal*, 8 de septiembre de 1933. México, D. F.: Página del artículo original en AGN (Legajo 2251).

Silva Herzog, Jesús (2007): *Breve historia de la revolución mexicana. Los antecedentes y la etapa maderista*. Vol. 1. México, D. F.: Fondo de cultura económica.

Tablada, José Juan (1904): “‘Visiones de España’ por Manuel Ugarte”. En: *Revista Moderna de México*, noviembre de 1904, vol. 3, N° 3. México, D. F.: 176-177.

Ugarte, Manuel (1899a): “Divagaciones. Las aldeas”. En: *Revista Moderna. Arte y ciencia*, julio de 1899, año 2, N° 7. México, D. F.: 211-213.

----- (1899b): “Naufragio”. En: *Revista Moderna. Arte y ciencia*, noviembre de 1899, año 2, N° 11. México, D. F.: 328-329.

----- (1900): “Notas de México. Los escritores”. En: *Revista Moderna. Arte y ciencia*, 2ª quincena de junio de 1900, año 3, N° 12. México, D. F.: 183-184.

----- (1902): “De París. Los escritores y la crítica. El caso de M. Brioux”. En: *Revista Moderna. Arte y ciencia*, 2ª quincena de febrero de 1902, año 5, N° 4. México, D. F.: 61-63.

----- (1903): “El francesismo de los hispanoamericanos”. En: *Revista Moderna. Arte y ciencia*, 1ª quincena de mayo de 1903, año 6, N° 9. México, D. F.: 142-143.

----- (1905): “La verdad y la literatura”. En: *Revista Moderna de México*, agosto de 1905. México, D. F.: 357-360.

----- (1909): “Prefacio”. En: *Las nuevas tendencias literarias*. Valencia: F. Sempere y compañía, V-VIII.

----- (1909): *Las nuevas tendencias literarias*. Valencia: F. Sempere y compañía.

----- (1910): “Prefacio”. En: Ugarte, Manuel (sin fecha, c): *El porvenir de la América española: la raza, la integridad territorial y moral y la organización interior*. Edición definitiva, corregida y aumentada por el autor. Valencia: Prometeo, XXI-XXVIII.

- (1911): “*El Porvenir de la América Latina*. Libro reciente de Manuel Ugarte”. En: *Revista Moderna de México*, marzo de 1911. México, D. F.: 55-59.
- (1917): “Manuel Ugarte hace rectificaciones”. En: *El Universal*, 30 de mayo de 1917, año 1, tomo 3, N° 224. México, D. F.: plana 1.
- (1922): “Prefacio”. En: *Mi campaña hispanoamericana*. Barcelona: Cervantes, VII-XXII.
- (1922): *Mi campaña hispanoamericana*. Barcelona: Cervantes.
- (1923): *El destino de un continente*. Madrid: Mundo Latino.
- (1924): *La patria grande*. Madrid: Internacional.
- (1932): “La orientación de América”. En: *La Antorcha*, mayo de 1932. Páginas del artículo original en AGN (Legajo 2232): 10-14.
- (1942): *Escritores iberoamericanos de 1900*. Santiago de Chile: Orbe.
- (1978): *La nación latinoamericana*. Compilación, prólogo, notas y cronología de Norberto Galasso. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- (1989): *Manuel Ugarte*. Biografía, selección de textos y bibliografía por María de las Nieves Pinillos. Madrid: Cultura Hispánica.
- (sin fecha, a): *El dolor de escribir (confidencias y recuerdos)*. Buenos Aires: Fondo Nacional de la Artes.
- (sin fecha, b): *El arte y la democracia (prosa de lucha)*. Valencia: F. Sempere y compañía.
- (sin fecha, b): “A los lectores”. En: *El arte y la democracia (prosa de lucha)*. Valencia: F. Sempere y compañía, V-VII.
- (sin fecha, c): *El porvenir de la América española: la raza, la integridad territorial y moral y la organización interior*. Edición definitiva, corregida y aumentada por el autor. Valencia: Prometeo.
- “Ugarte popular. Psicología”. En: *El País*, 30 de enero de 1912, año 14, N° 3814. México, D. F.: plana 3.
- Unamuno, Miguel (sin fecha, a): “Manuel Ugarte: una columna de fuego”. En: Ugarte, Manuel: *El dolor de escribir (confidencias y recuerdos)*. Buenos Aires: Fondo Nacional de la Artes, 11-25.
- Vasconcelos, José (1932a): “Introducción”. En: Ugarte, Manuel: “La orientación de América”. En: *La Antorcha*, mayo de 1932. Madrid. Páginas del artículo original en AGN (Legajo 2232): 10-14.

----- (1932b): “Despedida y homenaje”. En: *La Antorcha*, enero y febrero de 1932, vol. 1, N° 10 y 11. Madrid: 33-34.

----- (1958a): “Indología (Una interpretación de la cultura iberoamericana)”. En: *Obras completas*. Vol. 2. México, D. F.: Libreros Mexicanos Unidos, 1069-1303.

----- (1958b): “Bolivarismo y monroísmo (Temas Iberoamericanos)”. En: *Obras completas*. Vol. 2. México, D. F.: Libreros Mexicanos Unidos, 1305-1494.

----- (1983): *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana*. México, D. F.: Asociación Nacional de Libreros.

----- (2007): “Ulises criollo”. En: *Memorias*. Vol. 1. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 5-457.

Velasco Valdés, Miguel (1955): *Historia del periodismo en México (Apuntes)*. México, D. F.: Manuel Porrúa.

Villegas, Abelardo (1993): *El pensamiento mexicano en el siglo XX*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Weinberg, Liliana (2007): *Pensar el ensayo*. México, D. F.: Siglo XXI.

Womack, John Jr. (2008): *Zapata y la revolución mexicana*. Tr. Francisco González Aramburo. México, D. F.: Siglo XXI.

Zum Felde, Alberto (1954): *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: los ensayistas*. México, D. F.: Guaranía.

Durante todo el viaje, antes y después, permanecen
como una puerta que dona libertad a mi espíritu,
Walter Melzi, Lucia Andreoli, Francesco Colli,
Raffaele y Cesello Mattana, Narima Mason,
Manulo y Ermenegildo Ronchi, Tommaso Marani,
Costantino Spada, Fabio Antoci, Mario Riva.
Sin el milagro de la amistad
no hubiera llegado aquí de este modo.